

ANTON YORK. INMORTAL

• La Novela del
! Ultimo Mundo !



Lectulandia

Anton York es el hijo de un ilustre científico que ha inventado el «*Elixir*», una sustancia que ofrece la inmortalidad a quien la ingiere. No hace falta comer, ni respirar, ni tener necesidades fisiológicas. El Elixir da, en resumidas cuentas, la vida eterna y permite abolir cualquier tipo de dependencia física. La envidia es muy mala, y pronto York se gana numerosos enemigos, que se suceden a lo largo de los siglos, hasta que se revela cuáles son los antagonistas verdaderos: los Tres Eternos, un triunvirato mitológico que trata a los mortales como inferiores y manejan el mundo a su antojo como si fueran dioses grecorromanos.

Es ciencia ficción de los años 60, con todo lo que eso conlleva: Un estilo austero, personajes planos (aunque se agradece el personaje femenino «con personalidad» que es Vera, la mujer de York), y una narración a veces algo torpe, aunque destaca por su fluidez de vocabulario.

Lo mejor es que el libro cambia de registro varias veces. De hecho, varios capítulos parecen relatos que pueden considerarse una unidad temática. Pasamos de la historia de super héroes, al thriller, a la space-opera o el terror psicológico. Además, hay un tono hasta humorístico en la principal pregunta que se plantea en la novela: ¿qué hacer con tanto tiempo disponible? Así, Anton York es un arquetípico superhombre marveliano que ayuda a construir planetas y a «cuidar» del Sistema Solar, viajando por el espacio a placer.

El giro narrativo principal viene con la aparición estelar de Kaligor, una especie de cyborg que hace que el libro mejore muchísimo, dando una vuelta de tuerca e ignorando las típicas aventuras que han transcurrido anteriormente. Kaligor ha estado encerrado 20,000 años en una guarida subterránea. Como no puede morir, los Tres Eternos pensaron que la manera de neutralizarle sería mantenerle allí para que perdiera la cordura. En 20,000 años, a Kaligor le da tiempo de inventarse un universo paralelo, y está a punto de enloquecer cuando Anton York y Vera le rescatan, al chocar el universo de su mente con la realidad. Es una escena magnífica y que plantea una estupenda tesis sobre el solipsismo. ¿Somos nosotros fruto de un Kaligor que nos ha inventado por hastío o aburrimiento? Qué decir. «*Anton York Inmortal*» gana dos o tres puntos sólo por el personaje de Kaligor, que es, faltaría más, mucho más interesante que el matrimonio protagonista. Lo que era un relato clásico de ciencia ficción de repente se transforma en una reflexión inteligentísima.

Esta novela es en realidad un fix-up formado por cuatro narraciones publicadas previamente por separado:

La conquista de la vida «*Conquest of Life*» (1937).

Vida eterna «*Eternal Life*» (1938).

Los tres eternos «*The Three Eternals*» (1939).

El secreto de Anton York «*The Secret of Anton York*» (1940).

Lectulandia

Eando Binder

Anton York, inmortal

ePub r1.0

elagarde 18.09.13

Título original: *Anton York, immortal*

Eando Binder, 1937

Traducción: Rafael Zavala

Ilustraciones: EMSH

Diseño de portada: EMSH

Editor digital: elagarde

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

LA CONQUISTA DE LA VIDA

Capítulo I

LA SEGUNDA MITAD del siglo diecinueve fue un período de grandes científicos: Ramsay, Besquerel, Roentgen, y otros; pero la historia no hace mención de Matthew York.

Mientras los químicos vencían a la naturaleza con productos sintéticos, los físicos arrancaban sus secretos a los asombrosos electrones y los matemáticos andaban a tientas en los eternos secretos del cosmos, Matthew York buscaba el gran arcano científico.

Su cerebro, formidablemente capacitado gracias a un hipertiroidismo crónico, le hizo posible avanzar en sus investigaciones a grandes saltos; pero también anticipó el final de su vida. Largos años de búsquedas y de jornadas intensas, cristalizaron en ocasiones en resultados positivos.

Como un peregrino que finalmente llega a la Meca, Matthew York llegó a saber al fin, que las yemas de sus dedos tocaban la puerta del más allá, en donde radicaba el secreto que perseguía tan afanosamente. Al mismo tiempo supo —y tuvo que resignarse con amargura— que sólo viviría lo necesario para entreabrir apenas esa puerta.

—¡Dadme diez años más! —Imploraba al Universo a grandes voces—. ¡Diez míseros años, y te devolveré un millar!

Pero esto no podía serle concedido, y Matthew York, lo mismo que Cristóbal Colón, moriría ignorando que había arribado a las costas de un mundo nuevo, un mundo que había columbrado desde la lejanía.

ANTON York, el hijo de Matthew York, era a los veinticinco años, un hombre alto y físicamente perfecto, con una inteligencia brillante y una carrera científica bien cimentada. Cuando cumplió treinta años, gozaba de excelente salud y no era posible estar más hondamente compenetrado en el conocimiento del intrincado campo de las ondas electromagnéticas aplicadas a la destrucción. Andaba en busca de un arma, un arma tan mortífera, que fuera capaz de revelar la inutilidad de las guerras.

Anton York había tomado parte en la primera guerra mundial, y las amargas experiencias en aquel infierno de odio habían dejado profundas cicatrices en su memoria. Buscaba afanosamente con toda la pasión de fanático un arma digna de los dioses que, o bien diera fin a toda civilización, o bien estableciera una paz definitiva.

Gradualmente se iba convenciendo de que había recibido una bendición singular que lo dotaba de una extraordinaria salud física. Había veces en las que vagamente se preguntaba la razón, pero sin encontrarla. Las largas jornadas que pasaba en los laboratorios, las semanas de trabajo intensivo, capaces de destrozarse a cualquiera, no disminuían su maravillosa vitalidad.

Llegó a los treinta y cinco años sin haber enfermado un solo día desde su niñez. Era como si algún ángel custodio lo hubiera protegido diligentemente contra las enfermedades que afectaban a todos los que lo rodeaban. Sus búsquedas habían dado como resultado el perfeccionamiento de una combinación de rayos gama y ultrasónicos, meta que había perseguido largo tiempo.

Sin embargo, se abstuvo de revelar su descubrimiento, ya que era visiblemente destructivo y que tenía grandes probabilidades de que se desatase el caos. Lo mantuvo en absoluto secreto, rompió todos los datos que poseía, y sólo retuvo en la memoria la fórmula clave, para algún uso futuro.

En relación con aquella super arma, perfeccionó también una aleación super refractaria que patentó, obteniendo una pequeña fortuna. De esa manera ya no tendría que sufrir a causa de problemas económicos que limitaran sus experimentos personales. Abandonó sus compromisos académicos que habían dado tanta fama a su personalidad vigorosa y se estableció en su propio laboratorio.

A los cuarenta y cinco años, no parecía haber envejecido. Se casó con una hermosa joven de veinticinco años, que, según su opinión, no obstaculizaría sus investigaciones científicas. Parecían formar una pareja perfectamente acoplada, de edades iguales, ya que York poseía esa juventud con la que algunas personas han sido dotadas por fortuna. Sin embargo, había veces en que se preguntaba si todo era debido a la suerte.

Los diez años que había pasado haciendo experimentos, utilizando combustibles líquidos y sólidos para proyectiles cohete, lo habían convencido de que los viajes espaciales no podrían ser realizados con aquellos medios ordinarios y costosos. La respuesta, si la había, radicaba en averiguar el secreto de la gravitación universal.

A los cincuenta y cinco años de edad, había dado algunos pasos, puramente teóricos, hacia la solución, pero se daba cuenta de que sería necesaria más de una vida para alcanzar las bases fundamentales que resistieran sus análisis. Su caso era similar al de Anaxágoras, que concibió una teoría acerca del átomo dos mil años antes de que la humanidad hubiera descubierto una ciencia capaz de probarla.

—Vera —le dijo un día a su esposa cuando ésta le llevaba el almuerzo a su laboratorio—, la gravitación es una especie de hipnotismo planetario, tan asombrosamente eficaz como intangible. Pero aún no he determinado con exactitud lo que es, ni siquiera en teoría. Mis investigaciones me han llevado hasta lo que parece ser un campo directivo de atracción entre las masas de materia. Por directivo

quiero decir que irradia desde unos puntos, en lugar de ocupar ciertos espacios, al acaso, como los rayos cósmicos. Ahora puedo decirte que ya tengo una pista cierta...

—Sí, querido. Pero toma el café antes de que se enfríe —dijo Vera, interrumpiéndolo.

—Vera, esa pista es el fuego fatuo que he venido persiguiendo sin éxito durante diez años. Es probable que aún sea necesaria una década para llegar a confirmarlo. ¡Si al menos tuviera otra vida por delante!

—Cuando te veo, pienso que sí la tienes —le dijo su esposa, y el tono de su voz no era solamente para halagarlo. Hablaba con tono serio y preocupado—. Tengo treinta y cinco años y parece que esta edad es también la tuya. Sin embargo, ya tienes cincuenta y cinco.

—Lo sé, lo sé —murmuró York con naturalidad.

—Si sigues de esa manera —continuó Vera con voz vacilante—, en unos cuantos años voy a parecer más vieja que tú. Todos hacen comentarios acerca de tu juventud, querido. Te llaman Dorian Grey, por tu aspecto, no por tus costumbres, naturalmente. ¿Por qué, Tony? ¿Qué?...

Sin notarlo, York abrió la mano y dejó caer el emparedado. Su rostro estaba lívido.

—¡Si sigues de esa manera...! —Exclamó, repitiendo la frase de su esposa—. ¡Si sigues de esa manera...!

—Tony, no te entiendo.

—Tampoco yo —dijo York seriamente—. Escucha, Vera. Te he hablado muy poco de mi niñez, pero hay una cosa que ha atormentado mi subconsciente como si fuera un sueño: la noche que mi padre me inyectó una solución que me tuvo enfermo durante un mes. Era un líquido resplandeciente, como si hubieran disuelto un diamante en él. Mi padre le llamaba elixir.

La vista de York se nubló al recordarlo.

—Mi padre fue un gran científico, más grande que todos los que el mundo ha conocido. Tenía trazada una meta: el secreto de la vida. Con los sueros que había descubierto hizo experimentos extraños con los ratones y las moscas de los árboles frutales. En una ocasión sumergió unos ratones a los que les había aplicado su suero en un recipiente con un líquido que contenía gérmenes mortíferos. Los ratones sobrevivieron sin contagiarse.

Repentinamente exclamó, exaltado:

—¡En el nombre de Dios! ¿Qué efecto me produjo ese suero? ¿Por qué he de ser yo el único que se inmunice a las enfermedades? ¿Por qué he de aparentar treinta y cinco años cuando ya tengo cincuenta y cinco? ¿Qué significa esto? ¡Tengo que averiguarlo!

—¡Averiguarlo! ¿Pero cómo? —preguntó Vera sorprendida. Ella siempre había

visto con cierto temor la inmunidad de su marido a las enfermedades y a la senilidad, pero había determinado no mencionar nada que se relacionara con ese tema y que la inquietaba.

—Tal vez pueda averiguarlo en el diario de mi padre, o en sus notas de experimentos. Una tía mía aún conserva sus manuscritos. En realidad nunca he tenido el cuidado de hacer un estudio minucioso de sus notas.

Pero ahora voy a efectuar una búsqueda completa hasta encontrar alguna pista que me descubra ese intrincado misterio.

Capítulo II

YORK no sólo encontró una pista al buscar meticulosamente entre los voluminosos libros de Matthew York, fue precisamente la clave que le llevaría hacia su meta. Entre las hojas del diario de su padre, Anton York dio con los apuntes que hizo aquél el día que recordaba tan vívidamente. Leyó la parte que decía:

Aunque lo que hice no me parecía juicioso, alguna extraña locura se apoderó de mí aquella noche; inyecté 10 cc de la solución de mi elixir al 50% (hoja 88 A, libro G-4) en el brazo de Tony. No sé todavía cuál será el resultado. ¡Dios mío! Simplemente no lo sé. No hay caso para que siga maldiciéndome; es un hecho y sólo el futuro podrá darme la respuesta. Cuando hayan transcurrido seis meses, los análisis de sangre de Antor me indicarán hasta qué punto ha surtido sus efectos mi elixir. El suero en forma burda no produjo la muerte de los animales de laboratorio. Por el contrario, obtuve señales de una resistencia absoluta a las enfermedades durante ese mismo período. De modo que en medio año Tony tendrá en su sangre una fuerte resistencia radiogénica, o habrá muerto.

¡Oh, Dios! ¡Ojalá no sea lo último! Existe un hecho que no puedo olvidar y es la probabilidad de que mi elixir tenga conexiones con la longevidad.

El número 277-B-3 de mis animales, después de la aplicación ove le hice vivió dos veces su período normal de vida. Esto lo obtuve con el elixir C-4 que aún no había perfeccionado. ¿Será posible entonces que, protegiendo el protoplasma contra las enfermedades y aumentando la energía de los radio genes del cuerpo, también el elixir proteja al organismo contra la decadencia de la vitalidad?

¿Acaso conservará la juventud? Si así fuera, ¿qué efectos le causará a Tony el elixir M-7 perfeccionado?

Sin duda, alguna aumentará el lapso de su vida; será hasta... No, no quiero hacer especulaciones. Soy un científico, no un profeta. Sin embargo, tiene que haber cierto factor de longevidad en mi elixir.

¡Longevidad!

Esa palabra estalló como una bomba en el cerebro de Anton York. Pero rehusó dar cabida a algún pensamiento que le pudiera llevar a cualquier teoría que no tuviera relación con los hechos. En vez de esto, buscó la «hoja 88-A del libro G-4» que mencionaba el diario, y encontró la fórmula de un compuesto químico que llevaba por nombre: «Reacción de Grignard sobre la unión clorinada de la zimasa y el extracto de pituitaria, en el elixir M-7».

Aunque no estaba familiarizado con los temas estrictamente técnicos de la

química orgánica, York, como físico, sabía que la zimasa era una enzima, substancia que se podía regenerar a sí misma en un medio adecuado, aunque no fuese precisamente una materia viva.

Una consulta breve en su biblioteca le dio idea de las propiedades del extracto de pituitaria, producto glandular que regula el crecimiento, manteniéndolo constantemente en un mismo nivel y evitando el desgaste constante del protoplasma.

Crecimiento y regeneración. La fórmula de Matthew York parecía haber combinado esos dos factores biológicos. Por un momento se quedó intrigado y consultó nuevamente el diario de su padre. Un mes completo carecía de anotación alguna, en blanco, precisamente el mismo mes durante el cual Anton York estuvo enfermo debido a la reacción del suero.

La víspera de su muerte repentina, ocasionada por fallas del corazón, Matthew York escribió:

¡Gracias a Dios, mi pequeño Tony está fuera de peligro!

Ahora descansa, pobre niño. Hoy le hice análisis de sangre, pero aún no hay nada definido, aunque encontré un ligero aumento de los valores radiogénicos. Acabo de concebir la idea de que el factor de la longevidad se pueda deber a una mayor o menor consunción ocasionada por los rayos cósmicos.

Una de las consecuencias no comprobadas de la teoría radiogénica, es que esos haces invisibles de energía derivan su fuerza de los rayos cósmicos. El universo está lleno de dichos rayos hasta el último de sus rincones, aun en los espacios infinitesimales que hay entre los átomos. Es tan asombrosamente lógico cuando piensa uno en ello. Los innumerables radio genes existentes motivan el protoplasma y le dan vida, llevan dentro de su núcleo temperaturas comparables a las de las estrellas, es decir, sobrepasan de los 6,000 grados centígrados.

Los rayos cósmicos, a su vez, son ondas electromagnéticas dotadas de fuerza y de penetración tremendas. No es una fantasía concebir que esos rayos cósmicos pierden su inmensa potencia ante los radio genes, ya que éstos son como trampas de telas de araña iguales a los electroimanes. Ahora bien, si la resistencia a las enfermedades (y ya casi lo ha probado) es la electrocución de los gérmenes ocasionada por los radio genes con los que entran en contacto, un aumento en el contenido de los radio genes se transforma en un remedio maravilloso. Lo he probado con resultados satisfactorios en algunos conejillos de Indias, ratones y moscas de árboles frutales. ¡Ruego a Dios que también dé buenos resultados con Tony! En segundo término, si la edad senil no es más que una declinación de la capacidad para crear los radio genes, entonces mi elixir es una gota de la fuente de la eterna juventud, porque sus ingredientes son capaces de procrear y regenerar el protoplasma indefinidamente.

Allí están mis moscas de árboles frutales matusalénicas para comprobarlo.

Hace un mes, después de la inoculación que le hice a Tony, preparé diez insectos, y por inhalación absorbieron el mismo elixir M-7. Aún continúan viviendo aunque no les he dado de comer.

Las moscas de los árboles frutales viven por lo general catorce días sin alimento. Aún no teorizaré en el caso de Tony, excepto para decir que si el contenido de sus radio genes es mayor del doble de lo normal, tal vez será él ¡inmortal!

Conclusión tan simple como sumar dos y dos cuyo resultado es cuatro.

Hoy he observado por largo tiempo a mi hijo, y he meditado mucho. No se nota diferente en ninguna forma, ni tiene por qué aparecer. Pero si me atrevo a pensarlo, quizá sea él inmortal.

¡Inmortal!

Si el contenido de los radio genes es mayor del doble de lo normal, no es posible que alguien muera a causa de alguna enfermedad o debido a la vejez. Ambos casos son resultados únicos de la deficiencia de los radio genes, de acuerdo con la teoría de Matthew York. «¿Será entonces ésta la razón por la cual no envejezco?».

La lectura de otras de las notas dejadas por su padre, empezó a convencerlo de que ésa era la causa. El progenitor de York había especificado varias veces que un organismo rico en radio genes es capaz de conservar un abastecimiento superior al normal, de alcanzar la plenitud de su vida y allí estabilizarse.

Mientras leía, gradualmente se le fue presentando el cuadro completo con toda claridad. La interrogante de la vida, no era más que una completa entidad química en sí. Su «alma» o «vida» provenía de los radio genes ultramicroscópicos, como minúsculas baterías que eran activadas desde el cerebro bajo el control de los impulsos nerviosos.

La energía de los radio genes llegaba del espacio, desde las estrellas. En los albores del Universo, cuando las estrellas estaban en formación, había existido mayor radiación cósmica. Con ese abastecimiento tan pródigo de energías vitales, la naturaleza había creado una variedad de vidas, pero cada una de ellas había sido dotada de un contenido limitado de radio genes para animarlas de manera adecuada. Con la decadencia del Universo y la declinación de la radiación cósmica, la naturaleza había aumentado el contenido de radio genes en proporción inversa a fin de conservar sus ciclos originales de la vida.

Ahí es en donde el hombre entraba en acción. Ahí estaba Matthew York desafiando a la Naturaleza, venciendo a la Evolución. Ahí estaba Anton York con una doble capacidad para utilizar los medios de vida de la radiación cósmica.

¡Ahí estaba la inmortalidad! Porque hasta que el Universo no hubiese reducido a la mitad su abastecimiento normal de radiación cósmica, no sería incluido Anton

York dentro de las leyes inmutables de la naturaleza en lo que se refería a los ciclos de la vida.

¡Y eso no tardaría en suceder unos millones de años tan sólo!

York se sintió anonadado con tal pensamiento.

«¡Bah!», se dijo de repente; «estoy discutiendo sobre estas cosas sin prueba de ninguna especie. No puedo estar seguro de tener más radio genes de los normales. Tampoco puedo saber, 1 resultado que me haya producido el elixir. Ni siquiera puedo asegurar que mi padre haya tenido el éxito que esperaba con su suero, ya que ni siquiera estaba él absolutamente cierto de ello.».

Estos pensamientos le hicieron visitar a un hematólogo para que le analizara la sangre. Con la mayor tranquilidad, esperó el resultado. Finalmente el doctor dictaminó que su sangre era simplemente normal, excepto por un solo hecho: tenía una capacidad increíble para matar los gérmenes. La doble de lo normal, le aseguró el doctor a York, y le pronosticó que nunca enfermaría si su sangre se conservaba en ese estado.

Los ojos de York brillaron como lingotes de metal incandescente.

—¡Entonces, eso quiere decir que el contenido de radio genes que hay en mi sangre es doble!

El doctor frunció el ceño y rio.

—¡Oh! ¿Lo relaciona usted con la teoría electromagnética de la vida? Esa teoría no ha sido probada, usted lo sabe. Hablando con sentido realista, su sangre simplemente contiene doble cantidad de fagocitos. Usted, sabe que los fagocitos son los asesinos de los gérmenes.

El término «radio genes» constituye el tema de una plática científica, amena pero no verdadera. Si así fuera, la vida sería una cuestión de voltios y de amperios. Tendríamos para siempre personas caminando y viviendo, rejuvenecidas eléctricamente —el doctor sonrió y agregó—: ¡Imagínelo usted!

York se sumió en una calma paralizante. Al mismo tiempo se convenció de que el doctor estaba equivocado y de que su padre tenía razón. Una voz parecía golpear su cerebro, asegurándole que su sospecha acerca de su inmortalidad no era precisamente un mito.

—¿Qué edad supone usted que tengo? —preguntó York al doctor.

Sorprendido ante lo inesperado de la pregunta, el doctor lo miró detenidamente.

—Yo diría que treinta y dos años; en todo caso, no más de treinta y cinco.

—Tengo cincuenta y cinco —afirmó York—, y dentro de cien años aún seguiré aparentando treinta y cinco.

York dejó al doctor con la boca abierta y salió a la calle. Miró uno de los altos edificios y dijo:

—Tú eres fuerte y resistente, durarás cincuenta o cien años; pero yo te sobreviviré

y también a los que te sucedan.

Y contemplando el río que pasaba por debajo del puente de acero, murmuró:

—Algún día no existirás y yo estaré de pie, sobre tu lecho seco.

A los campos les susurró:

—Ustedes podrán nutrir muchos ciclos de cosechas, pero algún día serán infecundos. Cuando ese día llegue, yo todavía seré un hombre de treinta y cinco años.

Cuando vino la noche, lanzó un reto a las estrellas:

—Estrellas eternas. ¿Eternas?

Horas más tarde, al amanecer, volvió en sí. Atravesaba un campo desconocido, lejos; hasta ese momento se dio cuenta de que había caminado como si estuviera envuelto entre la bruma, embriagado con el pensamiento de la inmortalidad. Cuando regresó a su casa, cansado y cubierto de lodo, Vera lo estaba aguardando.

—¡Tony! Estaba muy preocupada.

York la miró extrañamente. Un pensamiento lo asaltó; el mismo que se le había presentado antes.

—Sí. Yo también he estado preocupado. Es una pequeña preocupación que duró toda la noche, en lo más encumbrado de mi fantasía. Ese pensamiento es que te estoy perdiendo —dijo repentinamente con rudeza, y la atrajo hacia él. Él amor que sentía por ella era profundo y vital—. Te amo con locura —exclamó—, pero te perderé, a menos que...

—¡Tony! ¿Qué estás diciendo? —los ojos de Vera expresaban el miedo que sentía, miedo a la falta de razón de su marido.

—No, querida; estoy perfectamente bien —dijo York con tranquilidad—. Por el momento no puedo explicarte, pero lo haré pronto —sus ojos brillaron entonces—. Muy pronto tú y yo juntos...

Capítulo III

—MMMM. No sé si pueda duplicarlo. La parte esencial del suero no es tan complicada, pero este ingrediente es nuevo en la química orgánica. Véalo usted. Si conoce algo de mi especialidad, se dará cuenta de que la combinación de zimasa y extracto de pituitaria, o sea una enzima clorinada y un producto ácido glandular, es algo imposible. No creo que pueda obtenerse.

El que hablaba era el doctor Charles Vinson, técnico especializado en bioquímica. Él y York se habían conocido en la academia hacía veinte años.

—¡Tiene usted que duplicar ese suero! —Dijo York con voz que temblaba de desesperación—. No puedo hablarle con la franqueza que yo quisiera, doctor Vinson; pero la elaboración de ese suero significa en este momento para mí, más que nada en el mundo. Inténtelo de todas maneras. Trabaje aquí en mi laboratorio durante un mes, durante un año, y fije usted mismo el precio.

—¡Oh!, no es por el dinero —protestó el bioquímico, cuyos ojos adquirieron un tono metálico al no poder ocultar la codicia que le despertaba tal proposición—. Costaría mucho. Su laboratorio está equipado para electrones y voltios, no para bacterias y conejillos de Indias. Tendría yo que comprar muchos...

—Entonces nos hemos arreglado —interrumpió York—. Haga a cualquier costo 19 cc de este elixir.

—¡Elixir! —la actitud del químico cambió inmediatamente—. ¿Dijo usted elixir? ¿De dónde copió usted esta fórmula? ¿Y qué cosa representa?

—Lisa y llanamente, eso no le incumbe.

York no pudo ocultar su enojo. Nunca le habían simpatizado los bioquímicos en particular. Por un momento se arrepintió de haberlo elegido. Sin embargo, sabía perfectamente que sería difícil encontrar otro hombre más capacitado para la tarea.

El doctor Vinson se encogió de hombros y York continuó:

—Se le pagará a usted por duplicar este suero y nada más. Pase usted a ver el laboratorio anexo de química que tengo junto a mi laboratorio. Cuando haya usted terminado y esté listo, lo esperaré en la biblioteca para que discutamos los términos y el procedimiento —y salió, haciendo una ligera inclinación con la cabeza.

El doctor Vinson estudió la hoja de papel que tenía en la mano. Era una copia escrita cuidadosamente a máquina, obtenida de algún libro de notas de experimento. ¿Pero de quién era? ¿Y qué representaban? ¿Un elixir? Reflexionando, recordó a Matthew York. Matthew y Anton, padre e hijo. Hacía varios años que Matthew York había publicado un breve tratado sobre el secreto de la vida. En él afirmaba que una interpretación de la vida en términos de energía eléctrica era el único acercamiento al misterio de la vida misma. El libro tuvo buena acogida, convirtiéndose en el precursor de la teoría de la radiogénica. Sin embargo, no se volvió a oír más acerca

de Matthew York.

«Con excepción de esto», pensaba el doctor Vinson, examinando la hoja de papel que tenía en la mano, mientras se hacía mil preguntas.

Ese mismo día, York habló con mucho entusiasmo a su esposa. Le explicó por primera vez, ampliamente, el secreto de su juventud y de la inmortalidad de su cuerpo. Vera no se sorprendió, como si todo el tiempo hubiera estado esperándolo. Por un momento se quedó sin aliento, después agregó:

—¡Y cuando el doctor Vinson haya elaborado ese suero, será para nosotros; tú y yo viviremos por siempre en perpetua juventud, en la plenitud de nuestra vida!

—¡Te amaré por toda una eternidad!

DURANTE el mes siguiente, el laboratorio de York se convirtió en el destino final de una pequeña caravana de materiales nuevos. Gran variedad de sustancias químicas, cajas con aparatos, jaulas con vivaces conejillos de Indias. Todo esto era debido a que el doctor Vinson se había dado cuenta a primera vista de que el suero que le había ordenado York no era tan fácil de obtener. Un mes más tarde, Vinson había logrado algunos resultados alentadores. York lo visitaba muy a menudo para observar sus trabajos. Casi nunca hablaba, y su actitud era la de aquél que espera con impaciencia. Algunas veces su esposa lo acompañaba y juntos observaban a Vinson, sonriendo, unidos en el conocimiento de su secreto.

Vinson continuamente trataba de provocar la conversación de York acerca de su misterioso proyecto.

—York —se quejó Vinson un día—, hay algo que no tiene ilación en los datos que me ha dado para trabajar. Necesito todos los antecedentes. ¿En dónde están las notas originales?

—¿Para qué las necesita? —preguntó York, vacilante.

—Porque lo que busco puede estar en ellas. Algún pequeño dato que descuidó usted al copiar, pero que considero fundamental para entregarle el suero. Vea este conejillo. Lo mató el suero como ha matado a otros, lo que quiere decir que no es el adecuado.

York titubeó. Algún resultado le había impedido siempre mostrar las notas de su padre hasta ese día, ya que para él significaban algo de primordial importancia; sin embargo, necesitaba el suero. Y como el «Infinito» no le había hecho ninguna advertencia, decidió ceder. Le entregaría a Vinson sólo las notas científicas, nunca el diario.

Las manos ansiosas del doctor Vinson hojearon las páginas amarillentas. Sus pupilas se agrandaron y se empequeñecieron momentos más tarde.

El panorama completo se le presentaba claramente.

No bien habían transcurrido varias semanas cuando la cara del bioquímico reflejaba la expresión del triunfo. Junto con York observaba un conejillo de Indias al que había inyectado el día anterior con una sobrecargada dosis de los gérmenes de la peste bubónica. Al conejillo se le veía perfectamente sano.

—¡Ese pequeño animal está a prueba de gérmenes! —evidenció Vinson emocionado—. ¡Ha pasado la última prueba! Con excepción de una muerte violenta, es inmune a todo lo demás. Ya tenemos el mismo suero que su padre elaboraba.

York se volvió hacia él violentamente.

—¡Mi padre! ¿Cómo lo supo usted? ¿Qué?...

El biólogo se sonrió ligeramente.

—¿Para qué andamos con rodeos, York? Su padre elaboró ese suero y lo probó en usted. Fue peligroso, porque el suero era fatal durante la primera mitad del período de prueba; sin embargo, corrió el riesgo sabiendo que si usted sobrevivía, sería completamente inmune a las enfermedades.

—¡Maldito sea usted! —le espetó York, y dio un paso hacia él.

—Espere, York. No he estado espiándolo. La idea me ha saltado repentinamente. Usted debería ser tan viejo como yo, de cincuenta y cinco años, y parece tener sólo treinta y cinco. ¿Entonces? Puedo mostrarle una mosca prieta que haya vivido el doble al promedio de vida normal y continuará viviendo, probablemente por toda la eternidad. Esta idea me maravilló y decidí profundizar en ella.

York se tranquilizó. Después de todo, no podía ocultar el tremendo secreto al hombre que había trabajado con las notas de su padre. Miró con incertidumbre al bioquímico, preguntándose: «¿Qué quería decir eso?».

El doctor Vinson hizo un breve intento por sonreír.

—¡Es usted inmortal, York! Y ama usted a su esposa y la quiere a su lado para que comparta su largo futuro. En consecuencia, me hizo trabajar aquí, hasta obtener ese elixir para ella. Bien, pero ahora permítame advertirle que hay una pequeña probabilidad de que su esposa no obtenga la inmortalidad, sino la muerte.

—Voy a correr el riesgo —dijo York—; prepare usted la dosis adecuada para inyectarla. En caso de muerte...

Hizo un gesto de resignación y continuó solemnemente:

—... usted y yo, Vinson, compartiremos el gran secreto. ¡La fuente de la eterna juventud! Un viejo sueño se convierte en realidad. Después de que a mi esposa le hayamos administrado la dosis, discutiremos muchas cosas. Este elixir puede ser de gran provecho para la civilización y para la humanidad. A mí me permitirá dar fin a mis experimentos, y resolver el secreto de la gravitación universal que no podría lograr en el período de mi vida normal. Pero hay muchos problemas importantes que se suscitarían si ese elixir fuera entregado al mundo. Usted puede adivinarlos.

Vinson no contestó. Sus ojos reflejaban la meditación de una idea incierta. York

se dio cuenta y se dirigió a él rudamente:

—¿Y bien? —exclamó como si fuese un reto.

Los labios secos del bioquímico se entreabrieron, pero no pudo articular palabra alguna. Hizo un gran esfuerzo y balbuceó:

—¡La muerte! Si su esposa muere, piense en la gran responsabilidad, en la culpa...

Si York no hubiera estado preocupado por sus propios problemas, le hubiera exigido la verdad, ya que Vinson no había dejado entrever sus pensamientos, y lo que pensaba, era algo más importante que el destino de una mujer.

—Será mía toda la responsabilidad —dijo York resignadamente—. Tengo el consentimiento pleno de ella.

Y también redactamos un documento legal en el cual me absuelve de toda culpa en el caso de que muera ella a consecuencia de ese suero. De acuerdo con la ley y las cortes judiciales, no habrá delito que sancionar. Y no será usted cómplice de ningún crimen, desde el momento en que no existe tal crimen. ¿Cuándo puede usted tener preparada la dosis?

—En tres días, más o menos —respondió Vinson con voz sorprendentemente tranquila. Su cara y sus manos temblaban como si tuviera fiebre—. Mire usted, quiero poner toda mi atención en ese suero para su esposa y perfeccionarlo tanto como pueda, para aumentar las probabilidades en nuestro favor.

York puso su mano en el hombro del bioquímico.

—Vamos, no se alarme usted tanto —le dijo, dándose cuenta de que el hombre estaba algo más que preocupado.

Vinson sonrió débilmente; York abandonó el laboratorio y se dirigió a contar a Vera que el gran momento en que verían el interminable hall de su gran futuro juntos estaba cerca. Cuando la puerta se cerró tras él, la cara del bioquímico dio salida a las emociones escondidas que ya no tenía por qué ocultar.

—¡Tonto! —dijo con una sonrisa torcida hacia el lugar donde York desapareció.

Si es que existen repetidos retornos a los hechos del destino, esto se manifestó en los eventos ocurridos tres noches después. En detalle ligero, era la vieja historia de amor eterno de Romeo y Julieta, reencarnada.

Alto, guapo, físicamente perfecto, se paró Anton York junto al cuerpo de su esposa; su cara mostraba aflicción. Ella yacía en el sofá con su rostro moldeado por las pacíficas líneas de la muerte. El doctor Vinson se paró al lado como un confundido Baltasar, respirando agitadamente. Sin hablar, fijaba su mirada, de la hipodérmica en sus manos a la pareja ante él.

Hacía unos minutos, mientras York sostenía la mano de su esposa, había inyectado el suero en el brazo de ella. La reacción había sido violenta y sorprendente. La respiración de Vera se había agitado aún más; sus ojos, desorbitados. Con un

breve suspiro y una breve sonrisa a su esposo, volvió a caer en el sofá. Luego, después de dolorosos intentos por respirar, quedó inmóvil.

Vinson soltó la hipodérmica y se acercó al sofá. Se inclinó a escuchar los latidos del corazón. Alzó la vista.

—¡Muerta! —susurró ásperamente—. ¡La suerte no estaba con ella!

La cara de York, abrumada, reflejaba gran desesperación. A pesar de que Vinson le había prevenido varias veces que esto podría suceder, no estaba preparado para recibirlo. Salió silenciosamente del cuarto, sin decir palabra.

Solo con el cuerpo, temerosamente, Vinson observaba esa dulce cara. Recordó su resolución de probar el elixir él mismo, lo que era necesario para los planes futuros que había hecho. ¡Inmortalidad o muerte! ¿Valdría la pena arriesgarse?

York repentinamente irrumpió en la habitación. Tenía la cara pálida y se le veía fuera de sí. Ignorando al bioquímico, cayó de rodillas junto al sofá. No podía dejar de contemplar el rostro tan querido para él. Con un rápido movimiento, York se llevó una mano a la boca. Vinson comprendió lo que aquello significaba y emitió un grito extraño.

Pero el hecho ya estaba consumado. York le dirigió una sonrisa triste.

—El cianuro —murmuró— es mejor que el elixir de la vida eterna.

Y un minuto más tarde, con los labios azulosos, se desplomó sobre el cadáver de su esposa.

Con la boca abierta, Vinson miraba la doble tragedia. Por breves momentos se sintió desfallecer ante el horror de la muerte, pero pronto se recuperó y sonrió.

—Quizá fue mejor así —murmuró—. York tal vez se hubiera resistido a mis planes. Él es, o era, un hombre altruista. Estoy seguro de que se hubiera opuesto, y yo estaba resuelto de todas maneras a no dejar que nada ni nadie se interpusiera en mi camino.

Rio brevemente y exclamó:

—¡El gran tonto! Con la mayor fortuna que ningún ser humano tuvo jamás, y lo único que pensó fue hacer inmortal a su esposa. Supongo que más tarde hubiera encauzado él sus siglos de búsquedas en beneficio de la humanidad. No fue capaz de pensar en algo tan importante como el «poder». ¡El poder de la inmortalidad! Yo sí pienso en ello. Sí. Antes que nada, perfeccionaré más el elixir para tener mayores probabilidades de sobrevivir. Y entonces...

Vinson interrumpió su meditación.

—Tengo que huir de aquí —se dijo—. No me deben relacionar con este asunto. Tengo que estar solo para pensar, planear y construir —recapacitó lentamente en esta última palabra y le brillaron los ojos de una manera extraña—. Me cambiaré el nombre. Reuniré todo mi dinero y saldré del país en secreto. ¡Esto determina una nueva fase en mi vida y en la historia del mundo!

Una vez más se volvió para mirar las formas inmóviles que yacían en el sofá.
Con un sentido melodramático, dirigiéndose a ellos, murmuró:
—¡Nos encontraremos muy pronto en la muerte o nunca en la eternidad!

Capítulo IV

EL DOCTOR Vinson salió por fin de la sala de York y se dirigió al laboratorio en donde había obtenido el elixir. Hizo una fogata en el piso con las notas de Matthew York, grabó en su memoria el gran secreto, y después, obedeciendo a un pensamiento repentino, tomó un recipiente que contenía varios litros de alcohol y lo dejó rodar hacia los papeles que se quemaban. Esperó a que rompiera el vidrio el calor, e hizo que el fuego cundiera sobre el resto del piso. Las llamas empezaron a trepar por los bancos de trabajo, pronto llegaban al techo.

Vinson se volvió. Una negra sonrisa ensombreció su cara.

—De estas cenizas nacerá mi imperio inmortal —gritó a voz en cuello, y salió del lugar.

Las llamas devoradoras convirtieron en holocausto amarillo el gran edificio en el que estaban el laboratorio y la casa de Anton York. Pero el destino no había dado fin a la representación de la historia de Romeo y Julieta. En el cuarto en donde parecía haber ocurrido una doble tragedia, había señales de vida.

Vera abrió los ojos y trató de sentarse en el sofá. El cuerpo de su esposo se deslizó por encima del suyo y rodó lentamente hasta el suelo. Vera lo vio aterrorizada y lanzó un grito, cayendo nuevamente de espaldas, pálida como muerta.

Pero Vera no había muerto por herida de daga como le ocurrió a Julieta.

Estaba sólo desmayada. Cuando York abrió los ojos momentos más tarde, no podía coordinar sus pensamientos, hasta que los recuerdos, atropellándose, lo hicieron que se pusiera de pie. Por un momento permaneció tratando de explicarse cómo había escapado a la muerte. No podía imaginar que la misma cualidad super eléctrica de su cuerpo que resistía las enfermedades y abastecía la energía de su juventud, también era capaz de luchar contra el efecto que producen los venenos.

Un grito de asombro se le escapó al ver que su esposa respiraba. Había dos manchas rojas que daban color a sus mejillas de mármol.

¡La muerte no los había tocado! Nuevamente otro enigma se aclaró: el poderoso suero producía un estado de coma temporal, igual al que antecede a la muerte, y finalmente aleja la constricción del corazón y los pulmones para permitir que la vida continúe latiendo como en el cuerpo de Vera.

Una espiral de humo que se colaba por debajo de la puerta, advirtió a York el peligro. Abrió y cerró la puerta tan rápido como pudo. Una densa nube de humo penetró en la sala. Levantó a su esposa con sus fuertes brazos y salió del edificio. Sintió un ligero desmayo ante la inminente pérdida de su laboratorio, pero se sobrepuso inmediatamente, experimentando un intenso goce al pensar que los dos estaban vivos. ¡Vivos e inmortales! ¡Los dos!

Un mes más tarde, en un hospital, los ojos de York se iluminaban.

—El peligro ha pasado, Vera —le dijo—. Pasaste por el mismo período de enfermedad por el cual atravesé yo de niño, cuando mi padre me inyectó el suero. Ha sido como la fiebre que resulta como reacción a una vacuna. Pero ya todo pasó, y podremos ver pasar los siglos tú y yo, juntos.

En el hotel en que se habían alojado, Vera le preguntó por Vinson tres meses más tarde.

—El doctor Vinson desapareció en el fuego —le contestó York—. Aún estoy preocupado por él. No descansaré hasta saber en dónde se encuentra. Es la única persona que tiene los secretos de mi padre, ya que posiblemente las notas originales y las copias fueron destruidas por el fuego. ¿Qué hará con el elixir? No puedo dejar de preocuparme. Vinson no es un hombre que vaya a utilizar el secreto sabiamente.

YORK buscó a Vinson incansablemente, y transcurrido un año, le dijo a su esposa:

—Creo que no tiene objeto continuar tratando de averiguar su paradero. He empleado a los detectives más capaces, pero no han encontrado el menor rastro. Adondequiera que haya huido Vinson, lo ha hecho sin dejar huella alguna. Eso es abominable. Tal vez intentó experimentar con el suero y murió. Quisiera creer que así ha ocurrido.

Dos años más tarde, York, orgullosamente, recorría con la mirada su laboratorio ubicado en una parte alta de las montañas. Allí podría realizar otro de sus inventos. Una importante empresa industrial había patentado su super imán que había obtenido de sus anteriores experimentos relacionados con los fenómenos de la gravitación.

—Aquí descubriré el secreto de la fuerza gravitatoria —se dijo para sí.

Cinco años más tarde había llegado a la conclusión de que la fuerza de gravedad formaba líneas de fuerza, muy semejantes a la de un imán.

«¿Qué tiene de extraña la analogía de convertir el movimiento de la energía cinética en electricidad por medio del corte de las líneas de fuerza magnética? —se preguntó—. Si fuera posible cortar el campo de la fuerza de gravedad de manera similar, pero ¿con qué?».

Diez años después, aparecía un nuevo e inesperado obstáculo en sus experimentos. York lo recibió frunciendo el ceño.

Diez años más tarde, Vera y él planearon cuidadosamente cambiar sus nombres para evitar explicaciones acerca de su permanente juventud.

Una década después, habían logrado obtener una perfecta armonía entre la continuidad de su existencia, y la mortalidad les parecía el sueño de su pasado.

Transcurría el tiempo. Su paso implacable no cambiaba a la pareja. Vivían en su casa-laboratorio de las montañas y aún parecían tener treinta y cinco años, tanto exteriormente como en su vigor físico. Vivían en un estado completo de alejamiento

en relación con el resto del mundo. Observaban desde lejos la marcha calidoscópica de la historia, sucesos, del desarrollo, huelgas, hambres, elecciones, cambios sociales, movimientos de los linderos de las naciones, invenciones nuevas, etc... Su aparato receptor de televisión los mantenía informados de todo.

Los experimentos de York lo hicieron penetrar en un campo de acción nunca antes abarcado: el fenómeno de las líneas de fuerza de gravedad. Un campo tan virgen como la escala electromagnética, antes de que Newton y sus sucesores la exploraran. Habían transcurrido más de dos siglos y se había necesitado el concurso de un gran número de sabios para comprender el comportamiento de las ondas de radio y la radiación cósmica que era, hasta entonces, el límite máximo del descubrimiento en ese campo. York trabajó solo y pudo completar su exploración empleando dos siglos más.

En cierto modo, York era igual a la infinidad de científicos que perseguían una sola meta. De vez en cuando se le presentaban dificultades serias y tenía que resolverlas de la mejor manera posible. York era como un nuevo trabajador que se hacía cargo de la obra que alguien había dejado inconclusa antes de morir. Pero en cambio, tenía la ventaja de que siempre se conservaba en perfectas condiciones, tanto físicas como mentales.

Esto daba por resultado que una tarea en la que normalmente se hubiera requerido todo un millar de años de ciencia, se realizaba sólo empleando una quinta parte del tiempo abreviada por su empuje irresistible.

—¡He cortado las líneas de fuerza de la gravedad! —dijo un día triunfante—. Utilizo rayos convexos de luz como abastecedores de energía. Los hago pasar a través de unas bobinas de cuarzo, exactamente como a la electricidad en una hélice de alambre de cobre, al crear un campo magnético. El campo magnético se usa en sentido opuesto en relación con otro, para producir la energía cinética. El campo cuarzo con el que trabajo produce un campo de gravedad en oposición a la gravitación terrestre al producir movimientos cinéticos. ¡Un movimiento ilimitado de energía cinética, obtenida directamente del campo de gravedad de la Tierra!

La voz de York se convirtió en un himno de entusiasmo.

—Ésta es la respuesta a los viajes espaciales, si yo pudiera perfeccionar mi aparato hasta el punto en donde un simple rayo directo de luz solar active rotores de cuarzo. También tengo que hacer una batería que se cargue con la luz solar para que haga girar los rotores; de esa manera una nave en el espacio necesitaría sólo de la perpetua luz solar para ser activada. ¡Vera, estoy muy cerca de obtenerlo! —gritó.

Realmente York estaba muy cerca y sin embargo todavía le tomó un cuarto de siglo realizarlo. Casi habían transcurrido ya cien años desde que había inyectado el suero a Vera. York sometió su nave a la primera prueba. Era un globo de tres metros de diámetro construido con un metal ligero, y provisto de varias ventanillas de cuarzo

sumamente grueso. Dos espejos convexos en la parte alta habían sido instalados para que proyectasen la luz del sol sobre unos botones de selenio extremadamente sensitivos. Un milagro de la ciencia de York hacía pasar la radiante energía de la luz solar hacia el interior de las baterías de la nave, como el agua cuando entra por un túnel.

York subió y puso a trabajar la máquina, al principio se movía torpemente, tuvo que hacer un cambio en los campos de gravedad artificial. Entonces fue posible mover la pesada nave esferoidal con una velocidad relampagueante. Daba la impresión de una bomba de acero brillante que procediera de algún cañón gigantesco.

Después del aterrizaje, saltó del interior de la nave, alborozado.

—¡No puedo decirte lo emocionado que estoy! —Le dijo a su esposa—. Piensa en esto: podemos almacenar en la nave lo que necesitemos y lanzamos al espacio a explorar otros planetas.

Ese mismo año, hicieron un viaje a la Luna. Después de la experiencia, York tuvo oportunidad de perfeccionar su aparato todavía más. Efectuaron viajes a Marte y a Venus. Más tarde comenzó a planear viajes hacia las estrellas. Eso requeriría una nave más grande para almacenar mayor cantidad de abastecimientos. Los motores tendrían que ser impulsados solamente por la luz de las estrellas y la fuerza de gravedad más tenue. Considerando esos nuevos problemas, comenzó a construirla. Si su cualidad de inmortal lo había hecho sentirse como un dios, la facultad de poder explorar el éter era aún algo más que un atributo reservado a los dioses.

Pero un día pudo reflexionar y se dio cuenta de que esto lo había embriagado; de la misma manera le ocurrió cuando se convenció de su inmortalidad. Entonces, entusiasmado, se sentó a escribir los planes completos de su unidad anti gravitacional. Y pensó enviarlos a todas las instituciones científicas del mundo entero.

Terminaba de detallar su larga y complicada explicación cuando llegó Vera a informarle acerca de las noticias inquietantes que transmitían por la radio. Durante todo el año anterior, habían estado sucediéndose misteriosas invasiones en los distantes sectores del mundo. Misteriosas pero de poca importancia, ya que envolvían sólo regiones oscuras. Los invasores siempre habían llegado en pequeñas y veloces naves equipadas con armas de destrucción increíbles. Se habían recibido muchos informes de los lugares afectados, pero parecía que nadie podía explicar de dónde provenían tales invasiones, o quién las dirigía.

Aquella noche las noticias eran alarmantes:

«Roma acaba de ser objeto de un terrible bombardeo por una flota de naves aéreas rapidísimas», informó al mundo un locutor exaltado. «Pueden haber sido las mismas naves que han tenido aterrorizada a la Tierra por más de un año. Todos se han levantado en protestas. ¿Cuál ha sido la nación que ha sido tan cobarde de atacar en

forma tan artera?».

Los ojos de York reflejaron nuevamente las dolorosas experiencias que había sufrido durante la guerra mundial.

¡Guerra! La más absurda de todas las atrocidades humanas.

—¿Acaso no han tenido bastante? —gritó—. Pelearon como bestias durante una década hace sólo un siglo.

Estuve tentado de revelarles mi super arma, y dejarlos que se hicieran pedazos hasta destruirse en forma total.

Ahora nuevamente siento deseos de hacerlo.

Al día siguiente Berlín fue bombardeado. Después París, Londres y Moscú. El mundo se sobrecogía. ¿Qué nación se atrevía a desafiar a Europa? Más tarde se recibieron noticias de que Tokio había sufrido un impacto terrible, después de Washington. ¿Qué fuerza podría desafiar al mundo entero? Una nueva ola de terror apareció cuando una gigantesca flota de naves aéreas alemanas e italianas, había sido aniquilada por unas cuantas pequeñas naves invasoras. El enemigo parecía estar dotado de un arma poderosa de largo alcance, que hacía la victoria ridículamente fácil.

York esperaba que la fuerza desconocida se manifestara abiertamente, para actuar. Después de una sucesión de bombardeos, que no habían tenido otro objeto que dar una exhibición de poderío, el mundo quedó consternado. York decidió actuar inmediatamente.

«Al fin el enemigo se ha descubierto», se anunció en forma alarmante por la televisión. «Esta tarde se captó un mensaje en las principales estaciones oficiales. Los invasores que han bombardeado las principales ciudades del mundo, se llaman a sí mismos “los inmortales”. Exigen una conferencia en la que participen todas las naciones y anuncian que deberán ser aceptados como únicos gobernantes de la Tierra. En pocas palabras, “los inmortales”, quienesquiera que sean, demandan el dominio del mundo. ¡O son aceptados por todas las naciones, o el mundo se enfrentará a la amenaza de continuos bombardeos y la destrucción total que hará la flota invencible de sus naves!».

York y Vera se enteraron también.

—¡El doctor Vinson! —Murmuró York—. Es Vinson y una banda de demonios sin alma en su afán de conquistar la Tierra. Durante cuatrocientos años lo han venido planeando. Nunca pensé que llegaría a tales extremos. En algún lugar recóndito él y su grupo, todos ellos inmortales, deben de haber estado trabajando hasta llegar a alcanzar este día. Sin duda alguna que todos ellos son técnicos o científicos. Hombres que en lapso de un siglo pudieron hacer importantísimos descubrimientos. Naves inmensamente superadas, super-armas y planes cuidadosamente elaborados. Es un juego en grande y han hecho preparativos en gran escala.

Anton York le comunicó a Vera su enojo.

—¿Por qué no pensé esto? Todo estaba tan claro. Durante el año anterior, hicieron impulsiones experimentales para medir sus fuerzas y efectividad. Debí sospecharlo y prepararme. ¡Ahora ya han asestado los nuevos golpes y el fin se acerca! ¡Verdaderas armas científicas contra el armamento anticuado del mundo! ¡La lucha de la avispa contra el oso! Puede agujonear una y otra vez, sin objeto, siendo demasiado rápida y pequeña para ser aplastada por el poderío de la bestia.

Fatales noticias fueron transmitidas por televisión, anunciaban la terrible crisis a que debía hacer frente el mundo. Secreta y apresuradamente se había formado la mayor y más selecta flota aérea de combate que jamás se había tenido en la Tierra; incluía elementos de las naciones más importantes y no tenía otro fin más que hacer frente a los inmortales. El reto había sido rápidamente aceptado.

La increíble noticia daba cuenta, por boca de los aterrorizados corresponsales, de que, mientras las flotas de las naciones después de contrarrestar un furioso ataque, habían logrado acabar sólo con tres naves del enemigo, éste había sufrido, en cambio, la destrucción de una tercera parte de sus naves; las restantes habían sido dispersadas.

Vera se alarmó al ver la palidez que invadió la cara de York al escuchar la noticia.

—¡Yo soy el único responsable! —murmuró ásperamente—. ¡Yo dejé que el peligroso secreto de la inmortalidad cayera en manos de Vinson! —Continuó, tomando un tono severo de fatal amenaza—, ¡tengo que actuar antes de que sea demasiado tarde!

Era el clímax del super período de vida de Anton York.

Sin más armas que unas cuantas hojas de papel llenas de diagramas y cifras, York descendió en Washington, de su silenciosa nave. Allí anunció que podía luchar contra la potencia enemiga. Más que reírse de él, lo escarnecieron; la situación no estaba para risas.

Capítulo V

SIN EMBARGO, la nave de York vencía la gravedad y ésta no era nada que causara risa. Un grupo de científicos se reunió a toda prisa. Finalmente aprobaron que lo que York proponía, era en teoría una cosa extraordinaria. Al mismo tiempo, llegaban noticias de que los inmortales habían obtenido una victoria completa en Europa, y en esos momentos arrasaban el continente asiático. Si Japón caía, continuarían con América, considerada como la única fuerza de oposición que quedaba.

Las ruedas de las industrias se pusieron en movimiento para fabricar a toda prisa y como nunca antes lo habían hecho, los aparatos que York necesitaba. Su laboratorio se instaló en forma secreta en Pittsburg. El arma terrible que York había planeado cuidadosamente durante más de un siglo, comenzó finalmente a tomar forma.

En dos semanas estaba casi terminada durante ese tiempo; los inmortales habían dominado el hemisferio oriental y dirigían su mortífera y minúscula flotilla hacia el occidente.

Durante el primer encuentro, la defensa aérea de los Estados Unidos fue destruida por los rayos devastadores del enemigo. Los rayos tenían la potencia de una bomba de dos toneladas a corto alcance; sin embargo, eran invisibles y silenciosos.

«Habrá que rendirnos».

El eco del grito llegó hasta las altas esferas del gobierno.

—¡Esperen! —Ordenó York—. ¡Aguarden!

Casi hipnotizados, lo obedecieron.

Los inmortales, después de lanzar un ultimátum, empezaron vertiginosamente a destruir las ciudades hasta sus cimientos. Las reservas de combustible y de armas que tenían, parecían inagotables. San Francisco, Denver y San Luis fueron los primeros en sucumbir ante los furiosos ataques.

«¡Ya tenemos bastante! ¡Tenemos que ceder!», fue el clamor horrorizado de los gobernantes y de los estadistas.

—¡Esperen! —Gritó York—. ¡Sólo tres días más! Esperen.

Durante aquellos tres días, Chicago, Cincinnati y Filadelfia quedaron convertidas en ruinas humeantes. ¡Y la flota invencible enfiló a la ciudad de Nueva York!

Pero también en aquellos tres días, York terminó sus preparativos. El arma fue montada en su nave. En la parte superior sobresalía un largo cañón de fibra de vidrio que podía ser manejado por York haciéndolo girar en todas direcciones desde el interior de la minúscula nave. Había varios alambres de conexiones que penetraban temerariamente en el casco de la nave. Con un rápido cambio, York había acondicionado su aparato contra la gravedad, a fin de utilizar las tremendas fuerzas del campo de gravitación, de la Tierra, como si fuera un proyectil lanzado por el cañón.

Por medio de la radio entró en contacto con los inmortales y los desafió, instándolos a que no continuaran hacia Nueva York, y regresaran para enfrentarse con él. Podrían haberlo tomado como un alarde desesperado para salvar a la ciudad, pero fue York quien en persona lanzaba el reto, directamente al doctor Vinson.

—¿York? —Se oyó la voz inconfundible de Vinson—, ¿Anton York? Imposible, él...

—No morí, Vinson. Sobreviví al cianuro y había estado esperando a que apareciera usted en la escena. Casi lo había olvidado durante los siglos que han transcurrido. Pero la moneda falsa siempre salta a la vista. Ya ha causado usted innumerables daños, Vinson, pero eso se terminó. Me enfrentaré a la flotilla en donde usted quiera y ofreceremos un gran espectáculo. Si rehúsa enfrentarse conmigo a la mitad del camino, le daré caza hasta los más apartados confines de la Tierra, o hasta el último rincón del Universo si es necesario.

Se escuchó la voz de Vinson al hablar atropelladamente por la radio. Era la primera vez que los invasores que rodeaban a su jefe veían el miedo reflejado en su rostro.

Se preguntaban intrigados qué clase de hombre podía ser ese York para que hasta su maestro, tan seguro le temiera.

Entonces Vinson volvió a hablar nuevamente:

—Espere, York. Yo no sé de qué armas disponga usted para que con tanta confianza pretenda hacerle frente a mi flotilla, pero escuche lo siguiente: usted es inmortal como nosotros. Usted es de los nuestros, York. Seremos los amos de la Tierra. No le guardo ningún rencor. Únase a nosotros y terminemos todo. ¿Por qué habríamos de tener problemas?

—Usted gobernará la Tierra sin mí, o no la gobernará nunca —la voz penetrante de York se dejó escuchar por el micrófono.

—Antes tendrá que apartarme de su camino. ¡Escoja el lugar! Que sea sobre las cataratas del Niágara —la voz de Vinson, incierta al principio, se había vuelto arrogante y confiada—. ¿Qué puede usted hacer contra la flota que ha destrozado al mundo entero?

Para aquellos ojos afortunados que presenciaron la batalla, ésta debió parecerles una pelea entre dioses, especialmente para los que escucharon las palabras que intercambiaron York y Vinson.

La nave de York era como una esfera brillante de metal y de vidrio. Se precipitó desde las nubes a varios kilómetros de la flotilla de los inmortales. Un grupo de diminutas figuras negras se alcanzaba a distinguir alrededor de la base giratoria del cañón de fibra de cuarzo. Sujetos a los asientos de resorte, estaban los artilleros de York; eran hombres con nervios de acero que no conocían los detalles científicos del arma, pero que sabían que cuando se apuntaba el largo cañón del arma y se tiraba de

una palanca, algo que se libraba causaba la destrucción. Fuera de esto no tenían más que su inquebrantable determinación y un valor sin límites.

Como un zumbido de furiosas avispas, la flotilla de Vinson se lanzó tras de la nave solitaria. La nave de York, volando sobre las aguas del lago Erie, estaba suspendida como un águila dispuesta a caer sobre su presa. El largo tubo delgado de fibra de cristal giró hasta apuntar hacia donde venían las naves. El cañón escupió una cosa azulosa que vibraba, lanzando una ráfaga de rayos violáceos a unos tres kilómetros, distancia que lo separaba de los inmortales.

¿Qué inconcebible fuerza era aquello? Nadie lo entendería jamás. York podía haberlo descrito brevemente, como una combinación de vibraciones sónicas de átomos armonizados y vibraciones de rayos gamma de electrones armonizados, los cuales en conjunto eran capaces de destruir la materia en delgadísimos filamentos, sin revelar su secreto. Era un tipo de onda existente en el estadio de transición del audio éter que se encontraba en el límite de lo conocido y lo desconocido, de acuerdo con lo catalogado por la ciencia.

Pero sus efectos no eran misteriosos. El armazón de una docena de naves enemigas quedó retorcido extrañamente, estallando en pequeñas burbujas de vapor y convirtiéndose en gigantescas nubes de polvo negro que cayeron lentamente en las aguas del lago Erie. El resto de la flotilla se desplazó hacia un lado, alejándose de aquella pavorosa arma. Sin embargo, antes de que se hubieran retirado completamente, otras doce naves quedaron convertidas en simples espirales de hollín negro.

York sonrió irónico. Había preparado deliberadamente el radio de acción de los rayos del arma. Cada vez que lanzara su poderosa carga, la acompañaba la liberación de una gran energía, debida ésta a la fuerza de gravedad que utilizaba el arma.

El alcance de las armas de los inmortales era algo semejante, pero ellos nunca pensaron que tendrían que usarlas contra esa nave solitaria a cinco kilómetros de distancia. Momentos más tarde se escuchó el ruido monótono que ocasionaba la violenta conmoción de la atmósfera al ser rasgada por las corrientes invisibles que producían los rayos potentes de los inmortales.

Los rayos eran radiaciones catódicas amplificadas, de electrones de millones de vatios lanzados a la mitad de la velocidad de la luz.

A York no lo sorprendieron distraído. Su nave se había desplazado hacia lo alto, formando un ángulo de los noventa grados con respecto a la posición del enemigo. Y ofrecía un blanco que se desplazaba a una velocidad de 16,000 kilómetros por hora. York consideraba que era una crueldad emplear las descargas de su arma destructora en aquellos hombres, pero también pensaba que era necesario; y llevó su nave más arriba de las nubes.

Los inmortales parecían confundidos. Se dispersaron formando un gran círculo y

lanzaron sus rayos hacia lo alto, con la esperanza de dar a ciegas en el blanco. Cuando York apareció, estaba muy lejos de su posición anterior y anunció su presencia con la destrucción de ocho unidades más de la flotilla de Vinson. ¡La mayoría de las naves enemigas habían sido destruidas cuando en realidad comenzaba la pelea!

La parte inferior del escenario estaba formada por las aguas del lago Ene, que hervían y se levantaban en grandes nubes de vapor. Aunque York trató de evitarlo, las cataratas del Niágara recibieron la mayoría de las descargas de sus rayos, quedando en menos de un minuto convertidas en una masa de aguas agitadas y nubes de vapor negro.

Los inmortales huyeron derrotados y tomando distintas direcciones. Pero la ligera y devastadora espada de destrucción de la nave de York las fue aniquilando una por una. Su alcance era ilimitado. Después de una breve persecución, destruyó hasta la última nave. ¡La terrible amenaza de los inmortales había pasado a la historia!

El mundo tuvo que conformarse con rendir homenaje a tres de los cinco hombres que habían manejado el cañón de York. A los otros dos que murieron a consecuencia de la terrible prueba a que fueron sometidos, se les enterró con los honores que merecen los héroes.

York los dejó en tierra y partió velozmente, sin hablar una sola palabra con nadie; sin esperar muestras de agradecimiento ni recibir alabanzas. Había llegado como un dios, y como un dios se había retirado.

Poco tiempo después se internó en el vacío, dejando tras él la herencia de los viajes espaciales; Vera lo acompañó. El secreto de la super arma se lo llevó consigo, pero el de la inmortalidad nunca más lo consideró suyo. Tomó la determinación de no volver a confiarlo a nadie.

La Tierra había conocido a un hombre que estuvo a punto de destruirla y York la había salvado. Un hombre que marcó el camino hacia otros mundos y exhibió un arma aterradora para advertir a la humanidad hasta dónde podría llevarlos una nueva guerra. Un hombre acerca del cual se tejerían muchas leyendas; unas falsas, otras verdaderas.

Pero el hombre se había ido para siempre. Una vez que les dio la suprema libertad del vacío, no pudo regresar a la estrechez de la Tierra. Tampoco quiso volver a intervenir, ya fuera altruístamente, o en alguna otra forma que afectara el curso normal de los asuntos terrestres.

Siguió y siguió adelante, él y su compañera inmortal. Sus conocimientos y sabiduría alcanzaron proporciones cósmicas. Visitaron muchos mundos y muchos soles. El tiempo no significó nada para ellos. Descubrieron el secreto del estado de suspensión animada voluntaria, en la que no se requería tomar alimentos ni regresar el aire. Se convirtieron en verdaderos dioses.

Algún día, en un futuro impredecible, tendría que morir ese semidiós hecho por el hombre. Algún día, cuando las alabanzas del tiempo hayan disminuido suficientemente la cantidad de radiaciones cósmicas que dan vida a los dioses.

VIDA ETERNA

Capítulo I

MASON CHARD SONRIÓ.

Hacía un año que viajaba él sin rumbo fijo por las profundidades interplanetarias del sistema solar.

Su nave inter-espacial, cuyo casco era de berilo, estaba impulsada por la acción de las fuerzas de gravitación que llenan el espacio. La planta motriz de la nave absorbía activamente la radiación solar, y la distribuía a través de las bobinas de cuarzo que giraban vertiginosamente, y que al cortar las líneas de la fuerza de gravedad, producían movimientos reactivos. La misma energía titánica que hacía girar eternamente los majestuosos planetas en sus órbitas, era utilizada en parte para impulsar la pequeña nave. Una super energía ilimitada y eterna, ya que la fuerza gravitatoria es también eterna.

¡Eternidad!

Esa palabra le gustaba a Masón Chard, ya que, a menos que tuviera él una muerte violenta, Masón Chard era eterno. Por sus venas corría una sangre enriquecida por enzimas que se renovaban a sí mismas y que eran la antítesis de la muerte y la decrepitud. Las células de su cuerpo estaban dotadas de radio genes, las minúsculas baterías de la vida que absorbían la energía de los rayos cósmicos de que está provisto el universo. Masón Chard no podía morir a consecuencia de una enfermedad o de vejez hasta que el universo hubiera sufrido tal desgaste que la radiación cósmica se viera reducida a la mitad. ¡Y eso no ocurriría en millones de años!

El inmortal rio nuevamente. Sus reminiscencias cubrían en orden inverso la mayoría de los acontecimientos históricos de la humanidad. Apenas un año antes, la vigorosa raza de los terrícolas había establecido una base en el lejano Plutón y con ello había completado una fase de la construcción de su imperio. Varias guerras interplanetarias habían pasado antes de esto; pioneros heroicos e intrépidas proezas de exploración o sucedieron. El transcurrir de un millar de años, gloriosos y pletóricos de tragedias, se deslizó por la mente de Masón Chard. Las risas que emitía eran provocadas por los recuerdos de aquellos tiempos en que había sido participante en el concurso de la historia.

Hubo una ocasión, por ejemplo, en la que había guiado la insurrección de los habitantes de Calixto contra los dominadores terrícolas, por la simple diversión de apoyar una causa perdida. Otra vez había destruido sucesivamente tres naves de rescate que iban en busca de un grupo de exploradores náufragos en las selvas de

Titán, con el único fin de ver morir a aquellos valientes hombres.

Chard había tenido que buscar diversiones en aquellos siglos interminables para huir de esos ciclos de terrible tedio. Hacía mucho que se sentía libre de todo compromiso o de lealtad facial. Vagando a su placer por el vacío interplanetario, como un anarquista, mito y misterio a la vez, había maldecido muy a menudo los progresos y el creciente dominio de la humanidad en el sistema solar. Junto con los lazos de la sangre y las tradiciones, Chard se había despojado de sus sentimientos. No le causaba la menor pena ver a millones de tripulantes de naves espaciales, aniquilados en las guerras de los mundos provocadas personalmente por él entre Venus y Tierra cinco siglos antes. Había visto la matanza en su pantalla visora, divirtiéndose grandemente.

Los recuerdos de Chard le trajeron los turbulentos sucesos de la mitad del siglo veinte. Tenía entonces treinta y cinco años reales, y su ocupación era la de científico e investigador. El doctor Charles Vinson, su antiguo maestro, lo había llamado para asistir a una conferencia secreta junto con otros cincuenta hombres de ciencia, desarrollando con ayuda de ellos un asombroso proyecto. Les había inyectado el elixir de la juventud, cuya fórmula le había robado a Anton York. Los inmortales habían dado principio a la conquista de la Tierra. Más tarde, sin embargo, Anton York había hecho fracasar el plan, destruyendo la flotilla de los inmortales.

De todos ellos, sólo Masón Chard había escapado del desastre. Había quedado él a cargo del cuartel subterráneo secreto que tenía en el Tíbet; y por esta razón no se expuso a la venganza de York. Durante varios años permaneció escondido. Esperó a que Anton York saliera a vagar por el sistema solar, y cuando lo vio hundirse en medio de las estrellas como un dios cuya misión hubiera terminado, decidió entrar en acción.

Manteniendo su personalidad en secreto, Chard observaba cuidadosamente la Tierra. Utilizó la herencia de los viajes espaciales que York había dejado, y se lanzó a la conquista del sistema solar.

Fue entonces cuando hizo el intento de gobernar la Tierra. Al llegar a aquel punto en la revisión de su pasado, Chard rio nuevamente, esa vez ásperamente.

«Durante mil años he venido jugando con el destino», se dijo, mirando hacia la inmensa cúpula formada por las estrellas. «Pero he aprendido mucho; ahora estoy preparado para poder realizar los planes de Vinson que no pudo llevar al éxito y que yo mismo intenté un poco más tarde. Hombres antecesores nuestros, como Napoleón, el huno Atila, y Alejandro el Grande, lo intentaron vanamente. Pero ahora yo voy hacia la gran conquista. No del mundo que ellos conocieron, sino del mundo actual. ¡El sistema solar completo!».

Sus ojos fríos y crueles brillaron como si les encendiera un fuego repentino.

«Tengo el poder para lograrlo, y lo que es más importante, conozco el método

para hacerlo. ¡Se realizará mediante el terror! Ésta es una debilidad común de toda la humanidad, y soy la excepción. He aprendido a reírme de él. Pero los mortales lo conocen perfectamente. Puedo atacarlos hasta terminar con ellos, atar sus manos y hacerles perder el juicio. Provocaré tal miedo, que se posesionará de todos los seres vivos del sistema solar. Jugaré con él, alimentándolo, hasta que ellos se arrastren a mis pies. ¡Llegaré a convertirme en el emperador de los nueve mundos!».

En su éxtasis, Masón Chard levantó el puño cerrado y, dirigiéndose a las estrellas que lo contemplaban, lanzó un juramento:

—¡Uno contra millones y millones, y yo triunfaré! Una vez más su ego había encontrado algo con que alimentarse.

Capítulo II

EN ALGÚN lugar del espacio interestelar, Anton York, un semidiós hecho por el hombre, vagaba por las profundidades ignoradas del vacío. Un ser inmortal, y con una sabiduría más allá de todo entendimiento humano, se hundió en un letargo interminable, encontrando placer en observar lo majestuoso del cosmos. Las estrellas lo rodeaban como manchas de plata en la cúpula celeste; Vera York, su inmortal compañera, estaba con él.

El amor terrestre se había transformado en un lazo espiritual que los había convertido casi en un solo ser. No necesitaban ni aire ni alimentos; sus cuerpos se encontraban en un estado de suspensión animada. Sus mentes eran las únicas que estaban activas y se comunicaban por telepatía. La nave era alimentada por el vasto almacén de energía de la cual el espacio infinito estaba repleto. Las líneas de gravitación de los soles gigantescos y distantes, le daban a la nave movimiento artificial. York y Vera, completamente desligados de las reglas de la ciencia terrestre, habían sobrepasado muy a menudo y a voluntad, la velocidad de la luz. Habían navegado durante siglos, nómadas en el cosmos.

Hubo ocasiones en las que se habían detenido para visitar otros sistemas planetarios y establecer contacto con sus habitantes. Presenciaron la vida en cientos de extrañas e increíbles formas. En el universo existían mentalidades cuyos procesos de pensamiento eran singularmente impenetrables. Nunca hallaron ningún vínculo con otras inteligencias. Ni tampoco durante sus viajes siderales llegaron a encontrar algún sistema planetario semejante al del Sol, ni otra configuración como la de la Tierra.

Así dedujeron realmente lo que les ocurría. Podían ser inmortales, separados de todo lo humano y lo supra humano. Al mismo tiempo podían considerarse infantes del espacio; pero sufrían una intensa nostalgia. Habían vivido en el espacio cinco veces más de lo que vivieran en su lugar de nacimiento; sin embargo, al repasar con cuidado el trayecto que ya habían recorrido, se dieron cuenta de que se dirigían hacia su casa.

Cuando estuvieron más cerca de la estrella amarillo blanquecina, sepultada en un costado de la gigantesca masa giratoria de la Vía Láctea, un latido cálido pareció penetrar en su cerebro.

El Sol pareció aumentar de tamaño conforme seguían su curso, y daba la impresión de agigantarse, sobresaliendo de entre las demás estrellas. Anton York se liberó del estado hipnótico de suspensión animada en que se encontraba. Unos aparatos gobernados mentalmente pusieron en movimiento varios mecanismos que proporcionaban aire, calor y gravedad artificiales. Sus pulmones aspiraron profundamente. Era la primera vez que lo hacía desde muchos años atrás.

Repentinamente, su corazón empezó a latir dentro de su pecho. La sangre congelada, portadora del elixir de enzimas, reanudó su circulación a través de las células cuyos radio genes transformaban en energía vital los rayos cósmicos.

Su esposa Vera se le unió momentos más tarde. Se abrazaron y percibieron la sensación de sus cuerpos. La nave volvió a ser la agradable sala, después de que durante varios siglos, mientras vagaban por los más recónditos auges, había sido sólo una urna fría.

York consultó sus instrumentos e hizo rápidamente algunos cálculos mentales.

—Hemos estado alejados del sistema solar, precisamente mil y un años terrestres —anunció—. Cuando salimos de él, teníamos treinta y cinco años y ésa es exactamente la edad que tenemos ahora a nuestro regreso, también físicamente hablando. Es obvio que mental y espiritualmente somos mucho más viejos. Hemos vivido mucho, ¿verdad, Vera?

—¡Y gloriosamente, Tony!

—Es extraño que hayamos regresado a este pequeño y gris sistema planetario. ¿Recuerdas el sistema grandioso de los tres soles, uno blanco, uno rojo y el otro anaranjado, con sus cincuenta y seis planetas gigantes?

Y, sin embargo, en cierto modo, me alegra nuestro regreso.

—No hay otro sitio mejor que el hogar —comentó Vera alegremente. Ella sabía que iba a disfrutar con el placer de revivir los viejos recuerdos.

York enfiló la nave hacia la parte Norte del sistema solar, mientras describía un enorme trayecto parabólico. Muy pronto apareció Plutón, luminoso y oscuro entre las estrellas. York desplegó toda la potencia de la nave y lo dejó atrás. Después, ante las ventanillas se dejó ver Neptuno dando la impresión de que era sólo un fuego fatuo. Urano, con su color gris acero y su atmósfera humeante, exhibió los cinco vastos satélites que poseía, girando éstos al igual que él en sentido retrógrado.

York dirigió el curso de la nave en forma oblicua, y se deslizó por la parte superior del amarillento Saturno adornado con sus tres anillos brillantes y su gran número de lunas. Vera estudió el panorama con el telescopio de la nave, comentando que la belleza pura de Saturno nunca sería igualada en todo el espacio.

Se acercaron al ciclópeo Júpiter, un ágata rayada con bandas pardas. Habían visto planetas más grandes al lado de los cuales Júpiter aparecería pequeñísimo, pero la impresión que causara no la tenía ningún otro gigante del espacio. Vera observaba por el telescopio asombrada. Cuatro de las lunas más grandes de Júpiter cintilaban brillantemente cerca del planeta. Los otros satélites de menor tamaño se veían más tenues, pero se distinguían de las estrellas por sus pequeños discos.

Súbitamente, Vera miró hacia arriba.

—Tony —preguntó intrigada—, ¿cuántas lunas tenía Júpiter?

—Doce, y aún debe tener las mismas.

—Eso es lo que yo pensaba —declaró después de unos momentos—. ¡Hay solamente once!

—¡Eso no tiene sentido!

—Cuéntalas tú mismo.

York tomó el telescopio y contó detenidamente. Muy cerca del planeta, como una diminuta mosca plateada preparándose para pararse en el suelo, vio la primera luna joviana. Un poco más alejadas, en su orden, estaban las cuatro lunas mayores: primero Europa, Ganímedes y Calixto. A una distancia siete veces mayor, se veía otra más pequeña; duplicando ésa lejanía se veían otras dos de menor tamaño. Por último, aún más lejos se veían cuatro más. Eran once en total. Faltaba una. ¿Pero cuál era?

Desconfiando de su memoria, la cual tenía que retroceder un millar de años, York buscó entre su archivo y extrajo un viejo libro de astronomía. Volvió las páginas hasta encontrar los diagramas del sistema joviano y comparó las órbitas que aparecían impresas con las imaginarias que se veían por el telescopio. El satélite faltante era el número seis, una luna pequeña que tendría alrededor de ciento cincuenta kilómetros de diámetro y cuya órbita se localizaba a una distancia de unos trece y medio millones de kilómetros del planeta.

—Hay algo misterioso en esto —murmuró York, levantándose—. Una luna no puede desaparecer así nada más. Es cierto que hemos estado ausentes desde hace mil años, pero esa luna venía girando dentro de su órbita millones de años antes de que partiéramos.

¿Qué significaba la desaparición de ese satélite de Júpiter?

Unas horas más tarde, al acortar la distancia que los separaba del planeta, un indicio más claro. York había sintonizado su poderoso radioreceptor y escuchó la asombrosa mezcla de voces que vibraban en las ondas etéreas.

Era evidente que el idioma español, aunque se hablaba universalmente, había sufrido considerables alteraciones. Escuchándolo cuidadosamente, York se dio cuenta de que era más armonioso y que tenía mayor fluidez. Consideraba que, sin duda alguna, la manera en que Vera y él se expresaban, parecería arcaica a la gente del siglo treinta y uno.

Inesperadamente, una voz potente y atronadora opacó todas las estaciones haciendo vibrar las bocinas reproductoras del sonido. La energía que se utilizaba para esa transmisión debía costar una fortuna inmensa. La voz era fría, dura, sin reflejar emoción ninguna, y sólo mostraba arrogancia. Comenzó diciendo:

—¡Habitantes del sistema solar, particularmente ustedes, gobernantes del divino Júpiter! Indudablemente se han dado cuenta de que el sexto satélite de ese planeta ha desaparecido de su antiquísima órbita. Preguntarán ustedes dónde está. En estos momentos se encuentra a varios millones de kilómetros de su posición anterior y aún continúa alejándose. Este fenómeno no tiene precedente. Ustedes querrán saber qué

fuerza inconcebible, pero natural, lo ha provocado.

El que hablaba hizo una pausa y prosiguió dramáticamente:

—¡No es una fuerza natural! ¡Es un producto del hombre! Esa luna perdida, literalmente hablando, fue arrastrada lejos de su planeta primario, impulsada por rayos de energía de una máquina infinitamente poderosa ¡Yo, el inmortal, construí esa super-máquina y cambié de lugar un mundo! El precio por devolver ese satélite es que se me otorgue el dominio absoluto del sistema solar.

La voz se volvió insultante:

—He demostrado que tengo un poder ilimitado. ¡Si soy capaz de mover los mundos, también soy capaz de destruirlos! Mi demanda no está fuera de la razón, ya que tengo la sabiduría de las edades y es más vasta que la de cualquier otro ser viviente. He vivido más de mil años. Soy inmortal y todopoderoso. Les doy veinticuatro horas para discutir el asunto y hacer los arreglos necesarios para reunir un consejo en que se me reconozca como el emperador del universo. El inmortal espera.

—El inmortal. ¿Oíste eso? —Balbuceó Vera—. ¿Será posible que sea uno de los del grupo de Vinson? ¿O acaso el elixir fue redescubierto?

—Es una cosa en otra —dijo York—. El cambiar un satélite de su órbita no es sólo un alarde. Es una verdadera hazaña, aunque fuera un cuerpo comparativamente pequeño. Quienquiera que sea esa persona, es peligrosa.

York frunció el ceño y le dijo a su esposa:

—Vera, tenía planeado regresar directamente a la Tierra y pasar algunos años tranquilos, apartado de todos los demás. Pero cambiaremos de planes. Daremos vueltas alrededor de Júpiter para ver el resultado de estos asombros —sus ojos parecieron hacerse más pequeños—. A menos que la raza humana haya cambiado increíblemente desde que nos ausentamos, habrá resistencia y le disputarán la supremacía al inmortal. ¡Todo esto sólo traerá problemas!

Tan pronto como transcurrieron las veinticuatro horas (considerando que la medida del tiempo terrestre se había adoptado en el sistema solar), la voz atronadora del inmortal surgió nuevamente de las profundidades del espacio exigiendo saber si su ultimátum había sido aceptado. York escuchó con atención la respuesta que se oyó después de un largo silencio, debido a la distancia que mediaba.

—El consejo de Júpiter, en representación del supremo consejo de la Tierra y del sistema solar, rehúsa aceptar sus términos.

«Usted, el inmortal, ha sido declarado traidor y rebelde. Como tal, será usted perseguido y destruido por nuestra patrulla del espacio. Si restituyera el sexto satélite de Júpiter a su posición debida, y sometiera su persona bajo custodia, la sentencia sería atenuada a su favor.»

La desagradable risa del inmortal antecedió a su respuesta:

—Ya he sido declarado fuera de la ley por otros gobiernos provisionales en los pasados mil años, pero nunca he sido capturado —la voz se hizo más violenta—. ¡Sufrirán las consecuencias de su respuesta! El satélite perdido está a cincuenta millones de kilómetros de Júpiter, y les será devuelto: ¡Como proyectil! A una velocidad de miles de kilómetros por segundo, se estrellará contra Ganímedes y los destruirá. ¡Ésa es mi respuesta!

York desconectó la radio y se volvió hacia Vera con ojos aterrorizados.

—¡Es un loco! —exclamó ella—. ¿No podemos hacer algo, Tony? Después de todo, son nuestros compatriotas; éste es el mundo en que nacimos. ¡No podemos quedarnos cruzados de brazos y presenciar la destrucción de un mundo habitado!

York se puso de pie de un salto.

—¡Haremos algo! —dijo.

Capítulo III

YORK consultó sus instrumentos. Las señales indicaban que el mensaje del inmortal había venido en dirección del Sol. Tomó el telescopio y escudriñó la región en que se encontraba. Estaba a cincuenta millones de kilómetros de Júpiter, en la misma dirección del Sol. Descubrió la mitad de un pequeño disco. Entre el sin número de estrellas, en el cinturón de Orión, cerca de Betalgense, el gigante azul.

¡Era la luna perdida!

York se sentó frente a los controles de la nave y movió varias palancas que guiaban las fuerzas de la gravitación al potente motor. Siguiendo un curso que ya había previsto en sus cálculos, hizo un viraje y dirigió lentamente la nave hacia la diminuta luna perdida. Después, como un proyectil lanzado desde algún cañón cósmico, la nave tomó rumbo hacia el Sol.

En el interior no se sentía la tremenda velocidad que York había aplicado al acelerar a la nave. Hacía mucho tiempo que él había descubierto y utilizado el secreto de la inercia-suspensión. Podían avanzar a una marcha lenta y en un segundo ganar velocidad hasta adquirir la de la luz, sin sentir la más ligera incomodidad.

Una hora más tarde, la meta final que se había propuesto se veía más cerca desde la ventanilla delantera. York había cambiado de posición, y ahora se dirigía hacia Júpiter. El inmortal había iniciado furioso el temible lanzamiento, dirigiéndolo como una bomba gigantesca en dirección de Ganímedes. Lo hacía aplicando un rayo de fuerza, un rayo concentrado de fuerza artificial al que se le podía dar mayor rigidez y resistencia que a una barra de hierro.

En algunas ocasiones, cuando York visitaba otros mundos y no encontraba accesible la superficie para el descenso, había utilizado estos mismos rayos de energía para suspender su nave a unos cuantos metros del suelo.

Pero los rayos que empleaba el inmortal, tenían una fuerza suficiente para mover un mundo, y sólo una fuerza era capaz de hacerlo: el campo de gravedad de otro mundo semejante. Podía atraerlo, o tirando de él, o empujándolo valiéndose de algún vasto campo de gravedad. Si tiraba de él, podría utilizar la gravitación de Júpiter; y si lo empujaba, no había duda de que aprovecharía la fuerza distante del campo solar. Haciendo cálculos rápidos, York dedujo que el inmortal probablemente estaba haciendo lo primero, ya que Júpiter se encontraba a menor distancia, y que sería más eficaz usar su radiación.

York disminuyó la vertiginosa velocidad de su nave y se colocó en órbita alrededor de una cara de Júpiter. Si el inmortal estaba allí, lo más probable es que se encontraría en la bisección de una línea imaginaria, trazada desde el centro del satélite hacia la posición que ocuparía la órbita de Júpiter doce horas después y donde estaría Ganímedes una hora más tarde.

La distancia a la que estaba su presa, medida desde la superficie del satélite, era algo que York no podía calcular. Dependía únicamente del diseño del proyector de rayos de fuerza que usara. Por lo tanto, aunque York había acertado la distancia geográficamente, tenía que realizar su cacería a ciegas, en la tercera dimensión hacia el espacio y en dirección de la superficie del satélite secuestrado.

York utilizó cuatro horas para tratar de localizar el tractor especial, invisible y silencioso, que el inmortal había utilizado como catapulta para lanzar el satélite contra el planeta. York empleó sólo una hora en el lado que iluminaba el Sol, ya que la luz hubiera revelado rápidamente cualquier nave que estuviera allí oculta. Mientras tanto, la velocidad del satélite secuestrado aumentaba, había recorrido la mitad de la distancia hacia Júpiter. En cinco horas más...

—La proverbial aguja perdida en el pajar —dijo York a su esposa. Su cara mostraba una gran preocupación. Repentinamente, hizo tronar sus dedos tomando una súbita decisión—. Tenemos que correr el riesgo.

El riesgo de ser aplastados por la terrible fuerza de los rayos que habían sido diseñados para impulsar millones de toneladas de materia como si fueran juguetes. El único camino que le quedaba a York para localizarlos, era recorrer de un lado a otro la superficie total de la luna secuestrada sobre la cual tenía que estar anclada esa fuerza. Deslizó su nave en un tramo de unos quince kilómetros por encima de la superficie, para tener un punto de partida. Su nave iba de un lado a otro como lanzadera de telar. Tenía que toparse eventualmente con el espacio ocupado por aquellos rayos de energía generada.

Finalmente así fue. Una furiosa sacudida hizo crujir y estremecer la nave. Giró vertiginosamente y fue lanzada con la velocidad de un relámpago hacia la base en donde estaban anclados los rayos impulsados. Vera y York iban sujetos fuertemente a sus asientos. Sintieron como si fueran a saltar en pedazos. La suspensión mediante la inercia de la nave no estaba acondicionada para neutralizar el movimiento de rotación. Vera se desmayó, y York, haciendo un supremo esfuerzo, se aferró a los controles y detuvo la vertiginosa caída a sólo unos cien metros de la rocosa superficie del satélite proyectil.

Casi inmediatamente, Vera volvió en sí.

—Lo hemos localizado —exclamó York con alegría.

Tomó un curso perpendicular al sitio en donde iban a estrellarse, y elevándose hacia la cúpula estrellada.

A una altura de unos cuarenta kilómetros, la nave del inmortal apareció entre las estrellas. Era un objeto gigantesco con dos tubos largos en la parte trasera. Los rayos de energía eran lanzados por uno de los tubos para regresarlos por el otro después de pasarlos por el centro del planeta que se encontraba abajo, sujetando firmemente a este último.

Ese sistema de movimiento de la luna hacia la nave y viceversa, se lograba creando una tensión descompensada de su campo de gravitación en relación con la de Júpiter. Era tan simple como una gran banda de hule que, al estirla, tiende a volver a su estado normal; y de esa misma manera las fuerzas distendidas del campo trataban de cerrar la abertura que se había formado entre ellas.

York apagó las luces de su cabina y se situó cerca del vehículo interplanetario de color negro del inmortal. Cambió la pantalla detectora de meteoritos por otra super sensible a las ondas electromagnéticas de alta potencia, la cual permitía la transmisión de las ondas de radio de baja potencia, pero que al mismo tiempo neutralizaba la radiación de gran potencia formando alrededor de la nave una mampara impenetrable. Esa pantalla protectora había salvado en muchas ocasiones a York de ser abatido por las razas hostiles de otros planetas.

Al pasar cerca de la enorme nave remolcadora, York empezó a transmitir:

—Anton York llamando al inmortal. Estoy a unos treinta metros de sus ventanillas. ¡Reduzca su velocidad e invierta la energía de sus rayos!

Evidentemente el inmortal tenía su radio conectado y escuchó, ya que inmediatamente el receptor de York captó su risa.

—La patrulla del espacio, ¿no? —contestó con voz silbante—. Recoja su...

Se oyó un súbito «clic» dentro de la cabina de York y la comunicación se cortó bruscamente.

El inmortal lanzó unos rayos letales cargados con neutrones explosivos, que al chocar contra la pantalla protectora formó una lluvia de chispas cegadoras. Aquel fenómeno se repitió instantes después entre las dos naves. Una cara asombrada apareció en una de las ventanillas del vehículo mayor. Por tercera vez los rayos de alto poder fueron inutilizados por la impenetrable pantalla de la magnífica nave de York.

York abrió por un instante la enorme pantalla y utilizó su emisora para hablar en la otra nave.

—Usted no puede destruirme. Mi poderosa pantalla es a prueba de rayos. ¡Pero yo sí puedo aniquilarlo, inmortal!

Se dejó oír un sonido por el radio.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba? —preguntó el inmortal, como si repentinamente se diera cuenta de que ese nombre extraño ya lo había oído antes.

—Anton York.

—¡Anton York! No será el que...

—Sí, el mismo Anton York que abandonó el sistema solar hace mil años. El York que aniquiló la flotilla de inmortales de la que usted parece ser sobreviviente. ¿Recuerda el arma que tuve, la que convirtió en polvo negro aquellas naves? ¡Todavía la tengo!

—¿Y qué..., qué es lo que usted quiere? —dijo la amedrentada voz del inmortal.

—Ya le dije antes. Suprima la energía de sus rayos y disminuya la velocidad al satélite que está usted arrastrando. Después, tome el curso que le señalaré para dejar a esa luna en su órbita anterior como sexto satélite de Júpiter. La más ligera desobediencia a mis órdenes y convertiré en polvo negro a usted y su nave.

DIEZ horas más tarde, la luna perdida de Júpiter fue restituida a su antigua órbita dentro del sistema joviano, sin haber sufrido la más leve alteración por su extraño viaje. No estaba habitada, ni siquiera habían sido explotados sus minerales.

Cuando York comprobó satisfecho que la luna volvía a recobrar la velocidad precisa y recorría su órbita normalmente, ordenó al inmortal que neutralizara la energía de sus rayos.

—Ahora vendrá conmigo —ordenó York—. Usted ha sido declarado traidor y tendrá que ser juzgado por las cortes del sistema solar para que lo enjuicien. Agradezca que su fechoría no ocasionó la destrucción de Ganímedes como lo había planeado usted originalmente.

Pero una vez que Masón Chard se recuperó de sus primeros temores y del miedo que le produjo la aparición del legendario York, comenzó a formular abominables planes. Cuando retiró la energía del planetoide, acertó casualmente la distancia que lo separaba de York. Entonces le imprimió un movimiento de vaivén a su nave, como si hubiera perdido el control de la misma. Y en el momento esperado, cuando tenía la nave de York a su popa, oprimió los gatillos del arma aplicando la energía a su máximo. Con un grito de triunfo, Masón Chard maniobró su nave en pequeños círculos haciendo girar vertiginosamente la nave de York como una piedra atada a un cordel. Repentinamente, la soltó.

La envió hacia la bóveda celeste, proyectándola hacia el vacío. Chard, sin el menor titubeo, imprimió la máxima fuerza a los motores de la nave para completar su escapatoria, y tomó un curso completamente opuesto al de la nave de York, ansioso de poder estar a la mayor distancia posible. Pronto se dio cuenta de que con ello había cometido un grave error.

Cuando York pudo por fin detener el avance de su nave y regresar al punto en donde se encontraba su prisionero, éste ya había desaparecido de su vista. Le causó gran enojo el haberse dejado engañar tan fácilmente. Consideró psicológicamente que Chard había emprendido la huida en dirección opuesta a la que había proyectado, e inmediatamente se lanzó York en su persecución, siguiendo la misma ruta y acelerando su nave hasta el máximo. Puso a funcionar la pantalla protectora de meteoritos a radiaciones, y escudriñó las oscuras regiones que tenía delante. Una velocidad creciente que jamás había sido igualada en todo el sistema solar, fue

desarrollada por la nave de York en unos pocos minutos. Sonrió irónicamente cuando percibió la negra figura que delante de él trataba de ganar terreno.

Al darse cuenta de su torpeza hasta el último momento, Chard trató de describir una parábola virando su majestuosa nave. Pero el velocísimo vehículo de York se colocó junto a él como si estuviera atado con alguna cadena invisible. Cuando Chard, en medio de su desesperación, trató de enfocar nuevamente sus poderosos rayos destructores contra su perseguidor, un nebuloso rayo violáceo fue lanzado por la nave de York cortando la fuerza del proyector de Masón. Los rayos ultrasónicos fusionados con los rayos gamma convirtieron en polvo negro el metal que tocaron, tal como lo había hecho con las cincuenta naves de los inmortales mil años atrás.

Chard se quedó boquiabierto mirando los instrumentos que anunciaban la destrucción de que había sido objeto la popa de su nave. Estaba lívido. Conectó apresuradamente su transmisor.

—¡No me destruya! —suplicó—. ¡Me rindo, York!

—Muy bien —asintió York—, lo entregaré al consejo joviano. Ponga proa hacia Ganímedes; yo lo seguiré.

Chard no tenía otra alternativa. Sentía una gran amargura mientras giraba en dirección a Júpiter, completamente sometido. El golpe que había sufrido su ego, hacía que las lágrimas de ira incontenible le rasaran los ojos.

Si los concejales jovianos habían quedado asombrados por la desaparición de una de sus lunas, quedaron aún más sorprendidos por su reaparición. Los temores de los aterrorizados habitantes se desvanecieron. ¿Había sido todo una broma de aquel singular personaje, o un mito, que lo mencionaba la historia como autor de hechos asombrosos mil años atrás? ¿O tenía alguna significación más profunda? Había muchos que no creían en la existencia de Masón Chard, explicándolo como una simple fábula relacionada con el tiempo en que se desarrollaron los acontecimientos de los inmortales, diez siglos antes.

Un empleado se acercó al concejal en jefe y le susurró unas palabras al oído. El personaje miró al empleado como si estuviera loco, pero ante la mirada insistente que le dirigía, asintió y le ordenó retirarse. El concejal en jefe se volvió hacia sus colegas y levantó una mano. Su cara reflejaba gran desconcierto.

—Caballeros —dijo con voz aguda—, ¡vamos a ser honrados con la presencia del inmortal! ¡El hombre que recientemente amenazó con destruir nuestro mundo! Lo acompaña su captor: ¡Anton York!

Un silencio de muerte se hizo en el salón. Todas las caras reflejaban incredulidad. Anton York, la figura más grande de la historia; el inmortal que le había dado a la humanidad el secreto del control de la gravedad.

Y que después, considerándose más dios que hombre, se había hundido en el espacio infinito, sin preocuparse de los pequeños asuntos de los hombres. ¿Estaba él

allí?

York entró con paso firme en la gran sala, seguido por su prisionero; el silencio pareció volverse más impresionante aún. York permaneció de pie frente a ellos, un hombre de treinta y cinco años de edad, alto, fuerte, viril. Físicamente, no se diferenciaba de ningún otro que se encontrara en la plenitud de la vida, y su influencia psíquica debido a su gran super inteligencia era perceptible casi de inmediato. Los consejeros se sobrecogieron.

—¿Es usted Anton York? —tartamudeó el concejal en jefe, tratando de ser oficioso—. ¿Qué identificación tiene usted... Diga...?

El concejal cesó de hablar al ver la mirada expresiva de York, y agregó:

—¡Usted es Anton York!

El concejal estaba completamente convencido de que no podía existir otro hombre con aquella mirada.

York narró su historia empleando un español arcaico, el que ya casi había sido olvidado por todos los habitantes del sistema solar. Al terminar, señaló hacia Chard, y dijo:

—Es su prisionero. La sentencia que le impongan queda en sus manos.

Masón Chard no dijo nada. Tenía el aspecto de un hombre derrotado; sólo sus ojos lanzaban miradas llenas de odio hacia York. Aquel hombre del pasado, que como un fantasma había regresado para frustrar sus planes. York lo miró con indiferencia. Así permanecieron frente a frente durante un largo minuto. Dos inmortales de una época remota, viviendo en un futuro lejano, se encontraban con fines opuestos. Todas las cosas de su tiempo habían muerto olvidadas, excepto la historia; pero allí estaban, de pie, un milenio más tarde, enemigos irreconciliables.

El concejal en jefe trató de mirar severamente al inmortal, pero se sintió amedrentado ante él. Aquel hombre había eludido las fuerzas de las leyes y el orden naturales en el sistema solar durante mil años.

Finalmente, fueron llamados los guardias para que lo condujeran a la prisión y pudiera ser juzgado más tarde.

—Ahora, señor —dijo el concejal en jefe, volviéndose hacia York—, en nombre del Consejo Supremo Terrestre, el aquí presente Consejo de Júpiter, y los pueblos unidos del imperio solar, me permito hacerle patente nuestra más profunda gratitud por...

York esperó pacientemente mientras el concejal en jefe, aprovechando la ocasión, continuó hablando en ese tono durante varios minutos. Cuando hizo una pausa para tomar aliento, York agradeció sus frases con unas cuantas palabras de cortesía, y le preguntó:

—¿Ha sido descubierto el secreto de la inmortalidad?

—No —replicó el concejal—. Masón Chard es el único inmortal que vive por

ahora, y perteneció al grupo original del siglo veinte.

York suspiró con alivio. Su padre había sido muy afortunado al tropezar con uno de los más grandes secretos del universo: el secreto de la inmortalidad. Tal vez, de acuerdo con las leyes de las probabilidades, había sido únicamente una suerte ciega. Y quizá sería mejor que el secreto no volviera jamás a ser descubierto. Después de todo, había causado suficientes problemas y todo indicaba que tenía más daños que beneficios, como ocurrió con el doctor Vinson hacía mil años, y ahora con la carrera subversiva de Masón Chard.

Por ser York huésped de honor del consejo joviano, pudo hacerles muchas preguntas más. Escuchó la historia y las proezas de los pueblos que habitaban el espacio interestelar, y se quedó asombrado ante la epopeya que durante los mil años de su ausencia en el sistema solar había vivido la humanidad.

Para ver la gloria y dominio del hombre en el imperio de los nueve mundos, York y Vera decidieron hacer un gran viaje por los planetas del sistema solar. Pero no salieron de Júpiter hasta que fueron testigos del juicio de Masón Chard.

Parecía que el criminal había sufrido un cambio después de su encuentro con York. Prometió que, a cambio de su vida, aceptaría trabajar como científico para el mejoramiento de la humanidad. Después de la votación, por un margen escaso de diferencia fue aceptada su proposición.

Se hicieron planes para la construcción de un laboratorio que sería instalado en el sexto satélite de Júpiter, el mismo que Chard había tratado de destruir. En él tendría que trabajar sometido a una vigilancia constante.

—Deben establecer esa guardia verdaderamente fuerte—fue el comentario que hizo York a su esposa cuando subía a su nave—. Masón Chard no es digno de confianza. Los recuerdos de mil años de absoluta libertad van a influenciarlo conforme vayan pasando los días en la prisión. Pero éste es problema de ellos. Tú y yo, Vera, haremos una gran gira por el sistema solar; veremos lo que se ha hecho en la posteridad de nuestro tiempo. Será como observar los trabajos originales de nuestros niños.

Su nave esférica fue vista en cada uno de los mundos. Los dos inmortales miraban asombrados hacia todos lados, contemplando maravillados las actividades cada vez mayores del hombre. Los terrícolas se encontraban en todas partes, desde las numerosas comunidades alojadas en grandes ciudades, hasta las pequeñas bases aisladas, que habían establecido a millones de kilómetros de distancia. No existía dentro del sistema solar alguna atmósfera que no hubiera investigado. Ningún peligro era demasiado grande. Ningún problema era imposible de solucionarse. Ninguna raza era considerada igual o superior.

Con la única ayuda de sus nervios, el hombre se había enfrentado a una variedad de mundos inadecuados, dando principio a una empresa colosal: la unión completa de

todo el sistema solar.

En el remoto y congelado Plutón, York encontró a unos científicos que inspeccionaban el planeta para su posible colonización.

Cuando regresaban de Plutón a la Tierra, York meditaba. De pronto se volvió hacia su esposa.

—Vera —le dijo—, ¿crees que a los colonizadores de Venus les gustaría tener una luna en sus cielos?

—¡Qué pregunta tan local! —dijo Vera riéndose—. ¿Lo dices en serio?

—Nunca hablé más en serio en mi vida —comentó York, y empezó a reflexionar en voz alta—: Masón Chard no realizó su fechoría; en cambio, me dio una gran idea. Él movió una luna, un mundo. El hombre en su progreso tiene que adaptarse al medio ambiente o cambiarlo del modo que convenga a sus necesidades. ¡Vera! ¡Vera! —Exclamó—, ¿no te das cuenta? ¿Por qué no reconstruir el sistema solar para adaptarlo a las necesidades humanas?

—Pero ¿cómo podrán hacerlo ellos? —preguntó Vera sin haber comprendido el significado de las palabras de York.

—¿Ellos? —exclamó él—. ¡No, Vera! Nosotros podemos hacerlo.

SEIS meses más tarde, York había terminado sus planos; increíbles planos que presentó al Consejo Supremo de la Tierra en forma simplificada.

—Todo lo que necesitaré —les dijo—, es una nave que se construirá bajo mis instrucciones, una cooperación absoluta en ciertos asuntos de Estado que se presentarán más tarde.

El Consejo Supremo y los gobernantes de todo el imperio estaban asombrados por la magnitud del plan. Deliberaron durante dos meses. Miles de expertos y de técnicos fueron llamados para que dieran sus opiniones, y se le hicieron a York un millón de preguntas. Él los atendía y contestaba pacientemente, hasta que le preguntaron si la realización de sus planes envolvía algún peligro.

—¿Peligro? —les respondió mirándolos fijamente.

No más que cualquier otro. No más que el de los primeros pobladores de un desierto. O del primer hombre que aterrizó en Plutón con una nave destartada. O del primer hombre que se aventuró en la selva. Todo éxito es difícil de lograr. Es la herencia humana. No es cuestión de peligro. ¡Es cuestión de valor!

El permiso fue dado. Varios centros industriales de la Tierra construyeron las partes para la enorme nave y las enviaron al área de ensamble cedida a York, cerca de la ciudad del Sol, la capital del imperio solar. Bajo su vigilancia, la nave tomaba forma de un gran zepelín de una milla de longitud. Su interior era una masa de maquinaria creada por la super ciencia de York. Sólo él entendía su funcionamiento

completo.

Cinco años después la nave fue botada, tripulada por un millar de astronautas y técnicos escogidos. Se elevó al cielo como un gigantesco puro y con estruendoso ruido se lanzó al espacio. Al dejar la Tierra, su gran tamaño eclipsó la Luna por una centésima de segundo; la única cosa capaz de hacer eso hecha por el hombre.

Capítulo IV

EL COMETOIDE, nombre que York y Vera le habían dado a la nave, sobrepasó la órbita de Marte y se acercó a la zona de los asteroides. Pronto se alejó de allí. El Cometoide flotó en el espacio frente a Ceres, el más grande de los asteroides cuyo diámetro era de unos ochocientos kilómetros de diámetro. Tiempo atrás se había fundado una colonia de mineros, pero York los había recogido de acuerdo con el plan trazado de antemano, dejando a Ceres desierto de toda vida humana.

El hombre que se encontraba al frente de la nave dio órdenes que fueron transmitidas por micrófonos a todas partes del vehículo. Al instante, un millar de hombres se movilizaron para cumplir con sus deberes. El Cometoide se alineó con Ceres y una cadena invisible los unió en cuestión de segundos. Se puso la nave en movimiento arrastrando consigo ese mundo en miniatura. Al poner proa hacia Venus, aceleró imprimiéndole mayor velocidad.

Ceres fue movido de sitio 400,000,000 de kilómetros para entrar en una órbita suficientemente cercana a Venus, como para permitir que sus reflejos brillantes se filtraran a través de la atmósfera nublada. De esta manera, York entregó a Venus una Luna, para alegría de sus habitantes.

El grandioso éxito de la ingeniería macrocósmica le proporcionó a York el mismo sentimiento sublime que tuvo mil años antes, cuando se dio cuenta de que era inmortal. Ese fue el principio de la reestructuración del sistema solar.

Los astro-ingenieros llevaron al Cometoide al cinturón de los asteroides y capturaron a Pallas. Este asteroide, de 400 kilómetros de diámetro, le fue dado a Marte, como satélite, para que complementara los dos diminutos que ya tenía.

York intentó algo más. Amaba las bellezas majestuosas del espacio. Y conocía el valor de la belleza en la vida del hombre. El brillante espectáculo del cometa Halley, que durante innumerables siglos ha aparecido cada sesenta y seis años, fue la fuente de inspiración de su titánica tarea. Si un cometa al pasar cerca de la Tierra o de cualquier otro planeta constituía un espectáculo arrobador, ¿por qué no engrandecer ese espectáculo y hacer que se repitiera más frecuentemente?

Tan pronto como York expuso su plan, procedió a su ejecución. Con su experiencia científica hizo los cálculos certeros para una órbita que acercara a la Tierra, a Venus y a Marte al próximo cometa que apareciera.

Comparativamente hablando, no era tan complicado en sí asegurar el extremo del rayo de fuerza al del núcleo del cometa y llevarlo a su nueva ruta alrededor del Sol.

Desgraciadamente, el primer cometa con que se hizo la prueba se perdió en el Sol. Pero los siguientes ocho cometas fueron cometas con los que se experimentó, conducidos más cuidadosamente hasta encauzarlos dentro de las órbitas que se les había calculado de antemano.

De esta manera, todos los habitantes de los planetas interiores que formaban el imperio solar disfrutaron de aquellos brillantes espectáculos por lo menos una vez al año.

El imperio aplaudió aquellas extraordinarias empresas que servían para reestructurar el universo y ávidamente esperó los siguientes acontecimientos.

York estaba orgulloso de su obra. Dirigió su nave hacia Júpiter y procedió a ordenar la evacuación de los colonos del satélite más cercano a dicho planeta. Una vez evacuado, lo arrastró hasta una distancia dos veces mayor que el diámetro de Júpiter. Dudaba de obtener buen resultado, pero finalmente las fuerzas de gravitación del enorme planeta, obedeciendo las leyes inmutables del espacio, destruyeron el pequeño satélite convirtiéndolo en diminutas partículas, las que se fueron dispersando en forma lenta hasta formar un anillo que circundaba el ecuador de Júpiter. Fue así como tuvo su origen el halo de luz semejante al que Saturno había disfrutado durante miles de millones de años con el brillo de sus anillos.

La siguiente tarea de York fue la de darle a Mercurio un período definido de rotación. Hundió en el planeta, a gran profundidad, el extremo de un rayo de fuerza, a manera de ancla, y desvió hacia el otro lado del planeta la tremenda fuerza de gravedad del Sol. La nave de York actuaba sólo como el medio transmisor de la energía, no como la verdadera impulsora. Semejante a los conductores de cobre que llevan la energía eléctrica a un motor, las máquinas de York extraían de los depósitos cósmicos la fuerza capaz de mover un mundo, para vaciarlos después en el campo de operación.

De manera lenta pero segura, Mercurio inició un movimiento rotativo bajo los rayos del Sol. Finalmente, después de dos años se logró que las noches y los días fueran de cuarenta horas cada uno en ese planeta. Una distribución más uniforme del calor solar y del frío del espacio en los dos hemisferios, anteriormente inmóviles, hizo que el planeta fuera habitable. Dejó de ser un mundo con dos zonas perpetuas de luz y de obscuridad. El triunfo pasó a formar parte de los anales de la historia del imperio como el acontecimiento mayor de todos los tiempos. Fue entonces cuando York reveló por primera vez que contaba con fuerza nuclear en su nave, la forma de energía que los esfuerzos del hombre habían intentado descifrar tercamente, tratando de desprenderla del centro de la materia.

¡El que tuviera ese poder, debía parecer un verdadero dios!

York se enfrascó en la preparación de la segunda parte de su super proyecto: formar paisajes interplanetarios. La mayor parte de la superficie de Mercurio recibió la carga de un fuego extraordinario. Las áreas que hasta entonces habían sido sólo ásperas y yermas rocas, fueron transformadas por los rayos pulverizadores de fuerza nuclear en planicies de tierra fértil.

Más tarde, variedades de plantas robustas se esparcieron en abundancia, a fin de

ablandar la dureza del suelo de las vastas planicies calcinadas.

Después, York se trasladó a Venus, clarificó su atmósfera humeante y extrajo por medios químicos dióxido de carbono de sus millones de toneladas de vapor de agua, así como el polvo de granito que levantaban sus violentas tormentas. La nave quedó estacionada muy por encima de la atmósfera y allí permaneció durante cinco años diseminando por el espacio los productos que extraía, a una gran velocidad, para evitar que cayeran de nuevo al planeta.

Los mares de Marte que habían estado vacíos durante millones de años, fueron inspeccionados cuidadosamente con el propósito de llenarlos. Se separaron y extendieron sus monumentales sistemas de canales; los colonos encauzaron el agua de los polos hacia el ecuador del planeta. Pero sólo se consiguió hacer llegar unas cuantas gotas hasta el fondo de esos mares. York mandó evacuar a todos los que trabajaban en las regiones polares y enfocó el calor de un potente rayo sobre los gruesos casquetes que cubrían los polos.

De un toque maestro, produjo una gran descarga fluvial que se deslizó serpenteando sobre las plantas tiernas para ir a precipitarse finalmente en las viejas cuencas en las que millones de años atrás alguna vez flotaron los barcos de alguna civilización perdida. Repitió el procedimiento en el polo opuesto y llenó el fondo de los mares hasta que éstos tuvieron una profundidad, y duplicó a escala en miniatura los océanos de la Tierra.

Todas esas hazañas en la escala planetaria, fueron medidas en años. Hubo ocasiones en las que el Cometoide tuvo que ser llevado a sitios sólidos para que lo repararan y abastecieran con provisiones y hombres. A los que con el correr de los años morían, había que reemplazarlos con fuerzas jóvenes y frescas... Pero York y Vera, eternamente jóvenes, no sabían nada del paso del tiempo, excepto como una matemática de la mente humana. Para ellos, la reconstrucción del sistema solar sólo llenaba el espacio de un día en sus largas vidas.

Viró nuevamente la tosca proa de su nave hacia los planetas mayores, y limpió de gases la atmósfera venenosa de Júpiter, con unos enormes aparatos de succión semejantes a aspiradoras eléctricas, que solidificaban las moléculas nocivas convirtiéndolas en precipitados sólidos que caían en la superficie del planeta. A causa de las dimensiones gigantescas de Júpiter y a su atmósfera tan extensa, esa labor de limpia llevó diez años. Para las épocas futuras, la gente podría caminar libremente por esa superficie tan grande, con sus zapatos de levitación.

Los hongos venenosos y tenaces fueron destruidos con una lengua de fuego protónico.

Al cabo de dos años, se logró neutralizar el amoniaco de la atmósfera de Saturno mediante unas descargas de cloruro de hidrógeno que lanzaban unas cámaras de gas de gran tamaño. Todas las substancias químicas que utilizaba York, las producía

transformando las materias primas que a menudo encontraba en los mundos que los rodeaban.

El intenso frío de la superficie congelada de Urano se logró aminorar considerablemente, perforando pozos profundos para hacer que subiera por ellos el calor de las entrañas del planeta. Para poder realizar esas gigantescas excavaciones utilizó unidades de energía nuclear, las que desintegraban la materia como si se estuviese aplicando directamente la energía del Sol.

Neptuno presentó un problema especial, pues estaba cubierto de una capa de gases líquidos solidificados de unos treinta metros de espesor, pero eso no había sido obstáculo alguno para impedir que los atrevidos seres que vivían en aquel medio hostil hubieran construido arcas que flotaban sobre aquellos mares amargos. York no pasó por alto ese reto, y después de que se les advirtió a los habitantes que evacuaran el planeta, dejó caer un gran número de bombas de llamas nucleares en aquellos páramos gélidos.

Durante dos años, las llamas nucleares que despedía Neptuno y que se disipaban en el espacio, lo hacían rivalizar en brillantez con el Sol. Por vez primera en un número incalculable de eras, se reveló la verdadera superficie del planeta, la cual se convirtió en terreno útil para habitarse por las futuras hordas incontenibles de colonos terrestres.

York llevó sus poderosos instrumentos hasta el remoto Plutón, situado a seis mil millones de kilómetros de distancia del Sol. Quizá en el futuro, el hombre que pudiera llevar consigo aire y calor, encontraría algún motivo poderoso para habitar ese planeta oscuro y frío. Allí confirmó York la superficie que había sido convertida violentamente en bordes desiguales y dentados debido a la acción recíproca de su masa fundida y del enfriamiento repentino del espacio.

Cuando aquello quedó terminado, elevó York el Cometoide por encima de Plutón y contempló su obra, aquí y en el resto del sistema solar. Sintió entonces un profundo y justificado orgullo. En seguida dirigió su mirada más allá de Plutón, hacia la distante inmensidad del espacio interestelar.

En sus ojos apareció una mirada extraña, un anhelo por una libertad mayor del macrovoide.

—Nuestra obra aquí ha terminado —le dijo a su esposa.

—Sí —contestó Vera—. Y maravillosamente bien realizada.

También ella tenía la mirada fija en el infinito espacio insondable por el cual habían viajado ellos durante mil años, período que igualaba un segundo de magnificencia en la eternidad.

—Estaremos allá muy pronto —dijo York—. Y a propósito, ¿cuánto tiempo hemos empleado en las últimas faenas?

—Cincuenta años —respondió Vera, y los dos sonrieron ante la insignificancia de

aquel lapso de tiempo.

La gigantesca y tosca nave se alejó de Plutón; majestuosa y con gracia, puso York proa hacia la tenue y distante luz del Sol. En Ganímedes hizo escala a fin de efectuar algunas reparaciones. Y fue allí en donde se enteró de que Masón Chard había escapado de la prisión.

—Sabía que eso iba a ocurrir —les dijo a los concejales—, debieron haberlo ejecutado. Ahora los tendrá a ustedes nuevamente en sus manos, y les causará serios problemas durante los próximos mil años, igual que lo hizo en el milenio anterior. Pero ése es problema de ustedes. Si supiera cómo localizarlo, iría gustoso en pos de él, pero con toda seguridad Masón Chard será lo bastante astuto para no cruzarse de nuevo en mi camino.

AL PRINCIPIO, a Masón Chard le había parecido imposible la escapatoria. Lo habían mandado al exilio a un laboratorio situado en el subsuelo de la sexta luna de Júpiter y unos guardias armados lo vigilaban día y noche. Las salidas estaban protegidas y una patrulla del espacio se mantenía constantemente en guardia para prevenir que trataran de rescatarlo algunos de los cómplices de Masón Chard.

Pero Chard nunca había tenido cómplices. En algunas ocasiones había llegado a contratar unos cuantos hombres sin escrúpulos para que ejecutaran determinados proyectos, pero nunca les había confiado la totalidad de sus planes. Como Masón Chard estaba engreído de su inmortalidad, se sentía completamente desligado de todo lazo humano y desconocía el significado de la palabra amigo. Se había abierto camino y como un lobo solitario deseaba continuar así hasta que llegara su fin.

Durante cincuenta años aguardó la oportunidad de escapar. La investigación científica que les había prometido a sus captores que llevaría a cabo para salvar su vida, no constituyó gran cosa. Chard no poseía una inteligencia científica. Ésta más bien se le clasificaba en un término medio. Al final de cuentas a Chard se le podía considerar como un hombre común a quien se le había concedido la inmortalidad. Durante los mil años anteriores de su vida se había divertido de la manera como un hombre común y corriente lo hubiera hecho, tratando de desempeñar el papel de un dios ante la gente a quien sobrevivía siglo tras siglo.

La escapatoria de Chard fue un ejemplo típico de su rudeza. Montó subrepticamente, parte por parte, un modelo en miniatura de la misma arma que había él perfeccionado para su nave espacial. Una vez que quedó armada, la cargó con energía procedente de los rayos cósmicos y la dispuso de manera tal que la pudiera disparar en distancias cortas y que arrojara descargas concentradas de neutrones explosivos, descargas que ningún ser humano podía resistir.

Chard mató sin ninguna consideración a sus guardianes. Ya con un traje espacial

puesto, se abrió paso hasta la salida y calcinó a los tres hombres que lo custodiaban. Cuando los miembros de la patrulla del espacio se presentaron a investigar lo que ocurría, el alcance superior del arma de Chard los derrotó, y la propia nave de la patrulla le proporcionó el medio para huir del sexto satélite.

Chard lanzó una gran risotada para dar rienda suelta a la amargura que se había acumulado en su cuerpo durante los cincuenta años que había permanecido encarcelado, al ver que desaparecía de su vista el satélite donde había estado preso.

¡Aquellos individuos pagarían bien caro las humillaciones que le habían causado!

Chard actuaría cuando York se alejara del sistema solar para remontarse nuevamente al espacio exterior.

El inmortal no perdió el contacto con los eventos que se desarrollaron en el sistema solar durante los años de su prisión, pues se le había permitido tener en su prisión un aparato radiorreceptor y uno de televisión. Gracias a ello pudo observar con ávido interés la reestructuración del sistema solar que había efectuado York.

Chard se fue a refugiar en el más profundo de los cráteres de la Luna, en el mismo lugar secreto que había utilizado con anterioridad para esconderse, y que no había sido descubierto durante los cincuenta años de cautiverio. Desde allí, contempló las ceremonias de recibimiento que le hacían a York después de haber cumplido con su misión.

«¿Por qué habría hecho él todo eso?», se preguntaba Chard. «¿Acaso está planeando York congraciarse con la gente del imperio a fin de que le ofrezcan un trono? ¿Ha regresado él de los espacios remotos para despojarme del sueño que he abrigado durante diez términos de vida normal?».

Siempre dramático en sus pensamientos debido a la inflamación que había recibido su ego durante mil años, Chard concluyó:

«¿Se librará acaso alguna batalla entre los dioses por este reino de mortales? Si así llegara a ser, que esté prevenido York. Ya me derrotó en una ocasión valiéndose de una triquiñuela, ¡pero aún no he probado todas mis fuerzas!».

No obstante su fanfarronería, Chard sintió una sensación profunda de intranquilidad cuando vio en el aparato receptor de televisión a York, quien estaba de pie en una alta plataforma de mármol, ante un mar de rostros en la Ciudad Sol, y decía:

—Habitantes del sistema solar: de la misma manera que un diseñador de ciudades nivela el terreno para construir una ciudad, así he preparado el sistema solar para el futuro imperio de la humanidad y las razas que ha subyugado. Pero cuando el diseñador ha dado fin a su trabajo, no acepta ni busca el gobierno de la ciudad que ha concebido. Eso lo deja a la ciudad misma. El Consejo Supremo ha ofrecido despojarse de su autoridad y ustedes me han pedido que los gobierne. Se me ha ofrecido la corona, pero tengo que rechazarla, aunque ella represente el imperio más

grande que haya existido en la historia de la humanidad. Mi esposa y yo partiremos nuevamente hacia los espacios insondables. ¡Ése es nuestro destino!

Los ojos de Chard brillaron de satisfacción. Aquello simplificaba enormemente las cosas para él.

Después de que cesó el murmullo de descontento que produjo la multitud, York señaló con la mano la enorme masa del Cometoide, y habló de nuevo:

—Les dejo ese legado. Es un aparato que puede tener mayor utilidad para ustedes. He dejado instrucciones amplias y completas para manejarlo y la manera en que funciona la cámara de control. Sólo les pido que tengan sumo cuidado cuando hagan uso de él. Puede ser una máquina poderosa de destrucción si es que la usan errónea o descuidadamente. Su fuerza es comparable a la de Titán, el satélite joviano. Por otra parte, si se aplica correctamente, puede ser de una utilidad incalculable, en algunas formas comparable a lo que hice con ella en los últimos cincuenta años.

Los ojos de Chard se entrecerraron cuando se quedó mirando al Cometoide. Los pensamientos que se acumularon a su mente fueron tan intensos que no le permitieron escuchar las últimas frases de despedida que pronunció York. De repente, se dio cuenta del cambio de escenario en la pantalla de su televisor, en donde aparecía una diminuta nave esférica que se elevaba hacia el espacio. Un millón de rostros asombrados observaban aquel punto que brillaba con la luz del sol y que se iba perdiendo paulatinamente de vista.

La pareja inmortal estaba absorta con sus pensamientos mientras la nave en que viajaban se alejaba de la Tierra con la velocidad de un rayo. Finalmente, Vera rompió el silencio:

—Realizaste un trabajo grandioso, Tony —le dijo besándolo impulsivamente—. Ellos no lo olvidarán jamás en las épocas venideras —frunció ligeramente el ceño y continuó—: Pero ¿crees que fue prudente dejar en sus manos el Cometoide? ¡Es algo tan poderoso y ellos a veces actúan como niños!

—Sí, sí fue prudente —le dijo York suavemente—. Es la única manera.

Al cabo de un poco de tiempo, Plutón se pudo apreciar desde las ventanillas de la nave. Habían dejado atrás el imperio de nueve mundos del hombre, y delante de ellos tenían el vasto espacio.

Capítulo V

MASÓN Chard dejó pasar pacientemente el tiempo. Esperaría un año completo hasta que York estuviera lo más lejos posible dentro del espacio. Tan lejos como para que ningún mensaje pudiera llegarle y evitar así que fuera a regresar. Era esencial que se encontrara ausente de una manera total el único hombre que podía desbaratar sus planes. De modo que Chard esperó aquel año entero, el que le pareció más largo aún que los cien anteriores que había vivido.

Durante ese tiempo, Chard perfeccionó sus planes con gran refinamiento para asegurar el triunfo de manera que sólo pudiera llegar a ser obstruido por una verdadera mala suerte. Chard buscó entre las inmensas riquezas que había acumulado a través de su larga vida, recorrió las lejanas bases espaciales, manteniendo en secreto su identidad y contratando un hombre aquí y otro allá. A cada uno de ellos los seleccionó cuidadosamente; eran almas descontentas, amargadas, cuya carrera no había sido estimada, pero que, sin embargo, su habilidad como astronautas había sido, o era todavía, respetada por todos. Después de mil años de observación, conocía a fondo la naturaleza humana y podía seleccionar rápidamente a aquellos hombres cuya avaricia era grande y su conciencia pequeña. Una vez que les hizo jurar que guardarían el secreto, los congregó de manera tranquila, conforme los iba conociendo, en su escondite lunar.

En distintas épocas de su vida, Chard había reunido grupos similares en otros escondites del sistema solar; sin embargo, nunca los había seleccionado tan cuidadosamente, ni en número tan grande, ni para un fin tan importante.

Finalmente, una vez que tuvo bajo su mando un poco más de dos mil hombres, se presentó ante ellos, y les reveló su identidad. A aquellos tipos aventureros, insensibles y lacónicos, no les causó gran sorpresa.

Pero cuando Chard les expuso al desnudo la razón por la que los había reunido, se quedaron completamente asombrados. Les habló durante un largo rato y todos escuchaban boquiabiertos. Cuando empezó a enumerarles las recompensas que les otorgaría, la sorpresa cedió el lugar al interés y éste a la avaricia. Una vez que Masón vio que había ganado la mayoría, les pidió a aquéllos que no estaban de acuerdo con su plan, que dieran un paso al frente.

Serían unos veinte inconformes los que estaban en aquel amplio salón subterráneo, aguardando a que los llevaran de regreso a sus lugares de origen, una vez que juraron guardar absoluto secreto. Chard desenfundó con toda calma el arma que llevaba en el cinturón. Una descarga de neutrones, de color encarnado, cayó sobre aquellos desafortunados hombres. En menos de un minuto, una veintena de cuerpos con aspecto grotesco y ennegrecidos yacían en el suelo. En cuanto cesaron los últimos gritos de agonía, enfundó Chard su arma y se volvió hacia el grupo

silencioso que había contemplado inmóvil aquella matanza.

—Eso —les dijo— es para demostrarles que estoy resuelto a todo.

LOS HOMBRES que formaban el destacamento armado que custodiaba el aeródromo que habían construido alrededor del Cometoide, no estaban preparados para repeler el asalto repentino que cayó sobre ellos desde el aire esa noche. Medio ciento de naves silenciosas descendieron sobre los guardianes y esparcieron la muerte. Mientras eso ocurría, la mitad de los vehículos aterrizaban en el aeródromo, y de ellos bajaban figuras diminutas que se escurrían hacia el interior del enorme hangar, abriéndose paso con descargas potentes de rayos nucleares a través de las paredes metálicas del edificio.

El propio Masón Chard dirigía el ataque, seguido muy de cerca por una docena de hombres que habían formado parte de la tripulación del Cometoide unos años antes. Gracias al conocimiento que tenían de la nave, enseñaron al resto de los hombres cómo entrar en ella, y en unos instantes recorrían en vehículos motorizados los inmensos corredores. Cada uno de la docena de hombres que conocían la nave a la perfección se puso al frente de un grupo de asaltantes, y tomaron distintas direcciones.

Chard y uno de sus lugartenientes se trasladaron a la cabina de los controles, en donde este último instruyó a Chard acerca de los distintos aparatos, y el veterano del viaje espacial durante mil años no necesitó mucho para comprender el sistema de operación de todos los asombrosos controles de la nave. El gran ingenio de York los había reducido en número a unos cuantos. Después, Chard conectó el sistema de intercomunicación del vehículo, y en un breve lapso, los encargados de las distintas secciones empezaron a dar parte que todos los hombres bajo sus órdenes estaban ya al tanto de sus obligaciones, y que estaban dispuestos para cumplir con las órdenes.

Chard encendió la pantalla televisora del exterior, así como el ojo eléctrico que transmitía las imágenes de más allá del aeródromo. Los guardias habían sido aniquilados totalmente, pero la alarma se había dado, y en respuesta a ella, acudieron varias unidades de la policía aérea terrícola. Chard las vio descender y observó cómo el medio ciento de sus naves que contaban con magníficas armas daban cuenta de los numerosos atacantes. La batalla se prolongó durante varios minutos. Cuando llegaron los refuerzos de la policía, el fin era inevitable. Pero así lo había previsto Chard, pues había tomado en cuenta hasta el último minuto.

Sus naves habían sido diezmadas casi a la mitad por las fuerzas policiacas y Chard recibió el último informe desde el rincón más apartado de la enorme nave. Dio unas órdenes en voz alta, y un zumbido bajo empezó a brotar de las entrañas del gigantesco Cometoide, haciendo vibrar sus paredes con gran fuerza.

Al ver que las últimas diez naves de su flota eran despedazadas por las fuerzas policiacas, Chard sujetó una palanca con la mano sudorosa pero firme, y tiró de ella. La potente nave se elevó del suelo, haciendo añicos el aeródromo. Con aquella maniobra, Chard dejó el resto de su flotilla a merced de las fuerzas de la policía aérea. Soltó una carcajada sardónica al pensar que ellos habrían creído que él se preocuparía por ayudar a los sobrevivientes de la batalla con la policía.

El Cometoide, gran coloso del espacio, se elevó de la Tierra con un millar de truhanes sin conciencia, capitaneados por un despiadado demonio inmortal.

Chard bien pudo haber sido un demonio por la manera como fulguraron sus ojos al pensar en el triunfo que había logrado mientras conducía la nave capturada hacia las desiertas extensiones situadas más allá de Júpiter. Allí, donde rara vez pasaba un vehículo espacial, quedó estacionado el Cometoide durante un mes, dando tiempo así a que sus nuevos tripulantes se familiarizaran con él.

No había detalle que Chard hubiera pasado por alto. Por medio de espías había averiguado que la nave estaba bien provista de combustible y de todo lo necesario para efectuar un vuelo de larga duración. Asimismo, le informaron que en la cabina de mando de la nave encontraría las instrucciones completas del constructor del Cometoide.

Chard se quedó asombrado al ver la diversidad de fuerzas enormes que tenía a su disposición. Había unos rayos atómicos devastadores que podían perforar la superficie de cualquier planeta hasta llegar a su núcleo; estaciones generadoras gigantescas que podían producir millones de metros cúbicos de gases terribles, proporcionándoles la materia prima adecuada; rayos potentes de energía que podrían sujetar a Júpiter y sacarlo de su órbita; aparatos convertidores de energía que podían almacenar la radiación cósmica y la lenta pero infinita fuerza de gravitación.

Chard se dio cuenta de que tenía en sus manos un verdadero instrumento con el que podía convertirse en regidor de diez universos si así le venía en gana.

La voz estentórea del radiotransmisor de toda onda de Chard se dejó oír en todas las estaciones y aparatos receptores del sistema solar, para llevarles el mensaje más asombroso de toda la historia:

—Les habla Masón Chard, el inmortal, y me dirijo a todo el sistema solar y a todos los que se llaman sus gobernantes. Mi nave, *La Invencible*, conocida antiguamente como el Cometoide, navega en el espacio por encima del satélite terrestre. Todos ustedes conocen el poder ilimitado de esta nave, pero invito a todos los terrícolas a que dirijan la vista al centro de la Luna, en la cadena de montañas a la que los astrónomos llaman los Apeninos. ¡Observen bien lo que ocurrirá durante los sesenta minutos siguientes!

Millones de ojos que observaban desde la parte en donde en aquel momento era de noche en la tierra, vieron saltar una pequeña chispa en el centro del disco lunar. La

chispa aumentó de tamaño hasta convertirse en una especie de diamante incandescente, que arrojaba una cascada de chispas, la que se esparcía sobre la cara completa de la Luna. Algún terrible holocausto de fuego infernal, comparable con el homo permanente del Sol, estaba fundiendo el núcleo de la Luna.

De pronto cesaron las chispas, y la voz de Chard se volvió a escuchar:

—Ese rayo de energía nuclear se puede aplicar igualmente contra cualquier ciudad o lugar de la Tierra, para convertirlo en materia fundida, la que no se enfriará durante una semana. ¡Y es aplicable a cualquier planeta del sistema solar! *La Invencible* ha dejado atrás la Luna, fue a la Tierra y se encuentra volando en este momento por encima de Ciudad Sol. Si decido destruir esa ciudadela donde radica la fuerza gobernante, nada ni nadie la podrá salvar.

Chard añadió para sus adentros:

«Ni siquiera el inmortal York, el que ahora está a miles de millones de kilómetros, más allá de todo alcance.».

Después de una breve pausa para permitir que el veneno del miedo invadiera la mente de los terrícolas, Chard continuó hablando:

—¿Tiene el Consejo Supremo Terrícola alguna objeción que hacer si me place ordenarles lo que me venga en gana?

Chard ahogó su risa. ¿Acaso lo había engañado el oído? Con toda seguridad que aquella voz no podía ser la de...

—Habla Anton York —continuó diciendo aquella voz tranquila e inexorable como las estrellas—. Acaba usted de firmar su sentencia de muerte, Chard. Estaba yo enterado de que usted trataría nuevamente de hacer alguna fechoría, y antes de que abandonara yo el planeta Tierra, acordé con los miembros del consejo que dejaría el Cometoide al cuidado de una escolta reducida para facilitarle la tarea de apoderarse de él, y cayó usted en la trampa como acude una abeja a su colmena. Esto era necesario, puesto que sabía yo que estaba usted libre y haciendo planes para cometer fechorías. No me alejé del sistema solar, y durante todo el año pasado me limité a volar en las cercanías de Plutón, en espera de capturarlo a usted. Sería mejor que de una manera pacífica aterrizara con el Cometoide y se rindiera.

La emoción que sintió Chard en ese momento le causó un estremecimiento en todo el cuerpo. Aterrorizado hasta las más profundas raíces de su ser, su mente vaciló hasta llegar al umbral de la locura. Parecía que un ácido se abría pasado hasta su cerebro, corroyéndolo. Su enorme ego se marchitaba como muere la mala hierba bajo el sol ardiente.

Su mano tocó algo metálico y frío. Era una palanca, por medio de la cual se podía desencadenar con sólo moverla, la horrible energía potencial de toneladas de materia. ¿Podría resistir el impacto el pequeño vehículo de York?

Chard llevó su otra mano hacia la pantalla de televisión, y encendió ésta

rápidamente. Mientras todos los pobladores del sistema solar contenían el aliento para presenciar la batalla que no tardaría mucho tiempo en llevarse a cabo, Chard buscaba la nave de York.

Y la encontró. Era un ridículo guijarro comparado con el Cometoide. Una vez que Chard se cercioró de que su aparato radiotransmisor estaba desconectado, dictó varias órdenes por el sistema de intercomunicación de su nave. Abajo, en la sección del cuarto de máquinas, los hombres alimentaban los enormes motores para que rindieran hasta el máximo; y arriba, en la cabina de mando, un hombre, con mirada fulgurante, esperaba el momento final. Cuando éste por fin se presentó, Chard bajó las palancas con una determinación desesperada.

La descarga pavorosa de energía que salió por un tubo largo de escape lateral del Cometoide envolvió la nave de York y la lanzó a más de un kilómetro de distancia. Aquella descarga, teóricamente, tenía que haberla desintegrado. Pero al ver que la diminuta nave se detenía sin haber sufrido el menor daño, Chard se puso lívido. Con la misma rapidez con la que la nave había sido lanzada hacia atrás, York avanzó en dirección del Cometoide.

—Naturalmente, estaba yo preparado para eso, Chard —dijo York con voz clara—. En mis correrías a través del espacio interestelar, mis pantallas protectoras han hecho frente de manera airosa a fuerzas mucho mayores que la que acaba de desatar usted. ¿Quiere tratar de nuevo? Pero le advierto que si lo hace, morirá dentro de muy poco tiempo.

Chard dictó una serie de órdenes a los hombres de su tripulación. Como ellos ignoraban lo que ocurría en el exterior, obedecieron desde sus respectivos puestos, pensando, si es que eran capaces de ello, que quizá la patrulla del espacio los había atacado y que merecía que le dieran una lección a los agentes policíacos.

El gigantesco vehículo que volaba alrededor de la Tierra, desató un verdadero infierno al lanzar sus tremendos rayos destructivos, los que se estrellaron sobre la superficie terrestre dejando cuencas profundas y matando a un gran número de terrícolas. Pero la pequeña nave esférica sobre la cual habían lanzado todas aquellas descargas, continuaba brillando con la luz de las estrellas. Había permanecido sin moverse después de que las descargas flamígeras se habían estrellado contra su pantalla protectora. York lanzó entonces un rayo de energía dirigido hacia el centro del Cometoide. El rayo empezó a describir una curva cada vez más cerrada, hasta que giró vertiginosamente alrededor de la nave, sujetándola de manera tal que le impidió todo movimiento propio.

York conocía el Cometoide y sabía perfectamente que el punto vulnerable era el lugar preciso hacia donde había él dirigido todos los rayos, los que al tocarlo, neutralizaron su energía, a fin de que ninguna energía de las demás armas que llevaba a bordo fuera capaz de causar más daño. A poco rato pudo abrir la pantalla defensiva,

misma que le impedía utilizar los rayos defensivos para tomar venganza.

York remolcó su enorme presa hasta llevarla lo más lejos posible de la Ciudad Sol. Entonces el débil resplandor de unos rayos violáceos que representaban la acumulación de una enorme cantidad de energía especial, envolvió al Cometoide. York empezó a volar a su alrededor y lo partió limpiamente en dos como si su nave fuera un afilado cuchillo que dividía una blanda salchicha.

Cuando Masón Chard se dio cuenta de lo que había ocurrido, enloqueció, pero la repentina sensación que sufrió al precipitarse por el vacío, lo hizo reaccionar igual que ocurre al apoderarse de alguien un miedo atroz. Chard murió en aquel instante las mil muertes de las que había escapado en la larga vida que había vivido, y comprendió que su inmortalidad había terminado.

Las dos mitades del Cometoide se precipitaron a tierra haciéndose pedazos, y el estrépito que produjo el choque se alcanzó a oír a muchos kilómetros de distancia de la Ciudad Sol. Esa fue una señal de regocijo para todos.

MIENTRAS su diminuta nave, abastecida de manera abundante, se alejaba del sistema solar en dirección del espacio infinito, Vera lanzaba un suspiro.

—¡Qué divertido e interesante ha sido todo, Tony! Lamento que nos alejemos. Fue una sección cruzada del gran drama de la inteligencia que se rebelaba contra las fuerzas ciegas e inmutables del universo, para tratar de obtener el dominio de un mundo percedero. Fue la aventura del tímido hombre mono, que atravesó las amenazadoras selvas donde nació para convertirse en el hombre audaz que puso pie en el más remoto de los mundos diseminados en el espacio.

York hizo un ademán afirmativo con la cabeza. Escudriñaba el espacio infinito que tenía por delante, pero sus ojos estaban empañados por las lágrimas.

—Sin embargo, todo es tan pequeño y tan frágil. Hay un drama muy superior en el más allá que es difícil que lleguemos a presenciar nosotros.

¡El enigma de la eternidad y del infinito!

Su imaginación había comenzado a trabajar para incluir la grandeza que tenía por delante. La Tierra y el sistema solar enteros eran sólo una pequeña mota subatómica dentro de aquella vastedad inimaginable del vacío. Un dios y su compañera eran tragados en aquellas profundidades infinitas.

LOS TRES ETERNOS

Capítulo I

EN EL MONTE OLIMPO, como saben todos aquéllos que han leído la mitología griega, moran los dioses Júpiter, Mercurio, Apolo, Baco, Neptuno; en fin, sus nombres forman legión.

Pero realmente en esa confusión desordenada sólo hay tres dioses inmortales y sabios que con el paso del tiempo, han velado por la Tierra y por sus habitantes; algunas ocasiones divertidos, algunas otras enojados y muy a menudo indiferentes.

Los Tres Eternos observaban el mundo del siglo XLI y nuevamente lo veían con indiferencia, no obstante que sus habitantes, desconocidos para ellos, estaban sentenciados a morir.

—¡Bah! ¡Esos mortales y su civilización absurda! —dijo uno de ellos—. Ya es hora de que los hombres y todo lo que representan se vayan al limbo, enviados por nuestras propias manos.

—Es muy tediosa la espera —dijo el segundo, bostezando—. Deseo, en realidad, que ellos lo supieran y nos desafiaran. Desearía incluso que se presentara Anton York, su defensor y paladín, que ha sido el más grande de todos.

—¡Anton York! —exclamó el tercero, riendo—. Está en este momento en el espacio lejano, pero aunque estuviera aquí, ¿qué podría hacer contra nosotros? ¡Nada!

Los tres rieron muy seguros de su poder, y concentraron su atención en el intrincado juego de ajedrez de cuarta dimensión, inventado para que los ayudara a matar el lento arrastre del tiempo que vivían sus vidas inmortales...

Allá, en las profundidades no reconocidas del espacio interestelar, una pequeña nave avanzaba en dirección a la Tierra con una velocidad superior a la de la luz.

En el interior de esa nave, Anton York y su compañera anhelaban con toda su alma llegar pronto a la Tierra para hacer una visita al mundo donde habían nacido. Habían partido, tiempo atrás, sin rumbo fijo, visitando mundos extraños, conociendo civilizaciones singulares, y disfrutando con un profundo placer la oportunidad que les permitía ser testigos del majestuoso arrastre en la historia cósmica.

La historia de la Tierra se había borrado de su imaginación, opacada por otros acontecimientos invulnerables, pero la nostalgia los invadía nuevamente, pues no obstante que eran semidioses, tenían un sitio al que llamaban «hogar».

—Estoy impaciente porque se llegue la hora de nuestra llegada —dijo Vera con todo el entusiasmo propio de un norteamericano que desea ver la Estatua de la Libertad después de un año de ausencia en Europa—. ¿Por qué nos hemos ausentado

durante tanto tiempo, Tony?

—¿Cuánto ha transcurrido? —preguntó York al acaso.

—¡Mil años! —respondió Vera, después de revisar el calendario.

—¿Tanto? —Exclamó York moviendo la cabeza con incredulidad—. El tiempo vuela, como dice el viejo proverbio. Sin embargo, ¿qué significa el tiempo para nosotros? Seguiremos viviendo, Vera, aun cuando el universo haya disipado gran parte de sus rayos cósmicos. ¡Y eso llevará cuando menos, millones de años!

Y ésa era la verdad desnuda. Por su aspecto físico tenían unos treinta y cinco años. Por su torrente sanguíneo circulaba un elixir que renovaba las enzimas que regeneraban constantemente los genes, esas diminutas baterías de la vida de las células. La energía inconmensurable de los rayos cósmicos que estaban esparcidos por todas partes, alimentaban esos genes, abasteciendo así el fuego eterno de la juventud de su cuerpo. Ni las enfermedades ni la ancianidad podrían tocarlos. El dedo de la parca sólo podría señalarlos por medios violentos, si es que así lo quería el destino.

Vera se estremeció ligeramente.

—¡Millones de años!

—Algunas veces no es bueno pensar en ello —sus ojos, que mostraban algo de espanto, brillaron súbitamente—. Lo primero que haré cuando llegemos a la Tierra, será ir a nadar en un lago de aguas cristalinas y frescas que esté rodeado por los verdes árboles de una montaña. Y habrá allí pajarillos cantores, una brisa suave y acariciante que murmurará entre las hojas, y nubes blancas flotando en las alturas...

Vera hizo una breve pausa y luego agregó:

—¡Oh, Tony! ¡Estoy empezando a darme cuenta de lo mucho que extraño esas cosas tan simples!

York asintió. En todos sus recorridos por la Vía Láctea nunca habían encontrado un mundo semejante al de la Tierra. Ningún sitio en el universo tenía un lugar tan especial en sus recuerdos.

—Sin duda alguna encontraremos una gran civilización en la Tierra —musitó York, cuyo sentido de las cosas era menos romántico y más práctico—. Cuando salimos en el siglo xxxi, la humanidad había empezado a alcanzar su máximo esplendor en aquel imperio formado por nueve mundos. Hallaremos la humanidad en su fase más poderosa y feliz desde que el hombre primitivo encendió por vez primera el fuego y empezó a darse cuenta de que la naturaleza podría ser su aliada. Todo ese progreso también lo merece la humanidad, Vera, por todas las disputas, los malos entendimientos y los crímenes que se han cometido contra ella misma. La civilización tuvo su adolescencia en el siglo xx, cuando nacimos nosotros. Considera que ahora ya debe de estar alcanzando su madurez —sus ojos brillaron mientras continuaba hablando—. Y en plena madurez heredará la humanidad algún día las estrellas, pues

está destinada a substituir las gastadas y en decadencia que cayeron sin poder desenvolverse a través del cosmos. Pero eso será hasta que esté el hombre preparado para ello. De la misma manera como hemos hecho nosotros por anticipado, los vehículos de los terrícolas saldrán en busca de mundos lejanos y...

—¡Tony, mira! ¡La pantalla registradora de los bólidos!

Asombrado por la inesperada interrupción de su esposa, York se volvió para mirar.

El aparato que registraba los bólidos tenía una pantalla luminosa cuya superficie gris mostraba todos aquellos cuerpos materiales extraños que estaban a una distancia determinada. Nada que fuera tan pequeño como un grano de arena escapaba de ese aparato ultrasensible que registraba hasta el más pequeño fragmento del éter omnipresente. La pantalla, con su serie de mecanismos, indicaba instantáneamente la distancia, la velocidad, la dirección, el tamaño, la forma, el color y la carga eléctrica de cualquier objeto que cruzara la ruta que llevaba la nave de York, dentro de un radio de varios millones de kilómetros a la redonda.

Aquella era una de las precauciones que había tomado York para evitar accidentes en el traicionero espacio y salvaguardar así su inmortalidad.

York observó el diminuto punto negro que iba trazando una línea en la pantalla luminosa. Con la tremenda velocidad a que pasaba, el objeto desaparecía en unos cuantos segundos.

—No hay peligro de una colisión en él —dijo York haciendo mentalmente sus cálculos—. Su velocidad, con relación al espacio, es igual a ciento cincuenta mil kilómetros por segundo; sus dimensiones son el doble de nuestra nave; su forma es alargada y perfilínea, de color plateado. Se dirige hacia Alfa Centauro y viene aproximadamente del rumbo donde está el Sol. Su carga eléctrica es de...

El punto salió del borde de la pantalla y quedó fuera del alcance visual.

—Desapareció —dijo Vera—. Es el primer cuerpo material que hemos encontrado en el espacio desde hace varios días. Según la información, ese cuerpo parecía ser una nave espacial, pero claro está que era sólo un meteorito solitario y errante. Quizá el próximo registro que haga la pantalla será el Plutón, ya en el sistema solar. ¡Ya estamos cerca!

York estaba pensativo.

—Sí, estamos cerca, a unos cuantos trillones de kilómetros. Y por consiguiente, podría ser... Vera, ¡creo que fue una nave espacial! Apenas si pude captar su carga eléctrica, pero ésta parecía ser extraordinariamente elevada, como si llevara una planta generadora de un tipo especial; los meteoritos no tienen esas plantas motrices. Si era una nave espacial, ¿significará eso que ya perfeccionaron los terrícolas las máquinas interestelares? ¿Se dirigirá a Alfa Centauro, la estrella más cercana del Sol? ¿Pero para qué?

—Ya lo averiguaremos cuando lleguemos a la Tierra —empezó a decir Vera, pero su esposo la interrumpió.

—¡Lo averiguaremos ahora mismo!

York conectó el radiotransmisor. Un potente generador instalado abajo del piso de la cabina de la nave empezó a ronronear. Una energía eléctrica, de un millón de kilovatios, obtenida de la fuente eterna de los rayos cósmicos, se filtró a través de las válvulas cuyas paredes eran de diamante.

La voz potente que surgía de la antena de la nave era lanzada con la energía suficiente para ser escuchada aun por los radiorreceptores más débiles situados a la distancia de un año luz. Si aquel radiotransmisor funcionara en la Tierra, hubiera elevado la temperatura a más de veinte grados por arriba de lo normal de todos los metales que estuvieran situados en un radio de dos kilómetros.

—Anton York llama a la nave espacial que se dirige a Alfa Centauro.

Después de llamar una y otra vez sin obtener respuesta alguna, York se quedó perplejo y se volvió hacia los controles de su propia nave.

—Tengo que averiguar acerca de esa nave —murmuró—, es de mal agüero el hecho de que no contesten a mi llamada.

York colocó el campo de suspensión de inercia en el punto máximo de potencia, disminuyó la velocidad, equivalente ésta a la de la luz, hasta llegar a cero en unas pocas horas, y dirigió la nave para que siguiera el curso que llevaba aquel vehículo misterioso. Era una verdadera hazaña llegar a encontrar algo en esas profundidades que había entre las estrellas. Pero York lo logró en unas cuantas horas. Él y Vera vieron cómo la silueta de la nave se destacaba contra el fondo tachonado por las estrellas brillantes.

Estaba a oscuras, pero los detectores de York indicaban que su planta motriz funcionaba y que mantenía una aceleración constante. York trató nuevamente de comunicarse por la radio, con el mismo resultado negativo. Lanzó después un cohete de señales por la proa y, al ver que tampoco recibía respuesta a esto, lanzó un gruñido.

—Una de dos —le dijo a Vera—, o sus ocupantes están tramando algo malo, o ésa es una nave abandonada. Pronto lo averiguaremos.

—Cuidado, Tony —lo previno su esposa.

Sin la menor dilación y enfundado en un traje espacial, York se dirigió cautelosamente, impulsado con sus pistolas a reacción, hacia el extraño vehículo. Vera apuntaba con los cañones de la nave para proteger a su esposo en el caso de que lo atacaran, pero no se vio que hubiera en la veloz nave alguna señal de hostilidad, así como tampoco la menor señal de vida.

York encontró una puertecilla, y tirando de la manivela entró en el interior de la nave. Iluminó su avance con una linterna de mano y se dirigió hacia la cabina de

mando. Se quedó sorprendido al encontrar a dos hombres que estaban sin sentido y apoyados contra la pared trasera, como si hubieran sido arrojados violentamente contra ella.

¿Estaban sin sentido? A York sólo le bastó observar su inmovilidad para darse cuenta de que estaban muertos.

Media hora más tarde, Vera escuchó la voz de York proveniente de su casco transmisor.

—¡Escucha, Vera! Esto es un misterio completo. Los dos tripulantes están muertos, y creo que su muerte se debió al exceso de aceleración. El aire que llena la cabina es poco denso, demasiado impuro, y cuesta trabajo inhalarlo. Las provisiones alimenticias están llenas de moho y el agua se evaporó. Parece como si hubieran luchado contra algo terriblemente extraño. Calculo que deben de haber partido de la Tierra hace varios meses a una velocidad inferior a la de la luz. Murieron tratando de alcanzar una meta imposible, situada ésta a una distancia de varios años luz. Los muy tontos no tenían la menor oportunidad de triunfo. Sólo una nave equipada con motores que desarrollen la velocidad de la luz podría lograrlo. ¿Qué sería lo que los indujo a ese intento suicida de un viaje interestelar?

El tono de voz de York era mitad de enojo y mitad de pena.

—Siempre ha habido tontos audaces —comentó Vera—. Algunos en la historia de la Tierra lograron alcanzar el triunfo: Colón, el almirante Byrd, Lindbergh...

—¿Tontos audaces? Quizá... —contestó York, cuya voz mostraba preocupación—. Aunque es extraño que esos hombres lo hayan planeado de manera tan pobre.

Y las expresiones desfiguradas de sus caras, rígidas por la muerte, son las de unos hombres que fueron impulsados a actuar como lo hicieron debido a un tremendo fanatismo. ¡Ojalá supiera...!

Vera alcanzó a percibir la respiración profunda de su esposo, como si éste se hubiera agachado. Instantes después lo escuchó decir, ya más animado:

—Vera, ve al laboratorio y prepara unas inyecciones de adrenalina...

York le dio otros nombres de sustancias químicas extrañas que llevaban en la nave y le dio los porcentajes de cómo debía combinarlas.

—Voy a regresar a mi nave y llevaré el cuerpo de uno de los tripulantes. ¡Procura tener a la mano un depósito de oxígeno! ¡Apresúrate!

—Tony, ¿quieres decir que...?

—Sí, trataré de revivirlo. Uno de ellos no tiene más de una hora de haber fallecido. Su cuerpo está aún caliente, la rigidez de la muerte no se ha presentado todavía en él, pero tenemos que apresurarnos.

Capítulo II

VEINTE minutos más tarde, Vera le entregaba a York una hipodérmica mientras él se inclinaba sobre el cuerpo del hombre muerto que había llevado a su nave. La ciencia médica primitiva hubiera dado ese caso por terminado, pero York, con el conocimiento de las fuerzas de la vida que había acumulado durante tantos siglos de búsqueda constante, inició la lucha para tratar de devolverle al hombre la chispa de la sensibilidad. Después de aplicarle una serie de inyecciones en la espina dorsal y en el corazón, esperó. Las poderosas drogas entraron en acción.

La frente de York estaba bañada por el sudor. Sabía que sólo había una vaga probabilidad de obtener el triunfo.

Vera contuvo el aliento de repente.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del cadáver. Uno de los músculos de la mejilla se relajó y un tenue y vacilante latido se dejó escuchar en medio del silencio que imperaba en la cabina. ¡El corazón palpitaba! Repentinamente, el tórax se expandió y los pulmones se hincharon al inhalar el aire.

York colocó entonces un cono en la nariz del hombre y aplicó una corriente de oxígeno, la que entró en el aparato respiratorio. La reacción fue completa, el cuerpo se estremeció de cabeza a pies y los ojos se abrieron aunque en ellos había una expresión vaga.

York quitó el cono y se quedó mirando con orgullo al hombre que acababa de resucitar. ¡York se había colado dentro del territorio de la parca, y había rescatado a una de sus víctimas!

—¿Puede usted hablar? —inquirió York.

La mirada vaga se posó sobre los ojos de Anton York por un momento, pero de los labios sólo brotó un sonido incoherente.

Vera se estremeció al escuchar aquel sonido que parecía salir de ultratumba.

—¡Tony, resucitaste su cuerpo, pero no su mente! ¡Es horrible!

El mismo York sintió un intenso escalofrío.

—Tengo que averiguar de alguna manera todo lo concerniente a esa nave y acerca del viaje que efectuaba —insistió—. Trataré de indagarlo por medio de la telepatía.

York frunció el entrecejo mientras se concentraba para transmitir su mensaje telepático. En su oreja izquierda tenía un aparato diminuto que servía para amplificar las ondas telepáticas, ya fueran las suyas o las de cualquier otra persona. Él y Vera estaban acostumbrados a comunicarse por telepatía, pero no obstante eso, era mentalmente agotador.

Después de un momento, York se le quedó mirando a su esposa e hizo un ademán negativo con la cabeza.

—No responde con coherencia. Las ondas telepáticas están completamente

desorganizadas. Todo lo que pude captar fue una misteriosa referencia a los Tres. Me pareció que decía los Tres Eternos.

El estremecimiento que recorría el cuerpo del resucitado y una mirada de cordura y de sensibilidad plena apareció en sus ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó con perfecta claridad.

Aunque el acento del hombre era extraño debido a la evolución propia del lenguaje durante los mil años que habían transcurrido desde que por segunda ocasión York y su esposa se habían alejado de la Tierra, de todos modos las palabras eran comprensibles. York se inclinó para responderle.

—Soy Anton York —le dijo. Proyectó su pensamiento al mismo tiempo en previsión de que por su modo arcaico de expresarse no fuera a entenderlo aquel hombre.

—¡Anton York!

Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente, como si una sucesión de pensamientos hubiera seguido a aquel hombre.

¡Anton York, el legendario! Había nacido hacía dos mil años, en el siglo xx. Una voz que había alcanzado la plenitud de su vida se había estabilizado allí sin morir, conservado por el elixir de la vida que le aplicó Matthew York, su padre. York había dedicado tres períodos de vida normal para resolver el secreto de la gravitación, pero mientras se dedicaba a sus investigaciones, el elixir creado por su padre había sido robado y York tuvo que luchar para derrotar a cincuenta inmortales que pretendían gobernar la Tierra.

Después de eso, como dioses, él y su esposa se perdieron en el espacio.

Pero regresaron mil años después, en el siglo xxxi, para encontrarse nuevamente con que otro inmortal más había sobrevivido a la venganza de York. Antes de que ese hombre de ciencia perverso recibiera la muerte que merecía, York ejecutó las hazañas más grandes que ningún ser humano había llegado siquiera a soñar en toda su historia.

Desde el siglo xxxi, Venus tuvo su satélite, al igual que Mercurio; a Marte le dio un tercero. York, el que movía mundos, fue quien lo hizo. También le dio anillos a Júpiter, y a Mercurio lo dotó de un período de rotación. Venció el rigor de las inclemencias del tiempo, de la mayoría de los planetas mediante la distribución adecuada del calor y del agua, utilizando para ello las gigantescas fuerzas naturales. Dejó preparado el sistema solar para el dominio de la humanidad.

Se volvió a alejar nuevamente a las profundidades del espacio, y durante otros mil años nadie volvió a oír hablar de él.

Pero allí estaba una vez más, y los ojos del hombre resucitado mostraban una completa incredulidad. Entre los habitantes de la Tierra había muchos que negaban abiertamente el que hubiera existido un hombre como Anton York. Decían que era un

personaje mitológico y que sus hazañas eran fábulas que se habían ido acumulando, atribuyéndoselas a él, pero que eran de docenas de científicos cuyos nombres habían pasado al olvido.

York captó por medio del aparato que conservaba en la oreja, todos esos pensamientos que pasaban por la mente del astronauta y esbozó una sonrisa.

—Soy Anton York, y no soy un mito —le dijo para tranquilizarlo—. Lo rescaté a usted de manos de la muerte para averiguar cuál había sido el motivo que los había impulsado para hacer ese viaje absurdo que llevan ustedes a cabo. ¿Por qué se dirigían a Alfa Centauro sin efectuar las preparaciones adecuadas?

En la cara del hombre apareció repentinamente una ola de horror, como si estuviera recordando algo. Luego, con voz seca, exclamó:

—¡La civilización ha sido sentenciada! ¡Habrà un holocausto, una destrucción total! ¡Los Tres Eternos lo han decidido! Lo averiguamos nosotros y tratamos de prevenir a los terrícolas, pero nadie nos creyó, pues no podíamos probarlo. Confiábamos llegar hasta Alfa Centauro o encontrar algún planeta adonde pudiéramos emigrar para salvar la raza humana. Los Tres Eternos, demonios terribles, destruyen la civilización, la tienen sentenciada...

La voz se hizo incoherente de nuevo, como si las noticias nefastas que acababa de dar hubieran ofuscado su mente.

York lo sacudió por el hombro.

—¡Dígame más! —le ordenó—. ¿Quiénes son los Tres Eternos? ¿En dónde están? ¿Qué están haciendo exactamente?

—Los Tres Eternos..., dioses del monte Olimpo... Destruyen toda la humanidad...

Su voz se fue ahogando hasta emitir esos sonidos cortos incomprensibles. Un instante después su vista se le nubló y echó la cabeza hacia atrás, cayendo en una segunda muerte, de la cual ni siquiera podría jamás rescatarlo la super ciencia de York.

Anton York y su esposa se pusieron de pie. Había tristeza en su rostro.

—¡Los dioses del monte Olimpo destruyen la humanidad! —Murmuró Vera—. Debe de haber sido una mera alucinación de su mente trastornada.

York volvió la cara hacia ella.

—¡Quizá no! Tal vez la civilización del planeta Tierra está realmente en grave peligro. Mientras más pronto llegemos allá para averiguar...

Aunque viajaban a una velocidad diez veces superior a la de la luz, emplearon veinticuatro horas para llegar al sistema solar, y durante todo ese tiempo la pareja inmortal estuvo presa de una inquietante expectación. Temían llegar a la Tierra porque pensaban que el holocausto ya estaba en pleno proceso o que, incluso, ya se hubiera consumado. La nave que encontraron había salido de la Tierra varios meses

antes. ¿Qué habría ocurrido durante todo ese tiempo? El Sol, la comparativamente mediocre estrella amarilla que ocupaba un lugar insignificante entre los cuerpos celestes, volvió a hacerse notable para la pareja. Continuaron avanzando a la velocidad inconcebible que llevaban y pasaron a los oscuros planetas que tienen luz propia. Les emocionó ver el espectáculo que presentaban los anillos de Saturno, espectáculo que no tenía paralelo en toda la galaxia. Los anillos de Júpiter, marca grandiosa de la última visita de York, les produjo una emoción todavía mayor. Luego pasaron frente a Marte, de color rojo, y continuaron su curso franco hacia la esfera verde que era la Tierra.

Todo eso era familiar para los dos vagabundos del cosmos, pero difícilmente lo notaban, ya que sus pensamientos estaban ocupados con la Tierra y con la profecía misteriosa que pesaba sobre ese planeta cuando entraron en su atmósfera; parecía que nada anormal o extraño estuviera ocurriendo.

York detuvo su nave a dos kilómetros de altura. Abajo de ellos se extendía la Ciudad Sol, la metrópoli más grande de todos los tiempos, que ya había alcanzado sus cincuenta millones de habitantes y que se había convertido en el nervio central de todo el sistema solar. Todo brillaba con los rayos del sol. Las naves aéreas y espaciales ascendían y descendían incesantemente. El ruido que producían era el símbolo de una civilización próspera e inquieta. ¡Nada anormal ocurría allí! York y Vera se miraron tranquilizándose.

En el recinto sagrado de la Cámara del Concejo Solar del Capitolio de Ciudad Sol hubo una interrupción. Una docena de hombres barbados que formaban el cuerpo de gobernantes ejecutivos del sistema solar miraron con disgusto en torno suyo. ¿Quién había osado interrumpirlos?

Un hombre alto, de porte distinguido, que hizo caso omiso de las protestas de un ujier, cruzó el umbral de la cámara.

—¡No pude detenerlo, señores —manifestó el ujier—, así como tampoco los guardias! ¡Este hombre tiene ciertos poderes extraños!

El intruso avanzó hasta la mesa del concejo.

—Deseaba verlos a ustedes, caballeros —dijo tranquilamente—. Me urgía hacerlo, pero cuando los guardias se opusieron a dejarme pasar, tuve que emplear poderes telepáticos.

—¿Quién es usted? —demandó el presidente del concejo, lanzándole una mirada fulgurante al recién llegado.

—Anton York.

Los concejales sonrieron.

—Es asombroso ver cuántos padres de familia que llevan el apellido York les han puesto a sus hijos el nombre de Anton —comentó el presidente.

—Soy Anton York, el verdadero. Acabo de regresar del espacio hace unas cuantas

horas.

Los concejales se le quedaron mirando fijamente, Aquel hombre debía estar loco. Los manicomios estaban llenos de tipos que imaginaban ser el mitológico Anton York, igual que en el siglo xx muchos pretendían ser Napoleón.

—¡Por supuesto! —Dijo el presidente con gentileza, al mismo tiempo que hacía un ademán significativo con un dedo puesto en la sien para beneficio de sus compañeros—. Ahora haga usted el favor de salir.

York no podía reprocharles que no le creyeran, pero cuando todos convergieron hacia él con el propósito de arrojarlo de aquel recinto, les ordenó con voz imperiosa:

—¡Siéntense!

Todos se quedaron inmóviles donde estaban. Nada tangible se les oponía; sin embargo, no podían dar un solo paso adelante. Todos, como si fueran uno solo e impelidos por una fuerza superior a la que no podían oponerse, se volvieron a sus lugares para tomar asiento.

—Mis órdenes telepáticas tienen que ser obedecidas, aunque lamento haber tenido que usarlas con ustedes —dijo York—, van a tener que escucharme aunque no sea de su agrado. Soy el Anton York que tiene dos mil años de vida y que posee la ciencia de las estrellas. Tengo algunas preguntas que hacerles.

Los concejales se quedaron boquiabiertos al darse cuenta de que ese hombre decía la verdad. Las palabras de aquel extraño fueron dichas con un acento arcaico que por sí solo lo ligaba con una edad previa. Era Anton York en persona, que volvía a la Tierra después de un viaje de mil años en el espacio, lugar que virtualmente era su morada. La visita era completamente inesperada. Todos se quedaron mirando, atemorizados, a ese hombre inmortal que tenía a su disposición fuerzas casi sobrenaturales.

—Veo que finalmente están convencidos —continuó York—, ahora, díganme, ¿hay algún peligro que amenace su civilización?

—¿Peligro? —El presidente hizo un ademán negativo con la cabeza—. No sé qué quiere usted decir.

Un poco más tranquilo pero todavía desconcertado, York les hizo un relato breve del episodio del hombre que había resucitado.

—¡De modo que ese fue el final de esos dos! —comentó el presidente del concejo. Luego, volviéndose hacia York, le explicó—: Esos dos astronautas nos contaron una historia increíble. Aseguraron que habían estado en el monte Olimpo y que habían encontrado a los dioses mitológicos de Grecia, o al menos a tres de ellos, llamados los Tres Eternos. Es más, dijeron que los Tres Eternos eran unos seres diabólicos que planeaban destruir la civilización valiéndose de un serio trastorno geológico. Los dos insistieron tanto que nos vimos obligados a enviar algunas naves al monte Olimpo, pero como era de esperarse, no encontramos nada allí. Aseguraban

ellos que habían estado en un gran palacio de mármol. Como no había la menor duda de que habían perdido el juicio, los enviaron a un asilo para dementes. Escaparon hace tres meses y no volvimos a saber de ellos hasta este momento por boca de usted. Ese vuelo absurdo hacia Alfa Centauro en busca de otros mundos adonde emigrar prueba su locura. En todo momento insistieron ellos que esos dioses malos no descansarían hasta que toda la humanidad fuera aniquilada.

Capítulo III

EL RELATO que había hecho el presidente del concejo de Ciudad Sol había sido en verdad extraño. Más tarde, cuando York se lo repitió a Vera, estaba aún pensativo.

—Después de todo, quizá fue pura alucinación —comentó ella—. Olvídate de todo y no te preocupes más.

—Eso quisiera, Vera. ¿Qué te parece si hacemos un recorrido por el planeta Tierra del siglo XLI sólo para ver si todo anda bien?

A Vera le entusiasmó aquella idea.

—Después de mil años de ausencia será interesante echar un vistazo a esta Tierra nuestra.

Los dos subieron a su nave, la que estaba impulsada por un ingenioso aprovechamiento de las fuerzas de gravedad, y partieron para hacer un recorrido por el mundo de los mortales.

La civilización había realizado adelantos prodigiosos, particularmente en la tecnología y en la industria. Todas las grandes ciudades del siglo XXI habían crecido aún más. Las plataformas de lanzamiento de las naves espaciales impropias, hasta cierto punto, en aquellos lejanos tiempos, habían sido reemplazadas por construcciones magníficas. Gracias a que las naves podían ser descargadas, cargadas y re abastecidas de combustible con asombrosa rapidez y eficiencia, el tráfico interplanetario había florecido.

La población que cubría la superficie de la Tierra en aquel entonces era de diez mil millones de seres humanos, y por lo menos otros mil millones más estaban esparcidos en los demás planetas.

Mediante la aplicación de los controles para la temperatura, los cuales habían logrado fabricar con elementos sintéticos que obtenían de los minerales, habían resuelto el problema de la alimentación. También habían convertido grandes extensiones desérticas en jardines floridos. El gran Sáhara ya no era un desierto, o por lo menos, como York y Vera lo habían conocido. Largos canales de irrigación que aprovechaban las aguas del Mediterráneo lo habían transformado en un gigantesco campo donde se sembraba el trigo.

Para abastecer la creciente demanda de metales, la humanidad había atacado las vastas reservas oceánicas. Cientos de plantas hidroeléctricas, construidas a la orilla de las costas y movidas por las mareas incesantes, extraían los productos salinos; absorbían agua de los océanos para hacerla químicamente pura; clasificaban y separaban todos los elementos conocidos y luego los enviaban a los lugares especiales de proceso para ser aprovechados posteriormente. Era simplemente un sistema de la aplicación de química del siglo XLI para la separación de los elementos.

La riqueza de los productos que de esa manera se obtenía, no podía ser pesada

mediante los anticuados términos de dólares y centavos. Sólo en lo que al radio se refería y el cual era el menos abundante de los productos obtenidos del fondo del océano, se extraía una tonelada anualmente. El oro, que continuaba siendo un metal muy útil por la resistencia que oponía a la corrosión, se utilizaba para cubrir todas las superficies de los objetos metálicos que usaba diariamente la gente.

El elevado nivel económico que resultaba de toda aquella riqueza material, había permitido también la expansión cultural. Aun las razas más atrasadas y toda clase de étnicos tenían acceso a la literatura, al arte, a la música y a las facilidades para los experimentos científicos. Los viajes estaban al alcance de la mayoría, y las selvas del continente americano, así como vastas zonas de Asia y de África, se habían conservado y eran frecuentadas constantemente por los turistas.

—¿Y ésta es la civilización que se supone está condenada a ser destruida? — Musitó York—. ¿Quién se atrevería a tener la intención de hacer semejante cosa? ¿Quién tendría el poder para hacerlo? Estoy casi convencido de que aquellos dos pobres diablos estaban irremediablemente locos.

York se quedó meditando un momento. Después se iluminó su rostro y agregó:

—Ahora ya podemos realizar otro viaje alrededor de este mundo maravilloso y disfrutarlo en realidad.

York y Vera recorrían días después el océano Atlántico Meridional. York hizo repentinamente un alto en su lento recorrido y dejó suspendida su nave en el aire encima del agua. Con la brillante luz del sol, el oleaje suave ofrecía una vista fascinadora. York se quedó contemplándolo como si jamás hubiera visto algo semejante. Instantes después tomó unos binoculares y los enfocó hacia abajo.

—Eso que observas es agua, Tony —le dijo Vera riendo—, una combinación de deuterio y oxígeno, ¿recuerdas?

—Te aseguro que nunca has visto agua semejante a ésa —comentó York—, desengañaate.

Vera tomó los binoculares que le ofrecía su esposo, y después de observar el agua con ellos, comentó:

—¡Vaya! Parece como si estuviera flotando un gran número de semillas diminutas.

—¡No son semillas, son burbujas! —Protestó York—. Millones y millones de pequeñas burbujas que suben desde el fondo del océano. Averigüemos hasta dónde se extienden.

York tomó de nuevo los controles y empezó a volar a poca altura de la superficie. Después de recorrer un poco más de kilómetro y medio detuvo la nave e inspeccionó el mar.

—Todavía están ahí —comentó.

York volvió a recorrer la misma distancia, hizo otro alto y confirmó de nuevo la

existencia de las burbujas. El siguiente recorrido que hizo fue de ocho kilómetros; después de quince; luego de cien y por último, mil. Las burbujas persistían. Su rostro adquirió entonces una expresión severa.

Al día siguiente, York dirigió su nave en línea recta de Sur a Norte y de Este a Oeste y en seis direcciones distintas sobre el Atlántico Meridional. Se detenía cada ciento cincuenta kilómetros para que Vera pudiera observar con los binoculares. Finalmente, localizaron en el mapa una zona aproximada de cinco mil kilómetros de longitud por tres mil de anchura que estaba invadida por esas inexplicables burbujas, que estaba situada entre Centroamérica y África, y que abarcaba el mar del Sargazo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Vera una vez que se le agotó la paciencia ante la actitud silenciosa de su marido. ¿Por qué tiene que estar toda esa zona tan extensa llena de burbujas? ¿Y de dónde proceden?

—Sólo pueden venir de abajo —contestó York. Luego tomó el radiotransmisor y lo conectó—. Llamando a la central de intercambio de radio. Habla Anton York.

—Diga, señor —contestó un empleado con voz semi asustada y sorprendida ante la importancia del que llamaba—. ¿Qué desea usted, señor?

—Comuníqueme por favor con la estación oceanográfica principal del Atlántico. Cuando lo comunicaron de Cabo Verde, York pidió hablar con el director.

—Sí —se oyó la respuesta—, ya hemos notado esas burbujas. Las advertimos hace unos diez años. Su origen está más allá de nuestras suposiciones. Hemos enviado campanas submarinas hasta la máxima profundidad a que pueden descender, o sea a un kilómetro y medio, pero no encontramos ninguna explicación a su origen. Las burbujas provienen de una profundidad mayor.

—Una pregunta más —dijo York—. ¿Han cambiado durante esos diez años las líneas costeras del Atlántico?

Una nota aguda de preocupación se reflejó en la voz del director.

—¡Sí! Nos perturba el hecho de que toda la costa de Europa Occidental se está hundiendo en proporciones sin precedente. El nivel del agua ha subido casi medio metro. Muchas tierras costeras estarán amenazadas por la inundación dentro de poco tiempo. Sin embargo, ese fenómeno no es local, pues las costas de América también han bajado. En el océano Pacífico está ocurriendo lo mismo. También allí existe una zona de burbujas. Los hombres de ciencia hemos tomado ese problema seriamente. No sabemos hasta dónde podrá llegar si es que continúa el fenómeno, pero de momento estamos haciendo planes para construir un dique a lo largo de las costas que están amenazadas.

—¡Gracias! —Dijo York, desconectando bruscamente el radiotransmisor y quedándose mirando pensativo a través de la ventanilla—. Si es que continúa el fenómeno —murmuró—, los diques no servirán de nada. Puede ser que las costas se hundan por un fenómeno natural, aunque es probable...

Vera lo miró extrañada.

—Me inclino a creer que sea por efecto natural, Tony —comentó ella—. Los dioses del destino se valen de triquiñuelas raras. Quizá Júpiter, descontento con la civilización actual, trata de destruirla con las armas de Neptuno. Así es como reza el mito, Tony; si tratas de explicar...

Pero York no la escuchaba, pues examinaba en esos momentos unos mapas con un frenesí tal que parecía como si sus vidas dependieran de lo que pudiera encontrar en ellos.

—¿Te has vuelto loco, Tony?

—No, pero merecía que me dieran de puntapiés.

York aceleró la nave hasta la velocidad límite permitida para volar sin riesgo alguno dentro de la atmósfera terrestre, y puso proa hacia el oriente.

—Me inclino nuevamente ante la intuición femenina —le dijo a Vera—. Vamos rumbo al monte Olimpo, Vera, a visitar a los dioses. Hay una probabilidad de que esas dos almas perdidas no estuvieran locas. Ellos predijeron un desquiciamiento geológico. Y recordemos las palabras de aquel hombre moribundo...

—¡Acerca de los Tres Eternos, en el monte Olimpo! —Exclamó Vera—. Quizá haya peligro, Tony.

York no contestó. Su mente estaba ocupada tratando de resolver por anticipado el misterio que tenía enfrente y que sin duda alguna era el mayor de todos con los que se había topado en su vida milenaria.

La nave esférica voló sobre las costas del sur de Europa, sobre el Mediterráneo, y pasó por lo que antes había sido España, Francia, Italia y Albania. York viró un poco el timón hacia el Sur y penetró en Grecia. Finalmente, apareció rodeada de nubes la cumbre del monte Olimpo.

—¿Esperas realmente encontrar algo aquí? —le preguntó Vera mientras se acercaba—. Después de todo, lo de Júpiter y lo de los demás dioses no es más que un mito griego que data de hace cinco mil años.

York sonrió peculiarmente.

—También nosotros somos un mito y sólo hace unos cuantos siglos que estuvimos por última vez en la Tierra, Vera.

Sin mayor demora, York dirigió la nave hacia la cumbre y la mantuvo flotando sobre ella. Él y Vera miraron hacia abajo, escudriñándola. Como en cualquier otra montaña alta, la vista que ofrecía desde allí era de rocas melladas, de vegetación desigual y de concavidades obscuras aquí y allá, y de picos cubiertos de nieve.

—Aunque no sé qué buscar, no observo nada fuera de lo común —comentó Vera, tranquilizándose—. Además, el presidente del concejo me dijo que habían enviado exploradores y que no encontraron nada.

—¡Mira! —exclamó York, señalando, y al mismo tiempo que ponía a funcionar

una pantalla periscópica—. Encima de la entrada de aquella cueva hay un débil resplandor, pero la pantalla no logra descubrir a qué pueda deberse.

Vera sujetó a York del brazo.

—¡Por favor, Tony, ten cuidado!

Anton hizo descender la nave con toda cautela hasta quedar a unos cien metros de altura sobre esa nube extraña y brillante que, a pesar del viento, no se movía. Sin embargo, aun a la distancia que estaban no alcanzaban a distinguir más que unas sombras y unas luces vagas.

York conectó la pantalla electro protectora como medida de precaución e hizo descender lentamente la nave hasta tocar la nube. Pero al intentar avanzar, ésta se detuvo.

York y Vera se miraron intrigados. No había ninguna barrera tangible que se les opusiera; sólo aquella nube resplandeciente e impenetrable. York imprimió mayor fuerza a su máquina. La proa de la nave hizo presión contra la barrera sobrenatural. El casco del vehículo empezó a crujir, pero no avanzó un solo centímetro.

York paró el motor.

En eso una poderosa voz telepática llegó a sus cerebros.

—¿Quién se atreve a molestar a los Tres Eternos?

York miró significativamente a Vera. Luego contestó por medio de la telepatía, misma que había desarrollado y empleado tantas veces en el espacio.

—Anton York, el inmortal.

—¡Descienda!

Al escucharse esta orden, desapareció la nube reluciente que estaba en la parte baja de la nave. Luego apareció ante sus ojos la entrada de una cueva de grandes proporciones, en cuyo centro se levantaba un majestuoso edificio de mármol. Su estilo arquitectónico era el de la vieja Grecia y sus muros mostraban la pátina del tiempo.

—Los dos astronautas estuvieron aquí —murmuró Vera—, ellos dijeron la verdad, Tony. ¿Crees lo demás que dijeron?

York movió la cabeza con vacilación.

Capítulo IV

ANTON York hizo descender su nave frente al edificio, pero dejó conectada la pantalla electro protectora. Cuando la voz telepática lo invitó a pasar al interior del edificio, York declinó con toda cortesía y le pidió al interlocutor que conectara la pantalla de televisión si es que en la cueva contaban con tal aparato.

York y Vera no tuvieron que esperar mucho tiempo para comprobar que en aquel lugar había tele-transmisores, pues la pantalla de la nave empezó a captar unas luces vagas y finalmente la imagen se aclaró mostrando una gran sala con muebles ricamente decorados y en la que había tres hombres.

York y Vera los vieron de cerca.

Sus túnicas de terciopelo eran de un estilo extraño y desconocido. Las facciones de aquellos hombres, aunque eran estrictamente humanas, tenían una extraña mezcla de características orientales y nórdicas los tres.

Parecían estar en la plenitud de su vida, pero lo más notable en ellos era que sus ojos resplandecían con la misma luz singular que había en los ojos de Vera y de York, y la cual era en sí el signo de la inmortalidad.

—Te hemos estado esperando, Anton York —dijo uno de los tres, sin dejar de usar el lenguaje universal de la telepatía—. Estábamos seguros de que oirías hablar de nosotros en cuanto llegaras al sistema solar, pero quisiéramos saber cómo te enteraste de nuestra existencia.

York les relató lo referente a su encuentro con la nave abandonada y de las palabras del hombre resucitado.

—Él me dijo que habían ustedes jurado destruir la civilización —terminó York de decir con voz desafiante.

—Sí, creo que dijimos tal cosa —comentó sonriendo fríamente el que había hablado hasta esos momentos—. Te contaré todo brevemente. Los hombres a que te refieres volaban en un avión hace algunos meses por encima del monte Olimpo. Los motores fallaron y su nave se hizo pedazos al chocar contra la parte superior de nuestra nube protectora. Les perdonamos la vida por mero capricho y les dijimos lo que ya sabes tú. Queríamos ver si podíamos hacerles perder la razón, pero nos aburríamos y los dejamos en libertad. Nosotros hemos vivido muchos siglos y nada de lo que hay en el mundo de los mortales nos interesa.

La manera fría y la calma como se expresaba ese hombre de los seres humanos provocó la ira de Anton York.

—¡Ustedes no tienen derecho a jugar con las vidas humanas! —les dijo en tono de reproche.

El Eterno se encogió de hombros.

—Hemos vivido mucho, pero mucho tiempo —repitió—, la concepción de lo

bueno y de lo malo se funde una dentro de la otra con el transcurso de los siglos.

York estaba a punto de estallar por la ira cuando Vera le tocó el brazo.

—No discutas con ellos, Tony, pues eso no conduce a nada —murmuró ella de prisa, deseando que sus pensamientos no fueran captados—. En vez de eso, averigua todo lo que puedas.

York le dio un apretón suave en la mano y le dirigió la palabra al trío de hombres de expresión fría.

—¿Cuánto tiempo exactamente han vivido ustedes?

York y su compañera vieron en la pantalla una vez más la sonrisa fría y desdeñosa de los tres.

—¿Cuánto tiempo has vivido tú, Anton York? ¿Algunos dos mil años desde que te aplicaron el suero rejuvenecedor de genes? A nosotros también nos dieron ese elixir para conservarnos eternamente en la primavera de la vida; pero de eso hace... ¡veinte mil años!

Aquellas palabras dejaron asombrados a Vera y a York por un momento. ¡Esos tres hombres tenían una edad fabulosa!

—¡No puede ser verdad! —Exclamó Vera—. ¡No puede ser!

—Sin embargo, es cierto —le aseguró uno de los Tres Eternos—, hemos vivido durante veinte mil años. Quizá se preguntarán ustedes de qué manera hemos pasado el tiempo. La mayor parte de él hemos estado en el espacio, al igual que lo han hecho ustedes. Hemos recorrido grandes distancias y conocido infinidad de mundos. No obstante, al principio nos divertía hacer proezas en el sistema solar. Nos reímos mucho, Anton York, cuando te vimos mover asteroides y darle anillos a Júpiter, ya que hacías simplemente lo que nosotros habíamos descartado por carecer de interés. ¡Fuimos nosotros los que dotamos de anillos a Saturno! ¡Fuimos nosotros los que, para probar nuestras fuerzas, destruimos el viejo planeta que giraba entre Marte y Júpiter, formando así los asteroides actuales!

El Eterno hizo una pausa y luego continuó:

—Venus tenía originalmente una luna, misma que cambiamos nosotros de órbita. A dicha luna la llaman Mercurio. En la mitología, Mercurio es el dios vagabundo, y en este caso esa luna equivale al planeta vagabundo. Nosotros bautizamos todos los planetas, pero poco a poco todas esas cosas fueron perdiendo su novedad y nos olvidamos de ellas. El vagar a través del vacío y del tiempo también dejó de interesarnos en poco tiempo. La inmortalidad tiene el aburrimiento por castigo. Tú te darás cuenta de ello cuando hayas vivido un poco más y hayas visto las cenizas de lo insubstanciable que quedan de los fuegos de la vida. Durante los pasados cinco mil años hemos estado en la Tierra, para encontrar que su pompa es tan poco interesante como cualquier otra cosa en el universo. Hemos estado en la historia de la humanidad, de la misma manera que has estado tú. Nosotros, y no los egipcios,

fuimos los que construimos las pirámides de Kheops, aunque ellos construyeron tiempo después una copia de ellas. Es nuestra marca para indicar el paso lento del tiempo en una escala más rápida. Cada siglo avanza un poco la luz de una de las estrellas fijas a lo largo de la escala que hay en la parte posterior de un pasadizo. ¡Estrellas fijas! ¡Bah! ¡Aun las estrellas se han movido en nuestra vida!

El Eterno volvió a hacer otra pausa. Se quedó pensativo y prosiguió:

—Cuando tratábamos de llenar la cuenca del Mediterráneo, partimos en dos el antes sólido Peñón de Gibraltar, y sin damos cuenta causamos el diluvio universal. Durante algún tiempo, en la era gloriosa de Grecia, nos mezclamos en cierto modo con los mortales, dando impulso a su famosa mitología. Nuestras hazañas científicas y nuestros supuestos milagros los impresionaron de diferentes maneras y consideraron esos hechos como realizados por una raza de dioses. Y hay muchas otras cosas que hemos hecho, pero también todas ellas han dejado de interesarnos. No hemos hecho gran cosa en los últimos tres mil años. Y nos pasamos la vida suspirando y preguntándonos si no será preferible el suicidio, en vez de continuar ingiriendo el lento veneno del tedio. Incluso tu aparición hace dos mil años, Anton York, y tus hazañas de hace un milenio, sólo nos intrigaron momentáneamente. Hemos perdido por completo esa extraña pero muy humana habilidad de preocuparnos por las cosas.

York y Vera captaron repentinamente en los ojos de los Tres Eternos aquella lasitud de espíritu que los obsesionaba. A pesar de sus cuerpos jóvenes eran tres hombres increíblemente viejos que habían disfrutado de la vida hasta su máximo y que no podían va extraer de ella una sola rota más que los estimulara a seguir viviéndola. Mentalmente, ya habían muerto.

York lanzó un suspiro profundo. En algunas ocasiones también él, aun en su comparativamente corta edad de dos mil años de existencia, se había preguntado cuánto tiempo más transcurriría antes de que dejara de haber cosas nuevas para él, y que ya no hubiera nada que despertara su interés. Se había logrado sacudir aquel presentimiento. «Uno no debe pensar mucho en esas cosas», se había dicho.

—¿De dónde vinieron ustedes? —preguntó York, anticipando la respuesta.

—De la Atlántida —fue la respuesta de los Tres Eternos—, en aquel tiempo la Atlántida, situada en el océano Atlántico, y Lemuria en el Pacífico, eran grandes continentes. Sus civilizaciones alcanzaron alturas que jamás han sido igualadas. Pero las guerras incesantes que sostuvieron las llevaron a su mutua destrucción. Nosotros tres fuimos grandes hombres de ciencia de aquel tiempo. Descubrimos el secreto de la inmortalidad y participamos de ella. Conquistamos la gravedad, como tú, y nos lanzamos al espacio durante algún tiempo. Cuando regresamos, Atlántida y Lemuria yacían en el fondo de los océanos y se habían levantado nuevas tierras. Al tratar Atlántida de minar Lemuria con gigantescas máquinas de fuerza nuclear, tropezaron

con una falla en las capas terrestres y ocasionaron un holocausto mundial. De esa suerte nos encontramos los tres, huérfanos del mundo que habíamos conocido. Nuestras magníficas ciudades y monumentos gloriosos estaban sepultados en el cieno del océano. Es extraño pero cierto que eso es lo único que hace palpar nuestros corazones: el pensar en aquella antigua gloria. Esa nostalgia ha sobrevivido veinte mil años y se ha hecho cada vez más intensa.

Una ligera animación se reflejó en los tres rostros, y el que llevaba la voz continuó. Su voz vibraba con fuerza.

—Por tal razón, hemos decidido rescatar de su tumba oceánica a la Atlántida. Resucitarla, rehabilitarla y construir en algo la semblanza de su anterior grandeza; quizá sea una tarea larga y tediosa, pero será algo que disfrutaremos intensamente.

Un extraño brillo apareció en los ojos de quien hablaba. Con voz excitada, continuó:

—El sentimentalismo es una de las emociones humanas que no hemos perdido. Mantenemos vivo ese recuerdo y esperamos hacerlo realidad. La Atlántida deberá resurgir.

York y su esposa se miraron. Eso aclaraba las burbujas del Atlántico Meridional. El cieno del lecho del océano, perturbado después de tantos siglos de quietud, estaba despidiendo los gases acumulados.

—¿Cómo van a lograrlo? —preguntó York posesionado de una honda curiosidad, más que de otra cosa.

—Es muy sencillo. Hicimos un estudio detenido de la corteza terráquea valiéndonos de los datos sismológicos. Cualquier perturbación geológica considerable está ligada con otras. Siempre forman una cadena. Colocándolas en su debido orden, se obtendrá el fin deseado. Provocamos una explosión en una pequeña isla del Atlántico y desatamos unas ondas de concusión en la delgada y poco estable corteza terrestre. De esa manera despertamos las lentas pero incontrastables fuerzas que estaban latentes abajo de dicha corteza. Todo eso culminará una vez que se impulse el fondo de la cuenca del Atlántico y del Pacífico hasta hacerlo salir muy por encima del nivel del agua. Esto comenzó hace diez años, y quizá dentro de un siglo más dará fin el proceso entero. No tenemos ninguna prisa. Después de eso, daremos comienzo a la reconstrucción de la gloria Atlántica.

—¿Puede detenerse ese proceso? —preguntó York, temiendo que no le irían a contestar.

—Sí, provocando una ola opuesta en la propia corteza terráquea, para neutralizar la primera.

York se puso alerta. Había oído todo lo que deseaba oír. Su radiación telepática por poco lo denuncia.

—Es una desgracia —comentó el Eterno encogiéndose de hombros—. Sin

embargo, algunos cuantos serán seleccionados y los pondremos a salvo para que vayan a poblar la nueva Atlántida. Los demás tienen que morir porque simplemente no tendrán lugar en nuestro nuevo mundo. No todas las tierras viejas se hundirán, pero durante algún tiempo, mientras el proceso llega a su punto crítico, habrá terremotos y tormentas violentas que diezmarán la mayor parte de los habitantes.

—¡Ése es el más atrevido y cruel de los planes que jamás haya concebido ningún humano! —Rugió York perdiendo su control—. No deben, por ningún motivo, seguir adelante con él.

En el rostro de los Tres Eternos se notó patente el disgusto que les causó la protesta de York. Luego cambiaron ligeramente de actitud.

—¿Y quién nos detendrá? ¿Tú?

—¡Sí! —Repuso York con firmeza—. Les hago una seria advertencia. Tengo un arma cuya actividad probablemente habrán visto. Si no acceden ustedes a corregir ese proceso geológico, la usaré dentro de diez segundos.

—Eres muy valiente, Anton York, pero también un tonto —fue la contestación imperturbable de los Tres—, tenemos poderes ilimitados. Recuérdalo.

—¡Uno! —el principio del conteo fue la respuesta de York.

York apuntó su arma hacia el palacio de mármol y siguió el conteo. La pantalla protectora de su nave funcionaba a todo lo máximo. Los Tres Eternos permanecieron sentados. En sus rostros había una mirada de desdén. Uno de ellos alargó la mano despreocupadamente hacia un tablero y movió un interruptor diminuto. Los nervios del dedo cordial de York se pusieron tensos al llegar a la cuenta de nueve, y cuando llegó a diez, oprimió el botón.

El violento escape de energía que brotó de su arma se estrelló contra un muro invisible que rodeaba el palacio de los Eternos sin causar el menor daño. Cerca de allí, las rocas y los árboles se hicieron polvo y una nube negra se elevó. La energía que había liberado el arma era una combinación de rayos gamma y de ondas ultrasónicas, capaz de convertir los objetos en fragmentos de moléculas.

Desesperadamente, York volvió a aplicar la energía de su arma hasta el máximo, aplicándola durante un minuto entero, como nunca antes lo había hecho. Pero el muro contra el que se estrellaba no mostró ningún efecto. York se quedó boquiabierto. Sabía que ni siquiera su propia pantalla protectora hubiera resistido aquella descarga infernal durante lapso tan prolongado. Los rostros que aparecían en el televisor sonreían burlonamente.

Al darse cuenta del peligro que corría su nave, York tomó los controles, pero en ese mismo instante una fuerza invisible se posesionó de su cuerpo, paralizándolo. Uno de los Eternos manipulaba unos botones en un tablero.

—¡Hombre temerario! —se dejó oír la voz telepática con tono burlón—. Nosotros tenemos a nuestra disposición más fuerzas naturales que las que jamás hayas soñado.

Dominamos veinte mil años de ciencia, Anton York. Tú nos has declarado la guerra y deberíamos aniquilarte aquí mismo, lo cual podríamos hacer fácilmente, pero está más allá de nuestra dignidad destruir aquello que no nos puede hacer daño. Por lo tanto, aléjate, pero nunca vuelvas a poner a prueba nuestra paciencia, ni pongas en duda nuestra fuerza.

La nave de York empezó a moverse bajo el impulso de una fuerza oculta y fue lanzada súbitamente hacia arriba como si una mano gigantesca lo hubiera hecho. El impulso arrojó a York y a Vera hasta un rincón de la cabina, pero desapareció como por encanto la parálisis que los tenía inmovilizados. York se asió de un pasamano; arrastrándose llegó al tablero de controles. Enderezó la nave y a continuación le ayudó a Vera a ponerse en pie.

York no pronunció ninguna palabra, pero se sentía humillado por lo que había ocurrido. Los dos habían sido tratados como si fueran unos parásitos. Echó un vistazo hacia abajo para examinar el lugar en donde flotaba su nave. La nube brillante protegía de nuevo la morada de los Tres Eternos, quienes constituían una amenaza para la humanidad.

York sabía que no tenía objeto continuar abiertamente la agresión. Su arma de rayos gamma y ondas ultrasónicas que siempre le había dado resultados positivos no había logrado perforar la barrera que protegía la morada inexpugnable de los Tres Eternos. Si York, con sus poderes, era un dios, aquellos tres hombres eran super dioses.

—¿Qué podemos hacer contra ellos? ¿Contra veinte mil años de ciencia? — preguntó Vera.

Los dos se alejaron con su nave del monte Olimpo. York ni siquiera hizo el menor intento por contestar aquella pregunta que no tenía respuesta inmediata. Una mirada fría ensombreció sus ojos. Era el reflejo de una super mente que se enfrentaba a un super problema.

Capítulo V

DURANTE todo el año siguiente, las tripulaciones y los pasajeros de los transatlánticos y de las gigantescas naves aéreas transoceánicas llegaron a ver, en diferentes sitios, la nave esférica de York. Algunas veces estaba suspendida, inmóvil sobre la superficie del agua. Otras se le veía flotar por encima de las islas. En varias ocasiones fue vista en los puertos de Ciudad Sol, recogiendo ciertos aparatos que el conejo había mandado construir acatando las órdenes de York. Nadie sabía, ni siquiera los mismos conejales, para qué eran esos instrumentos.

York trabajaba en el interior de la nave como sólo un hombre con una idea determinada puede hacerlo. Los instrumentos tenían propiedades ultra auscultadoras. De acuerdo con un intrincado principio sónico eran capaces de revelar la estructura inferior de la Tierra, al igual que los rayos x permiten ver los huesos. York podía mandar una onda sonora hacia las profundidades del mar y horas más tarde dicha onda era reflejada desde el mismo núcleo del planeta.

York acumuló un legajo de papeles llenos con ecuaciones y notas matemáticas condensadas. Entre esos manuscritos había fórmulas de dinámica concernientes a las dimensiones de las montañas, de las grandes masas de tierra, de agua y de aire. York revisaba las páginas con dedos temblorosos.

—No hay tiempo para pasar todo esto en limpio —le dijo a Vera—, pero ya está casi todo calculado. Con las observaciones sismológicas que llevo hechas durante el año que ha transcurrido, he logrado examinar la Tierra completa dentro de mi laboratorio. He desmenuzado este planeta como si fuera un compuesto o una diminuta rebanada para poderlo examinar a mis anchas. Gracias a la dinámica terrestre puedo predecir cualquiera de los principales fenómenos geológicos que ocurrirán, de la misma manera que los Tres Eternos lo han hecho. Observa esto, Vera.

York extendió un enorme mapamundi y señaló el océano Atlántico con la punta de su lápiz.

—Hace diez años existía una isla en ese lugar. Como los Tres Eternos sabían que ésa era la clave para sus fines, provocaron una gran explosión que afectó, inclusive, las aguas del Pacífico. El oleaje tremendo empezó a formarse lentamente y fue tocando las diversas capas de la Tierra. La Atlántida y Lemuria, que habían estado sepultadas durante varios milenios, empezaron a subir a la superficie, en tanto que nuestros continentes comienzan a hundirse con lentitud. Por absurdo que parezca no puedo impedir que dicho hundimiento continúe.

York llevó su lápiz al Pacífico y allí trazó un círculo alrededor de una docena de pequeños islotes situados en la Polinesia.

—La clave está por este sitio —explicó—. El antídoto contra su veneno. Si se hace estallar una de esas pequeñas islas, la explosión formará unas ondas profundas,

similares a las que se desataron en el Atlántico, pero que, por tener un sentido opuesto a estas últimas, anularán sus efectos. En una década, o quizá en un lapso menor, la Tierra se asentará y aunque la costa de los continentes haya cambiado, la Atlántida y Lemuria no emergerán.

—¡La humanidad del presente y del futuro te deberá la vida! —exclamó Vera, encantada con lo que su esposo le acababa de comunicar. De pronto, el pánico apareció en sus ojos—, ¡pero los Tres Eternos te destruirán, Tony! ¡Nos destruirán! ¿Quién se lo va a impedir? Ellos pueden acabar con nosotros dos.

Era para ella un pensamiento extraño el que alguien o algo pudiera destruirlos. ¿Acaso no habían ya vivido dos mil años?

York hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—¡Por supuesto que pueden hacerlo! —Dijo York apretando los dientes—, pero terminaremos primero con nuestra labor y después nos preocuparemos de eso. Aún tengo que determinar cuál de las islas es exactamente la que tenemos que destruir.

Unas cuantas horas más tarde, York tenía su nave encima de las aguas de Oceanía. Había sólo unas cuantas islas habitadas en medio de aquella inmensidad de agua. York sacó sus sondas de profundidad, y después de unas horas lanzó un gruñido de satisfacción.

—Ya he reducido el campo hasta tres de esas islas, pero parece que no puedo proseguir con los datos con que cuento. Tengo que estar absolutamente seguro acerca de la isla que voy a hacer desaparecer, porque si hago estallar la que no debo, el resultado podría ser casi tan catastrófico como el que han iniciado los Tres Eternos.

York se quedó pensativo durante un momento. Al rato le dirigió la palabra a Vera.

—Sólo hay una manera: esos cálculos involucran las fuerzas interiores de la corteza terrestre, y tengo que establecer el sitio preciso en donde se encuentran. Es necesario que descienda yo personalmente al fondo del océano, en donde está el subsuelo del mar formado por los vapores de plasma.

York frunció el ceño mientras su mente empezaba a dar forma a una máquina desconocida para la ciencia terrícola. Después empezó a explicarle a Vera:

—Por supuesto que no hay submarinos construidos por el hombre que bajen a tal profundidad. Tendré que construir un sumergible taladrador; será un verdadero topo mecánico. Haré que...

Vera lo interrumpió, presintiendo algo extraño en las palabras de su esposo.

—Usas sólo la primera persona, Tony. ¡No bajarás sin mí! ¡No!

—Eso implica peligros muy serios, Vera. Las fuerzas que sacuden al mundo descansan ahí.

Al ver la expresión que había en la cara de su esposa, York trató de distraerla con una broma.

—¿Por qué no vas a visitar a tu tía por unas cuantas semanas?

Pero en vez de provocar risa, York notó la tristeza que había en los ojos de Vera. Ella no tenía ninguna tía, ni ningún pariente; todos habían muerto siglos atrás. En el mismo caso estaba York.

—Ni siquiera tenemos descendientes —murmuró ella, aunque bien sabía que eso había sido parte del precio de la inmortalidad que gozaban—. No tenemos a nadie en la Tierra a quien remotamente podamos reconocer como pariente nuestro. ¿No te das cuenta, Tony? Si yo me quedo aquí mientras bajas a esas profundidades y no vuelves, me quedaré más solitaria que el aerolito más abandonado de todo el espacio.

Durante los doce meses siguientes, las fábricas del siglo XLI lograron construir todas las partes que aparecían en los planos diseñados por York. El tiempo, del cual habían empleado una buena cantidad, no significaba nada para la pareja inmortal que supervisaba la construcción.

El topo mecánico tomó forma al unir los dos segmentos de un cilindro de diamante transparente moldeado según una fórmula secreta de York, y los cuales fueron afianzados con pernos de acero de una resistencia colosal. La parte delantera del cilindro contenía los motores de retropropulsión, de forma de abanico, que se movían con la energía de los rayos y las ondas ultrasónicas, y que utilizaría York para convertir la materia en polvo intangible. Los obreros especializados que armaron el artefacto entendían muy poco lo que estaban haciendo y en lo único en que pensaban era que esa gigantesca máquina sería utilizada para perforar algo que no tuviera neutronio.

Una vez que el aparato quedó terminado, lo embarcaron con destino a una de las islas de la Polinesia, utilizando para su transporte la mayor nave de carga de que se disponía. Luego, York despidió a todos los concurrentes. Ya a solas con Vera, lanzó un profundo suspiro.

—Me he estado preguntando todo este tiempo si, a pesar del gran secreto con que se han desarrollado todos mis planes, estén al tanto de ellos los Tres Eternos y vayan a querer estorbarlos de alguna manera.

Siempre que mencionaban al trío eterno, un estremecimiento extraño recorría el cuerpo inmortal de Vera. Recobrándose, comentó:

—Son como tres buitres que esperan, que aguardan... ¡Es terrible!

York interrumpió, diciéndole:

—Echa un último vistazo al Sol, pues quizá no lo volvamos a ver durante varias semanas.

York entró en el enorme aparato y después de ayudar a subir a Vera, cerró la puerta neumática. Una hora más tarde, una vez que revisó cuidadosamente los depósitos del aprovisionamiento de aire, de agua y de alimentos, y se cercioró de que todos los instrumentos funcionaban bien, puso en marcha el motor.

La energía de la gravedad invadió las bobinas y éstas empezaron a esparcir su

fuerza desintegradora. La proa del vehículo se clavó en el suelo dando la impresión de un gusano gigantesco que se refugiaba en su guarida. En sólo unos cuantos segundos desapareció la popa del topo mecánico de la superficie de la isla. Una vez que atravesó la capa de tierra floja y llegó a un estrato rocoso empezó a taladrar con una velocidad media de treinta metros por hora.

Como de la proa que iba perforando la roca salían gruesas columnas de polvo negro, ni York ni Vera alcanzaban a ver el curso que seguían en el larguísimo túnel que iban abriendo. La vibración de la máquina los sacudía violentamente y tenían que apretar la mandíbula para evitar que los dientes les castañetearan. Cada sesenta minutos, York paraba la máquina y su motor para permitir que sus cuerpos doloridos descansaran un poco.

El topo mecánico seguía perforando cada vez a mayor profundidad, sin encontrar ninguna substancia material que al entrar en contacto con sus potentes rayos desintegradores no fuera convertida en polvo. Hubo ocasiones en que el ritmo de la perforación quedó reducido a la mitad, debido a que la máquina se topaba con una gruesa capa de granito.

York no había abrigado ningún temor a los derrumbes que pudieran ocurrir en el túnel, pues en previsión de ello había calculado perfectamente la resistencia del casco de diamante de la nave y éste podía soportar, de ser necesario, el peso equivalente al del monte Everest.

Una semana más tarde, cuando el aparato indicador de profundidades marcaba cuarenta kilómetros bajo el nivel del mar, suspendió York la obra, y durante tres días él y su esposa se dedicaron a descansar y a darle reposo a sus nervios.

York comentó:

—Y bien, Vera, aquí estamos, cuarenta kilómetros de profundidad. Más hondo de lo que ningún hombre haya podido llegar jamás. Hemos abierto este túnel como si fuéramos una bacteria que se hubiera colado en el interior de una mole de mármol.

Con la ayuda de Vera y gracias a los instrumentos que había colocado en la parte exterior del casco del topo mecánico, York podía conocer la temperatura, la presión y la densidad de las rocas que los rodeaban. Pero lo más importante de todo fue la medición de los esfuerzos que ejercía la masa de roca situada arriba y la presión del núcleo caliente de la Tierra que estaba aún muy abajo. Las cifras representaban las fuerzas encadenadas que, de haberlas liberado, habrían ocasionado la contracción de la corteza terrestre como ocurre con una manzana que se asa al fuego lento.

—Ordinariamente, esas fuerzas brutas están equilibradas —dijo York—. Los Tres Eternos las han equilibrado hasta el punto de causar la elevación de dos desaparecidos continentes y el hundimiento de los existentes. Tenemos que restaurar ese equilibrio.

York y Vera se llevaron una semana para hacer cálculos, y una vez que los

tuvieron preparados reanudaron la perforación hacia el centro de la Tierra.

—No está aquí la respuesta a lo que busco, Vera. Tenemos que llegar a los ochenta kilómetros de profundidad, que es donde empieza la barisfera. Allí, la materia es semi fluida. Tendremos que obrar con sumo cuidado.

Aunque York no hacía mención de ello, Vera sabía que estaban exponiendo la vida. Pero durante sus viajes espaciales también la habían expuesto en repetidas ocasiones. A ambos los tranquilizaba el pensamiento de que si perecían, sería juntos. York se alegraba de que Vera hubiera insistido en acompañarlo.

Al llegar a la profundidad de setenta kilómetros, York se detuvo de nuevo. Le causó extrañeza ver que la temperatura era casi la misma que la que había a los cuarenta kilómetros de profundidad. En realidad no era mucho mayor de la que se registraba en el interior de la mina más profunda que hubiera cavado el hombre.

—La corteza terrestre es buena conductora del calor —explicó York para su propia satisfacción—, y una gran parte del calor que hay en el interior de la Tierra sube directamente a la superficie, manifestándose como acción volcánica, en manantiales de aguas termales, y si no fuera por dicho calor, el fondo de los océanos, hasta el cual nunca penetra el sol, se congelaría.

York observó sus instrumentos y le dictó a Vera las lecturas que habían tomado de las grandes masas rocosas que en esos momentos los separaban tanto del nivel del mar como del núcleo terrestre. Conforme realizaba esa tarea su entusiasmo iba en aumento. Finalmente, un día más tarde su estado de ánimo era de verdadero júbilo.

—¡Ya lo tengo, Vera! —Exclamó—, ¡el plasma de las fuerzas tiene un nudo, un punto de concentración, y está situado aquí precisamente! Corre en línea paralela a la isla junto a la cual iniciamos nuestra perforación. Cuando destruyamos esa isla, se desatará un oleaje que neutralizará el que provocaron los Tres Eternos, y entonces...

—¡Tony! —Exclamó Vera lanzando un grito agudo—. ¡Tony, siento algo extraño! Como si alguien estuviera cerca de nosotros... Telepatía.

—¡Tonterías! —Exclamó York ligeramente disgustado—, ¿quién puede estar a setenta kilómetros bajo el nivel del mar, aparte de nosotros? Dudo que los Tres Eternos...

—No lo dudes, pues somos nosotros —se dejó oír una voz telepática, clara y burlona.

En ese momento desapareció por completo una de las paredes del túnel sobre la cual descansaba el vehículo de York. Una nave extraña estaba al fondo de otro túnel. Al igual que la de York, estaba formada de varios segmentos, pero era de mayor tamaño, y en su estructura se apreciaban claros; un material verdoso transparente a través del cual eran perfectamente visibles los rasgos fisonómicos de los tres moradores del monte Olimpo.

Capítulo VI

YORK alcanzó a percibir las palpitaciones agitadas del corazón de Vera, cuando acercó ella su cuerpo al suyo, así como su propia pulsación acelerada. Era un tonto por no haber pensado traer consigo un arma. Pero aunque así lo hubiera hecho, no le hubiera servido de nada contra los Tres Eternos.

—Anton York —se oyó una voz que provenía de la otra nave—, olvidaste las advertencias que te hicimos cuando nos visitaste en el monte Olimpo y te atreviste a desafiarlos. Has firmado tu sentencia de muerte. Hemos captado tus pensamientos con ciertos instrumentos psíquicos de largo alcance desde el mismo día en que te alejaste de nuestra morada. Esos instrumentos nos revelaron que trataste de trastornar nuestros planes. No creímos que tendrías éxito para reunir los datos necesarios para llevar a cabo tu empresa, pero cuando empezaste a perforar la corteza terrestre seguimos a tu topo mecánico con el que construimos nosotros hace doce años para efectuar nuestras mediciones. Como científico, eres realmente superior a lo que imaginábamos.

Los Eternos hicieron una pausa como para darle al cumplido un énfasis de mayor ironía.

—Eres tan superior que hemos llegado a la consideración de que debemos destruirte. No puede haber más gobernantes que nosotros en la Tierra.

—Yo no deseo gobernarla —protestó York—, sino sólo salvarla.

Su voz adquirió un tono suplicante cuando empezó a decirles:

—Piensen al menos que lo que van a hacer será asesinar a diez mil millones de seres humanos. Aun cuando ustedes vivan hasta el fin de la eternidad, no podrán liberar jamás su conciencia de semejante estigma.

—Eres un idealista, Anton York —contestó el implacable trío—. Nosotros somos realistas. La raza actual y su civilización merecen que se acabe. Está llena de tradiciones supersticiosas y retrasos periódicos de sus propios ideales. Hace escasamente tres siglos que hubo una depresión mundial, acompañada de una epidemia de hambre innecesaria, unas demostraciones violentas y malos entendimientos en sus asuntos. La civilización decayó como ha ocurrido en tantas ocasiones.

—¡Pero va ascendiendo firmemente! —apuntó York.

—Cuando hagamos surgir a Lemuria y a la Atlántida a la superficie —continuó la voz, ignorando las palabras de York—, los poblaremos con una raza nueva y los dotaremos con una supercivilización que resplandecerá como una piedra preciosa colocada dentro de un estuche hecho con el oro más puro que puede haber.

—Y en el curso de diez años empezarán las escaramuzas, la lucha por el poder y la anarquía —lo interrumpió York bruscamente—. Ustedes son los idealistas,

divorciados completamente de su vida anterior, al grado de que no se dan cuenta de las reglas fundamentales de la vida, basadas en la experiencia. Su nueva civilización iniciada desde un estado superior, sin haber alcanzado ese alto nivel mediante un desenvolvimiento natural, se desplomará dentro de las profundas arenas de unos cimientos que jamás existieron.

Por primera vez, un conato de enojo se reflejó en la expresión de los Eternos, como si su orgullo se hubiera visto herido por ese razonamiento justo.

—¡Calla, tonto; vas a morir! Pero hay algo que queremos nos reveles antes de aniquilarte: el secreto de tu arma gamma-sónica. Aunque no nos destruyó, y aunque tenemos fuerzas iguales, queremos conocer su funcionamiento. Vamos, habla.

El silencio de York se prolongó.

—Muy bien —empezó a decir el portavoz de los Eternos—, de todas maneras lo conseguiremos. Al conocer tu temple hemos pensado cómo obtener ese secreto. Te dejaremos abandonado en este túnel sin tu nave subterránea, hasta que mueras. No tendrás a tu disposición ninguna herramienta con la que puedas cavar o cometer el suicidio. La locura se apoderará de ti antes de que mueras asfixiado. En esas condiciones, tu mente, de manera automática, expulsará tus pensamientos, ya sea de manera voluntaria o involuntaria. En nuestro laboratorio del monte Olimpo tenemos un aparato que captará tu estado mental y gracias a él conoceremos el secreto del arma gamma-sónica. Así, morirás y nos serás útil al mismo tiempo.

No había perversidad alguna en la manera tranquila con la que el Eterno había expuesto su horrible plan. Lo exponía desapasionadamente, sin que en él interviniera para nada ningún sentimiento humano. York dudaba que conocieran ellos el significado de los sentimientos de amor, odio, enojo, misericordia o de cualquier otra emoción. Los veinte mil años que habían vivido los habían hecho olvidar todo aquello, cristalizando su intelecto.

Unos minutos más tarde, Vera y York estaban solos en el túnel cavado por el topo mecánico. Su vehículo había desaparecido desintegrándose ante sus ojos, debido a la descarga de un rayo frío que la había pulverizado por completo. Los rayos paralizadores de los Eternos habían sacado a York y a Vera de su nave. Después, los Tres Eternos habían esparcido el contenido del depósito de oxígeno en el túnel a fin de que no murieran demasiado pronto, y finalmente los moradores del monte Olimpo cegaron el túnel hecho por York, y se alejaron dejando escapar un rayo candente, el cual fundía las paredes del túnel que habían ellos abierto, dejándoles por única cárcel la cueva en donde acababan de sostener su breve plática.

—¡Es nuestro fin, Tony! —murmuró Vera, acercándose más a él—. Estamos a setenta kilómetros de la superficie y moriremos como ratas atrapadas dentro de una caverna sin salida. Pero nos burlaremos de ellos, Tony, pues no nos dejaremos llevar por la locura. Hablaremos de nuestra vida, de los dos mil años que disfrutamos.

Moriremos en paz.

York la besó tiernamente y alabó su valor. Los dos se pusieron a charlar renovando los recuerdos de sus viajes en el espacio y de las dos últimas visitas a la Tierra. Pero poco antes de una hora, su voz empezó a fallar y la nerviosidad se apoderó de ellos.

El uno y el otro se podían ver gracias al brillo sobrenatural de la radiactividad de las rocas que los rodeaban. Aquel sitio era más tenebroso que si hubiera estado a oscuras; el silencio se hacía más notorio cada vez que dejaban de hablar. El calor excesivo que allí imperaba empezaba a torturar a sus cuerpos que de por sí estaban ansiosos de recibir aire fresco.

¡Habían sido enterrados vivos! Ese pensamiento corrosivo destrozaba la resignación que se habían impuesto.

Vera empezó a balbucear sin coordinación alguna, y sus ojos comenzaron a reflejar el horror que experimentaba. Por su parte, York contuvo la nube negra de locura que se quería apoderar de él. ¿Acaso no había escape? No contaban con la más simple herramienta, ni implemento.

¡No había escape! Ni siquiera tenían a la mano una cuchara con la que pudieran escarbar. Aunque de nada les hubiera servido estando a setenta kilómetros de profundidad. A York le asaltó momentáneamente la idea tonta de que podían emplear las uñas de sus manos para escarbar.

«Hay una sola cosa que tal vez nos ayude», —se dijo a sí mismo, aunque bien sabía que era difícil utilizarla para sus fines—. «Y es el aparato para captar y emitir ondas telepáticas que tengo en la oreja izquierda. Es el mismo que utilicé para darles órdenes a los concejales. Los Tres Eternos no lo descubrieron, o, si se dieron cuenta de él, lo desdeñaron. Pero ¿cómo emplearlo? Puedo dar órdenes telepáticas a los seres humanos, pero no a las piedras».

—Puedo captar tus pensamientos —balbuceó Vera, riendo histéricamente—. Hay que sobreponerse y no darse por vencido, Tony. Concéntrate para hallar la manera de cómo escapar de aquí... Cómo escapar de aquí... Cómo escapar de aquí...

Vera empezó a perder lucidez, y comenzó a repetir las frases como si fuera un disco de fonógrafo que se hubiera rayado.

—Hallar la manera de cómo escapar de aquí —repitió York, haciendo eco a las palabras de su esposa.

De pronto, la sujetó por los brazos y la sacudió violentamente al mismo tiempo que le decía:

—¡Vera, quizá sí sea la solución! El concentrador de ondas cerebrales proyecta fuerzas tele-cinéticas. Con él, hice que la mente de aquéllos en quienes lo apliqué, impulsara a actuar a su cuerpo, a moverse. Quizá pueda aplicar la tele-cinética para lograr mover aun a las piedras.

—¿Mover las piedras? —Preguntó Vera con voz sepulcral—, pero eso requiere energías, mucho más de las que utilizaste para mover las máquinas humanas, como en el caso de los concejales. Sí, necesitarás mucha energía para mover los miles de toneladas de piedra que hay encima de nosotros. No, no hay salvación posible, Tony. No tiene objeto abrigar falsas esperanzas.

—¿Energía? —murmuró York desconsolado—. Sí, más energía de la que hay en nuestro cuerpo. ¡Si al menos pudiera usar la que tenemos!

York estuvo cavilando acerca de la tele-cinética, pero después de un par de horas se rindió ante la impracticabilidad de aquella idea.

—Muramos entonces en paz —murmuró Vera, tratando de librarse de otro ataque de histeria.

—Es irónico —musitó York— que aunque tenga yo acumulado el conocimiento de dos mil años, sin herramientas al alcance de mi mano me siento tan desamparado como cualquier hombre lo estaría ante este mismo dilema. Hace mil años, en una gran nave moví los planetas. Ahora, falto de herramientas, no soy mejor que un gusano.

Una extraña sensación recorrió la mente de York. Aquello lo había experimentado muchas veces en los últimos años, sin saber que lo causaban los Tres Eternos al espiar sus pensamientos.

—¿Conservas aún la razón? —Escuchó York la voz telepática de uno de los Tres Eternos—, tienes una fortaleza física notable, Anton York. Pero sucumbirás; aunque te resistas a aceptarlo, debes resignarte. Estamos a la mitad del camino que lleva a la superficie. Cuando salgamos del túnel estarás balbuceando, volcando tus pensamientos en el dispositivo grabador que tenemos preparado.

El silencio se hizo.

Vera gimió aterrorizada. También ella había escuchado aquellas palabras.

—No, Vera —le dijo York, tratando de tranquilizarla—. ¿No te das cuenta de que me dijeron eso para hacernos perder la razón rápidamente? No olvides que nos prometimos morir tranquilos.

—¡Si al menos pudiéramos hacerlo! —exclamó ella, sollozando—. Pero es tan grande la tortura. El ardor que siento en la piel debido a la radiactividad de las rocas va en aumento.

York sentía también aquella terrible molestia que se sumaba a las demás incomodidades.

York se puso de pie de un salto.

—¡Radiactividad..., energía! —exclamó—. ¡Energía para la tele-cinética! ¡La tenemos a nuestro alrededor, Vera! Voy a probar. Mis ondas telepáticas podrán utilizar esa energía de una manera tan eficaz como la del cuerpo humano.

York imploró a todos los dioses del universo por el éxito de sus planes.

Vera se tranquilizó un poco y se quedó observando a su esposo concentrarse. La misma fuerza oculta con que había ordenado a los concejales que se sentaran y lo escucharan, la proyectaba en ese momento contra la roca. York nunca había probado plenamente las posibilidades de sus ondas telepáticas. ¿Podría ordenarle a la materia que le cediera el paso?

El esfuerzo mental titánico que desplegaba hizo brotar nuevas gotas de sudor, las que se sumaron a las que le corrían por la frente debido al intenso calor de la cueva. Nada visible, nada de lo cual conociera él la fórmula, se estrellaba contra la roca. La energía de la radiactividad estaba allí latente. ¿Sería posible aprovecharla sin más ayuda que su fuerza telepática?

Transcurrieron varios minutos que parecieron ser eternos. Entonces, lentamente, la roca comenzó a ceder. Se escuchó un crujido, como si millones de cristales, frotándose unos contra otros, cambiaran de posición.

La materia formó, obedientemente, las paredes de un túnel.

York avanzó paso a paso, como un dios ante el cual nada se opusiera. Él túnel se iba extendiendo, metro a metro.

—¡Sígueme! —le ordenó York a Vera, sin volver la cara. La mente dominaba la materia, la tele-cinética aprovechaba la energía que le proporcionaba la radiactividad. Las ondas telepáticas de York iban dándole al piso del túnel la pendiente necesaria para que pudieran ellos avanzar. No tenía caso horadar hasta encontrar el túnel que había hecho el topo mecánico, pues como era completamente vertical, sería imposible subir por él para llegar a la superficie. Por lo tanto, tendrían que abrir un nuevo túnel con el declive apropiado, túnel que quizá tendría una extensión de más de cien kilómetros. Al poco rato se le presentó un grave problema: conforme se extendía el túnel, el aire se hacía cada vez menos denso. York hizo alto y, valiéndose de la tele-cinética, le ordenó al oxígeno que brotara de la roca, y lo logró abundantemente.

—Tele-cinética química —le explicó a Vera—. Los electrones y los protones engendran nuevos átomos bajo esta fuerza mental. ¡Vera, éste es un verdadero milagro de la ciencia! ¡Vera!

Y de esta manera continuó York perforando el túnel. Más tarde, la carencia de elementos radiactivos en ciertos estratos no fue obstáculo para York, pues su mente había encontrado la manera de extraer energías incluso de las rocas que no eran radiactivas. Previniendo esto, York le dio al túnel forma ovalada para distribuir de ese modo la tremenda presión que ejercía en las rocas. Gracias a aquello, los muros y techo se sostuvieron sin ningún puntal, al igual que la frágil cáscara de un huevo puede resistir presiones enormes.

Horas más tarde, escucharon a sus espaldas el tremendo ruido producido por el derrumbe de la cueva que los Tres Eternos habían destinado que fuera la tumba de la pareja. York se detuvo para mirar a Vera.

—¡Elimina todo pensamiento de tu mente! —le ordenó con voz autoritaria—. ¡Hay que hacerles creer que hemos muerto!

Los dos permanecieron en silencio y sin moverse durante una hora. Sintieron claramente las extrañas ondas telepáticas que trataban de entrar en su mente, que en esos momentos la tenían cerrada. Sin duda alguna, los Tres Eternos trataban de captar alguna señal mental de sus prisioneros. York le advirtió a Vera que resistiera y que se despreocupase aun cuando la parte del túnel detrás de ellos se iba desplomando progresivamente.

Finalmente, las ondas telepáticas cesaron. ¡Los Eternos estaban convencidos de que York y Vera habían muerto!

Capítulo VII

YORK continuó abriéndose paso por entre las rocas impulsado por la obsesión de escapar. Su cincel mental, impulsado por la energía de la radiactividad, desgajaba las rocas, desmoronándolas. Cuando su mente empezó a fallar, por la falta de fuerzas físicas, York colocó su concentrador de ondas telepáticas en la oreja de Vera. El progreso que ella obtenía para excavar el túnel era un poco más lento que el de su esposo.

Más tarde, cuando el alimento y el agua se convirtieron en una necesidad, York hizo uso de sus poderes y ordenó que el agua brotara de las rocas. Gracias a eso, pudieron saciar su sed. La comida era un problema mayor, pero York lo resolvió al recordar la fórmula química de los almidones, de las proteínas y de los azúcares, sustancias con las que se habían alimentado durante varios siglos. Las diminutas moléculas de las rocas cedieron a las órdenes telepáticas y se agruparon convirtiéndose en los compuestos nutritivos que tanta falta les hacían.

—¡Es increíble! —murmuró Vera, mordisqueando las sustancias concentradas. Miraba a York con una expresión como si se resistiera a creer lo que estaba sucediendo.

—Me valí de las herramientas de la mentalidad —comentó York—, tropecé con ellas por mero accidente. Probablemente es lo esencial de las fuerzas.

Horas más tarde, cuando habían perforado varios kilómetros, York estuvo a punto de caer de bruces. El túnel había desembocado en una cámara enorme. Los dos avanzaron unos cuantos pasos y se quedaron cegados por el brillo sobrenatural que despedían las paredes de una gigantesca caverna de forma ovoide. Los muros y el techo estaban reforzados con unas placas metálicas de un metro por lado y remachadas entre sí.

—Esto es obra del hombre —murmuró Vera asombrada. Su voz vibró al amplificarla el eco.

Luego, después de olfatear, exclamó:

—¡Aire respirable, aunque un poco húmedo! Este lugar parece ser muy antiguo, Tony.

—Creo saber qué es esta gruta, Vera —exclamó York. En sus ojos apareció un rayo de alegría—. ¿Recuerdas lo que nos contaron los Tres Eternos, acerca de que la Atlántida trataba de minar el continente de Lemuria durante la guerra que sostuvieron? Este debe de haber sido el cuartel general desde donde los atlantes empezaron a cavar un túnel que los llevara hacia la superficie a fin de llevar a cabo su pavorosa tarea.

No obstante, York y Vera habían visto muchas cosas extrañas en los mundos que habían visitado en el espacio; ninguna los había impresionado a tal grado como

aquella caverna que no era más que una muestra de la antigua debilidad criminal de su propio mundo.

En esa cámara no había ningún rastro de los veinte mil años anteriores, salvo las viguetas metálicas que habían soportado las presiones subterráneas durante tan larga era. Aún se alcanzaban a apreciar dos grandes puertas de metal que alguna vez dieran acceso a la gran cámara, aunque grandes masas de roca se habían acumulado contra ellas. No había duda de que los atlantes dominaban el arte de la construcción.

¡Había algo más aparte de esas puertas, y York y Vera lo vieron! Un enorme bloque de metal de forma cúbica estaba exactamente en el centro del piso, sin ningún propósito definido. Los dos avanzaron con el fin de continuar cavando el túnel en la pared opuesta.

De pronto, Vera se detuvo, impresionada. Volvió lentamente la cabeza y fijó la mirada en el bloque metálico como si éste la hubiera hipnotizado.

—¡Capté una voz telepática procedente del interior de ese bloque, Tony!

York se volvió un tanto escéptico, pero recordó que su esposa era más sensible que él a los débiles impulsos telepáticos. Los dos se acercaron al bloque y, al concentrarse, les pareció oír una voz débil. Era como un lamento inarticulado, exactamente como el que emitiría un ser que estuviera hablando mientras dormía.

—¡Alguien está ahí dentro! —exclamó York, caminando alrededor del bloque para investigar si era sólido.

Finalmente, dio un paso atrás, abrió las piernas en compás y fijó la mirada sobre aquel extraño bloque. En unos cuantos instantes apareció una ligera depresión en una de las caras del cubo, del rayo tele-cinético que brotaba de la mente de York.

De pronto, York tuvo que dejar de enviar su descarga, pues el rayo telepático había chocado con algo que no podía atravesar. Se escuchó el ruido de algo que se movía y el débil murmullo se apagó. Una forma vaga se escurrió por la abertura que York había hecho. Vera se estremeció y buscó la mano protectora de York. ¿Cómo era posible que aquel ser transparente hubiera sobrevivido durante tan largo tiempo aprisionado en el interior del bloque metálico, y que diera tan de repente muestras de vida?

—¡Un androide! —exclamó York al materializarse el ser.

Era obvio que aquel robot lo habían construido a semejanza del hombre, pero estaba grotescamente desproporcionado. Aunque de aspecto metálico, su cuerpo parecía ser tan flexible como el caucho. La cabeza, sin rostro, tenía dos ojos brillantes como un espejo, sobre los cuales se abrían y cerraban rápidamente unos párpados metálicos como si le cegara el débil resplandor que había en la caverna por haber permanecido tanto tiempo en medio de la oscuridad más completa.

El robot miró lentamente a su alrededor; en sus ojos se veía el asombro. Luego volvió la cabeza hacia ellos.

—No, no soy un androide del todo —dijo por medio de la telepatía—. En el interior de mi cráneo metálico tengo un cerebro humano. Me llamo Kaligor. ¿Cómo se llama este mundo?

—Estamos en el planeta Tierra —contestó York, sorprendido—. ¿Qué otro mundo podía ser? ¿Vienes de la Atlántida o quizá de Lemuria, Kaligor?

—¿Lemuria? ¿Atlántida? —preguntó el robot con voz incierta—. ¡Por supuesto! De Lemuria, ahora lo recuerdo. Perdonen mi lentitud. He permanecido dentro de ese bloque de metal durante mucho tiempo, desde el hundimiento de la Atlántida y de Lemuria. ¿Cuánto ha transcurrido?

—Veinte mil años —contestó York.

—¿Sólo veinte mil años? —el androide parecía estar sorprendido—. Tenía idea de que serían muchos más, casi una eternidad.

York y Vera cambiaron miradas entre sí. Hacía unas cuantas horas que los dos habían estado a punto de perder la razón. ¿Cómo era posible que esa mente humana, no obstante estar alojada en un cráneo metálico, hubiera sobrevivido doscientos siglos y aún razonara cuerdamente?

Kaligor captó el asombro de la pareja.

—La mía es una historia larga y singular —empezó a decir—. Durante las primeras horas casi enloquecí, pero fui controlándome poco a poco y comprendí que podía conservar la razón si me sometía a una disciplina mental estricta. Me puse a dar rienda suelta a mi fantasía encaminándola hacia un fin determinado. Tenía que forjarme alguna cosa y llevarla por camino complicado para dejar desenvolverse lentamente mis pensamientos. En esos veinte mil años he planeado mentalmente un nuevo universo entero dentro de un marco geométrico de seis dimensiones...

Kaligor hizo una pausa y luego continuó diciendo:

—Me puse a pensar detenidamente en cada sol por separado, calculé su peso, sus dimensiones, su brillantez, y todo lo que podía relacionarse con cada uno de ellos. Después de eso, que posiblemente me llevó un siglo, escogí un sol determinado y formé un sistema imaginario de planetas que giraban a su alrededor, haciendo mis cálculos con todo lujo de detalles. Así, determiné sus órbitas, el número de satélites con que contaban y todos los fenómenos físicos que podían ocurrir.

—¿Nunca llegaste a perder la esperanza de ser rescatado? —le preguntó York, lleno de asombro.

Jamás, en toda la eternidad, había habido una espera tan prolongada.

—No. Y la prueba de ello es que no perdí la razón. Además, mi mayor recompensa es verlos a ustedes a quienes considero mis salvadores. ¡Ah! ¡Pero qué lento transcurrió el tiempo! Nunca me atreví a suspender la construcción de mi mundo de fantasía, pues en el mismo momento en que lo hubiera hecho, me habría vuelto loco al darme cuenta de lo desesperado de mi situación. Para entretenerme

más, poblé uno de aquellos mundos con seres inteligentes, muy diferentes de los humanos, y tracé su historia biológica completa, hasta la última célula...

Kaligor hizo una pausa y después agregó:

—En algunas ocasiones y durante varios días seguidos luché para solucionar un solo problema, como por ejemplo la determinación del número de vasos sanguíneos que hay en el organismo. Esos seres inteligentes, aunque su aspecto podría causarles horror a ustedes, eran casi tan reales para mí como lo son ustedes en este momento. Imaginé que aquellos seres, a los que llamé volquianos, peleaban unos contra otros, exploraban su mundo, comerciaban y se dedicaban a todas las demás actividades propias de una civilización avanzada. Pero no obstante aquello, el tiempo me parecía interminable. Para matar mi tedio volví a imaginar seres y seguí paso a paso todos los incidentes de su vida, desde su nacimiento hasta su muerte. Bosquejé docenas de historias individuales con todos sus detalles. Llegué a odiar algunas de mis creaciones, y a amar otras, como fue el caso del valiente Mirbel, quien peleó por ganar el amor de la encantadora Binti. Quizá no comprendan ustedes lo reales que imaginaba yo aquellas creaciones de mi imaginación. Continué forjando imágenes para alejar de mi mente el horrible pensamiento de que no podría salir nunca de esa prisión de roca. He vivido un millar de vidas, aventuras y sueños. Aun en este momento me pregunto si el verlos a ustedes no es parte de mi sueño.

—No, somos reales —dijo York sonriendo, pero comprendió al mismo tiempo que esa misma situación bien podría presentarse en alguno de los sueños que se hubiera forjado Kaligor.

El androide se estremeció repentinamente, como si tratara de librarse de los últimos recuerdos que tenía de su largo sueño.

—¿Quiénes son ustedes? —Les preguntó—, ¿a qué se debe su presencia aquí en esta cámara olvidada?

York contó lo sucedido. Kaligor se mostró asombrado cuando oyó mencionar a los Tres Eternos, y prestó mayor atención al relato.

—¡Los Tres Eternos! —Exclamó cuando terminó de hablar York—. Son los mismos que me encarcelaron aquí. Les contaré lo ocurrido. No soy atlante, sino que nací en Lemuria. Descubrí el elixir de la vida y lo tomé. Después, en mi excesivo entusiasmo decidí alojar mi ya inmortal cerebro en un cuerpo indestructible, para que de esa manera nada pudiera afectarlo. Viviría para siempre; pero fue una idea tonta, pues en aquel entonces ignoraba cuán aburrida se volvería mi vida.

York y Vera se dieron cuenta de que quizá algún día tampoco ellos podrían escapar del mismo fenómeno.

Kaligor prosiguió:

—En nuestra civilización había cirujanos muy hábiles, y le encomendé a uno de ellos que pasara mi cerebro inmortal al cuerpo de un androide. Había preparado yo

previamente una sustancia química que cubriera mi cerebro y atrajera al mismo tiempo la energía del espacio, que es la que impulsa todas las cosas animadas. Me llevó dos siglos construir este cuerpo de androide. No es metálico, aunque así parezca. Tampoco está formado de materia, pues ésta se puede destruir. Deseaba un material absolutamente indestructible. Mi cuerpo está hecho de..., ¿cómo podré llamarla?..., energía entretejida. Es una especie de tejido fibroso cuya urdimbre está compuesta de materia espacial retorcida. ¿Qué es lo que queda cuando se destruye un átomo? Nada menos que su energía, misma que no puede ser destruida jamás. De eso está hecho mi cuerpo.

York entendió vagamente.

—Ahora me doy cuenta de por qué mis ondas telepáticas se detuvieron tan repentinamente al entrar en su cerebro. Trataba yo de hacer desaparecer la energía con una energía más o menos semejante. Dicho de otra manera, era como si una figura le dijera a su imagen reflejada en el espejo que se desvaneciera.

Kaligor hizo un ademán para que York guardara silencio, y empezó a hablar:

—Una vez que era del todo inmortal, empecé a cavilar en el futuro. Forjé planes para guiar la civilización de Lemuria hacia unas alturas asombrosas. Y entonces, antes de que pudiera ponerlos en práctica, mi continente se hundió en las aguas del océano, en la lucha titánica que contra Atlantis sostuvieron nuestros enemigos acerbos, los atlantes. Cayeron toneladas de escombros sobre mí sin causarme ningún daño, naturalmente. Luego, me encontré en el fondo del mar, rodeado de los cadáveres de mis compatriotas, quienes habían muerto asesinados o ahogados. Al caminar por el lecho marino con rumbo a las costas de la Atlántida, iba yo horrorizado y decidido a tomar venganza. Pero también la Atlántida se había hundido en el fondo del océano. Así terminaron trágicamente ambas civilizaciones.

Kaligor se quedó pensativo, y con voz que reflejaba honda tristeza, continuó:

—Me quedé sentado en la cima de una montaña, mirando hacia los anchos mares que cubrían Lemuria, y durante un siglo estuve considerando y pensando que era yo el único que había quedado con vida. Pero un día en este nuevo continente recién surgido vi formas humanas: ¡alguien había sobrevivido! Los interrogué. Aunque casi en estado salvaje, lograron explicarme que descendían de algunos sobrevivientes lemurianos. ¡Gente de mi propia raza! Mi espíritu se alegró, y empecé a guiarlos en la construcción de una nueva civilización para reemplazar a la vieja. Entonces se presentaron los Tres Eternos. Era la primera vez que los veía. Ellos habían permanecido en el espacio, como se lo dijeron a ustedes, y habían regresado para encontrar que su continente nativo y el mío habían desaparecido. Como eran atlantes, temían que los lemurianos fueran a ser los herederos del nuevo mundo. Luchamos, pero yo no logré derrotarlos; sin armas como estaba yo, no pude hacer nada contra ellos. Pero los Tres Eternos tampoco pudieron destruirme, aunque desataron en mi

contra todas y cada una de las fuerzas infernales que poseían. Finalmente, me encadenaron y me encerraron en esta cámara situada a sesenta kilómetros abajo de la superficie de la Tierra metido en ese bloque sólido de metal, pues tenían la seguridad de que mientras la Tierra existiera, yo viviría. Las últimas palabras que me dirigieron, fueron para informarme que ellos irían al Nuevo Continente para aniquilar a los descendientes de los lemurianos. Harían desaparecer hasta el último de ellos. Les oí decir que preferirían ver poblada la Tierra de animales salvajes a tener que compartirla con los lemurianos.

—Fue obvio que fracasaron —comentó York, sonriendo—, ya que la vida humana continuó, y o tías nuevas civilizaciones surgieron, cada cual en su tiempo: la egipcia, la sumeria, la maya y otras más.

La mirada brillante de Kaligor se clavó en York y en Vera.

—Ustedes dos, Anton York, son de mi raza. Tenemos algo que nos une a través de las edades y el tiempo.

Y tenemos un enemigo común: los Tres Eternos. Ustedes comprenden que los planes de ellos están encaminados a destruir de una vez por todas la segunda civilización Lemuriana. Se verán forzados ellos a utilizar a los habitantes actuales como base de la civilización que se proponen, pero tratarán de inculcarles la vieja ideología atlante, que se basaba en el gobierno de muchos para favorecer a unos cuantos. Nosotros los de Lemuria siempre creímos en una cooperación comunal.

—Iremos a la superficie a luchar contra los Tres Eternos —dijo York, haciendo un ademán afirmativo con la cabeza, y alegrándose de tener un aliado de tantos méritos—. Por el momento ellos creen que estamos muertos y...

York cesó de hablar bruscamente al oír que Vera lanzaba un grito, advirtiéndole a su esposo que acababa de captar las vibraciones de los Tres Eternos, que trataban de sondear su mente.

Segundos después, York, Kaligor y Vera se concentraron para impedir que las vibraciones mentales de los Tres Eternos exploraran su mente.

Kaligor, con su cerebro inmortal privilegiado, permaneció mentalmente inerte.

Capítulo VIII

UNA HORA más tarde, Vera lanzó un suspiro. El sondeo de los Eternos había pasado.

Kaligor fue el primero que habló, y sus palabras iban dirigidas a York.

—Sea usted el guía. Llévenos a la superficie de la Tierra con su onda mental excavadora.

La tarea titánica les llevó un mes; York y Vera se alternaban en la perforación del túnel. Obligados por la necesidad, los dos se convirtieron en verdaderos expertos en la producción de comida, agua y aire, Kaligor se limitaba a servirles en silencio, ya que como era en realidad inmortal, no tenía que comer o tomar agua.

Conforme se iban acercando a la superficie, Kaligor se vio traicionado por un entusiasmo creciente. ¡Volver a ver el sol, el bullicio de la vida después de veinte mil años de sueños aprisionados! Sin embargo, había ocasiones en que el cerebro de Kaligor parecía estar envuelto por la niebla. Las cuerdas vocales artificiales con las que estaba equipado le servían para hablar su antigua lengua. York y Vera imaginaban las imágenes que describía Kaligor y adivinaban que éste continuaba soñando en su fantástico universo poblado de seres que ni siquiera existían.

En una ocasión, el androide se detuvo confuso, y fue hasta una hora después cuando York pudo convencerlo de que el mundo en que estaban era la Tierra, y no ese mundo irreal de sus sueños al que había llamado Volquia. Kaligor movió la cabeza tristemente.

—Yo vivo en dos mundos —murmuró—, ¡nunca estaré seguro de cuál de los dos es el real! ¡Fue demasiado largo el tiempo en que viví en aquellas tierras imaginarias!

Vera se había convertido en el centinela de incalculable valor, siempre alerta para impedir que los sondeos periódicos de los Tres Eternos pudieran descubrirlos con el detector mental de largo alcance que tenían instalado en su laboratorio del monte Olimpo. La ágil mente de Vera captaba al instante lo que la mente de sus dos acompañantes hubieran detectado cuando era demasiado tarde. Por lo tanto, cuando les hacía ella una señal, ellos instantáneamente se concentraban para bloquear sus pensamientos.

Tal como York lo había planeado cuidadosamente, el túnel desembocó en tierras australianas. Hubiera sido desastrosa cualquier equivocación que los hubiera hecho salir a aguas del Pacífico. York y Vera llenaron a sus anchas los pulmones con el aire puro y disfrutaron de los cálidos rayos solares que acariciaban su piel.

Kaligor se apoyó contra una roca; su cuerpo, extrañamente flexible, temblaba. Al fin libre de su tumba, la suya era la emoción de un alma resucitada, que había sido sepultada por equivocación y cuya tortura se había intensificado un millón de veces.

Se olvidaron de todo al verse en la superficie de la Tierra.

—¡El sondeo mental! —exclamó Vera repentinamente.

Bloquearon su mente, pero lo hicieron un segundo demasiado tarde. El sondeo mental se convirtió en una fuerza tremenda que trataba de penetrar en lo profundo de su cerebro. Los tres hicieron todo lo que pudieron por resistirla. Kaligor hizo un ademán y empezó a correr. Seguido por la pareja de inmortales, avanzó más de un kilómetro hasta sentir que cesaba el sondeo del detector.

—Perdieron el contacto —dijo York, jadeante—. No creo que en tan corto tiempo hayan averiguado exactamente en dónde estamos; pero saben que estamos en Australia ¡y que nos encontramos vivos! Es necesario que nos traslademos tan pronto como sea posible a la Ciudad Sol para refugiarnos en mi nave. Al menos en ella, si nos encuentran, podremos huir volando.

Sin dejar de mantenerse en estado alerta, los tres emprendieron el viaje. Les llevó una semana entera cruzar la selva y el desierto para llegar a un puerto. Para no descubrir su personalidad, los dos se hicieron pasar por exploradores, y a Kaligor lo presentaron como el robot que los ayudaba a efectuar las labores pesadas. Subieron en un avión de pasajeros que los llevaría a la Ciudad Sol. Por la falta de papel moneda, consistente en unidades de trabajo basadas en un sistema tecnológico, tuvo York que valerse del hipnotismo para hacerle creer a los empleados de tal línea aérea que ya habían pagado el importe de sus pasajes.

Pero esos detalles eran triviales en el mundo de los mortales. El pensamiento que los atormentaba era la batalla que tendrían que sostener para salvar la civilización del yugo despiadado de los Tres Eternos.

Al llegar a la Ciudad Sol, se trasladaron a toda prisa a la nave de York, la que había quedado estacionada en un muelle especial. Una vez en el interior, York respiró tranquilo por primera vez en muchos días. Le dijo a Vera que tomara los controles y que pusiera proa hacia el Pacífico del Sur. Luego se puso a revisar todos los datos de las fuerzas geológicas que había obtenido en la exploración subterránea.

—Lo primero que tenemos que hacer, es provocar la explosión de la isla clave que neutralizará el resurgimiento de la Atlántida y de Lemuria a la superficie —explicó a sus compañeros—. Después de eso, consideraremos el problema de los Tres Eternos.

Kaligor hizo un ademán afirmativo y en sus ojos brillantes apareció una mirada en la que era evidente el placer que le causaba la idea de verse muy pronto frente a los Tres, que lo habían condenado a que se quedara sepultado durante toda la eternidad.

—Me causa extrañeza el que desde hace varias horas los Tres no hayan tratado de sondear nuestros pensamientos —dijo Vera—, esto es de mal agüero, Tony.

Cuando se acercaron a la diminuta isla que tenían que destruir, comprendieron por qué los Tres no habían hecho más sondeos. Allí, esperándolos y brillando con la luz del sol, estaba una nave electro protectora, por si atacaban. Pero contrario a

aquello, oyeron claramente la voz telepática de los moradores del Olimpo.

—De manera, Anton York, que te las arreglaste para escapar de tu prisión de rocas. Deploramos nuevamente el haberte subestimado. ¿Cómo conseguiste huir?

York permaneció en silencio.

—No importa que no contestes —continuó diciendo tranquilamente la voz telepática—. Después de que te descubrimos con nuestro detector mental, y que supimos que estabas en Australia, al no poder localizarte por segunda ocasión, nos trasladamos a este sitio, pues sabíamos que vendrías acá. Tenemos algo que agradecerte; has despertado en nosotros un nuevo interés por las cosas terrestres, aligerando con ello el peso de nuestro tedio. ¡Si pudieras presentarnos una mayor oposición, damos alguna pelea violenta, te rendiríamos pleitesía por la diversión!

«¿Fanfarronería? No exactamente», pensó York. Había un tono de sinceridad en aquellas palabras irónicas.

—Claro está que no podrás oponértenos. Nuestros veinte mil años de ciencia aplastarán tus dos mil —dijo el portavoz de los Tres Eternos—. ¿Quién es la persona que está con ustedes en su nave?

Cuando Kaligor escuchó la voz de sus enemigos acérrimos, empezó a temblar. Armándose de valor, contestó:

—¡Soy yo, Kaligor! ¿Me recuerdan?

—¡Kaligor! —exclamaron los Tres.

Un instante después, un extraño rayo de luz procedente de la otra nave, penetró en la cabina de York. El rayo se movió de un lado a otro, hasta que finalmente se posó en el cuerpo del robot. Un ojo especial situado en el extremo del rayo lo recorrió de arriba abajo y parecía que expresaba un verdadero asombro.

Finalmente, los Tres Eternos rompieron el silencio:

—Sí, eres Kaligor. El tele-ojo refleja tu imagen en nuestra pantalla. ¿Te puso Anton York en libertad?

Kaligor les hizo un relato breve de su rescate. En sus palabras había un tono de satisfacción.

—De modo que estoy aquí frente a ustedes, los Tres Eternos, como un fantasma surgido del pasado —terminó de hablar en tono amenazador.

—¡Kaligor, con Anton York! —El pensamiento involuntario de uno de los Eternos fue apenas perceptible, pero lo traicionaba, como si el pensar en esa combinación le hubiera causado algún temor—. Pero no importa. Estamos a punto de destruir esa nave, y tú, Kaligor, aunque eres indestructible, caerás al fondo del mar donde te capturaremos nuevamente para encerrarte en el propio centro de la Tierra. No habrá nadie que se atreva a rescatarte de allí. Permanecerás en ese sitio acompañado por tus sueños interminables mientras nosotros aniquilamos la civilización de lemurianos para construir la segunda era de los atlantes.

—Ustedes son seniles, aunque no física pero sí mentalmente —contestó Kaligor —, la Atlántida y todo lo que representaba pertenece al pasado. Prevalecerán los principios y la cultura de Lemuria. Yo, Kaligor, se lo digo y...

En ese momento los Tres Eternos abrieron fuego. Una descarga silenciosa de energía se estrelló contra la electro-pantalla de la nave de York. La primera descarga quedó neutralizada, pero las que siguieron empezaron a hacer subir cada vez más alto una aguja que marcaba qué punto corría peligro la pantalla de ser traspasada. Un solo toque del rayo desintegrador de los que lanzaban los Eternos sería suficiente para desbaratar como calabaza podrida la nave de la pareja inmortal. York no perdió tiempo en disparar sus armas sin dejar de olvidar que cuando intentó destruir la barrera invisible que protegía la morada en el monte Olimpo, sus rayos gamma-sónicos no habían causado ningún efecto. Sin pensarlo más, se elevó hacia el espacio abierto para no dar oportunidad a que los Tres Eternos fueran a paralizarlos con sus rayos.

—¡Qué torpe! —Murmuró York—. Debí sospechar que nos esperarían ellos aquí y nunca debí venir sin el armamento adecuado.

York remontó el vuelo verticalmente, como una flecha. Ya en pleno espacio, trató de imprimirle a su vehículo la máxima aceleración. La nave de color verde de los Eternos se lanzó en su persecución y poco a poco, pero inexorablemente, se les fue acercando. Cualquier principio de super velocidad que hubiera podido descubrir York en sus dos mil años de experimentación tenía que ser conocido por los Eternos.

—¿Qué haremos, Tony? —gimió Vera.

York no le contestó, sino que se volvió hacia el hombre robot.

—¿Se te ocurre algo, Kaligor?

El robot, que estaba acurrucado en un rincón de la cabina, permaneció en silencio.

—¡Kaligor! —gritó York fuertemente.

El lemuriano levantó la cabeza.

—¿Qué? ¿Eres tú, Binti? No..., no..., ¿qué estoy diciendo? ¡Se llama Vera York! ¿En qué mundo estamos? Dígame, estoy confuso.

—¡En la Tierra, Kaligor! —Gruñó York—. Sal de tu mundo de fantasía. Los Tres Eternos...

En eso, una ráfaga de luz cegadora provocada por los rayos gaseosos del enemigo al chocar contra la pantalla protectora hizo que Kaligor volviera a la realidad.

—¡La onda telepática, York! ¡Úsela! Ordene que desaparezca el muro de energía que protege la nave de los Tres Eternos.

York se reprochó su estupidez por no haber pensado antes en ello. Vera tomó los controles y York aplicó su mirada en la nave enemiga, concentrándose. Proyectó sobre la pantalla protectora de los Eternos hasta el último miligramo de la energía telepática de su cerebro y luego disparó el rayo gamma-sónico.

Pero la fuerza tele-cinética que había fundido las duras rocas como si fueran masilla no fue lo suficientemente fuerte para fundir el muro de energía que protegía la nave de los Eternos. Era energía pura oponiéndose a otra semejante. El único efecto que se advirtió fue que la nave de color verde se detuvo por un instante, como si hubiera tropezado con algo.

York probó una y otra vez, debilitando su cerebro con el terrible esfuerzo que hacía. Lograba detener momentáneamente la nave, pero el muro protector no cedía. Tambaleándose, York se quitó de la oreja el concentrador de ondas cerebrales y se lo entregó a Kaligor.

—Haz tú la prueba —le dijo York.

Kaligor oprimió el diminuto aparato contra su frente. York y Vera no pudieron apreciar en aquel rostro sin facciones la concentración mental del robot, pero la nave de los Eternos se sacudió y empezó a retroceder. Aquello se repitió a cada descarga de la fuerza tele-cinética.

—El muro de energía es impenetrable —dijo Kaligor—. Ellos nos derrotarán, a menos que...

Kaligor esbozó un plan rápidamente. York estuvo de acuerdo y esperó con los nervios en tensión.

Capítulo IX

KALIGOR se volvió una vez más hacia la nave que se les acercaba. York y Vera casi podían palpar la tremenda fuerza mental que estaba concentrando poco a poco. De pronto, desató la espantosa descarga de las fuerzas tele-cinéticas que había acumulado. El resultado fue inmediato, la nave verde empezó a retroceder más y más hasta desaparecer en la inmensidad del espacio.

Tal como lo habían planeado, York desvió en ese mismo instante su nave hacia la dirección opuesta, utilizando la máxima velocidad que podía desarrollar. Continuaron avanzando describiendo arcos elípticos y dejaron vagar la nave al azar.

—Es suficiente —exclamó Kaligor cinco minutos más tarde—. Desconecte la pantalla, pare todos los generadores y bloqueen su mente.

En cuanto se llevó a cabo todo lo anterior, la nave quedó a oscuras e inerte, vagando en el espacio silencioso como cualquier meteorito. Sintieron el sondeo mental de los Tres Eternos, que trataban de localizarlos, pero éste cesó una hora más tarde.

Una voz telepática se dejó oír en el interior de la cabina de la nave.

—De momento han logrado escapar, Kaligor y Anton York —admitieron los Tres Eternos—, pero el triunfo nos pertenece. Volveremos a la Tierra y estableceremos nuestro cuartel general en la isla que pensaban ustedes destruir para salvar la civilización lemuriana. Estaremos en guardia y los destruiremos si regresan. Cuando los antiguos continentes y la civilización atlántica hayan resurgido, iremos en busca de ustedes, aunque sea hasta el rincón más remoto del universo, y allí será la batalla final.

Al darse cuenta Vera de que York y Kaligor estaban a punto de salir de su estado de concentración mental, les indicó por medio de una señal que no lo hicieran, pues con su intuición femenina presentía que los Tres Eternos habían lanzado esa amenaza para descubrirlos. Todos aguardaron, y fue hasta tres horas más tarde cuando cautelosamente salieron de su abstracción. El sondeo mental de los Eternos había cesado.

—Han regresado a la Tierra —suspiró York—. Pero como ellos dicen, triunfaron. Está visto que no podemos penetrar su barrera protectora invisible, pero en una batalla prolongada sí podrán destruir la nuestra.

—¿Por qué no construimos una electro-pantalla más potente, Tony? Además, podríamos buscar alguna fuerza que penetre la suya —sugirió Vera.

Un tanto desalentado, York hizo un ademán negativo con la cabeza.

—Eso nos llevaría años, quizá siglos. Mientras tanto, la civilización sería destruida y eso es precisamente lo que estamos tratando de evitar. Comprende que los Tres Eternos nos llevan una delantera de dieciocho mil años de ciencia. Aventajan

también la ciencia de Kaligor, pues mientras estaba él encerrado en su prisión, soñando, el temible trío adquiría y mejoraba sus conocimientos científicos.

—¡Soñando! —Exclamó Kaligor—. ¡Sí, soñando! ¡Ah, si al menos pudiera yo aplicar algo de la ciencia del mundo que forjé en mis sueños! Cuando Mirbel y Binti pelearon contra la mente triple de Kashtal, contaban con un arma maravillosa..., pero no tiene caso. La ciencia de ellos era la de un universo de seis dimensiones que no tiene aplicación en el nuestro. Todo eso es pura fantasía, un sueño...

Al ver que Kaligor entraba nuevamente en su mundo de sueños, en el que todas las crudas realidades se podían resolver, York y Vera sintieron pena por él.

—Sólo hay una esperanza —señaló York—: desarrollar la propia fuerza telecinética. Si construimos un concentrador más potente, uno al que podamos aplicar simultáneamente la energía de tu cerebro, del de Kaligor y del mío quizá obtengamos un rayo cuya descarga sea lo bastante poderosa para destruir la barrera en vez de hacerlos retroceder únicamente. ¿Qué opinas de eso, Kaligor?

Pero Kaligor estaba sumido en sus sueños, y Vera le pidió a York que lo dejara en paz.

—Tony —dijo ella suavemente—, sacar a alguien de un hermoso sueño es lo peor que puede hacer una persona. Deja que el pobre de Kaligor vaya saliendo gradualmente del suyo. Ha estado veinte mil años en el mundo de los sueños y sólo unos cuantos días en el nuestro.

Una semana más tarde, después de un viaje efectuado con todas las precauciones posibles para que los Tres Eternos no pudieran descubrirlos con sus aparatos detectores de largo alcance, York y sus compañeros descendieron en una sección aislada de la Luna, procurando mantenerse alejados de los centros de explotación minera que los terrícolas tenían instalados en ese satélite.

No obstante lo afligido de su situación, los divirtió sintonizar el aparato radiorreceptor para escuchar las noticias del mundo de los mortales.

«Acaban de arribar doce naves más y traen quemados todos sus instrumentos. Volvió a repetirse el mismo fenómeno extraño que ocurrió la semana pasada en algún lugar del espacio entre la Tierra y la Luna», dijo un anunciador. «Según los pilotos, al cruzar una zona entre el satélite y nuestro planeta, se desató inesperadamente una descarga de energía, la cual quemó los radiorreceptores y transmisores, los sistemas de alumbrado y los aparatos de intercomunicación de las naves. El doctor Emanuel Harper, el famoso físico, calcula que en algún punto situado a millares de kilómetros de su nave particular se consumieron unos cuarenta y cinco billones de ergios de energía en unos cuantos minutos. Energía suficiente para alumbrar Ciudad Sol durante tres mil años. ¿Quién o qué pudo haber causado dicho fenómeno? ¿Está allá Anton York? En caso afirmativo, ¿qué estará haciendo? Hace mil años movió planetas. ¿Preparará acaso alguna hazaña de ingeniería similar a aquellas con las que

asombró a la humanidad de diez siglos atrás?».

Vera sonrió sin mucho entusiasmo y comentó:

—Se está escribiendo otro capítulo en la mitología de Anton York, la verdad del cual ni siquiera sería creída.

Kaligor y York reunieron sus conocimientos científicos y construyeron un enorme concentrador de ondas cerebrales. En el taller de la nave de York había toda clase de herramientas científicas concebibles. Las materias primas que necesitaban las extraían de las moléculas del suelo selenita y las transformaban en el metal o elemento que requerían, aplicando la tele-cinética química.

Por fin, un día probaron el aparato. York, Vera y Kaligor encauzaron simultáneamente su energía mental en el receptor y el resultado no se hizo esperar. En medio de los fuertes crujidos que producía sintieron la vibración en el exterior de la nave y al asomarse vieron que una montaña lunar que estaba cerca de allí se desplazaba diez metros hacia atrás.

—¿Recuerdas ese viejo proverbio bíblico, Vera? —Dijo York sorprendido ante el resultado—. Si tienes fe, puedes mover las montañas.

York había logrado mover mundos enteros, pero para hacerlo se había valido de la energía producida por máquinas gigantescas. Lo que acababan de hacer se había llevado a cabo utilizando sólo la fuerza mental, derivada de la concentración intensa de sus pensamientos. Y éstos tenían un alcance ilimitado.

Si así lo hubieran deseado, podrían haber hecho que la montaña danzara y volara después en el espacio a la velocidad de la luz.

Sin embargo, York se preguntaba si esa energía que generaban llegaría a superar a la que tenían los Tres Eternos.

York y sus compañeros se dirigieron nuevamente a la Tierra. En esta ocasión lo hicieron abiertamente. Los Tres Eternos habían iniciado en la isla del Pacífico la construcción de un palacio de mármol semejante al que había en el monte Olimpo. La nave de casco verde salió a su encuentro, y la batalla se desarrolló encima de las aguas del océano.

Los Tres Eternos desataron sus descargas de energía contra la electro-pantalla protectora de York y miraron rápidamente su resistencia.

York, Vera y Kaligor se concentraron uniendo sus pensamientos y permanecieron de pie frente al proyector de ondas telepáticas. A una señal de Kaligor los tres aplicaron su energía mental en el receptor.

Un rayo incommensurable de fuerza tele-cinética saltó y fue a chocar contra la nave verde, pero no ocurrió nada. La muralla protectora no desapareció como lo habían esperado. Es más, ni la propia nave se movió siquiera un centímetro, como había ocurrido la última vez que se habían enfrentado.

—Volvieron a fracasar —se oyó decir la voz telepática de los Eternos—.

Llegamos a la conclusión de que ustedes habían utilizado las fuerzas tele-cinéticas para escapar, e instalamos un radiador repelente que esparciera la energía alrededor de su nave.

A lo lejos, en la superficie del mar, en el punto donde se volvió a unir la energía, las aguas se agitaron violentamente, apartándose y formándose un remolino de más de un kilómetro de diámetro. Las aguas se unieron de nuevo y se levantó una ola como de mil quinientos metros de altura, la que empezó a rodar hacia las costas distantes. Horas más tarde, varias ciudades costeras quedaron destruidas por la marejada más grande registrada en toda la historia.

—¡Ahora —anunció la voz fría—, prepárense a morir!

Una potente descarga sacudió la nave de York y estuvo a punto de traspasar la pantalla protectora. York aceleró los motores y se elevó a toda velocidad. ¡A huir nuevamente, pero en esta ocasión no tenían la menor esperanza de escapar!

Así lo parecía. La nave de los Eternos se lanzó en su persecución para darles caza. Instantes después, todo estaba preparado para mandar la descarga final contra la ya debilitada barrera protectora de York. Dentro de un momento más vendría la destrucción definitiva.

Pero la nave de los Tres Eternos, de manera inexplicable, empezó a ganar velocidad y de pronto pasó vertiginosamente junto a la de York, casi chocando con ella, y siguió avanzando cada vez más aprisa. En pocos instantes se perdió de vista en la vastedad del espacio.

York se volvió y vio que Kaligor continuaba parado frente al proyector tele-cinético.

—Utilicé el hipnotismo —explicó Kaligor cansado, como si toda la energía de su cerebro se hubiera agotado—, los hipnoticé haciéndoles creer que habíamos hecho invisible la nave. Cambie pronto de curso, York, pues los Tres Eternos regresarán de un momento a otro y dudo que la hipnosis surta efecto dos veces.

Como en la ocasión en que había huido anteriormente, York hizo que la nave describiera arcos elípticos, sin rumbo fijo, hasta que se alejaron al punto opuesto de donde estaban. Los Tres Eternos no aparecieron. Nuevamente habían burlado su persecución.

Una hora después, mientras navegaban lentamente en el espacio, los tres permanecían callados. Estaban descorazonados porque el proyector de ondas telepáticas no les había dado el resultado que esperaban.

—Tenemos que hacer algo —dijo York en un tono de voz que indicaba terquedad—. No podemos abandonar la lucha, Kaligor. Debe de haber algo..., algo...

Kaligor se encogió de hombros con indiferencia y se sumió nuevamente en el mundo de los sueños. York lo envidió y deseó imitarlo, pero sus sueños habían sido últimamente pesadillas en las que se veía perseguido sin cesar por los Tres Eternos

hasta los rincones del espacio y del tiempo.

Vera le dijo, sonriendo:

—Debes descansar, Tony —le advirtió amablemente—. Olvidémonos de los Tres Eternos por el momento. Quizá se nos ocurra algo más tarde teniendo la mente despejada. Pongámonos a observar las estrellas. ¿Recuerdas cuando llevamos un asteroide a Venus para que se convirtiera en su satélite? —Murmuró Vera—. ¡Qué felices estábamos cuando lo logramos! Cuántos de los terrícolas que allá vivían suspiraban por un rayo de luna en aquellas largas noches venusinas.

Vera sintió entonces que se estremecía su esposo.

—¡Vera! —exclamó él, entusiasmado—. Me acabas de dar una buena idea. Supongamos que remolcamos otro asteroide y lo llevamos hacia la Tierra imprimiéndole una tremenda velocidad para que choque contra la isla. Los propios Eternos no podrán detener los millones de toneladas de dura roca que se precipiten inesperadamente sobre ellos.

Después de varios esfuerzos, York logró despertar a Kaligor y le expuso su plan.

—¡Estupendo! —exclamó el lemuriano, mostrando su aprobación.

Mientras maniobraban la nave lejos de la vecindad de la Tierra, en dirección de la zona de los asteroides, los alentaba la esperanza una vez más. Después de una búsqueda minuciosa localizaron un pequeño asteroide compacto que mediría aproximadamente unos ocho kilómetros de diámetro. A su lado, la nave parecía un grano de arena. Pero gracias a las ilimitadas fuerzas de su proyector tele-cinético pudieron sacarlo de su órbita.

Conforme avanzaba por el espacio con rumbo hacia la Tierra, iba adquiriendo mayor velocidad.

York pasó largas horas calculando el curso que debía seguir el asteroide. Tenía que guiarlo hacia un punto preciso de la Tierra, pero había que considerar que, mientras tanto, ésta continuaba describiendo sus inexorables movimientos de rotación y de traslación. York tuvo que aproximar sus cálculos decimales hasta cienmillonésimas de centímetro.

En otras palabras, ésta era una maniobra de super balística en la cual la gran mole desempeñaba el papel de una bala gigante lanzada por un cañón teórico contra un blanco determinado que se movía en las cuatro dimensiones del continuo espacio-tiempo.

—Y sin embargo —continuó York cuando terminó los cálculos—, es realmente más sencillo calcular esta trayectoria, de cientos de millones de kilómetros en el espacio, de lo que sería apuntar un cañón en la Tierra para lograr un blanco que estuviera a sólo mil kilómetros de distancia. Los movimientos y leyes del espacio son precisos e invariables. Los de la Tierra están sujetos a los caprichos del viento, a la temperatura y la densidad del aire. Creo que podremos hacer caer con toda precisión

el asteroide en esa pequeña isla.

En el transcurso de dos semanas habían logrado impulsar el asteroide hasta tenerlo situado dentro de la zona donde estaba la isla. Su velocidad había aumentado gradualmente. Sólo faltaba que cuando llegara al campo gravitacional de la Tierra lo venciera para cruzar la atmósfera y caer como una bomba gigantesca sobre el atolón de los Tres Eternos.

—No puede fallar —dijo Kaligor confiadamente mientras revisaba por tercera vez los cálculos matemáticos de York—. Los diabólicos Eternos no tendrán ningún aviso. El asteroide es demasiado pequeño para brillar como una estrella, excepto en los últimos minutos. Brillará con una luz incandescente cuando se precipite en la atmósfera, y unos cuantos segundos más tarde dará en el blanco. Los Tres Eternos quedarán aplastados contra la propia Tierra y, al mismo tiempo, la isla será convertida en añicos, impidiendo que resurja la Atlántida. Es un magnífico plan, York. ¡Ojalá no falle!

Conforme se acercaba la hora cero, a York lo asaltaba la duda. Sin embargo, ¿cómo podrían los Eternos sobrevivir al caerles encima un asteroide?

Capítulo X

CUANDO estaban a mil quinientos kilómetros de distancia de la Tierra, York detuvo la nave. El asteroide continuó su vertiginosa caída y en unos cuantos segundos se perdió de vista. Instantes después reapareció brillando ligeramente. Con cada segundo que pasaba, el aumento de la fricción contra la atmósfera terrestre intensificaba su brillo.

Semejante a un diamante refulgente avanzaba hacia su destino...: la isla. Había sido dirigido perfectamente.

—¡Allá les va un pequeño regalo, Eternos! —gritó Kaligor jubilosamente, tomando el telescopio de la nave.

El asteroide cayó en el sitio preciso.

York y sus compañeros observaron fascinados cómo una lluvia de chispas saltaban a varios kilómetros de distancia en el océano Pacífico. Se elevaron densas nubes de vapor. Millones de toneladas de roca se habían incrustado en la Tierra. El impacto había sido tan fuerte que alteró la rotación del planeta por breves instantes. Los hombres de ciencia registrarían la caída del más grande de los aerolitos, sin sospechar que la mano del hombre había intervenido en ese fenómeno.

York lanzó un profundo suspiro. La enorme masa se había precipitado como un cohete en la dirección precisa sobre el palacio de mármol de los Tres Eternos. No era posible imaginar que pudieran haber sobrevivido.

—¡York! —Exclamó Kaligor, que no se había despegado del telescopio—. ¡El edificio de mármol quedó intacto! El asteroide chocó contra una barrera protectora haciéndose pedazos.

Kaligor no acababa aún de explicar lo que había observado, cuando les dio una orden urgente.

—¡Pronto, apaguen las luces, corten la fuerza de los motores y bloqueen sus pensamientos! Tendremos a los Tres Eternos persiguiéndonos dentro de un momento. Creo que aquí estaremos más a salvo que si tratamos de alejamos de ellos.

En aquel sitio esperaron durante largas horas, con su mente bloqueada contra los sondeos telepáticos, dándose cuenta de que los Eternos no se atreverían a salir de su isla a menos de que descubrieran la posición exacta de sus atacantes.

Finalmente, como en las ocasiones anteriores, un mensaje telepático llegó hasta su cerebro.

—¿Creyeron ustedes que nos iban a sorprender desprevenidos, Anton York? —dijo uno de los Tres Eternos—. Recordamos que sabías mover los mundos y que tratarías de mover uno para atacarnos con él. La barrera de diques de fuerza protectora que colocamos en la isla frustró tus propósitos. Aunque hubieras arrojado la propia Luna sobre nosotros no nos hubiera causado ningún daño. Recuerda que antes que tú, nosotros ya habíamos movido los mundos. ¿Tenemos que repetirte una y

otra vez que ustedes son como unos niños para nosotros y que tarde o temprano los capturaremos y los castigaremos?

York puso de nuevo su nave en movimiento para alejarse de la Tierra siguiendo una ruta regular a fin de que los detectores de los Eternos los confundieran con cualquier otra nave.

—¿Qué nos queda ahora por hacer, Kaligor? —preguntó York mordiéndose los labios.

Pero Kaligor se había sumido en el mundo de los sueños, huyendo del tremendo problema al que tenía que enfrentarse junto con sus dos compañeros.

—¡Mirbel! —Murmuraba entre sueños, igual que lo había hecho cuando estaba encerrado en el bloque de metal—. ¿Eres tú, Mirbel? ¿Y Binti? He estado soñando en un mundo extraño al que llaman Tierra. Sí, la Tierra. Soñé que libraba yo una lucha, una oposición fútil contra mi super ciencia. Pero eso es imposible, ¿verdad, Mirbel? ¡Soy el científico supremo del universo! Vamos, Binti, dime que fue un sueño.

York perdió la paciencia y trató de despertar al lemuriano.

—¡Despierte, Kaligor! No es hora de soñar. Deje de murmurar tonterías en el nombre del universo. Esos dos con que sueña son producto de su imaginación, son figuras fantásticas que ha forjado usted, ¿entiende?

York se arrepintió de lo que había hecho, pero Kaligor despertó.

—¿Imaginación? ¿Figuras fantásticas? —Repitió Kaligor como un eco—. Sí, tiene usted razón.

Repentinamente, el contacto telepático de Kaligor se convirtió en una serie de pensamientos atropellados. Por un momento, York pensó que el robot había caído nuevamente dentro de su hechizo, pero su voz telepática se volvió a escuchar, en esa ocasión clara y firme.

—Anton York —dijo—, ¿qué es lo más importante? ¿Nosotros, o la civilización que tratamos de salvar?

—¡La civilización! —Replicó York sin vacilación—. Está formada por compatriotas nuestros, de usted y míos. Ellos continúan perfeccionándose, lentamente, pero de una manera segura. ¡La civilización! Hay que preservarla, aun al costo mismo de nuestra vida.

York se sintió un poco apenado de haber dicho esto.

—Yo no puedo morir —dijo Kaligor tranquilamente—, pero sí hacer un sacrificio que equivalga a la vida.

—¿A qué se refiere? —preguntó York.

—Sólo hay una manera de conquistar la meta por la cual los dos haremos el último sacrificio —continuó diciendo Kaligor—, trataremos de alejar a los Tres Eternos de la isla el tiempo suficiente para destruirla.

Kaligor siguió exponiendo su plan y York comprendió con toda claridad lo que

proponía...

Transcurrió un año, un año en el cual York, Vera y Kaligor construyeron unos aparatos intrincados, y cuando todo estuvo preparado, fueron de nuevo a la isla para enfrentarse con los Tres Eternos. Kaligor estaba inclinado sobre los controles de la nave. Su cerebro humano, envuelto en ese cuerpo indestructible, despedía una radiación telepática.

Los cuerpos de York y de Vera ofrecían un tremendo contraste detrás de él y estaban casi inmóviles por la ansiedad y la zozobra que sentían al saber que pronto pondrían en acción su nuevo plan.

—Tenemos una nueva arma —le informó Kaligor al enemigo—. Una que no fallará, Eternos. La muerte va hacia ustedes...

Kaligor movió una palanca diminuta y un rayo rojizo brotó de la nave en dirección hacia la isla del enemigo. Al tocar la barrera protectora se esparció como si fuera pintura roja, pero fue todo lo que ocurrió.

—Es un arma insignificante, no mejor que las otras —dijeron a coro los Tres Eternos con tono triunfante—. ¡Y ahora ustedes se las verán con la muerte!

La electro-pantalla protectora de la nave de York volvió a soportar las descargas mucho más pesadas de los rayos de los Eternos que se estrellaban contra ella. York emprendió la huida por cuarta vez. Parecía que aquello era un juego que tenían que practicar durante toda la eternidad.

Kaligor manipulaba los controles con sus dedos flexibles, semejantes a unos tentáculos. Condujo la nave, acelerándola al máximo, hacia el espacio abierto. York y Vera estaban apoyados en la pared y tenían los ojos cerrados. Estaban como en trance. Kaligor les dirigió una mirada e hizo un ademán de satisfacción. Les llevaría a los Eternos algún tiempo alcanzarlos si lograba él mantener constante esa super velocidad.

La cacería se inició a velocidades desconocidas e imposibles de alcanzar por las naves espaciales ordinarias de los terrícolas. Perseguidos y perseguidores pasaron como un relámpago frente a Marte, cruzaron la zona de los asteroides, dejaron atrás a Júpiter y finalmente Plutón. Las dos naves surcaban el espacio hundiéndose en la inmensidad del más allá, excediendo la velocidad de la luz. Era ésa la persecución final. Sólo había una manera como terminaría.

KALIGOR sintió el sondeo telepático que los Tres Eternos aplicaban en los cuerpos inconscientes de York y de Vera, como si se preguntara qué les había ocurrido. Sus telerrayos visuales despidieron por breves momentos un fulgor extraño. El sondeo mental cesó y la cacería continuó.

La nave enemiga se acercaba, inevitablemente, más y más, hasta que la nave de

York quedó dentro del alcance de las descargas de los Eternos, los que empezaron a lanzarlas de nuevo contra la electro-pantalla protectora. Kaligor observó cómo la aguja que indicaba el grado de peligro que corría la nave, subía a su máximo y sobrepasaba la marca. ¡La electro-pantalla cedía!

Las llamas brotaron en el interior de la nave destruyendo e invadiéndolo todo. El metal se calentó al máximo y se fundió. York y Vera, que permanecían inconscientes, fueron alcanzados por el fuego; sus cuerpos empezaron a retorcerse, desplomándose. Ardieron y en pocos momentos quedaron convertidos en un montón de cenizas.

—¡El sacrificio final! —exclamó Kaligor recorriendo con la vista la nave que se incendiaba.

Todo quedó deshecho, excepto Kaligor, que era indestructible. Estaba flotando en el espacio. La nave y todo lo que contenía se había desintegrado hasta el último de sus átomos. Una gran cantidad de estrellas decoraban el firmamento y eran testigos indiferentes de la batalla que se acababa de librar.

—¡Has sido derrotado, Kaligor! —Se oyó decir a los victoriosos Tres Eternos—, murieron Anton York y su compañera, y tú permanecerás flotando eternamente en el espacio. Es un fin mejor del que nosotros habíamos planeado.

Kaligor no les contestó nada a sus viejos enemigos, pero éstos oyeron que hablaba con alguien.

—¡Binti! ¡Mirbel! ¡Qué gusto me da verlos de nuevo! Acabo de despertar de aquel sueño de..., ¿qué cosa era? ¡Ah, sí!, la Tierral Binti, Mirbel, usted son reales, no aquellos otros. Te llamaban fantasma, Mirbel, y a ti también, dulce Binti. Decían ellos que eran ustedes sólo producto de mi imaginación, fragmentos de una fantasía que había inventado yo durante mi largo sueño. ¿Cuál era esa otra palabra? ¡Ah, sí, maniqués! Los llamaban maniqués a ustedes y esa palabra tenía un significado definido cuando soñé en la Tierra. Hay algo más, que no puedo recordar..., no puedo recordarlo, Binti... Mirbel... Ahora me quedaré con ustedes...

—¡Maniqués!

Uno de los Eternos lanzó un grito.

—¿Oyeron eso? Ahora lo veo claro. ¡Nos han burlado! York se valió de una artimaña para alejarnos de la Tierra y poner en práctica sus planes.

Mientras tanto, York, en la Tierra, se apartó un poco del concentrador mental con el que había mantenido comunicación telepática con la nave en que iba Kaligor. Gracias a un sencillo mecanismo habían podido transmitir sus reflejos mentales al interior de dos maniqués que habían colocado a bordo de la nave en que viajaba su aliado. Sus pensamientos, así como los de Vera, habían estado allí y así lo habían determinado los detectores mentales de los Tres Eternos. En ese momento, el instrumento que estaba conectado a los maniqués no registraba ninguna reacción, lo que era una prueba segura de que los Tres Eternos habían alcanzado finalmente a

Kaligor, después de una cacería que se había prolongado por más de tres horas.

—¡Dio resultado, Vera! —Exclamó York—, logramos alejar a los Eternos por lo menos más allá de Plutón. Creyeron que tú y yo viajábamos con Kaligor, cuando en realidad eran unos maniqués a los que les habíamos puesto unos cerebros electrónicos para que engañaran los detectores de los Eternos. El cerebro de los maniqués captó nuestros pensamientos, y su rostro fue hecho a semejanza del nuestro, y sus facciones fueron duplicadas con exactitud, por si acaso los Eternos fueran a emplear su sondeo visual para cerciorarse de nuestra presencia en la nave. Aunque, con todo, lo más ingenioso fue el cerebro electrónico que colocamos en la cabeza de los maniqués.

York soltó una carcajada.

Los Tres Eternos habían sido burlados con una de las tretas más simples y más viejas de la humanidad, Vera, por su parte, mostraba menos júbilo; su actitud era más solemne.

—Todo se lo debemos a Kaligor —murmuró Vera—. Después de todo, el mundo de sus sueños nos fue de gran utilidad para burlar a los Tres Eternos. En pago de eso, está condenado a permanecer flotando en los espacios sin límite, sin llegar a conocer jamás la muerte. Su sacrificio ha sido mucho más grande de lo que llegará a ser el nuestro. Y sin embargo, quizá disfrute de su soledad. Él continuará forjándose sueños en ese universo mental al que ama tanto y al cual pertenece. Quizá vivirá en él. ¿Quién lo sabe?

York asintió conmovido. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Se volvió hacia el tablero de los controles e hizo los preparativos necesarios para sacar la nave de la selva que les había servido de escondite temporal. Aquélla era su propia nave; la que Kaligor tripuló para burlar a los Tres Eternos había sido una réplica exacta que habían construido en las fábricas de Ciudad Sol.

—Disponemos de un poco más de tres horas antes de que vuelvan los Eternos —dijo York—. Tres horas que nos concedió Kaligor a cambio de vagar eterna e irremisiblemente en el espacio.

Unos minutos más tarde, la nave de York se posaba en la isla que estaba destinada a la destrucción total a fin de hacer retroceder el proceso geológico que habían iniciado años antes los Tres Eternos.

York preparó su arma gamma-sónica para iniciar la desintegración instantánea de la isla hasta una profundidad de ocho kilómetros.

Los generadores de la nave funcionaron al máximo.

York apretó los labios y oprimió un botón. Una vez más los incontenibles rayos violáceos brotaron de las potentes bobinas que estaban alimentadas por las fuerzas gravitacionales. Se escuchó un fuerte silbido en el momento en que los rayos chocaron contra la isla y el palacio de mármol de los Tres Eternos, el cual se

desmoronó en un abrir y cerrar de ojos.

Gruesas capas de materia se amontonaron para desaparecer instantes después envueltas en unas tenues nubes de humo. Las aguas del océano rugieron y se precipitaron por el gran túnel vertical de cinco kilómetros de longitud que se había formado.

Cuando una nube de vapor de agua alcanzó el casco de la nave, York se elevó a toda velocidad.

Allá, en las profundidades de la Tierra que ellos habían visitado con anterioridad, empezó a formarse un movimiento telúrico en gran escala, el cual se opondría a las fuerzas que habían sido desatadas desde hacía varios años por los Tres Eternos. El terror. Durante algún tiempo, el terror de un terremoto universal reinaría en toda la superficie del globo terráqueo. Pero poco a poco el peligro se iría alejando y el mundo de los mortales seguiría su curso normal.

York confirmó su triunfo tres horas más tarde. Las burbujas que se desprendían del fondo del océano Pacífico habían disminuido a la mitad. Lemuria empezaba a detener su lento resurgimiento. Y en el Atlántico, un continente sepultado en el lecho del mar durante veinte mil años también detuvo su ascenso.

—¡Está consumado! —dijo York respirando profundamente y sin poder ocultar un gesto de orgullo.

La cara de Vera, que durante los días pasados había mostrado una gran preocupación, estaba ahora más sombría.

—¡Está consumado! —repitió, y de manera sorpresiva se arrojó a los brazos de su esposo, sollozando—. ¿Crees que podemos escapar, Tony?

—Temo que no —contestó York cariñosamente—. Los Tres Eternos tratarán de vengarse. Son poderosos más allá de toda medida y nosotros lo sabemos. De nada nos servirá que tratemos de escondernos en el espacio. Nos localizarán con sus aparatos de largo alcance aun cuando estemos a muchos años-luz de distancia. Kaligor se sacrificó y nosotros también tenemos que hacerlo, según habíamos convenido. Lo que importa es que la Tierra esté a salvo; Kaligor, hasta cierto punto, también lo está. ¡Tenemos que pensar de esa manera, encanto de mis edades!

Vera se enjugó las lágrimas.

—Hemos vivido una vida plena, Tony. Hemos disfrutado del amor, de la comprensión y de la sabiduría más allá que cualquier ser humano. Hemos tocado las estrellas por un breve momento y hemos gozado de un fragmento pequeño de la eternidad. Tuvimos sueños hermosos de inmortalidad, semejantes a los de Kaligor. Pero no pudimos escapar a las leyes del destino como lo hicimos con las leyes de la vida. ¡Todo ha terminado para nosotros, y estoy contenta!

Se besaron y permanecieron juntos en su último abrazo. Habían vivido como dioses, pero contrario a ellos, tenían que morir. El dedo del destino así lo había

decretado.

Poco después, la potente voz telepática de los Tres Eternos llegó a sus mentes. En ese momento apareció su nave cayendo vertiginosamente. Al ver destruida su isla, se encendió su ira y prometieron cobrarse cara aquella afrenta. York hizo un viraje brusco, como si tratara de escapar de lo inevitable. La nave ovoide de los Tres Eternos se lanzó en su persecución.

Perseguidos y perseguidores se hundieron en el espacio en medio del vacío infinito que ambos conocían tan bien.

Cuando supuso York que se habían alejado de la Tierra lo suficiente para que no sufrieran ningún daño por lo que iba a suceder, se detuvo y sujetó con toda firmeza los controles que hacían funcionar las bobinas de gravedad y que estaban cargadas hasta su máximo con la energía gravitacional que movía al mundo. Sonrió y tomó a Vera en sus brazos para esperar tranquilamente el fin.

Los Tres Eternos ignoraban que York y Vera habían decidido sacrificarse, y, sin disminuir su velocidad, desataron contra la nave de York una descarga para desintegrarla. En ese momento, York soltó toda la carga rugiente de energía de las bobinas. Se produjo un gran resplandor y el propio éter se hizo jirones.

¡Desaparecieron las dos naves!

Mientras, en la Tierra, todos los aparatos eléctricos se quemaron completamente debido a la reacción potente que se produjo al chocar las dos descargas.

Habían desaparecido los dioses que los terrícolas conocían. La mitología en la que se hablaba de Anton York narraría las leyendas de sus hazañas alterándolas a su gusto. Pero los dioses mismos eran unos en el infinito. Sin embargo, no habría mitología que hablara de Kaligor, el eterno soñador, indestructible, que quizá llegaría a caer en algún sol, y que, a pesar de eso, continuaría soñando sin encontrar jamás la muerte.

EL SECRETO DE ANTON YORK

Prólogo

HAY DOS ESTATUAS gigantescas de durísimo diamante en la cumbre del monte Everest. Alcanzan una altura de cincuenta metros y su resplandor llega hasta la atmósfera. Son los monumentos más altos que jamás haya hecho ningún hombre en la superficie de la Tierra, ya que los dos personajes que sirvieron de modelo ganaron una gloria mayor que ningún otro ser humano durante toda la historia.

Esas estatuas fueron modeladas para inmortalizar a Anton York y a su compañera.

En el año 4050 de la era cristiana, el presidente del concejo del sistema solar le dirigió la palabra a una multitud que se había congregado en la plaza central de Ciudad Sol y a un auditorio de televidentes de diez millones que habitaban nueve planetas. Su voz estaba llena de emoción y de reverencia, como si fuera a hacer el elogio de unos dioses.

—Anton York y su esposa han muerto. Pero el nombre de Anton York vivirá al lado de aquellos forjadores de imperios como Alejandro el Grande, César y Napoleón. De jefes espirituales como Confucio y Mahoma; de hombres mitológicos como Adán, Júpiter, Robin.

Hood y otros más, ya que Anton York fue como todos ellos en muchos aspectos y quizá más aún...

El presidente hizo una pausa y luego agregó:

—Nació en el siglo veinte. Conservado por el elixir de la vida que descubrió su padre, vivió para la inmortalidad. Estas grandes hazañas figurarán siempre en las páginas de la historia: la derrota que les infligió a los cincuenta inmortales que querían subyugar la Tierra en el siglo veintiuno. Le siguió el legado de los viajes espaciales que hizo a la humanidad. La derrota de Masón Chard, el último de los bárbaros inmortales del siglo veintiuno. La manera como aplicó su astrolinteligencia en el sistema solar para proporcionarle anillos a Júpiter, satélite a Mercurio y a Venus; la liberación de los obstáculos para facilitar la colonización de los planetas. Pero la hazaña más grande de todas fue haber regresado a nuestra era, procedente de las profundidades del espacio, para librar una batalla titánica contra los Tres Eternos, quienes deseaban destruir la civilización contemporánea. No conocemos la historia completa de lo ocurrido, salvo unos cuantos detalles. Sólo sabemos que los Tres Eternos, sobrevivientes de alguna Era olvidada, originarios de la desaparecida Atlántida, persiguieron la nave de Anton York hace un año más allá de Plutón. Los aparatos astronómicos de los hombres de ciencia, apostados en aquella oscura base,

registraron algunos de los acontecimientos. La nave espacial de los Tres Eternos soltó una fuerza destructora contra la nave de York, la que aparentemente estaba cargada con una energía potente. Las dos naves desaparecieron en medio de una explosión que debe de haber sacudido al universo de un extremo al otro. Debido a la concusión etérea, Plutón fue alcanzado fuera de su órbita a una distancia de un millón y medio de kilómetros...

El presidente del concejo hizo una pausa para dejar que los habitantes de los nueve planetas del sistema solar imaginaran los sucesos ocurridos, y prosiguió:

—Sólo podemos hacer conjeturas acerca de esas fuerzas poderosas y desconocidas que fueron desatadas. Y sólo podemos preguntarnos por qué tuvo que sacrificarse York para destruir a los Tres Eternos. Evidentemente, sólo podía derrotarlos a costa de su vida. De una sola cosa estamos seguros: la carrera de Anton York ha terminado. Nos hemos reunido aquí para exaltar su memoria, erigiéndoles a él y a su compañera unas estatuas hechas con el material más duradero que conocemos, y colocándolas en la cumbre más alta de la superficie de la Tierra.

El orador dirigió una mirada solemne a la multitud, que estaba congregada a sus pies, y pidiéndoles silencio, dio fin a su oración fúnebre:

—Anton York, el benefactor de la humanidad, ha muerto.

Capítulo I

SI ESAS palabras hubieran podido ser llevadas a través del cosmos, habrían llegado a los oídos de las personas a quienes ensalzaban y las hubieran hecho sonreír. Pues Anton York vivía.

Sin embargo, al principio él mismo no había estado muy seguro de ello. Su cerebro había salido del fuerte shock que lo mantenía dormido. En su aspecto no había cambio alguno. Al fijar la vista en la pared de la cabina de la nave, vio dos paredes. Era como si dos imágenes iguales estuvieran sobrepuestas. York no se podía mover. Estaba preso por una extraña parálisis que sujetaba cada uno de los músculos de su cuerpo, incluyendo su corazón y sus pulmones. No respiraba y su sangre, fría y viscosa, no circulaba por sus venas.

A pesar de todo eso, estaba vivo, ya que sus pensamientos gozaban de libertad. ¿O acaso era así la muerte?

Hizo un esfuerzo para probar la telepatía que había usado tan a menudo con su esposa. No podía volverse para verla.

—¡Vera! —llamó—. Vera, ¿estás cerca?

Ella contestó telepáticamente, débil y confusa.

—Sí, Tony, estoy aquí. ¿Es ésta la vida después de la muerte? ¡Qué feliz me siento de estar a tu lado después de todo lo ocurrido! ¡Mira, es la cabina de nuestra nave, pero la veo doble! Si quedó destruida en la espantosa explosión que causaron los Tres Eternos, ¿cómo es posible que un objeto pase a la vida inmaterial?

Era ése un pensamiento ridículo.

—No, Vera —contestó York después de reflexionar—. La nave no fue destruida así como tampoco nosotros. Tal vez son meras especulaciones mías, pero quizá la explosión fue tan repentina y poderosa que lanzó intacta nuestra nave a lo lejos, como cuando un ciclón mueve las espigas de trigo sin desprender un solo grano. ¡Estamos vivos, Vera!

—Pero esta parálisis...

—Es una suspensión de la vida causada por un movimiento sumamente brusco. Recuerda que si se ponen unos gérmenes en una centrífuga y ésta se hace girar a una velocidad elevada, dichos gérmenes entran en un estado de suspensión animada. Similarmente, las células de nuestro cuerpo están en un estado latente.

—¿Quieres decir que permaneceremos irremediabilmente así durante siglos y más siglos? —la voz telepática de Vera mostraba alarma e histeria.

—No —contestó York rápidamente—. No olvides que tenemos en nuestras células el doble del número normal de radio genes generadores de vida. Los rayos cósmicos los alimentan constantemente. Tarde o temprano, la energía almacenada romperá el cerrojo de la muerte. Bastará esperar.

La radiación cósmica alimentó sus radio genes. La energía eléctrica, que es, en última instancia, el calor de la vida, se acumuló gradualmente en una batería de almacenamiento. Las células conmocionadas por la tremenda fuerza de la explosión fueron recuperando con toda lentitud su estado normal.

Aquel proceso duró un año.

Durante ese tiempo, York y su esposa conversaron valiéndose de la telepatía. Estaban felices por haber escapado de la muerte, que parecía inexorable. Comentaron las cosas pasadas, discutieron acerca del presente y especularon de lo que harían en el futuro una vez que tuvieran libertad de acción. Acostumbrados ya al arrastre del tiempo durante sus dos mil años de existencia, aquellos doce meses pasaron como un suspiro para ellos, porque para un hombre mortal ordinario hubiera parecido una eternidad, enloqueciéndolo.

Anton York sintió un día la repentina tensión de uno de sus músculos. Otros más recobraron rápidamente su movimiento como si aquel primero hubiera dado la señal. Los músculos involuntariamente empezaron a efectuar la función que normalmente desempeñaban. El corazón volvió a latir y el diafragma empezó a dilatarse y contraerse inyectando aire en el interior de los pulmones.

York se incorporó, pero se desplomó lanzando un gemido. Sus extremidades inferiores se rehusaron a soportar el peso de su cuerpo. Dejó pasar unos minutos y empezó a sentirse más fuerte, logrando levantarse. Luego se volvió hacia Vera para ayudarla a que se incorporara. Finalmente, se abrazaron jubilosos, pues saboreaban el supremo placer de la vida cuando la muerte les había parecido inevitable.

—¡Tony querido!, ¿somos verdaderamente inmortales? —dijo Vera, empleando su voz en vez de la telepatía.

Los dos se dieron cuenta inmediatamente de que el sonido de la voz hizo eco con el mismo doble efecto singular que sufría su vista.

—Las enfermedades y la senectud no pueden tocarnos. Ni la terrible explosión nos hizo el menor daño. Somos inmunes a la muerte. Somos como los dioses legendarios.

—No debemos pensar así —le reclamó York con tono suave—. No debemos perder nuestra perspectiva. Somos inmortales gracias a la ciencia, y también gracias a ella estamos los dos aquí. Las bobinas de energía de la nave estaban cargadas con la energía suficiente para hacer pedazos a un sol. Cuando los Tres Eternos lanzaron sus rayos hacia nosotros, se desató una reacción en cadena de cada uno de los átomos, produciéndose la explosión, y la nave fue lanzada a miles de kilómetros de distancia probablemente con la velocidad de la luz.

—¡Olvidaba a los Tres Eternos! —Exclamó Vera de repente—. Si ellos sobrevivieron también, no han de estar muy lejos de aquí y quizá en este momento se preparan para hacernos volar de nuevo.

Al recordarle Vera sus terribles enemigos, York se dirigió inmediatamente a la pantalla visión de la nave a fin de explorar el espacio que los rodeaba. En la pantalla todos los objetos que en ella aparecían se veían dobles. En el firmamento cuajado de estrellas todo parecía estar formado por imágenes dobles. Pero no había ninguna otra nave en los alrededores.

—Los Eternos no están aquí —anunció York ya más tranquilo—. Lo más seguro es que a ellos sí los destruyó la explosión... ¡Espera! Creo que aquélla es su nave. Está a una distancia enorme, pues la veo como si fuera un punto. La explosión la arrojó en dirección opuesta a la nuestra.

Vera se acercó corriendo a la pantalla y exclamó:

—¡Mira, otra nave se acerca a ella!

—No sé qué pensar —dijo York—. ¿Serán sus tripulantes aliados o enemigos de los Tres Eternos? Concéntrate y procura hacer contacto telepático con los Tres Eternos.

Vera y York se concentraron para tratar de captar algún mensaje que se cruzaran los tripulantes de las dos naves. Aguardaron unos instantes y luego escucharon un mensaje, también telepático, que dirigía a los Tres Eternos la nave recién llegada. No obstante que la telepatía era un lenguaje universal, la que empleaban los desconocidos era totalmente extraña y sobrenatural.

—Identifíquense —escucharon decir, como si la nave aquella fuera un barco que patrullara en alta mar—, ¡contesten inmediatamente!

York y Vera esperaron, reteniendo el aliento. Al fin, uno de los Tres Eternos respondió. Su voz se le oía torpe, como si también él hubiera salido del mismo estado de suspensión animada que ellos dos.

—Somos los Tres Eternos. Nos sorprendió una tremenda explosión y acabamos de recuperar el conocimiento.

—¿De dónde vienen y qué buscan aquí? —exigió saber el portavoz de la nave desconocida.

—Del planeta Tierra. ¿Pero quiénes son ustedes para interrogarnos? —contestó con voz severa uno de los Tres Eternos.

—¡De la Tierra! —se oyó exclamar—. Tal vez vengan a rescatar a los setenta y siete seres de J-X —la comunicación telepática se interrumpió e instantes después York y Vera vieron brotar una descarga verde que se fue a estrellar en la nave de los Tres Eternos. Casi instantáneamente, en medio de grandes chispas, desapareció ésta con sus tres ocupantes.

La nave de los recién llegados permaneció inmóvil durante unos minutos, como si quisieran cerciorarse de la destructora labor que habían realizado. Luego se alejó, perdiéndose de vista en el vacío del más allá.

—Aunque nunca le deseé la muerte a ningún ser humano, me alegro de que por

fin hayan aniquilado a los Tres Eternos. ¡Eran unos seres muy malvados! —dijo Vera, estremeciéndose.

—¿Seres malvados? —La voz de York denotaba sorpresa—. ¿Qué dices de los ocupantes de esa otra nave? Nos hicieron un favor destruyendo a los Tres, pero si nos encuentran, correremos la misma suerte. ¿Quiénes serán? ¿De qué sistema solar vendrán, y por qué patrullarán el espacio?

Vera permaneció en silencio.

—Quisiera saber dónde estamos —musitó York—, tenemos mucho que hacer. Por principio de cuentas, hay que averiguar a qué se debe el efecto singular de nuestra doble visión, y el eco de nuestra voz.

El rostro de York mostraba preocupación. Avanzó lentamente hasta el cuarto de trabajo de la nave y permaneció allí durante las horas siguientes, ocupando con unos aparatos complicados. Vera preparó alimentos calientes para satisfacer sus apetitos recién despiertos. Al entrar, encontró a su esposo, que golpeaba ligeramente con un dedo el cilindro de su espectroscopio electrónico. Tenía el entrecejo fruncido y daba muestras de incredulidad.

—¿Averiguaste en dónde estamos? —le preguntó Vera, alarmada—. Regresemos a la Tierra. No me gusta la idea de toparnos con esos extraños.

—¿Regresar a la Tierra? —Replicó York, tomándola por los hombros—. Acabo de hacer un cálculo de la velocidad de la luz en esta zona, y encuentro que es de doscientos noventa y un mil doscientos noventa y dos kilómetros por segundo...; ocho mil quinientos cuatro kilómetros por segundo menos de lo que debería ser. Además, la velocidad del sonido es muy inferior a los trescientos treinta y cinco metros por segundo.

—Entonces eso explica el fenómeno de la duplicidad —repuso Vera rápidamente, ya que también ella tenía casi los mismos conocimientos científicos que su esposo—, nuestros órganos visuales y de la audición están adaptados para un nivel distinto de percepción. ¿A qué crees que se deba esa variación en los factores de propagación, tanto de la luz como del sonido, Tony?

Antes de responder, York se acercó a la ventanilla más próxima. Afuera, en el espacio que los rodeaba, estaban las estrellas eternas, pero ¿qué les había ocurrido? Aun ellas habían cambiado. Durante el largo «período» de vida que Anton York y Vera habían vagado por el infinito, habían llegado a conocer los mapas estelares casi tan detalladamente como una persona conoce las calles de una ciudad.

—Ésas no son nuestras estrellas —dijo York con voz moderada—. Ése no es el universo que conocemos.

Los dos comieron en silencio; cuando terminaron, York habló con más tranquilidad.

—Ahora lo veo todo más claro. La explosión nos arrojó fuera del continuo

espacio-tiempo y nos precipitó hacia el interior de un nuevo universo. Siempre había sospechado la existencia de otros universos en una continuidad sin fin, en donde todos ocupan el mismo espacio y tiempo, pero no el continuo espacio-tiempo. ¿Te das cuenta de la diferencia? Es como mezclar dos sustancias químicas en proporciones diferentes para obtener muchos compuestos distintos.

York se quedó pensativo unos momentos y luego agregó:

—Éste continuo espacio-tiempo con su mayor extensión y su tiempo más corto, a juzgar por la baja velocidad de la luz, está separado y es distinto de nuestro universo. Sin embargo, los dos universos están contenidos uno en el otro, como el alcohol en el agua. La Tierra en un sentido no está más que a unos cuantos kilómetros del espacio y a unas cuantas horas en el tiempo. En otro sentido, está más remota que la nebulosa más distante y aislada de varias eternidades en una escala del tiempo que todo lo abarca.

Vera frunció el ceño en señal de preocupación, y la ansiedad se reflejó en su cara.

—Eso me confunde, Tony. Tengo miedo. Siento como si estuviésemos cayendo en una cavidad interminable. Nunca me había sentido de esta manera en nuestro espacio. Volvamos inmediatamente a nuestro universo.

York movió la cabeza en señal de negación.

—No es posible, de momento. El motor de la nave, los transformadores de energía, los generadores y todos los aparatos que hay a bordo, están muertos. También aquí hay una disminución de la energía. Somos náufragos en este universo y estamos a la deriva como un cometa errante. También estamos desamparados. Si esos patrulleros extraños nos encontraran...

York dejó inconclusa la frase.

Capítulo II

PERO eso no ocurrió. Durante todo el año siguiente no salió York de su laboratorio. Vera permaneció constantemente a su lado tomando una serie interminable de notas. Entre los dos buscaban cómo reajustar su ciencia a las nuevas condiciones del medio donde estaban. Según sus investigaciones, confirmaron que las leyes naturales de la compensación eran automáticas. Su vista y su oído empezaron a funcionar correctamente, de manera gradual en aquel medio. Los molestos efectos dobles desaparecieron, pero todo lo demás continuó en el misterio.

El carácter de York había cambiado.

—No consigo ningún resultado positivo —gritó irritado—. Me siento tan desvalido como un niño de brazos. Poseía yo en nuestro universo un caudal de superciencia para los distintos niveles terrestres, y lo tenía en la punta de los dedos. Pero ahora ni siquiera puedo poner en marcha un solo motor.

«Aquí los cohetes impulsores no obedecen a la tercera ley de Newton. Esto me está deprimiendo. Me siento como un hombre de la edad de piedra que resucitara de repente en nuestra época y se preguntara asombrado qué cosas ocurrían a su alrededor. Eso no me gusta nada. Vera.».

York continuó hablando, traicionándolo los nervios, que hasta entonces había tenido bajo un estricto control.

—Los Tres Eternos no tuvieron oportunidad de repeler el ataque cuando fueron destruidos. Tampoco nosotros la tendríamos si esa patrulla nos encontrara; pero eso no es todo.

Sin manifestarlo, ambos sabían que había otros peligros. Su reserva de aire y de alimento estaba agotándose. De haber estado en su propio universo, York se hubiera reído y hubiera transformado el oxígeno y las proteínas de los metales reacondicionando los átomos a su antojo; pero allí, en ese universo enloquecedor, con un nuevo conjunto de leyes y medidas, tenía menos control sobre las circunstancias del medio que el hombre del Neandertal en alguna ciudad del siglo xx.

—Ese sol, Tony —murmuró Vera—, ha pasado ya a la primera magnitud; la deriva nos conduce hacia él. En un año más...

Vera dejó la pavorosa frase sin terminar. En un año más o menos que hubieran logrado hacer que un motor funcionara, caerían bajo la atracción de ese gigantesco sol abrasador. La deriva, durante el año anterior, había hecho que la nave se acercara más a aquel sol. El calor y el brillo eran intensos, pero quizá ellos perecerían de hambre o serían destruidos por la nave patrulla antes de que la nave se fundiese.

En ese extraño universo tenían entonces tres maneras distintas de morir, y ninguna de ellas era nada agradable.

Pasado el tiempo, York y Vera empezaron a sentir la ligera aceleración que

impulsaba la nave, los tentáculos de la fuerza de gravedad. Aquel sol extraño era una gigantesca estrella roja similar a Antares.

Periódicamente, cada veintidós días, aumentaba su brillantez. Cuando alcanzaba su máximo, adquiría un color azul intenso y entonces declinaba para volver a su estado rojo. Y así continuaba su ciclo, con la regularidad precisa de un reloj de manufactura delicada.

—Es una estrella variable —dijo York—, y como las de nuestro universo, obedece a las leyes misteriosas que la hacen palidecer por la desintegración atómica de su interior. Y, similarmente, si como aquéllas llegara alguna vez a perder su equilibrio, estallaría formándose una nueva, la que pertenecería al grupo de las estrellas poco estables. Si hay planetas...

York tomó su telescopio y se puso a escudriñar el espacio. Era un instrumento de tamaño pequeño, pero gracias al sistema de televisión con que contaba, tenía una capacidad de amplificación diez veces mayor que la de un reflector de cinco metros de diámetro. Con ese instrumento exploró detenidamente las regiones vecinas a ese sol.

—Sí, tiene planetas, y son trece —anunció finalmente—. Vagamos rumbo al décimo de los más lejanos.

Después de todo, Vera, no caeremos en el sol, sino que nos estrellaremos en ese planeta.

York se encontraba de un humor pésimo.

—Quizá si mandáramos una señal por radio —dijo Vera en un tono de voz que denotaba optimismo—, podrían venir a auxiliarnos.

—O atraería a la patrulla —comentó York, haciendo un ademán negativo con la cabeza—. No creo que haya habitantes en ninguno de esos planetas. Ese sol despide una radiación extremadamente variable y es difícil que pueda haber seres vivientes en él, ya que su temperatura se eleva desde varios grados bajo cero hasta el calor supertropical en un ciclo de veintidós días. Ese clima tan variable debe de haber frustrado todos los intentos de los colonos para ajustarse a cambios tan bruscos. Además, te diré que no es posible mandar una señal pidiendo socorro, porque también aquí las ondas hertzianas han sufrido una distorsión. York miró a su alrededor, enojado, y continuó:

—Sólo tenemos una oportunidad, Vera: si logro hacer que trabaje uno de los cohetes de retroimpulso, podremos descender sin peligro en ese planeta.

Durante todo el mes siguiente, York trabajó sin siquiera dormir. Tomó drogas que hubieran matado a un hombre normal, e ingirió alimentos fosfatados que nutrieron directamente su cerebro sin alimentar su cuerpo. Confiaba él para mantenerse con vida en su tremenda vitalidad y en sus radio genes alimentados por los rayos cósmicos.

Unos cuantos días antes de la fecha en que había calculado York que sería su fin, se le ocurrió una idea. Por vez primera desde que había iniciado los estudios del nuevo universo, empezó a comprender vagamente las leyes fundamentales que lo regían. Miles y miles de científicos en la Tierra habían empleado siglo tras siglo para ir desenmarañando la madeja de las leyes naturales del universo y ahora Anton York, en sólo dos años, comenzaba a descubrir las primeras leyes de un universo totalmente nuevo y extraño en donde hasta las ondas de luz eran comparativamente lentas.

—La tercera ley de Newton —le explicó a Vera—, la que en nuestro universo se aplica a los cohetes, tiene una excepción aquí. Mientras más alta es la energía, más lenta es la reacción. Es casi retroactiva. Eso quiere decir que un líquido de combustión lenta es aprovechable aquí en donde un líquido realmente explosivo no da el menor resultado. Al fin estoy descubriendo algo.

—Tendrás que apresurarte, Tony.

El planeta aparecía como una luna azul de gran tamaño.

York construyó apresuradamente una turbina que colocó en la popa y la cargó con fósforo de combustión lenta. Al ponerla a funcionar, arrojó densas nubes de vapor. Aquello no hubiera servido de nada en el sistema solar, pero allí en ese universo impulsaba la nave hacia adelante con una fuerza extraordinaria. York maniobró hábilmente la nave haciéndola describir una órbita en espiral alrededor del planeta, apenas a tiempo para detener la vertiginosa caída en línea recta a que habían estado sometidos. La nave esférica se posó en la superficie del planeta en el momento preciso en que se consumía el último residuo del fósforo que había colocado York en la nueva turbina. La nave se sacudió y York y Vera fueron arrojados violentamente contra la pared de su vehículo.

Vera se acercó arrastrándose hasta donde estaba su esposo. Sollozaba de alegría.

—¡Estamos a salvo, Tony! ¡La nave se detuvo!

York abrió los ojos y aunque estaba atontado por el golpe, comprendía el gozo de su esposa, pues habían estado al borde de la muerte.

—Sí, lo logramos —murmuró—. Este nuevo universo no podrá derrotarnos. Ahora, déjame dormir...

Y durmió durante tres días. Al despertar, devoró materialmente la enorme cantidad de alimentos calientes que le había preparado Vera. Después de comer, lanzó un suspiro de satisfacción y, ya en su estado de ánimo normal, más calmado por la terrible prueba a que había estado sometida su mente y que hubiera destrozado la salud de cualquier mortal, se dirigió a su laboratorio para hacer las pruebas de las condiciones atmosféricas y climáticas que había en el exterior.

—El aire es irrespirable, debido principalmente a la cantidad de hidrocarburos que contiene. La temperatura es de cuarenta y nueve grados bajo cero, pero va ascendiendo. El sol alrededor del cual gira hace que aumente hasta llegar a su

máximo.

Los dos contemplaron a través de la ventanilla de la nave el mundo extraño al que habían llegado. Era plano, estéril y cubierto por un sudario blanco de gases congelados, los que se disipaban lentamente, subiendo hacia la atmósfera.

Durante una semana, toda esa capa gaseosa de color blanco había desaparecido, y la zona estéril se había convertido en hermosos campos de labor llenos de vida. Una gran cantidad de plantas de hojas con bordes dentados crecían por doquier asombrosamente; su desarrollo era visible: mientras la luz del sol alcanzaba su brillo máximo, se vertían sus rayos azules sobre el paisaje. De una manera casi abrupta el clima se había vuelto tropical. Unas palmas de rara especie, así como una gran variedad de árboles, se elevaban hacia el cielo.

—Después de todo, hay vida —comentó York—. Pero probablemente sólo en forma de plantas que disfrutan del breve verano que dura menos de dos semanas antes de que ese extraño sol decline para dar lugar a la radiación del invierno. York permaneció ante la ventanilla y lanzó de pronto una exclamación:

—¡Me había equivocado! ¡Mira esos animales pequeños que saltan entre los matorrales como conejos y comadreas! La naturaleza es más permanente de lo que yo pensé. Bueno, de todas maneras, estoy casi seguro de que los seres racionales no podrían habitar este lugar.

—Creo que también en eso te equivocas —le dijo Vera sonriendo—. Mira allá, hacia el horizonte. Antes de que despertaras estuve escudriñando los alrededores con el telescopio. Aquello parece ser la parte superior de una cúpula transparente. Quizá sea una ciudad. ¿Qué ocurrirá en caso de que ahí sea la morada de la patrulla del espacio que acabó con los Tres Eternos?

York la miró sorprendido, pero contestó calmadamente:

—Supongamos por ahora que no lo sea. Déjame echar una mirada a esa cúpula. Estuve tratando durante diez días de ajustar el motor de gravedad sin obtener ningún resultado. Si los habitantes de este planeta son seres inteligentes, y no son hostiles, quizá puedan proporcionarme algunos datos, o al menos algunas indicaciones acerca de las leyes que rigen este universo.

Vera no trató de ocultar su preocupación cuando su esposo se dirigió a la puerta de salida de la nave.

—Recuerda que estamos en un mundo extraño, Tony, y que vas desarmado. Ten cuidado, por favor.

—No me arriesgaré en lo absoluto —le prometió—. Me mantendré en contacto telepático contigo durante todo el tiempo en que esté allí fuera.

Con el traje espacial puesto y equipado con oxígeno y control de temperatura, Anton York se internó en lo que ya se había transformado en una especie de selva. Como había sospechado él, la vida a su alrededor era un tanto falsa. Los árboles

tenían demasiada pulpa y advirtió York que no ofrecían mucha resistencia y que se derribaban con facilidad. Un animal pequeño, con patas semejantes a las de un arácnido, y cubierto con plumas, se le atravesó en el camino y trató de subirle por la bota, pero York lo aniquiló con un suave soplo. Su cuerpo se marchitó en breves segundos y se desintegró para dar lugar a un follaje transparente que se irguió como a unos quince centímetros del suelo y luego se disipó con un golpe de viento.

Por lo visto, las leyes de ese planeta eran ésas: la vida y la muerte se sucedían con una rapidez extraordinaria.

York continuó avanzando y se sentía como si fuera un fantasma que vagaba en la floresta, o como un hombre salvaje que andaba en busca de alimento. Toda la ciencia, las armas y el control de las fuerzas naturales que había acumulado en su propio universo eran nulas en ese lugar. Estaba desarmado y desvalido.

Conforme se iba alejando York de la nave, su preocupación iba en aumento. ¿Qué haría si en realidad ese edificio albergaba a los seres extraños y crueles que habían aniquilado a los Tres Eternos sin la menor vacilación?

Por primera vez en sus dos mil años de vida se sintió York inseguro.

Durante sus visitas anteriores a varios cientos de mundos, se había sentido por lo menos igual a cualquier otro ser.

Resolvió ser sumamente cauteloso cuando llegara al edificio.

—De acuerdo, Tony —escuchó decir a Vera telepáticamente cuando percibió sus pensamientos—. A la menor señal de peligro, vuélvete corriendo.

De una manera casi repentina se topó con aquella mole. Estaba circundada por una vida exuberante que florecía bajo el máximo calor de los rayos de ese sol. Se quedó boquiabierto. Aquella gran mole era de un material claro y transparente; su curvatura indicaba que su diámetro sería de unos quince kilómetros y que tendría unos trescientos metros de altura. Sólo seres inteligentes podían haber construido esa estructura; y tenían que haber sido dotados de una inteligencia de primera clase.

La segunda impresión que se llevó York fue cuando se asomó al interior. Había esperado encontrar allí dentro una ciudad, un conjunto de edificios y un gran número de habitantes realizando sus labores diarias; una civilización bulliciosa, que estaba protegida de los cambios climáticos del exterior por esa grandísima bóveda.

Pero en lugar de eso...

Lo que había bajo la bóveda era también otro mundo distinto. No era la ciudad que York esperaba encontrar; era simplemente una extensión de suelo rocoso, de un color verde, con parches de vegetación roja. Aquí y allá había árboles altos y delgados de color rojo, con follaje semejante al de unos pinos, y que tapaban la vista. La atmósfera interior era húmeda y el escenario completo contrastaba con el que había en el exterior de la cúpula transparente.

¿Acaso preferían los habitantes vivir en un contacto tal con la naturaleza? ¿Por

qué habían construido semejante estructura, producto de una super ciencia, sólo para encerrar allí aquel escenario pastoral? ¿Sería acaso un parque de recreo, o tal vez unos jardines de descanso?

No encontraba York una respuesta satisfactoria conforme rodeaba la enorme burbuja de plástico. Todo lo que allí había era igual y aparentemente no había nadie que lo atendiera, cosa que lo hacía aún más intrigante. Pero de repente notó que algo se movía. Forzó la vista para descubrir de qué se trataba.

Dos seres que parecían estar cubiertos con piel, se escabullían entre un grupo de árboles situados como a un kilómetro de distancia de donde estaba York. Con dificultad pudo apreciar su figura, y le pareció que eran unos seres cuadrumanos que caminaban erectos. Su cabeza era notablemente grande, y parecían ser inteligentes. Iban asidos de la mano, y daban la impresión de que eran una hembra y un macho. Caminaban apresuradamente y de vez en cuando miraban hacia atrás como si temieran que alguien los persiguiera.

Inesperadamente, otro ser apareció por entre unas matas de follaje rojizo. Era una forma monstruosa, de cuerpo corpulento y de una desnudez repugnante. Sus piernas cortas y regordetas se movían pesadamente. No tenía garras. Su cabeza era diminuta, con dos ojos redondos y desmesuradamente grandes; su cuello serpentino era como un periscopio, que le permitía mirar en todas direcciones.

En ciertos aspectos, era como una cruz de serpiente y morsa. Era repulsivamente feo, pero no impresionaba demasiado.

York observó cómo corrían despavoridas las dos criaturas con aspecto de mono cuando advirtieron la cercanía del monstruo. La bestia avanzó pesadamente en su persecución. Inconscientemente, York sintió cierta simpatía por los dos seres que hasta cierto punto eran semejantes a él, y respiró un poco más tranquilo cuando se dio cuenta de que los dos eran más veloces que aquel horrible monstruo.

Pero, inesperadamente, las dos criaturas empezaron a avanzar con dificultad. Era como si hubieran caído en un lago de almíbar. Los esfuerzos que hacían eran visibles, aunque del todo inútiles. Por último, el hombre mono se detuvo y, escudando a la hembra con su cuerpo, esperó el ataque del monstruo.

—El hombre mono ganará —le dijo York a Vera por medio de la telepatía, como comentario a los pensamientos que le había estado enviando a su esposa de lo que ocurría—. No obstante que el monstruo es pesado, no tiene fauces grandes con las que pueda morder, ni garras largas con las que pueda asir. Tampoco se le aprecia una gran fortaleza. Según mi opinión, el hombre mono debió haberle hecho frente desde el primer momento. Con retorcerle el delgado cuello con sus fuertes manos, podría desprenderle la ridícula cabeza. A mí modo de ver, es la bestia la que debería huir.

Tal como si el hombre mono hubiera captado el pensamiento de York, saltó sobre la bestia y la sujetó por el cuello con las dos manos. Pero de nuevo, algo dio fin a sus

esfuerzos. Sus brazos, sin fuerza alguna, cayeron a sus costados y se quedó inmóvil. No hizo el menor movimiento para tratar de escapar cuando la bestia extendió su tentáculo flexible, sujetándolo por el cuello para dejarlo en breves instantes sin vida. Luego, el extremo del tentáculo se adhirió al cuerpo de su presa, como un elefante sediento, y extrajo del hombre mono toda la sangre que contenía.

Capítulo III

ANTON York trató de apartar la mirada de aquella escena repugnante. Luego vio cómo la hembra avanzaba como un robot hacia la bestia para someterse al asqueroso tentáculo que también le extrajo toda la sangre.

En eso, York comprendió por qué aquellas dos infelices criaturas no habían podido huir.

—¡Hipnotismo! —exclamó—. Ese horrible monstruo fascina a sus víctimas como lo hace una serpiente con las aves para capturarlas.

Anton York escuchó la pregunta que le hacía su esposa telepáticamente.

—¿Por qué los constructores de esa enorme cúpula transparente, que por fuerza deben tener una forma de vida más elevada que la de esas criaturas grotescas, permiten que continúen esas desgracias?

—No lo sé —respondió York—, hay algo misterioso en todo eso. Los constructores pueden ser los mismos seres extraños que patrullaban el espacio. Acabo de distinguir otra cúpula semejante a ésta, Vera, a unos cuantos kilómetros de aquí. Voy allá para ver qué puedo averiguar.

—Estoy preocupada, Tony. Presiento que el peligro te amenaza. ¡Por favor, regresa!

Pero Vera sabía perfectamente que su esposo no haría caso de su súplica, que él desdeñaría el peligro, pues aquello le había despertado la curiosidad científica. Nunca, durante los viajes a los mundos extraños que visitaron, había dejado él un misterio sin aclarar.

Cuando llegó York a la segunda cúpula, vio que era una réplica exacta de la primera, tanto en dimensiones como en forma.

Pero el escenario interno era completamente distinto. El suelo era arenoso y estaba salpicado con grupos de cactus de una especie muy singular. El aire parecía ser tenue y puro. En la parte superior de la bóveda estaba suspendido un enorme aparato brillante del cual salían unas ondas caloríficas que se esparcían por todo el interior.

York descubrió unos animales delgados semejantes a los lobos que perseguían a otros animales más pequeños, a los que no les costaba mucho trabajo atrapar en aquel extraño desierto.

Un rayo silbador brotó repentinamente de lo alto de una roca en forma de torre y cayó sobre uno de los lobos, electrocutándolo. York se quedó asombrado al ver salir de su escondite al portador de la pistola eléctrica.

York comprendió inmediatamente por qué los movimientos de aquella criatura eran tan torpes y por qué su piel despedía un reflejo metálico. York sabía de la existencia de hombres con cuerpo de silicio, es decir, en el que los átomos de carbono que lo integran son reemplazados por átomos de silicio. Aunque aquel ser carecía

absolutamente de expresión en su rostro, se advertía la inteligencia que poseía.

Con un cuchillo filoso se dio ese hombre a la tarea de destazar al animal que acababa de matar. Produjo fuego con un pedernal y lo alimentó con cactus secos. Tomó una de las rebanadas de carne de su víctima, la pasó por encima de la arena y la puso a asar. Luego se dedicó a comérsela paladeándola con verdadero deleite. York no pudo menos que imaginar que en el estómago de aquel ser se producía una extraña digestión química que transformaba los átomos de carbono que contenía la carne que masticaba por átomos de silicio que había en la arena del suelo en la que la había espolvoreado.

Cuando el hombre de silicio se disponía a comer otra porción de carne, se produjo una interrupción. Una figura salió por detrás de las rocas dando grandes pasos. York forzó la vista y alcanzó a ver que se trataba de la misma bestia repulsiva que había matado a los dos seres con aspecto de simio en la otra bóveda. Avanzó confiadamente, y cuando el hombre de silicio escuchó sus pasos, se dio la media vuelta y empuñó su arma de rayos.

—¡Mata a esa bestia! —le ordenó York telepáticamente—. ¡Dispara!

Todo parecía indicar que el hombre de silicio hacía un gran esfuerzo. Apuntó al monstruo con su arma, pero no pudo disparar, ya que le era imposible apartar la vista de los ojos redondos de la bestia. Su cuerpo temblaba y de pronto se quedó rígido como una estatua. ¡Nuevamente la hipnosis! York tuvo la impresión de que la bestia dio una señal a fin de que el hombre de silicio recobrar el movimiento. En seguida levantó el cuchillo, enfundó su arma y se alejó trotando. Una sola vez se volvió para mirar hacia atrás, agitó el puño en señal de amenaza, pero lo hizo con un aire de desesperanza.

La bestia hipnotizadora insertó su órgano de succión en el cadáver del animal con aspecto de lobo, tal como había visto York que lo hacía en las dos ocasiones anteriores. Luego, le extrajo la sangre hasta dejarlo seco. Según eso, aquel monstruo no podía utilizar a los hombres de silicio como alimento, pero sí tenía la fuerza demoniaca para alejarlos de los animales que había matado.

¿Cuál era la respuesta de ese asombroso enigma? La bestia hipnótica, en las dos bóvedas, en dos medios climáticos distintos, era el ama y señora de toda la vida allí existente. ¿Quiénes eran los constructores de aquellas bóvedas? No era posible que fueran los hombres monos ni los hombres de silicio, ni menos las bestias hipnóticas. Era obvio entonces que tenían que ser obra de otros seres dotados de gran inteligencia.

¿Quiénes serían ellos? ¿En dónde estaban? ¿Por qué habían realizado esas construcciones? ¿Serían los mismos que patrullaban el espacio?

Atraído por el misterio y sospechando la existencia de una tercera bóveda como las anteriores, York continuó avanzando y encontró otras dos más. Se dirigió a la más

cercana. Era tal su impaciencia que no se detenía ante nada. Se abrió paso con los brazos, derribando los frágiles árboles que encontraba en el camino. Iba dejando tras de sí una brecha de vegetación destruida que muy pronto volvía a crecer.

La tercera bóveda era idéntica a las otras, y York se hubiera quedado sorprendido de que no lo fuera. Pero como lo había esperado, el escenario del interior era totalmente diferente de los otros y el medio ambiente que imperaba allí no se parecía en nada al del planeta. El paisaje era invernal de las altas latitudes. La nieve que lo cubría todo la esparcía el aparato que estaba colgado en el centro de la bóveda. Había una vegetación resistente que tenía las peculiaridades de la vida animal. Unas raicillas insignificantes se arrastraban hacia los árboles pequeños y los matorrales en busca de un sitio en donde poderse sepultar para nutrirse. Unas formas blancas y peludas, que eran casi invisibles entre la nieve, serpenteaban entre la vegetación viviente. Ese lugar debía de ser sumamente frío, mucho más que cualquier otro de la Tierra; quizá venía a ser un duplicado de las zonas congeladas de las lunas de Urano.

York se detuvo. Algo lo intrigaba.

—Escucha bien lo que te voy a describir, y luego dime qué te recuerda. ¿Entendido, Vera?

York empezó la descripción del paisaje que tenía frente a él, y después de un momento escuchó la voz telepática de su esposa.

—Sí. Parece que estuvieras describiendo el quinto planeta de Cisne 61, el que visitamos hace más de mil años. Pero eso fue en nuestro universo, Tony. ¿Cómo entonces puede existir una cosa semejante aquí?

York no le contestó. Estaba observando un sitio especial dentro de aquel recinto gigantesco. El alcance de su vista era mayor de lo que al principio había supuesto. Una pequeña ciudad estaba construida en una sección abajo de un salidizo que había en la bóveda. Unos bloques de hielo unidos por cemento de nieve formaban los edificios y estaban artísticamente decorados con carámbanos de hielo y cristales de nieve. Durante su visita a Cisne 61, había visto York el mismo estilo de arquitectura, a menos que su imaginación después de más de mil años estuviera creando una similitud de paisajes. El agua era el material de construcción por excelencia de ese edificio; su temperatura oscilaba constantemente bajo cero.

Ésa era la ciudad. Los habitantes eran unos cuadrúpedos regordetes cuyas cuatro extremidades eran planas, con lo que se podían deslizar sobre la nieve y el hielo como si estuvieran dotados de esquís naturales. Todo su cuerpo estaba cubierto de plumas sedosas. Eran animales de sangre caliente. Su cabeza puntiaguda tenía unos ojos que mostraban inteligencia.

En esos momentos reinaba la agitación entre aquellos animales emplumados de las nieves. Los machos se habían congregado en las partes altas y planas de los techos, y se movían alrededor de catapultas que habían fabricado con pieles y

madera. En aquel medio ambiente de baja temperatura ignoraban todo lo referente a los metales o a la fundición de los mismos. El punto de ebullición del agua era para ellos el calor sofocante de la alta temperatura de un horno.

El ataque que habían estado esperando al fin llegó. Los ojos de York, medio cegados por la nieve, ni siquiera habían advertido el grupo de formas blancas que cruzaba apresuradamente el espacio descubierto que había frente a la ciudad. Eran de la misma raza.

York echó una maldición, como siempre lo hacía cuando tenía noticias de alguna guerra civil sostenida entre la raza humana.

Las catapultas entraron en acción arrojando una gran cantidad de bloques de hielo contra los atacantes, los que a su vez permanecieron en sus posiciones repeliendo al ataque con las mismas armas. Trozos de gran tamaño de hielo endurecido a guisa de bombas, se cruzaban entre los dos bandos, perforando las paredes y los techos.

El número de los atacantes era muy superior al de los sitiados. Probablemente era ése el asalto final de una larga serie de batallas. La ciudad se estremecía y sus defensores estaban siendo diezmados por el bombardeo.

York sabía que habían transcurrido varias horas, pero aquel combate lo tenía fascinado. ¿Cómo se relacionaba esa pequeña batalla sostenida en el interior de una bóveda de quince kilómetros de diámetro con todo el misterio que rodeaba al planeta entero?

De pronto, York vio algo que lo dejó sorprendido: de un punto distante, detrás de un promontorio de nieve, salió un grupo de desnudas bestias hipnóticas.

Por lo visto, ningún ambiente extremoso las incomodaba. York ya había tenido oportunidad de verlas en acción en las otras bóvedas que diferían sólo en la temperatura y la vegetación del medio ambiente.

Los monstruos pasaron entre los victoriosos atacantes, que avanzaban como robots al interior de la ciudad. Aquello era control hipnótico en gran escala. Las bestias hipnóticas habían dirigido un ejército de cuadrúpedos contra un grupo de animales de la misma especie. Las bestias dominadoras se paseaban de un lado a otro succionando con sus tentáculos la sangre de los que habían muerto en la lucha.

York no sabía cómo dar rienda suelta a la ira que sentía contra las bestias hipnóticas. Pensaba que en los dos universos no sería posible encontrar otra forma de vida más peligrosa y repugnante. Golpeó con los puños la pared transparente que lo separaba de los monstruos como si quisiera hacerla pedazos para desafiarlos. Pero era tan sólida como una placa de acero de treinta centímetros de espesor.

—¡Contrólate, Tony! —le ordenó Vera telepáticamente.

Después de unos breves instantes se tranquilizó un poco.

—Vera, tiene que haber una respuesta para todo eso. Seguiré explorando. Iré a la cúpula siguiente, y luego a la otra, y a la que siga.

Pasaron tres días sin que York probara alimento o durmiera, aprovechando la super vitalidad de que estaba dotado gracias al elixir de su padre. Visitó una docena más de cúpulas transparentes.

En todas ellas encontró mundos muy distantes entre sí. Los seres que las habitaban variaban, desde crustáceos con forma de gusano hasta bestias enormes parecidas a los dinosaurios. Todos los animales, desde las arañas del tamaño de un perro hasta un mamut de cinco metros de altura, estaban dotados de inteligencia.

En una de las bóvedas había unas burbujas de vida líquida que se adherían las unas a las otras por medio de unas membranas delgadas. Al rodar sobre las aguas de un pantano, devoraban todo lo que encontraban después de esparcir un líquido venenoso cuyo contacto era mortal.

La mayoría de los niveles de inteligencia eran bajos, retrasados por la atmósfera distinta que imperaba en cada una de aquellas bóvedas gigantescas. Pero en una de ellas, unos seres, que tenían cola, dedos delgados, habían desarrollado una gran ciencia. También en esa bóveda había guerra civil, y la mayor parte de los seres estaban dominados por las bestias hipnóticas que conquistaban lentamente a las demás.

En una palabra, esas bestias hipnóticas estaban en todas las bóvedas. Era el único factor común en ese mundo de misterio. ¿Pero cuál podía haber sido el propósito de quienes habían construido aquellas bóvedas?

Mientras York avanzaba para examinar otra cúpula, lo impresionó un fenómeno singular. Como si se tratase del repentino final de un sueño, empezaron a desaparecer las insubstanciales formas de vida del planeta. Notó York cómo se fundía el horizonte, en tanto que la vegetación moría para convertirse en polvo. Levantó la vista y se dio cuenta de que el sol había pasado de su máximo, que la temperatura empezaba a descender rápidamente, y que el corto invierno se aproximaba.

En el lapso de unas cuantas horas, la superficie del planeta quedó desnuda y barrida por el viento. El paisaje que presentaba era idéntico al que había visto York por primera vez. York estaba de pie en un montecillo y cuando vio a su alrededor se quedó asombrado. Al alcance de su vista había no docenas sino cientos de cúpulas en todas direcciones. Se perdían en el horizonte y parecía que más allá habría muchas más.

De repente, su mirada tropezó con algo que le era familiar.

—¡Vera! —Llamó emocionado a su esposa—. Creo que sé, aunque en parte, lo que hay detrás de todo esto. Estamos ante un laboratorio enorme. Esas cúpulas transparentes son como probetas que se están utilizando para efectuar una serie de experimentos. Los constructores son los científicos y los seres que moran en el interior son los conejillos de Indias en esa investigación macrocósmica.

—Parece ser eso lógico, Tony —comentó Vera—. ¿Pero con qué propósito lo

hacen, y por qué hay bestias hipnóticas en cada una de esas probetas?

York se puso a explicarle:

—La respuesta puede ser más sencilla de lo que sospechamos. Los constructores tienen que ser unos seres super científicos, mucho más inteligentes de los que hasta ahora hemos conocido, y no excluyo ni a los Tres Eternos ni a nosotros mismos. Estos seres han recorrido todo el universo y recolectado «muestras» de los diferentes mundos. Tal como los biólogos ensayan con los ratones y con las moscas prietas, ellos han venido trabajando siguiendo un vasto plan de observación de cientos de formas de vida. Esa tarea debe de haberles tomado siglos enteros y el fin que persiguen ha de ser algo de mucha importancia para ellos. Cientos de formas de vida de todo el universo, puestas frente a las pavorosas bestias hipnóticas.

—Y también hay seres de nuestro universo —le interrumpió Vera—. Recuerdo claramente el mundo invernal de Cisne 61. El que estaba en el interior de la tercera bóveda que visitaste. ¿Qué quiere decir todo eso, Tony?

Mientras los dos se hacían estas conjeturas, York se aproximaba a otra de las probetas.

Igual que había hecho en las ocasiones anteriores, empezó a observar y encontró también que el ambiente interior era distinto al de las demás. Se veían árboles de grandes hojas que estaban diseminados y sembrados en un suelo fértil donde crecían plantas de follaje verde. El aire en la parte superior tenía un color azul pálido. Unas nubes pequeñas salían de uno de esos aparatos que estaban suspendidos del centro de la bóveda, y que eran los que proporcionaban el clima artificial.

Cerca de allí podía verse un sembradío cuyas espigas doradas las movía una leve brisa. Varios animales cuadrúpedos, de pezuña hendida y cornamenta, pastaban en la hierba que crecía a lo largo de un arroyo. Unos pajarillos de colores brillantes revoloteaban en las ramas altas de los árboles. Aunque York no podía percibir los sonidos del interior, no le era difícil adivinar que esas aves llenaran el aire con sus trinos. Uno de los cuadrúpedos se apartó del rebaño y saltó de repente. Un animal diminuto de piel blanca apareció dando pequeños saltos como un conejo.

—Tony. ¿No lo reconoces, Tony? —Exclamó Vera al captar telepáticamente los pensamientos de su esposo—. ¡Ese sitio representa la Tierra!

Capítulo IV

YORK reaccionó de manera violenta. Había estado observando ese paisaje sin prestarle una atención especial y sin darse cuenta de que era excepcionalmente familiar. El punto ciego de su cerebro desapareció de pronto.

—¡Vera, tienes razón! —Su voz telepática era sólo un murmullo—. Es una sección de ciento setenta y cinco kilómetros cuadrados de nuestro mundo nativo. Aquí hay hasta la más pequeña de sus plantas. De haber terrícolas y bestias hipnóticas...

Abruptamente, toda la perspectiva de York cambió. Antes de llegar a esta última bóveda lo científico era lo que lo había fascinado, aunque la indignación se había apoderado al presenciar el dominio de esas bestias hipnóticas, sobre todas las especies animales con las cuales no tenía ningún parentesco, en cada una de las bóvedas. En ese momento sentía que la sangre le hervía. Allí en ese sitio tenían que estar los de su propia raza, de la cual él descendía. La gente con la que tenía ligas sanguíneas y de hermandad, aunque entre ellos fuera él una especie de semidiós.

—¿Dónde están los constructores? —Gritó fuertemente, quedándose aturdido por sus propios gritos, pues tenía la escafandra puesta—. Tengo que encontrarlos. No pueden hacer esto...

Se calló de pronto. Algo en el interior de la bóveda atrajo su atención.

Un hombre y una joven salieron de entre una selva sombría, asustando lo que York ya reconocía que eran un zorro y un conejo. Las dos personas buscaron cuidadosamente por todas partes, y luego avanzaron dirigiéndose hacia donde pacía el ganado. El hombre llevaba dos baldes vacíos. En su hombro colgaba un arma parecida a un rifle, y en la cintura llevaba un cuchillo sin funda. Los dos cubrían su cuerpo con pieles gruesas. El paisaje era pastoril, muy semejante a los que debieron de apreciarse en Norteamérica en el remoto siglo XIX.

York no estaba muy compenetrado de la vida rústica de aquellos días. La Tierra había avanzado a un alto grado de civilización científica durante dos mil años. Pero ese paisaje en especial le hacía sentir una emoción honda. Aquello pertenecía a la Tierra, sin importar cuán distante fuese la época; y esas dos personas pertenecían a su propia especie.

«Si pudiera hablar con ellos», pensó York, «quizá podrían aclararme muchas cosas.»

Dio de golpes al grueso cristal que servía de pared a la bóveda y gritó con todas sus fuerzas tratando de atraer la atención de la pareja, la que no obstante que estaba como a unos cien metros de distancia no lo oyeron ni lo vieron. Sin embargo, York insistió. Probablemente, las paredes eran polarizadas y desde el interior su figura sólo aparecía como una sombra vaga.

York continuó observando.

La pareja llegó junto a las vacas y la joven se puso a ordeñar una, en tanto que el joven se quedó vigilando los alrededores. York notó que el hombre iba tranquilizándose poco a poco. Se dio cuenta de que le dirigía la mirada a la muchacha, que le hablaba y sonreía. La joven le contestó y sonrió a su vez. Charlaron, y de vez en cuando se inclinaba sobre ella y le acariciaba el cabello.

El amor de una pareja joven también existía allí, abajo de esa bóveda que era como una prisión, en un mundo lejano que pertenecía a un universo extraño.

—Esto es maravilloso y horrible al mismo tiempo.

Tony —dijo Vera—. Es maravilloso que el amor pueda sobrevivir a través del espacio y del tiempo, pero es horrible que hayan alejado a esa pareja de su mundo nativo. ¿Crees que los constructores de esas cúpulas los estén observando por medio de sus instrumentos científicos como si fueran hormigas?

—¡Silencio! —le ordenó York al ver aparecer a un hombre entre unos árboles que había a la orilla del campo de pastura. El recién llegado puso una rodilla en el suelo, se llevó el rifle a la cara y le apuntó al hombre que estaba junto a la muchacha.

York pegó la cara contra el cristal para no perder detalle del desenlace. De repente vio el cuerpo con piel color rosa de la bestia hipnótica. El hombre que empuñaba el rifle estaba bajo el dominio de la bestia, y se disponía a matar a un semejante suyo siguiendo sus instrucciones.

York lanzó un grito para prevenir a la pareja, pero al darse cuenta de lo inútil que era eso, se concentró para lanzar una advertencia por medio de su poderosa telepatía. En todas sus correrías por el universo nunca había encontrado ninguna substancia capaz de resistir o de detener las ondas telepáticas. Pero la pared de esa bóveda las rechazó. Las vibraciones telepáticas rebotaron con tal fuerza que golpearon su mente, estremeciéndola.

Sin embargo, era probable que hubieran penetrado algunas pequeñas partículas de los impulsos telepáticos, porque el joven que estaba al lado de la muchacha se volvió y empuñó el rifle. Ese movimiento evitó que su cazador lo hiriera gravemente. El disparo rasgó el aire, alcanzó a tocarlo sólo en el hombro. Le dio un grito a la joven y los dos se tiraron al suelo, derramando la leche. Las dos vacas huyeron espantadas. York siguió instintivamente la secuencia del sonido.

Tirado boca abajo, preparó el joven su rifle y alzó cautelosamente la cabeza para localizar a su enemigo. Una nubecilla de humo que flotaba encima de unos matorrales, así como un nuevo disparo, le indicaron el sitio donde estaba su atacante. Disparó en esa dirección, y una docena de disparos se sucedieron ininterrumpidamente. Uno de los dos hombres estaba sentenciado a morir.

York rechinaba los dientes, presa del nerviosismo, cuando uno de los disparos del atacante dio en el blanco. El dolor hizo que el joven se contrajera quedando al

descubierto. Un segundo proyectil se le incrustó en la cabeza. Cayó al suelo sin vida. La joven, con los ojos bañados en llanto, se arrojó sobre el cuerpo inerte. Luego se puso en pie y echó a correr para huir del que había matado a su compañero y que ahora iba en busca de ella, tratando de capturarla viva.

La muchacha corrió hacia la pared de la bóveda, pues el hombre le había cortado el paso hacia la selva.

Mientras tanto, la bestia hipnótica que había instigado la tragedia se arrojó sobre el cadáver. Se quedó entretenida durante unos momentos absorbiéndole la sangre, de la misma manera como lo habían hecho en repetidas ocasiones las otras bestias de la misma especie en las otras bóvedas.

La joven no tenía salvación. Estaba junto a la pared transparente, y la golpeaba con sus pequeños puños gritando. York avanzó hacia ella y la vio claramente, pero era obvio que la joven no veía nada de lo que había al otro lado de la pared. No se daba cuenta de que York estaba parado frente a ella, al borde de la locura, pero sin poder ayudarla. Ni siquiera pudo York acallar los lastimeros gritos de angustia que lanzaba la pobre mujer.

La joven se volvió de espaldas a la pared cuando se le acercó el hombre. Éste también era joven, y su aspecto no era desagradable, pero atrás de sus facciones juveniles estaba la marca de la esclavitud mental. Era él un zombi de la bestia hipnótica. Empezó a hablar y su cara adquirió un gesto amable.

York, que estaba casi a un metro de distancia de él, pudo leer sus labios.

—¿Por qué huyes de mí, Mara? En un tiempo me amabas. Regresa conmigo a nuestra villa.

—Sí, te amé —repuso ella mirándolo con piedad más que con miedo—. Pero ahora eres un esclavo de las bestias, y mataste a Jorel sin misericordia alguna.

—Lo hice por órdenes de mi amo —contestó. En sus ojos se reflejaba la pena—. No quería hacerlo. Perdóname, Mara, y ven a vivir conmigo. Tú no amabas a Jorel. ¿Qué otra cosa podemos hacer en este pequeño mundo nuestro sino buscar un poco de felicidad?

Los ojos de Mara mostraban ira.

—¿Por qué no mataste a la bestia, Mantar? Ahí está ahora, y no sospecha nada. ¡Dispárale!

—¡No puedo! —contestó el hombre moviendo la cabeza.

—¡Hazlo por mí, Mantar!

El joven se le quedó mirando y notó la determinación que había en su cara. Dio media vuelta, alzó el rifle y apuntó hacia la bestia que estaba alimentándose de sangre a unos cien metros de distancia. Ofrecía un buen blanco, no podía fallar.

El corazón de York dio un vuelco de esperanza, de la misma manera en que quizá lo habría hecho el de la joven.

Pero antes de que Mantar hiciera el disparo, el cuello serpentino de la bestia se volvió hacia ellos. Sus enormes ojos se posaron en el hombre y ejercieron el dominio hipnótico sobre su esclavo.

Mantar hizo un tremendo esfuerzo para tirar del gatillo. Su cuerpo entero temblaba. Dio un gruñido y bajó el arma. La joven trató de apoderarse de ella para disparar, pero Mantar, bajo la influencia del hipnotismo de la bestia, se opuso.

—No puedo —dijo él, desconsolado—. Ya lo he intentado antes. Todos nosotros en la villa de los esclavos lo hemos intentado, pero no podemos librarnos de la terrible influencia que ejercen sobre nuestra mente las bestias. ¡Huye, Mara! Eres de las afortunadas que pueden resistir. Huye al bosque. Creo poder oponerme a las órdenes hipnóticas de mi amo el tiempo suficiente para dejarte escapar. ¡Apresúrate!

Le dio él un ligero empujón, pero la joven se volvió y le rodeó el cuello con los brazos.

—No puedo. Todavía te amo, Mantar. Te daré toda la felicidad que pueda. Iré contigo.

—No, Mara. Eso significa esclavitud. ¡Huye, por favor!

Pero la joven se colgó de él y luego fue demasiado tarde. La bestia abandonó su botín y avanzó. La pareja avanzó, cogida del brazo, hacia el monstruo, para regresar con él a la villa de los esclavos. En su rostro apareció la amargura que tendrían que soportar al quedar encadenada su vida en el interior de aquella enorme bóveda iluminada por ese extraño sol.

York se alejó como si hubiera estado soñando y hubiera presenciado un drama irreal. Sus ojos derramaban lágrimas. Dos mil años de observar muy diversas civilizaciones no lo habían hecho indiferente a los principios fundamentales de decencia en la vida.

—Esto es algo pavoroso, Vera —dijo desconsoladamente—, si estuviera yo en mi propio universo ya hubiera destruido la pared de esa bóveda y exterminado esas bestias. Estoy aquí imposibilitado hasta para penetrar en esas moradas. Pero entraré. Regresaré a la nave y no importa el tiempo que me lleve, conquistaré las leyes de la ciencia de este universo. Entonces...

York se quedó callado de pronto al ver aparecer una nave en forma ovoidea por encima de la gran cúpula transparente. La nave se desplazaba velozmente de un lado a otro como si estuviera buscando algo, York se tiró al suelo y permaneció inmóvil.

Pero el ocupante de la nave aparentemente ya lo había localizado. El vehículo descendió y se posó a unos quince metros de distancia. Se abrió una portezuela y apareció una figura que llevaba un objeto brillante en las manos, objeto que sólo podía ser un arma.

—¿Qué ocurre, Tony?

—¡Silencio, Vera! No entres en contacto conmigo a menos que captes mi señal.

¡Obedéceme, que va en ello nuestra vida!

Vera acató sus órdenes al instante y bloqueó sus pensamientos.

York concentró su atención en el recién llegado. Era la caricatura de un hombre. Tenía brazos y piernas delgadas, torso aplanado y dedos tentaculares. Su rostro tenía facciones alargadas y miraba a York como espiándolo. No llevaba puesto traje espacial y parecía encontrarse muy a gusto en ese intenso frío en el que York sin su vestimenta adecuada no hubiera podido sobrevivir ni un minuto. Respiraba el aire saturado de hidrocarburos sin ninguna incomodidad. Tenía la frente baja y cubierta con unas plumas finísimas, pero la parte posterior del cráneo sobresalía grotescamente. Sin duda alguna alojaba allí una gran inteligencia.

—¿Quién es usted? —exigió saber el recién llegado usando el lenguaje universal de la telepatía. Pero sin esperar respuesta de York, prosiguió—: Es obvio que es usted uno de los setenta y siete seres del J-X, llamados también terrícolas. Estaba yo allá en lo alto junto a los aparatos acondicionadores de clima, cuando me pareció escuchar un grito telepático y vine a investigar. ¿Cómo logró usted salir de la bóveda?

El ser aquel hizo una pausa. Se quedó mirando a York sospechosamente y luego agregó:

—¿O acaso vino usted de la Tierra? Interceptaron recientemente una nave terrícola. Por un momento me pareció que había intercambiado usted un mensaje telepático con alguien. ¿Tiene usted algún compañero? ¿En dónde está su nave?

Aquellas preguntas terminantes y categóricas eran semejantes a las que les habían hecho a los Tres Eternos antes de que los destruyeran.

York estaba frente a un dilema, el más grande de todos los que se habían presentado. Si decía la verdad, aquel ser encontraría la nave y capturarían a Vera. Si eso ocurría, entonces los dos estarían perdidos. York no volvería a tener la oportunidad de investigar la ciencia existente en ese universo. No podrían enfrentarse a aquellos seres en el futuro sin contar con alguna arma con la que pudiera oponerse a las que ellos disponían. Esos pensamientos que cruzaron como un relámpago por su mente fueron hechos en un circuito cerrado a fin de que aquel ser no pudiera captarlos. Considerando todo lo anterior, York no tenía más que una solución.

—No tengo ninguna nave —contestó por medio de la telepatía, a sabiendas de que Vera también lo escucharía—. Vivía yo en la bóveda y fabriqué este traje espacial con la esperanza de escapar. Buscaba un punto débil en la pared de la bóveda y de repente sentí que se debilitaba y la atravesé. No me explico cómo ocurrió, pero le aseguro que así fue.

York contuvo el aliento. Había una sola cosa que hacía verosímil su historia. La bóveda debía estar formada de energía, no de materia. Esto lo había deducido York por el hecho de que sus palabras telepáticas no la habían atravesado. La materia era completamente transparente para el pensamiento. Por tal motivo, sí era creíble que en

algunas ocasiones la pared de energía se debilitara en algunos sitios y que algún cuerpo pudiera cruzarla.

El ser extraño no dejaba de mirarlo de una manera sospechosa, pero también con cierto desdén. No consideraba que aquel relato fuese digno de que le diera mayor atención.

—¡Venga! —le ordenó—. No será usted suficientemente afortunado para cruzar esa pared por segunda vez.

Se llevó la mano al cinturón y sacó un aparato que estaba acampanado en uno de sus extremos y lo apuntó hacia la pared de la bóveda. Brotó un rayo luminoso y se esparció en un círculo como de dos metros de diámetro, neutralizando la energía de que estaba formada la pared. York recibió un empujón y fue a caer dentro de la bóveda.

Cuando volvió la cabeza para mirar, se encontró ante una pared gris mate que impedía la vista del mundo exterior.

Capítulo V

YORK dirigió la vista a su alrededor. Estaba en el interior de la bóveda, en el trozo trasplantado de la Tierra. No sabía qué motivo oculto encerraba todo aquello, pero tal vez algunas de las personas que allí estaban podrían proporcionarle algunas pistas.

Avanzó hacia adelante con determinación. Lo único que le molestaba era la imposibilidad de poder comunicarse con Vera. Oraba en silencio para que ella no saliese de la nave y se expusiese tontamente al peligro.

York ya conocía cuál peligro era el que acechaba en ese mundo extraño.

York caminó unos cien metros antes de que decidiera quitarse el traje espacial. Después de hacerlo, se lo echó al hombro y continuó su camino sin un rumbo determinado. Llenó sus pulmones con el aire de aquel ambiente que tenía toda la peculiaridad y la dulzura de la atmósfera terrestre. Los constructores científicos habían realizado un notable trabajo al duplicar el medio ambiente de la Tierra. El lugar tenía una temperatura agradablemente tibia.

Durante un buen rato vagó en medio de un bosque fresco en donde gorjeaban los pajarillos y retozaban las ardillas a placer. York sintió un agradable bienestar al relajar su cuerpo después de haber tenido el molesto traje espacial puesto durante varios días.

El sueño que había estado él tratando de ahuyentar durante casi una semana lo venció al fin. Se acostó en la hierba y se quedó profundamente dormido.

Despertó al sentir que le tocaban suavemente la mejilla.

Asombrado, abrió los ojos y vio el rostro de una muchacha. Era una cara encantadora con ojos azules y cuya sonrisa tibia parecía estar dedicada exclusivamente para él.

La joven estaba sentada a su lado y aparentemente hacía largo tiempo que se encontraba allí.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella—. Soy Leela. Estuve contemplándote mientras dormías y me has gustado.

—Soy Anton York —contestó.

Trató de disimular su acento arcaico para imitar la manera de hablar de ella.

Aquel nombre, que hubiera dejado mudo de sorpresa a cualquier terrícola contemporáneo por lo absurdo que le hubiera parecido estarlo oyendo, no causó en la mujer más que una sonrisa placentera.

—A... An... Anton Y... York —repitió ella—. Anton York. Me gusta, igual que tú. ¡Te amo!

Sin decir una palabra más, le puso los brazos alrededor del cuello y lo besó. York se quedó asombrado por aquel impulso espontáneo de la joven, pero la retiró amablemente.

—¡Espera! —objetó, y quizá por primera vez en muchos siglos vaciló un poco. Por un momento, se alegró de que la pared de energía hubiera evitado que Vera se diera cuenta de que lo había besado—. Estoy seguro de que no hablas en serio.

—¡Claro que sí! —exclamó la joven, y lo besó nuevamente—. ¿No quieres que te ame?

York se quedó pensativo por un momento, mirando a su alrededor, medio atontado, y dándose cuenta de que la presencia de aquella muchacha hacía ese lugar casi paradisiaco. De pronto, su mirada tropezó contra la conocida piel color rosa que estaba agazapada entre un matorral como a unos diez metros.

El disfraz que hacía aparecer tan maravilloso aquel lugar desapareció instantáneamente. La realidad no era más que un infierno en el cual las bestias hipnóticas no sólo enfrentaban a un hombre contra el otro sino también a la mujer contra el hombre.

York apartó a la joven, y el monstruo, adivinando que lo habían descubierto, avanzó hacia ellos. El cuello serpentino de la bestia se mecía, acercándosele y recordándole todas las tragedias que había visto en esa bóveda y en las demás.

York se puso de pie de un salto sin poder apartar la mirada del monstruo.

El primer impulso que tuvo fue sujetar el cuello asqueroso de la bestia hipnótica para retorcérselo, pero cuando lo intentó, tuvo la sensación de que se hundía en el torrente de una fuerza invencible que despedazaba toda su voluntad y lo hacía retroceder. Aquello no era otra cosa que la fuerza hipnótica que procedía de los ojos redondos y fulgurantes.

York trató de apartar la mirada de la Medusa que se apoderaba de su voluntad, pero no consiguió hacerlo. Durante un largo minuto luchó contra esa fuerza intangible y al fin se dio por vencido.

En ese momento el efecto de la fuerza hipnótica cambió. Se sintió atraído, pero al mismo tiempo se le paralizaron los músculos de los brazos. Hizo un esfuerzo inaudito por apartar las manos invisibles que parecían atraerlo contra la bestia. Un paso..., dos... Avanzaba como un pájaro que ha quedado atrapado por el hechizo de una serpiente.

La bóveda, los árboles, la maleza, la mujer, todo había desaparecido. Lo único que veía York eran esos dos enormes ojos brillantes que lo atraían y parecían aumentar de tamaño hasta llenar el universo entero. Ni siquiera veía el tentáculo tembloroso que, adelantándose, se acercaba a su cuello.

Pero durante todo ese intervalo su subconsciente había estado funcionando y daba ahora la voz de alarma. Sus radio genes inmortales, saturados de la energía cósmica que constantemente combatían las células envenenadas causantes de la vejez y las invasiones de los gérmenes nocivos descargaron un oleaje de fuerza en su cerebro.

York se detuvo y respiró profundamente luchando con renovadas energías contra

aquella fuerza invisible. La fuerza hipnótica aumentó en intensidad. York la esquivó y, haciendo un gran esfuerzo, retrocedió.

En ese mismo instante el hechizo quedó roto como si fuera la cuerda de un arco para lanzar flechas. York había vencido.

Luego, con absoluto control de sí mismo, dio un salto hacia adelante. La bestia gimió asustada y trató de huir, pero York se le interpuso y, sujetándola del cuello, se lo retorció como si fuera el de una gallina indefensa. Le quedó colgando la cabeza y los ojos infernales se le nublaron. El cuerpo repugnante se desplomó y quedó retorciéndose en el suelo por unos momentos hasta caer finalmente presa de la inmovilidad de la muerte.

York, con las manos en la cintura, se quedó mirándola. Su respiración era jadeante, más por la rabia que lo invadía que por la fatiga. Nunca, después de realizar sus grandes hazañas, se había sentido completamente satisfecho. En una ocasión destruyó una flota de naves potentes; había movido mundos, conquistado ciencias y dioses. Pero allí, con sus simples manos, había matado a una bestia repugnante. ¡Ésa era una conquista suprema!

Después de un momento, sonrió al advertir el contraste que había entre ese acontecimiento y los demás de su agitada carrera. Sus pensamientos fueron interrumpidos por un par de brazos que le rodearon el cuello.

—¡Me has salvado! ¡Libértame! —Exclamó Leela—. Ahora sí te amo de verdad. Llévame contigo.

York la apartó firmemente.

—Escucha, Leela. Tengo esposa. La he tenido durante mucho tiempo y no la cambiaría.

Se preguntó lo que diría ella si le revelara que tenía dos mil años de edad. Por el momento, prefirió no decírselo.

—¿Tienes una compañera?

—Sí —replicó York tranquilizándose—. Cuéntame algo acerca de esa bestia y de ti.

Luego, para sus adentros, York dijo: «La bella y la bestia.».

-El amo me trajo aquí donde vienen a menudo los «libres» para buscar un hombre joven. Al encontrarlo tenía yo que seducirlo y apartarlo de los demás. Entonces la bestia lo mataría o se lo llevaría para convertirlo en esclavo. Las bestias usan toda clase de recursos para reducir el número de hombres libres. Procuran matar a todos los libres que tienen una mente demasiado poderosa y que no pueden esclavizar.

—¿Quieres decir que hay aquí terrícolas que pueden resistir, como yo, el hechizo de las bestias?

La joven, asombrada, lo miró.

—Eso debes saberlo. Me lo preguntas como si nunca hubieras estado aquí.

—Acabo de llegar a este sitio. Vengo de allá afuera.

La joven examinó, asombrada, las ropas extrañas de York, y clavó la mirada en sus ojos singularmente brillantes que tenían el signo de la inmortalidad. Después de un momento, se encogió de hombros, como dándose por vencida de que no encontraba una explicación adecuada y respondió a las preguntas que le hizo York.

—Sí. Muchos pueden resistir el hechizo. Y hay más en cada generación.

—¿Generación? —preguntó York, sorprendido—. ¿Nunca has oído hablar de mí? ¿De Anton York? ¿Has estado alguna vez en la Tierra?

—¿En la Tierra? ¿Quieres decir en el Mundo Original, de donde según cuentan vinieron nuestros antepasados? No, naturalmente que no. Nací en este sitio.

—¿Y cuántas generaciones ha habido aquí, según la historia?

—Cien.

—¡Cien generaciones, cuando menos dos mil años!

Unos terrícolas habían estado debajo de aquella bóveda durante veinte siglos, viviendo y muriendo, siendo objeto de un experimento gigantesco llevado a cabo por los constructores. York movió la cabeza. El misterio iba ahondándose gradualmente como algo vital, siniestro y difícil de alcanzar.

—¿Sabes con qué propósito fue hecho esto? —insistió—. ¿Por qué trajeron a tus antepasados del Mundo Original? ¿Sabes de dónde proceden las bestias hipnóticas?

—Yo sé muy poco —aseguró la mujer—, pero quizá en la villa de los libres haya algún hombre instruido que lo sepa. Vamos, te guiaré hasta allá.

Dicho esto, la joven se volvió y echó a andar, seguida de York.

El camino por donde avanzaban cruzaba un pequeño bosque y desembocaba en el campo abierto. Había zonas de pastoreo para el ganado y más allá se veían otros terrenos cultivados cuya cosecha estaba próxima a levantarse. Unos hombres de piel tostada que estaban laborando en esos sembradíos agitaron la mano para saludarlos. Todos estaban armados con unos rifles y miraban cautelosamente hacia el lugar de donde venían York y Leela para asegurarse de que la pareja no era esclava de las bestias hipnóticas y que llevara misión siniestra.

El aspecto de la villa, que estaba como a unos tres kilómetros de allí, hizo brotar un recuerdo en la mente de York. Estaba rodeada por una empalizada de troncos de madera, y de trecho en trecho había unas atalayas. En el interior del cercado había varias cabañas y unas carretas tiradas por caballos. Sus moradores se cubrían a medias el cuerpo con pieles de animales... Toda esa forma de vida, según la historia de la Tierra, había pertenecido al siglo XIX. Y allí estaba reproducida y, aparentemente, todos aquellos seres humanos disfrutaban de ella. ¿Por qué?

York cavilaba sin encontrar respuesta a sus preguntas. Se impacientó un poco cuando, al verlos una anciana, arrojó al suelo unos atados de leña y corrió a darle el encuentro a Leela.

—¡Mi niña, mi niña! —exclamó sollozando—. ¡Has vuelto! Creí que jamás volvería a verte, pues hace un año que te fuiste. ¡Leela, mi chiquita!

—Él me rescató —comentó Leela, señalando a York.

Una multitud ansiosa se agrupó en torno de los recién llegados, lanzando gritos de júbilo por la muchacha que se había librado milagrosamente del yugo de esclavitud de las bestias.

—¡Él mató a mi amo! —Les explicaba ella a gritos—. ¡Lo hizo sin más arma que sus manos!

La gente se le quedaba mirando, asombrada, y York recordaba la multitud que lo había aclamado en el siglo xxxi por haber movido varios mundos de su lugar. Pero en este planeta misterioso sólo le había retorcido el cuello a una bestia. No había aplicado ningún principio científico, a excepción de que lo hizo a sabiendas de que la muerte ocurre si se rompe la columna vertebral.

York hizo un gesto de impaciencia y la joven a la que había rescatado se apartó del grupo que la rodeaba y lo guio hacia el centro de la villa en donde estaba una cabaña de dos pisos, custodiada por dos hombres de pelo largo que empuñaban sendos rifles.

Uno de los guardas aquéllos se asombró al ver a Leela y corrió a abrazarla y besarla. York sonrió al darse cuenta del afecto con el que ella respondía a esas muestras de cariño. Se sentía relevado completamente del papel de héroe que había desempeñado al rescatarla y que ella tanto había pregonado.

Una vez que aquel joven guarda escuchó el relato de Leela, le estrechó fuertemente la mano a York y le habló con cierta vacilación:

—De acuerdo con la costumbre, Leela es suya.

—Yo tengo compañera. Me está esperando fuera de la bóveda —comenzó a explicar York.

Dándose cuenta de la mirada de asombro que tenía el joven, solicitó hablar con los representantes de la autoridad de la villa.

—¿Quiere usted hablar con el Congreso?

El guarda entró en la cabaña y apareció después de un momento llamando a York con un ademán.

—Puede usted pasar.

El Congreso resultó estar integrado por un grupo de diez hombres de edad avanzada, de cabello cano cuidadosamente peinado. Leela les relató los incidentes de su rescate con todo lujo de detalles, y lo que York le había contado.

Robar, que era el jefe del Congreso, le dirigió la palabra a York:

—Ésa es una historia verdaderamente asombrosa.

¿Quién es usted, Anton York? Nunca oí mencionar el nombre de York a nadie de los nuestros. Quizá venga usted de la villa de las bestias, quienes lo mandaron aquí a

que nos espíara. Las bestias siempre están planeando tretas para subyugarnos.

El ambiente se hizo tenso y aun el joven guarda levantó amenazadoramente su rifle.

—¡Aguarden! —les ordenó Leela, acudiendo en defensa de York—, no olviden que estuve en la villa de las bestias durante un año. Nadie conoce allá su nombre tampoco. Si creen ustedes que él es un espía, ¿cómo me consideran a mí?

Las palabras de la mujer sólo sirvieron para aumentar la tensión e incluirla en sus sospechas. York dio un paso hacia adelante. En su gesto había determinación.

—¡Escúchenme! Yo he vivido durante dos mil años. Nací en el siglo xx en lo que conocen ustedes como el Mundo Original. En el año 1776, trece colonias de un continente llamado América declararon su independencia de un país que estaba situado al otro lado del océano Atlántico. Sus habitantes formaron un Congreso, del cual tal vez es copia el de ustedes. En el siglo siguiente, esas trece colonias crecieron, expandiéndose hasta tierras del Oeste de ese continente americano y lucharon y vencieron a unos hombres de piel roja a quienes llamaban indios. Aquel continente, que aún existe, se extiende de océano a océano. Hubo una guerra civil durante la cual asesinaron a un gran hombre llamado Lincoln. Luego se levantó un gran imperio industrial, y se descubrió petróleo y oro en el subsuelo. Un ferrocarril arrastrado por una máquina de vapor empezó a cruzar aquellas grandes extensiones de tierra, y se exterminaron grandes rebaños de bisontes.

Los rostros de quienes escuchaban el relato mostraban señales de emoción cada vez mayores.

—Eso concuerda con nuestras leyendas —murmuró Robar—, las trece tribus americanas, los pieles rojas, la gran guerra y la desaparición de los bisontes.

Robar se quedó callado y miró a York con cierto temor y reverencia. Luego agregó:

—Creo en usted, Anton York. ¿Ha venido del Mundo Original para ayudarnos?

—Ésas son mis intenciones, si es que puedo hacerlo —apuntó York—, pero antes tengo que averiguar muchas cosas. ¿Qué dicen sus leyendas acerca de la llegada de los terrícolas a este mundo extraño?

—Que en el año 1888 nuestros antepasados vivían en el Mundo Original en una villa semejante a ésta y que se llamaba Fuerte Mojave. También ellos tuvieron que pelear algunas ocasiones contra los pieles rojas. Cierta día, aparecieron unas extrañas naves voladoras contra las que sus rifles eran inútiles. Toda la villa entera que estaba integrada por mil hombres, incluyendo las mujeres y los niños, fue traída aquí por la fuerza. En aquel entonces no existían esas repugnantes bestias hipnóticas. Al principio, nuestros antepasados no tuvieron muchos problemas, aunque los entristecía estar lejos de su patria y encontrarse prácticamente privados de su libertad. De pronto aparecieron las bestias y la vida se convirtió en un constante batallar contra ellas. Y

así ha sido durante muchas generaciones.

—¿Por qué los trajeron aquí? —Inquirió York—. ¿Con qué motivo metieron a las bestias hipnóticas en este pedazo trasplantado de la Tierra?

—Nunca se ha sabido. Nadie ha visto nunca a los seres misteriosos que secuestraron a nuestros antepasados. La vida ha continuado su curso normal y hemos llegado casi a olvidar cómo empezó todo. Nuestra única preocupación es salir adelante en la lucha que sostenemos contra esos monstruos.

York se mordió los labios. El misterio continuaba sin explicación. Los constructores de esas enormes cúpulas no habían dejado entrever la más pequeña información a sus conejillos de Indias, y era probable que tampoco se la hubieran dado a ninguno de los otros seres que tenían presos en las demás bóvedas.

La ira hizo estremecer a York. Esos campos de experimentación, en donde habían desfilado varias generaciones de seres de todas las especies, era la máxima crueldad que él había conocido, y algo tenía que hacerse para remediar aquello.

Capítulo VI

DURANTE los días siguientes, York averiguó todo lo que le fue posible. La villa de los libres albergaba cerca de seis mil personas. Sus campos de labranza y sus sotos de caza ocupaban un poco más de la mitad de la superficie total que cubría la bóveda. Más allá de la villa, un río angosto separaba la zona que estaba bajo el control de las bestias hipnóticas y que era donde vivían los esclavos terrícolas. Se sabía que éstos eran aproximadamente unos cuatro mil. Pero su período de vida era corto, ya que las bestias los mataban para alimentarse.

Bien se podía considerar que un total de diez mil seres humanos era el que formaba la población de esa bóveda, convertida como por arte de magia en un pedacito lejano del planeta Tierra. York calculaba que un poco más de doscientas personas por kilómetro cuadrado se congregaban en aquel lugar; un poco más aglomeradas de lo que Europa había estado poblada antes de la era científica, cuando ocupaban grandes extensiones de terreno para cultivarlas. Bajo esas circunstancias, y manteniendo una tremenda y constante batalla contra las repugnantes bestias hipnóticas, la ciencia no había tenido oportunidad de avanzar.

Hacía mucho tiempo que se habían agotado los pocos yacimientos de metal y de otros minerales importantes, por lo que cualquier pedazo de metal ordinario se apreciaba como si fuera oro.

Las observaciones que llevó York a cabo incluyeron el río, el que nacía en el subsuelo, cerca de una de las paredes de la bóveda, y después de cruzar toda la superficie que ésta cubría, desaparecía de la misma manera en el lado opuesto.

A unos trescientos metros de altura, suspendido del centro de la bóveda, localizó York un aparato reluciente y de gran tamaño que servía para emitir rayos luminosos, semejantes a los solares, cada veinticuatro horas. En ciertas ocasiones, brotaban nubes de neblina de dicho aparato y producían también lluvia. Ya había notado York que en el exterior prevalecía una atmósfera de hidrocarburos con un clima que variaba desde el frío que imperaba en Urano hasta el tórrido que se dejaba sentir en Mercurio. Pero en el interior se podía apreciar desde el clima de Irlanda hasta el de California.

Los constructores de la bóveda habían realizado una labor perfecta. Pero ¿por qué? La pregunta sonaba como un gong en la mente de York. Gradualmente, empezó a tener York la sensación de que lo vigilaban. Tenía la seguridad de que había unos ojos arriba de la cúpula que miraban hacia abajo de una manera fría y científica, observando y llevando un registro minucioso del menor latido de la vida que allí se encerraba. Era una sensación enloquecedora.

En muchas ocasiones, York sentía deseos de gritar, pero no lo hacía debido a que durante sus dos mil años de existencia había aprendido a controlar sus emociones con

la ecuanimidad de un semidiós. Los seres humanos que formaban la colonia terrícola de ese mundo extraño habían llegado a aceptar la vida en el interior de la bóveda como normal y natural; consideraban todo lo demás como una ilusión o sencillamente como una leyenda.

York decidió hacer a un lado temporalmente sus indagaciones tendientes a averiguar el gran propósito que había detrás de todo eso. El problema inmediato lo constituían las bestias hipnóticas y tenía la creencia de que si él pudiera hacer algo contra ellas quizá eso lo guiaría de alguna manera a descubrir el misterio de quienes eran sus amos científicos.

Un horrible pensamiento bullía en su mente. ¿Sería posible que los constructores de esas moradas gigantescas estuvieran fomentando la propagación de las bestias hipnóticas con el solo propósito de utilizarlas para conquistar el universo?

—Esperamos aniquilar a esas bestias a su debido tiempo —le informó un día Robar—. En cada nueva generación, un porcentaje más elevado de los niños que hacen es casi completamente inmune a las fuerzas hipnóticas de las bestias. Durante los primeros mil años, la villa de los libres era pequeña y milagrosamente logró escapar de que la arrasaran unos cientos de veces. Pero en estos diez siglos últimos la población ha aumentado. Ahora somos más numerosos que el grupo de esclavos. En otros cuantos siglos...

—Es demasiado larga la espera —interrumpió York—. Las bestias hipnóticas tienen una inteligencia primitiva. La ciencia puede destruirlas. ¿Cómo funcionan los rifles?

Un examen que hizo York de las armas le indicó que eran simples mosquetes de pedernal del siglo XIX. A fin de no desperdiciar metal, utilizaban balas de madera muy compacta. El agente impulsor de las balas era carbón pulverizado, ya que como una de las fuerzas naturales de ese planeta hacía que el fuego se propagara de manera lenta, una cantidad mínima de carbón tenía la fuerza de la pólvora. Así lo había probado York con la turbina de retroimpulso de su nave, la que había funcionado mediante fósforo de combustión lenta.

«Detrás de todo esto hay una ecuación que abarca todo», se dijo York. «Si yo pudiera encontrarla, tendría el poder para destruir a todas las bestias, derribar la bóveda y hacerle frente a la raza que domina en este mundo.»

Al tercer día de su llegada, York escuchó el ruido producido por un cuerno. Era la señal de alarma de un ataque. Sin perder un instante, se movilizaron todos los de la villa. Los hombres echaron a correr en dirección del río y York los siguió. Las tropas enemigas habían cruzado el agua en lanchas de madera y estaban esparcidas entre los matorrales y los pequeños promontorios que había en las riberas. Los libres se pusieron a cubierto y aguardaron agazapados.

York se parapetó y apoyó en la horqueta de un árbol el rifle que le habían dado,

pero no se atrevía a disparar contra las figuras que se asomaban de vez en cuando y que estaban al alcance de los proyectiles. Después de todo eran seres humanos como él, y aunque se prestaban como cebo para que mataran a otros seres de su propia especie, lo hacían únicamente bajo el hechizo de las bestias hipnóticas que los manejaban a su antojo. Los repugnantes monstruos estaban al otro lado del río dando órdenes telepáticas a sus esclavos y empleando hipnotismo de largo alcance. York podía sentir la gran fuerza subyugante que tenían.

El combate se prolongó durante varias horas, los libres flanquearon a sus atacantes y los hicieron retroceder. Al retirarse, éstos se llevaron a cuestras a los muertos y los llevaron al otro lado del río para depositarlos a los pies de las bestias, las que al instante se pusieron a chupar la sangre a los cadáveres. Todo parecía indicar que ése había sido el único propósito del ataque, a menos que lo hubieran efectuado para vengar a la bestia que había matado York.

Las fuerzas de oposición abandonaron sus puestos en la ribera del río y regresaron a la villa. La batalla había terminado. York observó que los libres, antes de dar sepultura a sus compañeros que habían muerto en el campo de batalla, los destazaban y esparcían su sangre en el suelo. Ese impresionante espectáculo lo llevaban a cabo de una manera estoica. Se habían visto obligados a adoptar esa costumbre para evitar que las bestias se alimentaran con su sangre. Además, así se fertilizaba el suelo.

Al regresar a la villa, York encontró a Leela en el hospital donde atendían a los heridos. Estaba parada junto a su novio y contenía las lágrimas.

—Vivirá —murmuró ella—, pero nunca volverá a caminar. Una bala lo hirió en la espina dorsal y está paralítico. ¿No puedes ayudarlo, Anton York?

La joven no pudo contenerse más y se arrojó a los brazos de York para llorar sobre su hombro. Él le dio unas palmaditas en la espalda para consolarla y luego le preguntó:

—¿Quieres correr un albur? ¿Te arriesgarías a permitir que lo opere, sabiendo que puede morir en la operación?

—Yo confío en ti, Anton York —repuso la joven al momento.

Entonces Anton York procedió a operar al hombre.

Siglos antes, en previsión de que algún día un accidente físico tratara de robarle la vida a Vera, había estudiado York la técnica quirúrgica y era bastante diestro. Con una habilidad que ningún cirujano terrícola jamás había logrado, extrajo con un cuchillo filoso la bala de la espina del hombre.

Cuando terminó, cubrió la herida con unas hierbas antisépticas que cultivaban aquellas personas. El joven guardia se sumió en un sueño tranquilo, del cual despertaría completamente restablecido.

York hizo a un lado la gratitud de Leela y alzó el puño en señal amenazadora hacia lo alto de la bóveda. La ira se había convertido en su interior en una fuerza

difícil de contener. Allá arriba, los constructores despiadados de las bóvedas de ese mundo extraño jugaban el papel de dioses y provocaban, impávidos, todas esas tragedias.

York consideraba como algo indudable que los constructores fomentasen la existencia de esas horribles bestias hipnóticas para convertirlas en una horda invencible que conquistaría el universo. Y eso, se prometía York, tenía que acabar.

Pero ¿de qué manera? Anton York, el super científico del sistema solar, ya hubiera empezado a actuar. Pero el Anton York desvalido de los conocimientos científicos en un mundo extraño con leyes maestras distintas, no podía hacer nada.

Transcurrió un año. York pasó la mayor parte del tiempo haciendo cálculos. Utilizaba el suelo como pizarrón y empleaba una vara para escribir. Trabajó afanosamente tratando de encontrar las ecuaciones de las leyes naturales que gobernaban ese universo, pero al aplicarlas, siempre resultaba todo equivocado. Mientras tanto, tenía la absoluta certeza de que lo seguían vigilando, y su preocupación iba en aumento por la falta de noticias de Vera. ¿Qué habría sido de ella? ¿Se le habrían agotado los alimentos o el aire respirable? ¿La habrían capturado acaso?

Un día, inesperadamente, le pareció que ella estaba junto a él. Creyó al principio que se trataba de una alucinación, pero de repente todos sus sentidos se pusieron alerta. Captó sus ondas telepáticas y la escuchó gemir. York avanzó para descubrir de dónde procedía y llegó hasta una sección de la pared de la bóveda en donde el gemido se escuchaba con mayor fuerza.

—¡Vera! —la llamó telepáticamente. Aunque gran parte de la intensidad de su vibración telepática rebotó contra la pared, un poco alcanzó a filtrarse—. ¿Estás allí, Vera? Recuerda que te expones al hacer contacto telepático conmigo, pues pueden descubrirte. ¿Estás bien, encanto de todas mis edades?

—Sí, Tony. Puedo verte. Estás delgado y te noto preocupado. Vine en tu busca. He estado destilando el aire del planeta y comiendo la pulpa de las plantas cuyo ciclo de vida es de veintidós días No temas por mí. Estoy bien.

York le hizo un relato breve de lo ocurrido durante el año que habían estado separados.

—Yo tampoco estoy mal —agregó York—, pero tengo que averiguar cuáles son las leyes maestras en este universo.

—Por eso vine a buscarte, Tony. Yo también he estado haciendo cálculos y encontré la solución de repente. Todo se debe a la transformación, Tony. Este universo tiene una transformación más baja, la cual es exactamente un entero ciento sesenta y cuatro milésimos. Yo misma la medí.

York comprendió todo de repente.

—¡Así es, Vera! Te felicito. Vete rápidamente de aquí antes de que te descubran

los guardianes de las bóvedas. Resolveré las leyes y barreré las bestias hipnóticas. Luego escaparé de esta prisión, de una manera u otra.

—¡¡Ten mucho cuidado, querido!

Dicho esto, la comunicación telepática se interrumpió.

York regresó a la villa, su estado de ánimo estaba por las nubes. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! ¡Transformación! ¡Naturalmente! No sólo la velocidad de la luz y del sonido era más lenta y más largo el espacio de tiempo, sino que también la transformación era más baja. Lo cual redundaba en una disipación mucho más lenta de la energía de ese universo. Además, eso también explicaba el alto valor potencial de los combustibles de combustión lenta. Ese universo no había sufrido tanto desgaste como el universo al que pertenecía la Tierra.

Con ese indicio fundamental, las ecuaciones de York empezaron a tomar vida. Las fórmulas coincidían y el omnipresente cero ya no siempre se presentaba para burlarse de él. En el curso de un mes más ya había calculado los elementos que debería tener el arma de rayos que supliría a los antiquísimos rifles de pedernal que tenían los moradores de la bóveda.

York llamó a Robar y le pidió que reuniera al Congreso. Los hombres lo miraban extrañados.

—¿Qué ocurre, Anton York? —Le preguntó Robar—, ya no estamos seguros de si estás loco o no. Te has pasado un año entero agachado sobre un pedazo de suelo haciendo marcas con una vara. ¿Qué te propones?

—Descubrir la ciencia para beneficio de ustedes.

—¿Ciencia? Ni siquiera conocemos esa palabra.

York empezó a explicarles desde el principio.

—Después del tiempo de los antepasados de ustedes, la ciencia floreció en el Mundo de Origen. El hombre comenzó a construir máquinas para hacer toda clase de trabajos. Fabricó también armas de guerra. Por ejemplo, cañones potentes que hacían añicos los objetos.

Y ahora voy a construir una de esas armas, pero necesito unos metales y la ayuda de todos ustedes. Habrá que fundir la mayoría de sus rifles para obtener la materia prima.

Robar lo miraba con cierto recelo. En su rostro había señal de duda.

—Será muy peligroso desarmarnos, aunque sólo sea parcialmente. Y además, ¿cómo vamos a saber si no estás loco en realidad?

York pensó que los dioses tal vez lanzaron una carcajada al escuchar aquello. Pero no podía culpar a Robar y a los demás por ser desconfiados. Aquellas personas sencillas no lo conocían, ni sabían siquiera lo que significaba la ciencia. Tomó un pedazo de cuarzo que estaba en el suelo y les dijo:

—¿Aceptarán lo que les propongo si logro hacer que esta piedra brille en la

obscuridad?

Todos estuvieron de acuerdo. York fue a su cabaña y regresó con la cápsula de radio que servía de fuente de energía del transformador de calor de su traje espacial. El radio y la radiactividad eran dos cosas que no cambiaban grandemente con las leyes de ese universo. Acercó la cápsula al trozo de cuarzo e instantáneamente brotó un brillo fluorescente en la obscuridad.

Todos lanzaron exclamaciones de asombro y aprobaron el proyecto que les presentó York.

Durante los seis meses siguientes, York tropezó con algunas dificultades que parecían insuperables para su proyecto, pero las venció. Los metales tenían diferentes puntos de fusión en ese universo; el cristal mostraba alteradas sus propiedades físicas y la electricidad también se comportaba muy fuera de lo común. Pero al fin logró construir una pila que funcionaba a base de radio y que emitía su corriente a través de una serie de bobinas conectadas entre sí y que estaban colocadas atrás de un reflector convexo de acero pulido. Montó todos estos aparatos en un chasis con ruedas.

El conjunto era bastante pesado y estaba construido de una manera tan rudimentaria que se habría reído de él hasta un artesano de la última edad de piedra. Pero lo importante es que era una gran fuente de energía.

Ya para disponerse a efectuar la prueba final, York conectó el interruptor y la electricidad empezó a circular por las bobinas. Un campo de energía se formó alrededor de una barra metálica. Uno de los extremos de dicha barra donde se concentraba esa tremenda fuerza, se convirtió en un diamante incandescente al efectuarse allí la desintegración atómica. Un rayo de energía generada por los neutrones brotó del espejo que servía de cátodo proyector y pegó contra el tronco de un árbol solitario que había escogido York como blanco. Al recibir el impacto se partió en dos, y una de aquellas mitades quedó reducida a cenizas.

Los habitantes de la villa lanzaron exclamaciones de miedo y de asombro y en sus caras se leía claramente la palabra «brujería». Se preguntaba York lo que esas gentes hubieran dicho si supieran que él había cambiado de lugar al planeta Mercurio. Sin embargo, el propio York estaba alborozado por la desintegración del árbol. Marcaba el primer paso que daba hacia la conquista de las leyes de la ciencia y de la energía de ese nuevo universo.

Cuando regresara al laboratorio de su nave, si acaso podía lograrlo, ya estaría en posibilidades de controlar las fuerzas poderosas y poder desafiar con ellas a los amos de las bóvedas.

Pero primero las bestias hipnóticas...

Capítulo VII

EL DÍA señalado llegó. Todos los hombres físicamente capaces acudieron al llamado. Ésa no iba a ser una guerra, sino una cruzada contra las odiadas bestias. De una vez por todas tenían que ser exterminadas en el interior de aquella gran bóveda.

Cuando York guiaba a los dos mil hombres que integraban su ejército, lo asaltó el curioso pensamiento de que en cualquier guerra sostenida en la Tierra ellos habrían valido lo que diez mil guerreros, ya que en sus pechos latía el odio que habían alimentado durante veinte siglos.

Cruzaron el río, la mayoría de ellos nadando y llevando sus rifles en alto. La máquina de York la transportaron en una balsa que habían construido especialmente. En la orilla opuesta, ya en territorio enemigo, la línea de los centinelas se replegó mientras llegaban los refuerzos. La batalla se inició y los hombres de York se impusieron, tomando cuantos prisioneros les fue posible, ya que consideraban que una vez que las bestias fueran exterminadas, esos hombres volverían a ser libres y normales.

El ejército avanzó hasta la villa de las bestias, la cual estaba situada en medio de un claro en el bosque. Era un conjunto de chozas diseminadas y sucias pero debidamente protegidas por una alta palizada en donde había unos carabineros en lo alto. Para acercarse a la villa, los hombres de York no tenían más alternativa que avanzar corriendo de mata en mata. Las balas pasaban silbando y, sin poder evitarlo, uno que otro resultaba herido o caía muerto.

York le dio instrucciones a Darrill, el novio de Leela, quien estaba al mando de los libres.

—Haga que sus hombres se acerquen lo más que puedan a la pared, procurando que ocurra el menor número posible de bajas. Eso me dará el tiempo que necesito para preparar la máquina y apuntar. Una vez que dispare aprovechen la confusión y maten cuantas bestias puedan.

Darrill asintió y sus hombres avanzaron arrastrándose, como lo habían hecho los blancos en las planicies cuando les hacían frente a los pieles rojas. Por su parte, York fue a revisar y a preparar su máquina cuidadosamente. Luego apuntó hacia la empalizada. Conectó el interruptor y la primera descarga que hizo fue demasiado alta y chocó contra la pared de la bóveda sin causar ningún daño.

La segunda descarga produjo el efecto que deseaba York. Una sección de unos cuatro metros de palizada voló hecha añicos. Dos de los hombres esclavos de las bestias volaron también. York conectó una y otra vez el interruptor lanzando descargas de neutrones y haciendo trizas la pared de la villa hasta pulverizarla por completo, quedando ésta totalmente al descubierto y expuesta a cualquier ataque.

En ese momento, los hombres de Robar se pusieron de pie y se lanzaron a la

carga con una furia incontenible. Las bestias, con una astucia casi humana, desplazaron a sus esclavos hacia las brechas y abrieron fuego contra los atacantes. York detestó hacerlo, pero dirigió las descargas de su super-ametralladora contra las filas de los defensores. Esclavos y bestias cayeron en medio de una maraña sangrienta.

El ejército de los libres había llegado a la villa. Los hombres se precipitaron contra los monstruos y empezaron a aniquilarlos. La mayoría de los libres eran inmunes por herencia a la hipnosis y trataron de sacar el mejor provecho posible de aquella cualidad.

Los nervios de York estaban en tensión. ¿Por qué no habían intervenido los constructores de la bóveda? Él casi lo había esperado. Estaba preparado para atacarlos con su super rifle en caso de que aparecieran. Si tenían algún arma en la parte alta y disparaban hacia abajo, a York no le importaría volar la bóveda aunque eso significara una muerte violenta.

Fue un momento pavoroso, ya que ése era el primer reto que lanzaba York contra los amos de ese mundo extraño. Pero los misteriosos constructores no dieron la menor señal de vida.

Sin embargo, las bestias no aceptaban la exterminación tan fácilmente. York no se había dado cuenta de lo que ocurría en la parte trasera de la villa, en donde se extendía un trecho del bosque hasta la pared de la bóveda. De repente presintió el peligro en que estaba él mismo. Un grupo de cinco bestias hipnóticas que mandaban unos cincuenta esclavos venían en dirección suya.

Lo rodearon junto con su máquina. Los hombres, siguiendo las órdenes de sus amos, levantaron sus rifles. Era casi imposible evitar que una andanada de balas acribillara a York. Él moriría, cualquiera que fuera el resultado de la batalla en la villa.

Una vez más York se veía cara a cara con la muerte.

¿Era ésa la manera como tomaban venganza los constructores de las bóvedas? ¿Acaso de la misma manera como las bestias dominaban a los hombres esclavos aquéllos ejercían control sobre las bestias y les daban la orden telepática para que mataran a York?

La primera reacción que tuvo fue llevar rápidamente la mano al interruptor de corriente. Por lo menos, si iba a morir, mataría a algunos de sus enemigos. Pero un segundo pensamiento lo detuvo: recordó la primera ocasión en que había logrado substraerse de la fuerza hipnótica de la bestia que había logrado matar. ¿Y si en ese momento arrojara toda su fuerza mental contra ellas?

En sus dos mil años de vida, York había llegado a aprender algo de las posibilidades ilimitadas de su fuerza mental. Incluso en varias ocasiones él mismo había usado la hipnosis y la tele-cinética. En ese instante hizo un llamado urgente a

los radio genes de su cerebro, que estaban alimentados por los rayos cósmicos, y un gran campo de energía irradió de su cerebro para unirse a la fuerza mental y desafiar la hipnosis combinada de las cinco bestias.

De pronto se desató una batalla silenciosa en ese sitio...

York permaneció inmóvil, rodeado de cinco bestias repugnantes. Ningún movimiento físico traicionaba el hecho de que entre el hombre y las cinco bestias habían soltado fuerzas mentales de tremenda magnitud. Los hombres esclavos, acobardados, eran simples peones en esa guerra psíquica. Cualquiera que venciera, York o las bestias, ordenaría a los esclavos que mataran al vencido.

Transcurrió quizá un segundo o probablemente varios minutos. York sentía cómo iba en aumento su fuerza. El sudor le corría por la cara y parecía que su cerebro se fundía en tanto que los radio genes vaciaban la energía en el campo de la fuerza mental. Aquello no lo podría soportar por más tiempo, pues su cerebro se quemaría como si fuera un generador sobrecargado.

Curiosamente, el final no fue muy dramático. Una de las bestias lanzó un suspiro profundo y repentinamente cedió, dejando caer la cabeza y su cuello serpentino. Sus ojos de medusa se cerraron. Sus fuerzas hipnóticas se habían agotado. A la primera bestia siguió la segunda, y luego cayeron otras dos más.

La última se mantenía en pie y la vista la tenía clavada en los ojos de York. Éste hizo un esfuerzo supremo para reunir hasta el último residuo de su energía mental para vencer a la quinta bestia. Pero el hechizo estaba roto.

—¡Disparen contra las bestias! —fue la orden mental.

Los hombres esclavos descargaron obedientemente sus rifles contra los cuerpos que se desplomaban. Se retorcieron, se convulsionaron y quedaron al fin inmóviles. Carente de toda energía, agotado por el gran esfuerzo que había hecho, York se tiró en el suelo y entró en un estado casi comatoso.

Cuando volvió en sí, el joven Darrill le rociaba la cara con agua.

—¡Anton York! —Exclamó lleno de júbilo—. ¡La villa es nuestra! Matamos muchas bestias, pero cerca de la mitad huyeron hacia los bosques.

York recobró el control y dijo:

—No perdamos tiempo. Organiza su persecución. Reúne cuantos libres puedas y hazlos avanzar para que obliguen a salir a las bestias a campo abierto, en donde estará esperándolos mi máquina. Tenemos que exterminar hasta la última bestia.

La batida les llevó una semana. Los hombres inmunes, haciendo sonar grandes tambores como si se tratase de una cacería en el África, iban acorralando a las bestias poseídas del pánico y las obligaban a salir al descubierto para que la máquina neutrónica de York las hiciera pedazos. No fue hasta que los hombres de Robar rondaron durante veinticuatro horas sin encontrar una sola bestia hipnótica cuando York asintió satisfecho.

—Ya no hay una sola bestia en este pedazo de tierra —anunció Robar con un tono de satisfacción.

Pero en ese momento una pesada forma salió de entre los matorrales. Era la última de las bestias hipnóticas. Estaba verdaderamente furiosa y avanzaba frenética contra un millar de rifles y la máquina devastadora.

—¡Esperen! —Gritó York cuando los hombres le apuntaban con sus armas—. Rodéenla y captúrenla viva.

Una docena de hombres la capturaron y la llevaron arrastrando hasta donde estaba York. El monstruo hacía grandes esfuerzos por librarse de sus captores y trataba de esconder entre su cuerpo grasoso y repugnante la cabeza con cuello serpentino. York se comunicó con ella por medio de la telepatía.

—¿Puedes entenderme? —Preguntó York—. ¿Responderás a mis preguntas?

—Sí, te entiendo —contestó la bestia hipnótica de manera clara, lo que confirmó la sospecha de York acerca de que esos monstruos eran semi inteligentes—. Contestaré tus preguntas si me prometes darme una muerte rápida. No quiero vivir aquí como el último de mi especie.

York aceptó.

—Dime, ¿por qué estás aquí, en esta bóveda, y haces esclavos a la gente de la Tierra?

—Lo ignoro.

—¿Por qué trajeron a este planeta a los de tu especie y los metieron en cientos de otras bóvedas?

—¿No sabía que existían otras bóvedas?

—¿Cuál es tu mundo nativo?

—Un planeta que pertenece a otro sistema solar, según dicen nuestras leyendas. Claro está que yo nací aquí, bajo esta misma bóveda.

—¿No tienes idea entonces de quiénes trajeron aquí a los tuyos?

—Ninguna. Ahora, mátame.

A una señal de York, los fusileros dispararon, acabando así con la vida de la última de las bestias que había en aquella bóveda.

York miró hacia arriba. ¿Estarían los constructores científicos observando en las alturas y mofándose de lo que ocurría? ¿Por qué no habían intervenido? Con toda seguridad que el exterminio de las repugnantes bestias hipnóticas en uno de sus campos experimentales, era contrario a sus planes.

El enigma que rodeaba a todo aquello tenía los nervios de York en tensión. ¿Sería él mismo un peón en las manos de ellos? ¿O tendría todavía la oportunidad de hacer algo antes de que se dieran perfecta cuenta de quién era él y lo que planeaba? ¡Si al menos pudiera volver a su nave...!

York no perdió tiempo y se puso a trabajar arduamente. Alteró el ajuste de la

máquina a fin de que pudiera irradiar energía pura. Las leyes científicas de ese universo ya no eran un misterio para él. Ordenó que llevaran su máquina hasta un sitio cercano a la pared de la bóveda y se puso su traje espacial. La unidad de oxígeno aún contenía una buena reserva de ese gas vital.

York les dirigió la palabra a los que había liberado de la amenaza de las bestias hipnóticas.

—Voy a salir de esta bóveda —les dijo—, pero volveré muy pronto para llevarlos de regreso a la Tierra. ¡Se lo prometo!

York dio unos pasos hacia el punto donde acababa de neutralizar con su máquina el campo de energía que formaba la pared de la bóveda y como un dios desapareció de la vista de todos los terrícolas, como lo había hecho tan a menudo ante los mortales de su universo.

Ya en el exterior, se alejó de la bóveda y se agazapó durante un breve instante, sin murmurar palabra alguna. ¿Lo atraparían entonces los amos invisibles de ese mundo extraño, como un gato a un ratón? York aguardó, pero no ocurrió nada.

Luego se alejó buscando el camino para llegar a su nave. El astro rey de aquel sistema planetario estaba en el clímax de su período y brillaba como un astro ardiente de color azul. York se abrió paso entre el follaje, en tanto que la capa de material aislante de que estaba forrado el traje espacial, producto de su avanzada ciencia, repelía las oleadas de intenso calor.

York llegó a la nave sin atreverse a llamar a Vera por medio de la telepatía. Tiró de la palanca del control de aire de la nave y entró precipitadamente.

—¡Vera! —Llamó en voz alta—. ¡He vuelto, Vera!

De la cabina no se escuchó respuesta alguna. Recorrió todos los recintos de la nave para encontrarse con la verdad. ¡Vera no estaba a bordo!

Al principio se sintió físicamente enfermo, pero pronto se calmaron sus nervios. Quizá Vera había salido en busca de alimentos. York hizo con toda precaución una llamada telepática extendiendo lentamente su alcance a varios metros de distancia alrededor de la nave. Al no obtener ninguna respuesta, aumentó, ya sin temeridad alguna, la fuerza de su llamada hasta un perímetro de ciento cincuenta kilómetros.

Pero a pesar de eso no obtuvo respuesta alguna. No era posible que Vera no contestara si estaba dentro del radio de alcance de sus ondas telepáticas. ¡A menos que hubiera muerto!

El sentimiento de cólera que recorrió las venas de York en ese momento, hubiera hecho temblar a cualquiera de sus enemigos pasados, a los cincuenta inmortales, a Masón Chard o a los Tres Eternos. Ningún hombre salvaje de la edad de piedra, al perder a su compañera, hubiera podido igualar la agonía que había en el interior de York. Durante dos mil años, Vera había sido su compañera inseparable.

Con voz pavorosa, lanzó York un juramento:

—¡No importa qué o quiénes sean ustedes, constructores de campos experimentales, iré en su busca! ¡Y si han tocado un solo cabello de su cabeza...!
York no pudo encontrar una amenaza adecuada.

Capítulo VIII

YORK trabajó durante un mes. Temía que lo descubrieran en cualquier momento, pero se preguntaba, ¿por qué esos seres invisibles constructores no habían regresado por él? ¿Por qué la nave no había sido puesta bajo custodia? La absoluta extrañeza del enigma lo tenía intrigado. Descartaba la posibilidad de que Vera fuera a traicionarlo, pero su presencia era tan simple como sumar dos y dos. ¿O acaso eran tan poderosos que no le tenían temor a nada?

En aquellos treinta días York realizó milagros. Trabajó en su motor de gravedad, en una nueva barrera protectora contra las descargas de cualquier arma que pudiera existir en ese universo, y elaboró sus propias armas defensivas. Desde que la nave se posó en la superficie de aquel planeta había quedado casi abandonada, y en el transcurso de ese mes York la convirtió nuevamente en una poderosa fortaleza flotante, tal como había sido en su universo original. No era nada milagroso. York había resuelto finalmente las nuevas leyes maestras de esa extraña región del infinito. Sólo tuvo que efectuar ajustes mínimos a sus instrumentos y transformadores de energía aprovechable. La nave de York era en ese momento un vehículo de pelea, mucho más formidable de lo que había sido en el sistema solar.

Un día, estando sentado frente a los controles, puso a funcionar los motores y remontó el vuelo, ligera como una pluma. Sus transformadores de energía absorbían la corriente del campo de gravedad del planeta, igual que una esponja seca absorbe el agua. A fin de probar su eficacia, aceleró hasta superar la velocidad de la luz, y detuvo su avance en menos de tres segundos, y sin experimentar la más leve sacudida empleando el campo de contrainercia y colocándolo en su posición de cero. Los motores rugían uniformemente, semejantes a un gigante que roncara.

Para probar su pantalla protectora buscó un aerolito y se lanzó contra él duplicando la velocidad de la luz. La barrera hizo pedazos la enorme mole de piedra sin que tocara ningún fragmento el casco de la nave.

Localizó otro meteorito y soltó contra él la descarga de su arma gamma-sónica. El pálido rayo hizo que se bambolearan cincuenta millones de toneladas de materia en sólo veinticinco segundos. York estaba verdaderamente asombrado. En el sistema solar, en donde no existía un menor número de energía, la misma operación hubiera tomado cuando menos el doble de tiempo.

Respiró profundamente. En esas condiciones ya se sentía mejor, mucho mejor de lo que se había sentido durante los tres años que llevaba en ese universo. Ya no era ese naufrago desvalido, pues tenía nuevamente en la yema de los dedos una super energía a su disposición.

Luego se puso a reflexionar concienzudamente. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría encontrar a los amos de aquellos campos experimentales? ¿Y Vera? Parecía que ellos

continuaban ignorándolo. Estuvo especulando acerca de la posibilidad de realizar una búsqueda de aquellos seres en los otros doce planetas de ese sistema solar. En el que estaba, parecía ser meramente una base de experimentos. Tenía que encontrar dónde se reunían ellos y hacerles frente...

De pronto sonrió. Se le había ocurrido una idea mejor. Lo ignoraban, ¿verdad? Acercó las manos a los controles. Puso la proa de su diminuta nave esférica hacia una de las cúpulas. Soltó una descarga de energía neutralizadora de la fuerza que formaba la pared y se lanzó al interior de la bóveda. En cuanto entró, la pared volvió a cerrarse. Aquélla era precisamente la primera cúpula que había visto al llegar a ese planeta, y aún recordaba la raza de cuadrumanos que estaba dominada por las bestias hipnóticas.

Para los habitantes de la bóveda, la llegada de York debió parecerles como la aparición de un dios. La nave esférica volaba de un lado a otro como una avispa furiosa. En cuantas ocasiones aparecía una bestia hipnótica, ésta era aniquilada por un rayo, y una ligera nube de humo negro era todo lo que quedaba de su cuerpo repugnante. En el transcurso de una hora, York limpió el interior de la bóveda de todas las bestias sacándolas de sus propios escondrijos. Cuando acabó con la última, guio su nave hacia una villa rústica situada a corta distancia en donde estaban reunidos varios cuadrumanos y les envió un mensaje telepático.

—¡Ya están libres de sus enemigos! Tan pronto como sea posible los devolveré al mundo de donde proceden. ¡Yo, Anton York, lo digo!

Estas últimas palabras fueron más bien el desafío para los amos del planeta. De la misma manera como lo había hecho, entró en otras bóvedas. Liberó a los hombres pájaro y a los de silicio, aniquilando hasta la última bestia hipnótica que los asolaba. Repitió su promesa de devolverlos a sus respectivos mundos de origen. Sin piedad ninguna continuó destruyendo las bestias que había en las bóvedas siguientes. Aunque estuvieran dotadas de inteligencia y merecieran existir como cualquier otro animal, los nexos que tenían con los constructores de las bóvedas los habían sentenciado a morir. Para York, la raza de esos seres perjudiciales sólo merecía desaparecer.

York siguió recorriendo una bóveda tras otra, continuando con la cacería, la que encontraba muy de su agrado. De pronto el frío impacto de la razón lo hizo volver a la realidad. Una nave acababa de aparecer frente a la suya y también iba de bóveda en bóveda.

York se puso alerta instantáneamente.

¿Respondían por fin al ataque los amos de ese mundo misterioso? York conectó la pantalla protectora, colocándola a su potencia máxima. York sabía que la barrera resistiría, al menos por unos minutos, a un bombardeo intenso, sin importar qué tipos de armas tuvieran ellos. Y como último recurso, podría huir velozmente si las armas

que había fabricado no eran eficaces contra las del enemigo. Una vez en el espacio, conocía un sinnúmero de tretas para eludir a sus perseguidores. De momento no creía que hubiera un peligro inmediato para él.

York estaba preparado para recibir el ataque, pero éste no se produjo. En lugar de eso captó una voz telepática proveniente de la otra nave.

—¿Eres Anton York, de la Tierra?

—Sí. Tienen ustedes a mi esposa cautiva. Mi primera demanda es que la dejen en libertad. La segunda es que sus campos experimentales, o lo que sean, dejen de funcionar, y que las diversas razas que están en ellos sean devueltas a sus mundos de origen.

York tuvo la impresión de que quien lo estaba escuchando se reía de él.

—¡Indudablemente! Tú, Anton York, te has auto designado el paladín de tu universo, ¿verdad?

—Llámenlo como quieran —repuso York con voz seca—. Sólo sé que esos seres vivientes están sufriendo. Han estado sujetos demasiado tiempo al poder de las bestias hipnóticas, las que deben ser destruidas hasta la última.

A York le pareció que su interlocutor había dejado de reír.

—Exactamente. Y ahora hemos encontrado la manera de acabar con ellas.

Asombrado, York se mordió la lengua.

—¿Quieren decir que *deseaban* ustedes que fueran eliminadas las bestias? ¿Es ése el fin de su prolongado y también elaborado experimento? Pero ¿por qué?

—Ya lo explicaré todo. Ven con nosotros al quinto planeta, nuestro mundo principal.

—¡Esperen! Si se trata de una treta, les prevengo que tengo un arma muy poderosa...

York recibió por respuesta una llamarada verde muy singular que brotó repentinamente de la otra nave. La lengua de fuego rodeó la nave de York. La electrobarrera se esfumó como si fuera de algodón, y al tocar el casco arrancó un trozo de metal con la facilidad que un látigo desprende un pedazo de piel humana.

York sintió el impacto tremendo que sacudió hasta el último rincón de la nave, tal como si hubieran lanzado una montaña de gran tamaño contra ella. Quedó espantado. La pantalla que el propio York había probado embistiendo un aerolito, cuando volaba con su nave a la velocidad de la luz, ahora se desmoronaba fácilmente con una de las descargas del enemigo.

¡Fuerzas ilimitadas! ¡Poderío gigantesco! Eso debían de poseer aquellos seres extraños.

York tenía que conocer la verdad por amarga que fuera. Oprimió el disparador de su arma gamma-sónica, la que estaba apuntada al centro preciso de la nave de su oponente. La descarga, que mandó hubiera abierto un boquete de unos quince

kilómetros de profundidad en una pieza de acero sólida, pero al chocar contra la pantalla invisible que protegía a la nave enemiga, sólo brotó una nube de humo. York tuvo que aceptar que estaba indefenso de nuevo.

—¿Te das cuenta? —inquirió la voz telepática—. Nuestra ciencia es superior. Si aplicara yo un poco más de energía, tu pantalla protectora quedaría destruida del todo y desintegraría tu nave. Pero no queremos tu muerte. Hasta ahora hemos estado patrullando el espacio para prevenir cualquier posible invasión de habitantes de otro planeta. Pero ya no tendremos necesidad de hacerlo. Sígueme.

York no tuvo más alternativa que obedecer. Se elevaron hacia el espacio abierto dejando atrás el planeta de las cúpulas y pusieron proa hacia el astro rey de ese universo. En el transcurso de una hora, desarrollando una velocidad igual a la de la luz, llegaron al quinto planeta, el cual tenía una gran semejanza con la Tierra. Su atmósfera era azul y estaba rodeada de una capa de nubes; la tranquilidad parecía reinar allí, pero cuando los rayos solares alcanzaran su clímax, el ascenso de la temperatura tenía que convertir aquello en un verdadero infierno, diez veces más agobiante que la tremenda humedad de Venus.

—¿Viven ustedes bajo cúpulas? —preguntó York antes de descender.

—No; vivimos al descubierto. Nuestra evolución se ha ajustado a los cambios periódicos. Vivimos rodeados del frío cuando el sol mengua y toleramos el calor cuando el sol llega a su clímax, y para nosotros es lo mismo. Ese es, Anton York, el principio fundamental de la historia que muy pronto te contaré.

York hizo que su nave descendiera, imitando a la otra. Llegaron a un campo muy extenso que estaba rodeado de una ciudad resplandeciente, la que, al verla, dejó a York sin aliento. York había conocido muchísimas civilizaciones, pero en ninguna se manifestaba la magnificencia de la que tenía ante la vista. York captó de inmediato varias impresiones sutiles. La primera fue un aire de tristeza que se cernía sobre la ciudad, pero era aquella una tristeza que se iba disipando como se esfuma la niebla bajo los rayos de un sol brillante.

Notó que había varias naves que permanecían inmóviles a muy poca altura de aquel campo extenso, y parecía que estuvieran esperando su llegada. Tan pronto como él y sus guías descendieron, todas las naves que esperaban los siguieron. No estaba seguro York, pero le pareció que los ocupantes lo saludaron. Todo el misterio se había ido acumulando hasta formar una pirámide. De alguna manera, era él un héroe para esos seres. York bajó de su nave. Llevaba puesto su traje espacial. Todo pensamiento del peligro personal había desaparecido. El ser que salió de la otra nave era igual al que había visto antes. Su cuerpo era largo y delgado y tenía la cabeza desproporcionadamente grande. Su traje resplandeciente, de una fina tela metálica tramada, daba a entender que tenía un rango elevado. Según el contraste que había entre los de su tripulación y otros que lo rodeaban, aquel individuo tenía que ser de

una jerarquía superior.

—Sí, soy Vuldane —repuso al captar los pensamientos de York—. Soy el rey de los korianos. Sígueme a mi palacio. Vera, tu esposa, está ahí.

York lo siguió y entraron en una sala resplandeciente y de grandes proporciones. Sin embargo, la mirada de York estaba clavada en Vera, quien llevaba puesto su traje espacial y que se encontraba casi en el centro de aquel recinto.

York la estrechó fuertemente entre sus brazos, sin poder murmurar una sola palabra debido a la gran emoción que le causaba verla a salvo.

—¡Tony querido! —exclamó ella—. Estaba preocupada por ti, aunque sabía que te traerían aquí sano y salvo.

Vera estaba asombrosamente tranquila, pero tenía una mirada extraña. York observó cuidadosamente los alrededores; de pronto, sujetó a Vera de la muñeca con la mano izquierda y con la otra sacó de su cinturón una copia en pequeño de su arma gamma-sónica y apuntó con ella al pecho sin protección de Vuldane.

—¡Vuldane! Vine sólo en busca de mi esposa. Ahora, a menos de que quieras morir, ordena que nos permitan abandonar libremente el planeta. Cuando esté en el espacio, me comunicaré contigo, y si quieres hablar conmigo, acude a verme en una nave que no tenga armas. Tienes tres segundos para decidir.

El monarca se quedó inmóvil por la sorpresa, pero no se le advirtió temor alguno. York contó hasta tres, e iba a tirar del gatillo, cuando sintió que le arrancaban el arma de la mano. Quien lo había desarmado era Vera.

—¡No, Tony! No nos traería nada bueno. Te darían caza hasta dar contigo. Escucha primero su relato, y cuando haya terminado, podrás juzgar si lo que están haciendo es bueno o malo.

York enfundó su arma. Aceptaba que había sido una locura haber amenazado al rey de aquellos seres, pero su experiencia y el misterio que había rodeado las cosas desde que habían llegado a aquel universo, le tenían destrozados los nervios, y aún no podía recobrar gran parte de su antiguo control personal. Avanzó hacia el monarca, quien parecía estar imperturbable.

—Cuénteme pronto lo que tenga que decirme. ¿Planean ustedes conquistar el universo?

—No. Estamos demasiado civilizados para dar cabida a tan mezquinas ambiciones.

—Muy bien, pero han propagado por todas partes las bestias hipnóticas con algún propósito maligno. ¿Acaso las quieren para vengarse de algunos otros seres?

—No. Ya te había dicho que queríamos que fueran destruidas. Hasta la última, de ser posible.

—Si es así, ¿cuál es, entonces, el motivo de que hayan establecido esos campos experimentales? Presiento que hay alguna amenaza oculta para mi mundo. ¿Quieren

ustedes adueñarse de la Tierra?

—No queremos tu mundo. No nos interesa la Tierra.

—¡Habla pues! —gruñó York.

—Tony, no hagas preguntas ásperas ni interrumpas —le advirtió Vera—. Deja que te cuente Vuldane su historia. Límitate a escuchar.

Capítulo IX

VULDANE hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Antes que nada, te diré que no me hubieras hecho ningún daño con tu arma. Esta sala está situada dentro de un campo donde no hay energía. Ningún arma funciona aquí. Y ahora, escucha: ésta es la historia de nuestra raza y de nuestro destino...

Vuldane hizo una pausa, y luego comenzó su relato:

—Nosotros desarrollamos nuestra inteligencia hace un millón de años. Vera y yo hemos comparado notas. Esa inteligencia no la desarrollamos bajo este sol, sino bajo los rayos de otro variable como el que ahora nos ilumina, y que está situado al extremo opuesto de este universo. Allí vivimos felices y laboramos industriosamente durante unos cien mil años. Un día, nuestros astrónomos nos previnieron de que aquel sol haría explosión para convertirse en estrella nova y que aniquilaría toda la vida que hubiera en los planetas que giraban a su alrededor. Los soles como ése y el que ahora nos da vida son estrellas variables. Ante aquello, no nos quedaba más solución que emigrar, pero antes teníamos que encontrar otra estrella semejante. Lo que hacía más difícil la situación para nosotros era que debería tener un período exacto de evolución y declinación de veintidós días. La biología de nuestro medio, metabolismo de nuestro cuerpo y la misma chispa de la vida se ajustan a los latidos de nuestro corazón, igual que el de ustedes se ajusta a ciertas condiciones uniformes.

—Sí, ya entiendo —dijo York—. En la Tierra, por analogía, las especies más vigorosas están en las zonas templadas y experimentan los cambios alternados del invierno y del verano. Los habitantes que viven en los trópicos son retraídos y lo mismo ocurre con los que residen en las zonas árticas. Nosotros estamos ajustados a ese pulso variable de la vida, aunque para ustedes eso parezca absolutamente uniforme. Ustedes, naturalmente, ya están ajustados a sufrir el cambio brusco del frío intenso al calor abrasador, cualquiera de los cuales nos mataría.

—Eso está perfectamente expuesto —aprobó Vuldane—. Después de una búsqueda intensa encontramos el astro variable que necesitábamos y emigramos para colonizar los planetas que integraban su sistema. Establecimos nuestra civilización y tuvimos otro período de bienestar. Luego, también aquel sol llegó a su punto crítico y antes de que hiciera explosión nos vimos en la necesidad de localizar otro astro con el mismo período de veintidós horas, que diera vida a su propio sistema. No son muy comunes, pero lo encontramos y procedimos a emigrar. Ese fenómeno nos ha ocurrido una docena de veces en el pasado millón de años. Somos nómadas del cosmos y nunca hemos conocido propiamente lo que es hogar verdadero.

York advirtió la expresión de tristeza que asomó repentinamente en el rostro de aquel ser extraño. No había la menor duda de que esos seres merecían compasión por

estar condenados a vivir bajo la influencia de una estrella variable temperamental, en vez de residir en el medio de un astro de larga combustión como el Sol.

—Hemos estado en este sistema solar durante cincuenta mil años —continuó diciendo Vuldane—. Hace veinte siglos, nuestros astrónomos nos anunciaron nuevamente un cambio deprimente. Nuestro Sol hará explosión muy pronto y habrá necesidad de que abandonemos todo para emigrar y de que tengamos que organizar nuestros nuevos medios de vida. Una vez más nos espera la tragedia de tener que salir de nuestros hogares, dejar las ciudades desiertas y pasar por las penas de construir una nueva civilización.

—Pero ¿por qué no emigran a un planeta cuyo Sol sea estable y edifican sus ciudades cubiertas con bóvedas? —Sugirió York—. Ustedes pueden duplicar cualquier atmósfera, tal como lo han hecho en los campos experimentales. Con toda seguridad que no tendrán el menor problema para copiar el medio ambiente al que están acostumbrados.

—¿Vivir bajo una bóveda? —El monarca hizo un ademán negativo con la cabeza—. Eso embrutecería a nuestra raza y acabaría con ella. Ésa no es una buena manera de vivir. ¿Les gustaría eso a los habitantes de la Tierra?

York recordó entonces la colonización que habían efectuado los terrícolas en otros planetas. La vida allí era en verdad muy dura. Los jóvenes envejecían rápidamente. Si la Tierra fuera a desaparecer y sus habitantes se vieran obligados a tener que vivir en recintos sellados, preferirían morir para escapar de verse encerrados.

—No. Tenemos que emigrar a otro planeta que tenga el mismo tipo de Sol —continuó diciendo Vuldane—, pero la crisis por la que pasamos ahora es más aguda que cualquier otra de las que hemos tenido que soportar en el pasado. Nuestros exploradores han recorrido el universo de un extremo a otro. Sólo queda una estrella variable con su familia de planetas. Las estrellas variables de los universos adyacentes, como el de ustedes por ejemplo, están descartadas, pues sus leyes astrales son diferentes a las de este universo. Nuestra raza se iría extinguiendo lenta pero firmemente en un sistema solar distinto. A los habitantes les ocurriría lo mismo que si vivieran bajo unas bóvedas. Ese tipo de vida no es para nosotros. De momento sólo tenemos un mundo a nuestra disposición. Y ahora, Anton York, voy a tocar el punto que afecta a los de tu raza y a las bestias hipnóticas.

Vuldane se quedó mirando a York por unos momentos. Parecía como si no quisiera continuar. Después de una breve pausa, prosiguió:

—Esa estrella variable a la que me refería tiene una familia de diez planetas, todos habitados por las bestias hipnóticas. De una manera inexplicable, la evolución de esos seres monstruosos fue contenida y nunca alcanzaron a tener una inteligencia completa ni llegaron a dominar la ciencia, pero se les desarrolló un notable poder de

hipnotismo. Además, nuestra mente no puede abstraerse a ese tipo de fuerza hipnótica que poseen. Cuando nos topamos con esas bestias por vez primera, encontramos esa fuerza tan poderosa que dudamos que llegara a haber una mente capaz de resistirla. De cualquier modo, temamos que averiguarlo. En esas condiciones, vagamos por nuestro universo, por el de ustedes y por muchos otros más; trasplantamos porciones de mundos habitados acondicionándolas en el interior de esas enormes bóvedas con su respectivo medio ambiente. El único propósito que perseguíamos era encontrar una raza capaz de aprender a luchar contra esas bestias, haciendo uso de las leyes científicas de este universo.

Al llegar Vuldane a ese punto de su relato, los pensamientos confusos de York se aclararon de pronto. Todas las partes de ese gran rompecabezas cayeron en su lugar.

—Ya veo —comentó York—. ¡Un experimento colosal para encontrar la raza de seres que se opusiera a las bestias hipnóticas y las conquistara!

—En síntesis, así es —contestó Vuldane—. Pero durante mucho tiempo estuvimos descorazonados por los resultados. La mayoría de especies sucumbían a la hipnosis, o en el transcurso de más o menos un siglo se convertían en esclavos. A esos seres de dicha especie los descartábamos y ensayábamos con otros. En conjunto, durante el tiempo que ha durado nuestro experimento, hemos ensayado con más de diez mil especies que logramos reunir de siete universos diferentes.

Vera sabía que aquello que estaba diciendo Vuldane había causado una honda impresión en York, pues ella se había asombrado también cuando el rey se lo dijo.

York miró a Vuldane, el monarca de una raza que, hasta cierto punto, era nómada. Veía en él y en su pueblo algo con el valor indomable de aquello que no se resigna a morir o vivir fuera de su ambiente, y que era digno de admiración sin importar de qué raza fuera.

—En conclusión —dijo York—, han encontrado ustedes en la especie terrestre el fruto de sus largos experimentos.

Vuldane hizo un ademán afirmativo con la cabeza. En cierto modo se le advertía la pena que le causaba reconocerlo.

—Sí, así lo prueban los resultados. Al igual que con muchas otras especies, instalamos a mil terrícolas bajo la bóveda y los enfrentamos contra el grupo controlado de bestias hipnóticas. Otro de los atributos notables de esos monstruos es que son sumamente adaptables a cualquier medio. No respiran oxígeno. Absorben la energía de la sangre de sus víctimas, sin importarles de qué especie sean, y ninguna temperatura extrema puede detenerlos.

Vuldane hizo una pausa y luego agregó:

—Observamos a los terrícolas durante dos mil años con un interés creciente. No podíamos adelantar nuestras conclusiones. Utilizamos el método científico infalible de la espera. Notamos cómo de generación en generación su mente fue alcanzando

una inmunidad cada vez mayor contra el hipnotismo. Cuando llegaste tú, acabamos de confirmar que los terrícolas eran los únicos seres que respondían satisfactoriamente a nuestros experimentos. Afirmamos nuestro convencimiento al ver la forma tan rápida como murió la primera bestia, que quiso apoderarse de ti. Hay otra especie de seres vivientes que también ha alcanzado una inmunidad igual, pero desafortunadamente no tiene la capacidad científica para combatir las bestias como la tiene la tuya.

—¿Quiere usted decir —lo interrumpió York— que mi llegada hizo que se decidieran ustedes por los terrícolas más que por ninguna otra especie? Yo soy un caso especial. Igual que mi esposa, soy inmortal, cualidad que no posee ningún otro terrícola. Creo que está usted sobreestimando a los terrícolas en general.

Vuldane sonrió.

—No puedo reprocharte porque abogues de esa manera por los de tu especie y porque trates de hacernos cambiar nuestra decisión. Sabemos que eres un caso especial, pero para nosotros eres una muestra de tu raza. Lo más importante es la capacidad que tienen los humanos para captar y aprovechar la ciencia, ciencia que nosotros proporcionaremos sin restricción alguna para destruir las bestias hipnóticas.

York no quería cejar en su empeño de disuadirlo para que no emplearan a los terrícolas.

—Ustedes son científicos de primera. ¿Por qué no tratan de exterminarlas empleando rayos? Pueden hacerlo, bombardeando con armas de largo alcance los planetas donde viven.

—¿Crees que no hemos probado todos los medios posibles? —Contestó el monarca—. Ya intentamos eso desde hace mucho tiempo. Bombardeamos intensamente con rayos todas sus ciudades, procurando abarcar hasta el último rincón de sus planetas. Cuando creímos que habíamos logrado reducir su número al mínimo, bajamos con nuestras naves y construimos fortalezas. Pero algo inesperado e inevitable ocurrió: las bestias hipnóticas se reprodujeron rápidamente. Rodearon nuestros fuertes en grandes cantidades y lanzaron sus fuerzas hipnóticas combinadas para subyugar a los moradores. Los nuestros cayeron bajo su hechizo y murieron. Las bestias volvieron a reinar. No alcanzas a concebir, Anton York, la tremenda fuerza que es su hipnosis cuando se reúnen en grandes grupos. No hay mente en todo el universo que pueda resistirlos, a excepción de dos: la de los terrícolas y la de otra especie de seres que no es científica.

—¿Y si trataran de eliminarlas propagando enfermedades epidémicas entre ellas? —Sugirió York—. Soltar millones de insectos contaminados podría dar buen resultado. Muchas veces las cosas pequeñas causan mayor daño que las grandes.

Vuldane rio burlonamente.

—Antes de que utilizáramos a los grupos raciales —le explicó a York— hicimos

experimentos con gérmenes cultivados, con gusanos, con insectos, con crustáceos y con plantas. Más de un millón de variedades fueron distribuidas entre sus planetas. Las bestias hipnóticas sobrevivieron a todo. Constituyen quizá una de las formas de vida más tenaces del universo. No olvides que hemos estado experimentando desde hace veinte siglos. No, Anton York, sólo aquellos seres con inteligencia inmune a su hipnotismo podrán acabar con ellas.

York se encogió ligeramente de hombros.

—Entonces habrá que buscar una solución a su problema. Considéreme como un emisario suyo ante los terrícolas para explicarles su situación. ¿Cuántos hombres cree usted necesitar?

York vio la mirada de temor que se reflejaba en los ojos de Vera y se preparó para escuchar una cifra enorme.

—*Toda la población* —respondió Vuldane calmadamente.

York recibió un impacto tremendo. Se quedó inmóvil, como si estuviera petrificado.

—Necesitamos a todos los terrícolas —repitió el monarca—, aun utilizando la inmunidad de los hombres y la ciencia que nosotros les proporcionemos, no será una tarea simple. El tiempo apremia, pues nuestro sol estallará muy pronto. Tenemos que apresurarnos para trasladar a todos los terrícolas a esos planetas que están poblados por las bestias, albergándolos en fortalezas adecuadas. Al principio, muchos de ellos, quizá una gran mayoría, sucumban. Pero eso irá disminuyendo según las generaciones siguientes vayan desarrollando la inmunidad hasta que adquieran finalmente la fuerza suficiente para conquistar completamente a las bestias. Entonces propagaremos cierta epidemia para destruir a los terrícolas y de esa manera quedarán preparados nuestros nuevos hogares para recibirnos.

York estaba verdaderamente indignado.

—¿Qué derecho tienen ustedes para destruir a los de mi raza a fin de salvar a la suya?

Vuldane contestó sin el menor titubeo:

—¿Y qué derecho le asignas a tu raza para considerarla más digna que la mía de que continúe con su civilización? Nosotros nos civilizamos mucho tiempo antes que ustedes. Si crees que somos unos seres despiadados por querer sacrificar a los terrícolas en beneficio de nuestra raza, ¿qué opinas de la tuya? Hasta hoy día los tuyos han sostenido guerras constantes entre ellos, y eso se ha repetido durante siglos y siglos. Nosotros no hemos tenido ninguna guerra intestina desde hace medio millón de años. Haz a un lado tus prejuicios personales y dime quién puede juzgarnos si obramos mal o no. Ten presente que una verdadera necesidad nos obliga a proceder de esa manera.

York no supo de momento qué contestar. Ahora comprendía lo que Vera le había

dicho cuando llegó al palacio. Después de todo, no era más que la vieja historia del hombre de Cromagnon matando al de Neandertal. Los hombres blancos exterminando a los pieles rojas de Norteamérica. Los terrícolas aniquilando a los habitantes de Ganímedes al extender sus dominios interplanetarios. En una escala mucho mayor, lo que pretendía Vuldane era la misma historia. Una raza poderosa, altamente civilizada y llena de vigor, que trataba de encontrar el sitio bajo un sol. ¿Se le podía censurar entonces a esa raza la manera como se comportaba?

York respondió finalmente:

—Si consideramos la escala moral cósmica, este asunto no es bueno ni malo. Pero piense en este otro, Vuldane: mi raza tiene aún millones de años por delante y su Sol es estable. La raza suya, por el otro lado, es una raza sentenciada a desaparecer. Ustedes vivirán otros cien mil años en un nuevo sistema solar, y como el astro que les sirve de centro también es variable, estallará. ¿Vale entonces la pena eliminar a los terrícolas para salvar a los de su raza que no tienen más que la décima parte del futuro de un millón de años que tiene la mía? ¿Podría pasar a la Vida del Olvido Inevitable llevando eso sobre su conciencia?

—Es un buen razonamiento —aceptó Vuldane—, pero hay algo que no has tomado en cuenta: nuestros astrónomos han medido todas las estrellas de un universo desconocido para ti, y según sus deducciones, está a punto de nacer una estrella variable dentro de cierta galaxia. Se ha ido manifestando lentamente su formación. Según la escala del tiempo del cosmos, no será una estrella completa variable hasta dentro de unos cien mil años. Si ganamos el sistema planetario que ahora dominan las bestias hipnóticas, pasaremos allí esos cien mil años mientras la nova madura sus planetas y quedan listos para nuestra colonización.

Y así, según nuestros astrónomos, continuarán esperándonos nuevos astros, por lo que también tendremos un futuro sin límite.

York quedó desarmado completamente. Ya imaginaba su sistema solar que tanto amaba y que había reestructurado a su antojo, convertido en desierto sin el menor vestigio de vida humana. Se volvió entonces a enfrentarse con el monarca.

—Aun así debe comprender que si hay más de diez mil millones de terrícolas, bien podría dejar algunos millares de habitantes para no extinguir completamente la raza humana y facilitar el progreso de una nueva civilización.

Vuldane hizo un ademán negativo con la cabeza.

—No nos atrevemos a dejar ningún terrícola, pues en cuanto se sintieran fuertes, podrían atacarnos y volveríamos a la misma situación. Es mejor que sufran ahora la destrucción total.

York comprendió ese punto de vista. Conocía bien el espíritu de su raza. Sabía que algún día tratarían de cobrar venganza contra los korianos, desatándose unas guerras interestelares pavorosas. Los korianos estaban ahora en una situación de

prevenir aquello.

York tenía nuevamente que aceptar que aquello no era ningún principio de lo bueno o de lo malo. Tampoco podía considerar a Vuldane y los suyos como unos seres crueles, ya que su proceder obedecía a razones poderosas. Eso era algo muy por encima de las frases de significado obscuro que también se encontraban en los viejos libros de las leyes de la Tierra.

—¿Cuánto tiempo hay disponible? —le preguntó York secamente—. ¿Para cuándo pronostican los astrónomos que ocurrirá la explosión de su Sol?

—Dentro de unos mil años, pero todo ese tiempo se empleará para transportar a todos los de tu raza y darles acomodo en las fortalezas que construiremos. Con todos nuestros recursos científicos les ayudaremos a combatir a las bestias. Y una vez que las hayamos eliminado, de acuerdo con nuestro programa, emigraremos. El tiempo es corto.

Aquello levantó un poco el ánimo de York.

—Sólo le pido una cosa, Vuldane.

—¿Cuál?

—Que antes de que empiecen ustedes a transportar a los terrícolas me den un poco de tiempo para estudiar la situación y averiguar si existe alguna otra alternativa.

Vuldane no cedió.

—El traslado tendrá que empezar inmediatamente. Sin embargo, nos llevará un año completo construir la primera flotilla de naves capaces de atravesar la pared del espacio que separa los dos universos. Te daré este año, Anton York —diciendo esto, le alargó la mano—. ¡Y buena suerte!

Capítulo X

LA NAVE de York desarrolló en el vacío una velocidad tal que hacía aparecer sumamente baja la de la luz. En su rostro se leía la determinación firme que lo llevaba al sistema planetario poblado por las bestias hipnóticas. Vuldane le había dado una información detallada y llena de datos fundamentales.

—Un año, Vera —dijo York desolado—. ¡Un corto año para salvar a la raza humana! No tendré tiempo ni para dormir durante este tiempo. Tomaré estimulantes para mantenerme activo. Tiene que haber alguna manera de salvar a los nuestros.

—¿Qué esperas hacer entre esas bestias? —le preguntó Vera.

—Aún no lo sé a ciencia cierta. Lo que sea posible.

Les llevó sólo un día el llegar. El astro primario del sistema era una copia exacta del que estaba próximo a hacer explosión. Sus diez planetas eran grandes y estaban bien distribuidos, poblados proporcionalmente con las bestias hipnóticas, las que tenían una semi civilización. Criaban toda clase de seres para abastecerse de la sangre con que se alimentaban. El vampirismo predominaba en esos diez planetas. Afortunadamente, no tenían naves espaciales. De haberlas tenido, ese universo y muchos otros hubieran sido una presa fácil de ellas. Poblaban ese sistema gracias a un desarrollo de vida paralelo, meramente accidental.

Para York era perfectamente tangible la sensación de la fuerza hipnótica que despedían las bestias. Atraía su mente igual que la fuerza de gravedad arrastraba su nave. Se acercó osadamente a unos de los planetas y esparció sus rayos gamma-sónicos abriendo una gran zona en medio de los monstruos que lo acechaban. La fuerza hipnótica en masa se cerraba sobre él. Se elevó dos veces seguidas soltando la descarga de sus rayos, pero a la tercera vez le costó mucho trabajo substraerse al hechizo.

—Por favor, Tony, no tiene sentido lo que estás haciendo.

York hizo una señal negativa con la cabeza. Estaba desconsolado.

—Necesito un proyector de largo alcance. Construiremos uno. No, pensándolo bien, será mejor que los korianos lo fabriquen para nosotros.

Con la misma velocidad que había imprimido a su nave cuando dejó el reino de Vuldane, regresó a él. Le expuso sus planes al poderoso monarca y éste aceptó de inmediato. Casi de la noche a la mañana, los técnicos korianos tuvieron terminado el super proyector, el cual instalaron en la nave de York. Sin perder un solo minuto emprendió el viaje al dominio de las bestias hipnóticas. Colocó su nave en una órbita a poca distancia del planeta y descargó sus rayos destructores en una franja de terreno de unos quince kilómetros de anchura.

—Si esto da resultado, Vera —le dijo con una esperanza vaga—, mandaremos construir un millón de super-proyectores e iré a la Tierra y reclutaré gente y formaré

un ejército de un millón de hombres de mente fuerte. Recorreremos cada uno de los planetas hasta dejarlos limpios de bestias. Los korianos no fueron capaces de acercarse lo suficiente por no poder substraerse a las fuerzas hipnóticas.

Pero York sintió gradualmente cómo la fuerza hipnótica trataba de apoderarse de él. Por medio del telescopio alcanzaba a distinguir millares de bestias que se congregaban en masa en la superficie del planeta y dirigían un rayo hipnótico combinado hacia él y su esposa. York no cesaba de soltar descargas de su rayo mortal, no obstante que sentía la punzante e insidiosa urgencia de bajar y entregarse a las bestias. El sudor perlaba su frente. ¡Qué pavorosa fuerza mental tenían las bestias!

Hacía un buen rato que York no veía a Vera. De repente se volvió hacia ella y vio que empuñaba los controles para hacer descender la nave en el planeta. Sus movimientos eran bruscos y torpes como los de un robot. No cabía duda de que estaba en trance hipnótico.

—¡Vera!

York soltó el proyector y corrió hacia su esposa. Vera se volvió hacia él, lo sujetó y lo arañó. York se mordió los labios para contener su pena y le dio un golpe, privándola del sentido. Sin perder un solo segundo, enderezó el timón de la nave para alejarla del planeta. Apenas si actuó a tiempo, pues su cuerpo empezaba a ponerse rígido debido a la poderosa fuerza hipnótica que le dirigían las bestias.

—Perdóname, Vera —murmuró cuando ella volvió en sí después de que York le roció la cara con agua fría—. Estoy convencido de que el sistema que empleé no sirve contra las bestias. Los terrícolas tendrán menos oportunidad de escapar que la que tuve.

—Vuldane dijo que ya habían experimentado con todos los medios posibles —comentó Vera desconsolada—. El plan de los korianos es el único viable, aunque sus frutos se verán hasta dentro de varios siglos. Traerán aquí a los terrícolas y los dejarán que vayan separándose aquéllos que son inmunes a la fuerza hipnótica a fin de que vayan formando sus generaciones que puedan resistir y conquistar a las bestias. Es una labor de mil años, Tony, pero recuerda que nosotros sólo disponemos de un año, el cual bien podía ser un segundo.

Pero York no se dio por vencido. Su segunda idea fue la de utilizar una pantalla electrónica para repeler la fuerza hipnótica de las bestias. Ya de regreso al mundo de los korianos consultó con Vuldane.

—No hay barrera protectora que sirva contra su hipnosis —aseguró el monarca secamente—. Ya probamos eso. Tú mismo te diste cuenta de que sus ondas telepáticas no atravesaron la pared de energía de la bóveda. Sin embargo, esa misma pared es absolutamente transparente a su fuerza hipnótica.

—Aun así, quiero probar —insistió York—. Haz que pongan una bóveda a mi disposición así como todos los materiales que necesite.

—De acuerdo —consintió Vuldane sin dilación—. Simpatizo contigo, York, aunque no tengo esperanza de que obtengas algún resultado positivo.

Durante los meses siguientes, probó York todo lo que se le ocurría. Contaba con un grupo de bestias, a las que tenía encadenadas, para efectuar sus experimentos. Colocó delante de ellas unos escudos fabricados con diferentes aleaciones y substancias. Había unas construidas con diamantes, los que estaban protegidos por una capa de radio; había también unos muros de energía electromagnética, de rayos cósmicos, e incluso una máquina de vacío. En cada caso, se colocaba él atrás de los escudos, pero la fuerza hipnótica de las bestias los atravesaba sin sufrir la menor disminución.

Vuldane tenía razón. No había ningún escudo eficaz contra la demoniaca fuerza mental de las bestias.

—¡Por favor, Tony, tienes que descansar! —Insistió Vera cuando lo vio que estaba a punto de desplomarse—. No has cerrado los ojos desde hace varios meses.

Pero York continuaba con su lucha incesante, abusando hasta el máximo de la suprema vitalidad de su cuerpo inmortal.

—Tiene que haber algo —repetía constantemente, como si fuera un niño que trataba de aprender una tonada.

Vuldane iba a visitarlo de vez en cuando, y llegaba incluso a hacerle sugerencias de cómo conducir determinado experimento. La admiración que sentía por York era ahora patente.

—Si hay algo que me haga sentir un poco de arrepentimiento por el sacrificio a que vamos a someter a los terrícolas, eres tú, Anton York. Una raza que produce seres como tú merece sobrevivir. Sin embargo, también mi raza tiene ese mismo derecho.

—¿Probaron ya todo, Vuldane? —Imploraba York—. ¿Trataron ustedes de desatar un cataclismo interplanetario? ¿Inundaciones? ¿Erupciones volcánicas?

El monarca koriano hacía ademanes afirmativos con la cabeza.

—¡Por supuesto! En una ocasión por poco destruimos completamente uno de los planetas cuando provocamos un movimiento sísmico en gran escala. Durante un siglo, todo parecía indicar que habíamos acabado con las bestias hipnóticas. Nadie había visto una sola. Pero un día, súbitamente aparecieron de nuevo sin saber de dónde salían.

—¿Llegaron ustedes a rociar la superficie entera del planeta con fuego atómico? —gritó York.

Pero él mismo contestó:

—De haberlo hecho, ¿cómo iba a evitarse que dicho fuego penetrara al interior y destruyera el planeta reduciéndolo a cenizas? Es en la hipnosis donde debo concentrar toda mi atención. Está probado que no podemos resistirla o crear un escudo eficaz contra ella. ¿Y si construimos un proyector que la neutralice?

Entusiasmado por la nueva idea, York construyó un proyector que era esencialmente un aparato que esparciría interferencias estáticas hacia la fuerza hipnótica. Con ese instrumento pudo crear un campo alrededor de la docena de bestias que tenía cautivas y logró romper así el flujo hipnótico para convertirlo en un relámpago intermitente. Pidió prestado un generador de gran potencia a los korianos y se trasladó al otro universo.

Con la máquina de interferencias estáticas trabajando a su máximo, logró hacer que su nave descendiera en un planeta. Las bestias hipnóticas empezaron a agruparse en torno de aquél que osaba invadir su mundo.

York puso a funcionar el aparato y al esparcir las interferencias estáticas a su alrededor, neutralizó la fuerza hipnótica. Luego, con su arma gamma-sónica, soltó una descarga sobre las bestias, las que cayeron al suelo envueltas en llamas.

Aquello fue como si hubiera tocado un resorte oculto. La voz de alarma cundió por todo el planeta. Por todas partes empezaron a aparecer grupos enormes de bestias. Un grueso contingente comenzó a rodear la nave en número tal que los rayos letales de York eran como una ametralladora diminuta que tratara de contener al ejército de Alejandro, de César y de Napoleón combinados. El número abrumador de las bestias tenía que imponerse a la larga.

—¡Tony, van acercándose más!

York no podía ocultar su regocijo, y exclamó:

—Sí, pero si tuviera un millón de aparatos similares a éste y un millón de armas gamma-sónicas, exterminaría a todas ellas. Son matemáticas simples, Vera.

De pronto sucedió lo que tenía que suceder. Con un mido inesperado la máquina de interferencias estáticas quedó muerta, y la fuerza hipnótica, semejante a una marea gigantesca, cayó sobre ellos. Vera entró instantáneamente en estado de trance, pero York, con una fuerza de voluntad sobrenatural que parecía despedazar aun las raíces de su cerebro, se aferró a la palanca de elevación de la nave y ésta salió disparada hacia arriba con una velocidad tal que los alejó de la temible fuerza hipnótica en unos cuantos segundos.

—¡Apenas a tiempo! —musitó él y se volvió a contemplar la máquina productora de interferencias estáticas, resistiéndose a creer lo que había ocurrido. ¡Estaba fundida casi totalmente!

Cuando regresaron con Vuldane, éste les explicó:

—También probamos la interferencia estática, pero las bestias hipnóticas son sagaces. Su técnica es muy sencilla: desatan en conjunto su fuerza hipnótica en el separador de energía y lo sobrecargan hasta quemarlo. Utilizamos generadores de energía con capacidad suficiente para mover mundos, pero ellas los quemaron. ¿Hasta cuándo comprenderás, Anton York, que ésa es una tarea de mil años? Ya lo hemos comprobado. No es algo que puedas resolver en una noche.

York estaba desolado.

—Lo siento —dijo Vuldane simple y sinceramente antes de salir.

York miró a Vera. No había la menor esperanza.

—La raza de los terrícolas fue sentenciada desde el siglo XIX cuando los korianos fueron a la Tierra y secuestraron a unos cuantos humanos para aclimatarlos en este sistema solar. Ni tú ni yo habíamos nacido cuando, sin saberlo, nuestra raza estaba sentenciada a desaparecer. Yo destruí cincuenta inmortales y a Masón Chard; luché contra los Tres Eternos para salvar a la civilización. Estuve, incluso, a punto de sacrificarme para poner a salvo a los míos. Y durante todo ese tiempo, otra raza, en otro universo, había puesto el dedo sobre nosotros marcándonos para ser destruidos. Toda nuestra vida de esfuerzos, toda mi ciencia y sabiduría han sido una burla, una broma cósmica, un entretenimiento de los dioses.

Vera lo consoló de la manera como había aprendido a hacerlo en los dos mil años en que habían vivido juntos. York buscó refugio en el regazo de su esposa. Sus ojos enrojecidos se cerraron por primera vez en seis meses.

—¡Todo fue una burla! —repitió York amargamente.

Tuve el pensamiento de ir a la Tierra para destruirla yo mismo, pues de esa manera sería más rápida y más misericordiosa la muerte de todos los terrícolas. Rociar con fuego atómico todos los planetas sería lo más práctico y eficaz...

—No, Tony. Eso sería obrar con rencor hacia los korianos. Cualquier cosa que se vean ellos forzados a hacer, no les resta el mérito de que sean una raza sumamente civilizada, y por tanto merece perpetuarse.

—¡Fuego! —rugió York poniéndose de pie. Una mirada feroz asomó en sus ojos—. ¡Combatir el fuego con el fuego! Quizá ésa es la respuesta, Vera. En vez de combatir a esas bestias con nuestras armas, ¿por qué no utilizar las de ellas mismas?

Al nacer aquella nueva esperanza, a York se le fue el sueño y se convirtió en la dínamo de actividad que había sido antes.

—El tiempo apremia, Vera, sólo nos quedan seis meses. Tengo que medir la longitud de onda de la fuerza hipnótica de los monstruos y luego bastará duplicarla.

Seis meses, seis meses durante los cuales exploró York la escala psicomagnética. A los científicos de la Tierra les había llevado dos siglos para definir la escala electromagnética, pero York efectuó el mismo número de experimentos para determinarla en el brevísimo período de seis meses.

En la escala electromagnética estaban clasificadas las octavas de onda de radio, de los rayos infrarrojos, de la luz visible, de los rayos ultravioleta, de los rayos X, de los rayos gamma y de los rayos cósmicos...

En el alcance psicomagnética encontró York las octavas de onda de la telepatía, de la clarividencia, del sexto sentido, del presentimiento, de la alucinación y de los sueños. Y muy por abajo de la escala, como en el caso de los escurridizos rayos

cósmicos, encontró la octava de onda del alcance hipnótico.

Midió las radiaciones super penetrativas del hipnotismo con toda precisión, como un astrofísico que estudia el espectrógrafo. Radiaciones que eran tan increíblemente finas que York, un poco confuso, alcanzó a comprender que se colaban a través de los intersticios del propio éter, de la misma manera que los rayos cósmicos se deslizan entre los átomos.

—Ahora ya sé exactamente cuál es la fuente de la hipnosis —afirmó York—. ¿Trató usted alguna vez de construir un proyector de fuerzas hipnóticas, Vuldane?

Por primera vez el monarca hizo un ademán negativo.

—Lo que averiguaste es una gran conquista científica, York. Pero temo que no se podrá construir dicho proyector. Al menos no uno mecánico. La evolución, después de millones de años, produjo un proyector: un cerebro orgánico. No podrás duplicar un cerebro en el poco tiempo que te queda. Para construirlo te llevarías mil años completos.

York comprendió la lógica de Vuldane, y una mirada extraña apareció en sus ojos.

—No lo construiría en mil años, pero ya lo tengo —contestó York señalándose la frente con los dedos—. Todo lo que tengo que hacer es aumentar su potencia para igualarla con las de las bestias hipnóticas.

—¡Buena suerte! —dijo Vuldane nuevamente.

Al alejarse, Vuldane sonrió compasivamente. No le concedía un átomo de esperanza de triunfo a York.

El tiempo, precioso, se deslizaba.

York se puso a trabajar de una manera absoluta desde el punto de vista del ángulo biológico. Observó minuciosamente con un aparato de super rayos x el cerebro de una de las bestias cautivas, estudiando sus células y analizándolas completamente. Logró después extraer una hormona del poderoso cerebro, y gracias a ello entrevió la respuesta. ¿Pero daría resultado?

Vera se prestó voluntariamente para servir de conejillo de Indias. Anton se la quedó mirando durante un largo rato.

—Puede significar la muerte —dijo seriamente.

La decisión de Vera no se alteró y York aceptó valerse de su esposa para el experimento. Le inyectó en la base craneana unas cuantas gotas de la nueva hormona y aguardó los resultados con una mirada llena de esperanza y a la vez de temor. Vera entró en estado de coma: se enfrió su cuerpo y el corazón dejó de latir. York permaneció tranquilo, aunque luchaba por conservar el control.

Una hora más tarde la muerte se alejó. La super vitalidad de Vera se impuso y volvió ella a la vida. Se sentó y sonrió. York permanecía en silencio. Las palabras no tenían significado alguno. Con toda tranquilidad la guio a la cámara de experimentación y la colocó frente a un grupo de bestias hipnóticas hambrientas y la

encerró con ellas. Las bestias la rodearon y fueron acercándosele. Vera se puso rígida. Los tentáculos de los monstruos se alargaron para sujetarla del cuello.

York se estremeció. ¡Había vuelto a fracasar!

Repentinamente, la situación cambió en el interior de la cámara. Como si una fuerza invisible las estuviera impulsando, las bestias hipnóticas empezaron a retirarse de Vera.

Ella se mantuvo firme. Sus ojos resplandecían despidiendo fulgores extraños, y una a una las bestias fueron rodando por el suelo sumidas en completo trance hipnótico.

Cuando fueron a informar a Vuldane acerca de lo ocurrido, no lo encontraron muy optimista.

—No puedo hacer ya nada, York. No puedo dar la contraorden a las naves que van rumbo a la Tierra. Disponemos de muy poco tiempo para dar principio a tan vasto plan. No puedo correr el riesgo con tu hipotética hormona anti hipnótica.

—¡Haga esta prueba, Vuldane! —Demandó York—. Después de inyectar mis hormonas a un buen número de sus súbditos, mándelos al planeta de las bestias hipnóticas. Ordéneles que desembarquen en una de las zonas más pobladas y que permanezcan allí durante diez horas. Si ellos no regresan, entonces no pondré mayor objeción a sus órdenes.

Vuldane accedió. York inyectó a los korianos que se habían ofrecido de voluntarios y, usando una dosis de morfina, los rescató de los efectos semejantes a los de la muerte que había experimentado Vera. Horas más tarde la nave partió llevando a los korianos que habían sido inmunizados.

La espera de las noticias del resultado de los acontecimientos fue un refinamiento de tortura que hizo pedazos hasta el último nervio de York. Aquellas horas de espera se le hicieron más largas que los dos mil años que llevaba de vida.

—¡Tony, mira!

Al fin apareció la nave y, al descender, los korianos bajaron de ellas comentando alegremente los sucesos.

Fue un espectáculo de hipnotismo en masa con duración de diez horas, durante las cuales hipnotizaron a las bestias.

Sin ocultar su alegría, Vuldane se volvió hacia York.

—Salvaste a los de tu raza, Anton York. Ha sido una conquista monumental. Haré que regrese la primera flotilla que envié a la Tierra. Todas las especies vivientes que están concentradas en nuestras bóvedas serán devueltas a sus mundos de origen. No puedo expresar mi gozo y tranquilidad al saber que los terrícolas no serán sacrificados. Puedes regresar ahora a tu mundo y decirle a tu gente que se ha salvado.

York hizo un ademán negativo con la cabeza. Una extraña mirada aparecía en sus ojos, ya que ése había sido el acontecimiento más extraño de todos los que había

tenido.

—No. Ésa es una historia que difícilmente creerían los terrícolas. La única prueba sería la desaparición de las mil gentes del fuerte Mojave, que ocurrió en el año 1888. Aquel suceso sin importancia ha sido olvidado desde hace mucho tiempo, y probablemente ni siquiera se lleve registro de él. La humanidad se ha salvado sin haber sabido siquiera que estaba sentenciada a desaparecer. Ese tendrá que ser mi secreto.

Vera hizo un ademán afirmativo con la cabeza. Aquél había sido un capítulo de la mitología de Anton York que nunca se escribiría.

¡Era el secreto de Anton York!

Epílogo

MIENTRAS tanto, allá en la Tierra, ante los dos colosos de diamante en la cumbre del monte Everest, el panegírico de la ceremonia de conmemoración anual tocaba a su fin:

—¡Anton York, el bienhechor de la humanidad, ha muerto!

FIN

EANDO BINDER: es un seudónimo utilizado por dos autores de la ciencia ficción de mediados del siglo XX, Earl Andrew Binder (1904-1965) y su hermano Otto Oscar Binder (1911-1974). El nombre se deriva de sus primeras iniciales 'E and O' (E y O) que formando la palabra obtienen su seudónimo. («EandO Binder»). Otto Oscar Binder fue un guionista de historietas de ciencia ficción y de no-ficción estadounidense. Es conocido por sus libretos para Captain Marvel Adventures y otras historias de la Familia Marvel de super héroes. Earl Andrew Binder trabajó como empleado siderúrgico, agente literario y editor y solo escribió en colaboración con su hermano.

Bajo el nombre Eando Binder, los Binders escribieron algo de ciencia ficción publicada, incluyendo historias protagonizadas por un robot heroico llamado Adam Link. La primera historia de Adam Link, publicado en 1939, se titula «*Yo, Robot*» (*I, Robot*). Una colección sin relación de relatos de Isaac Asimov, también titulado «*Yo, Robot*», que fue publicado en 1950 y el nombre fue elegido por el editor, contra los deseos de Isaac Asimov.